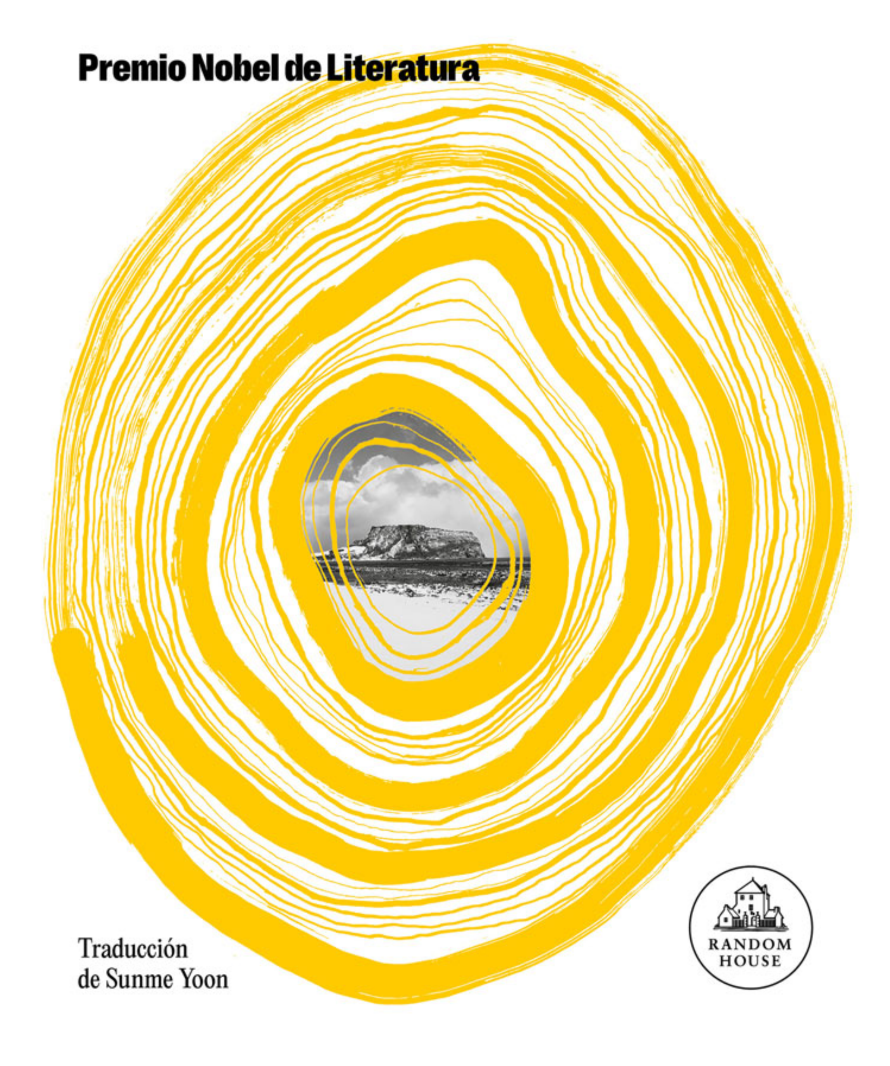
HAN KANG

Imposible decir adiós

Premio Nobel de Literatura



Traducción
de Sunme Yoon

HAN KANG

Imposible decir adiós

Traducción del coreano de Sunme Yoon



RANDOM HOUSE

PRIMERA PARTE

LOS PÁJAROS

1

LOS CRISTALES

Caía una nieve rala.

La llanura en la que me encontraba lindaba con una colina, sobre cuya ladera había plantados miles de troncos negros. Gruesos como durmientes de ferrocarril, todos tenían alturas distintas, como personas de diferentes edades. Sin embargo, no eran rectos como durmientes, sino ligeramente ladeados y curvos, como miles de hombres, mujeres y niños escuálidos andando cabizbajos bajo la nieve.

«¿Será un cementerio? ¿Esos maderos son lápidas?», me preguntaba.

Yo iba y venía entre los troncos negros, sobre cuyas superficies cortadas se acumulaba la nieve como cristales de sal, al igual que entre los túmulos que se alzaban detrás. De pronto, me detenía al sentir el agua debajo de mis zapatillas. «Qué extraño», pensaba. Un rato después el agua me llegaba al empeine. Me daba la vuelta y no podía creer lo que veía. La línea que se divisaba al final de la llanura no era el horizonte, como había supuesto, sino el mar. Era la pleamar y la marea estaba subiendo.

«¿Por qué los habrán enterrado en un lugar como este?», me preguntaba en voz alta.

El mar crecía a ojos vistas. ¿Así era como subía y bajaba la marea todos los días? ¿Y si se había llevado los huesos de más abajo, dejando los túmulos vacíos?

No había tiempo. Las tumbas anegadas ya no tenían remedio, pero había que trasladar cuanto antes los restos enterrados más arriba. Tenía que ser ahora mismo, antes de que siguiera subiendo el mar. Pero ¿cómo? Yo estaba sola y no tenía siquiera una pala. ¡Eran tantas tumbas! Sin saber qué hacer, corría entre los troncos negros, abriéndome paso a través del agua que me llegaba a las rodillas.

Todavía no había amanecido cuando me desperté. Al esfumarse la nieve que caía sobre la llanura, los troncos negros y la marea ascendente, fijé la vista en la ventana de la habitación a oscuras y cerré los ojos. Pensé que había vuelto a soñar con aquella ciudad y permanecí acostada con mi mano fría sobre los párpados.

*

La primera vez que tuve ese sueño fue en el verano de 2014, un par de meses después de que se publicara mi libro sobre la masacre de Gwangju. Durante los cuatro años siguientes, nunca dudé sobre su significado. Sin embargo, el verano pasado se me ocurrió por primera vez que quizá no se refiriera únicamente a esa ciudad. Que tal vez me había equivocado o que había hecho una interpretación demasiado simplista al concluir de manera apresurada e intuitiva que el sueño se debía solo a Gwangju.

Hacía casi veinte días que las temperaturas no bajaban ni siquiera durante la noche. Me encontraba tumbada en el suelo del salón junto al aire acondicionado estropeado, tratando de conciliar el sueño. Me había dado varias duchas frías, pero no conseguía refrescarme a pesar de tener la espalda apoyada sobre el parquet de madera. Eran ya las cinco de la mañana cuando pude percibir que la temperatura bajaba ligeramente. El sol saldría en media hora, así

que el momento de gracia sería breve. Creí que por fin iba a poder dormir un poco, mejor dicho, ya estaba prácticamente dormida cuando ocurrió. De pronto, aquella llanura se coló por debajo de mis párpados. Como si los tuviera delante, vi los copos cayendo sobre los miles de troncos negros, la nieve brillando como la sal sobre las superficies cortadas.

No sé por qué, pero me puse a temblar. Fue como el estremecimiento previo al llanto, pero no lloré ni se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Fue miedo? ¿Angustia, escalofrío, quizá dolor repentino? No, fue una suerte de toma de conciencia, un despertar tan frío que me hizo castañetear los dientes. Fue como si una invisible y enorme espada, un pesado filo de hierro imposible de levantar, pendiera en el aire ante mis ojos, sobre mi cuerpo tendido en el suelo.

Fue en ese instante cuando pensé por primera vez que quizá esa marea azul oscura que se llevaba los huesos de los túmulos no estuviera relacionada con las víctimas de la masacre de Gwangju ni con el tiempo transcurrido, sino que fuese una especie de vaticinio personal. Que ese lugar con las tumbas anegadas y las lápidas mudas presagiase el futuro que me esperaba.

Es decir, mi vida en este momento.

*

En los cuatro años que transcurrieron entre la primera vez que tuve el sueño y aquella calurosa madrugada de verano, pasé por varias despedidas personales. Algunas fueron resultado de mis propias elecciones, pero otras fueron totalmente inesperadas y hubiese dado cualquier cosa para evitarlas. Si en el cielo o en el inframundo existiera algo así como un espejo gigante que observa y registra todo lo que hacen los seres humanos, tal como afirman algunas creencias religiosas antiguas, lo que se hubiera reflejado de mí

durante esos cuatro años habría sido un cuerpo despojado de su caparazón que se arrastra despacio como una babosa sobre el filo de un cuchillo. Un cuerpo que desea vivir. Un cuerpo hendido y cortado. Un cuerpo que se escabulle, se abraza y se aferra. Un cuerpo que se arrodilla. Un cuerpo que ruega. Un cuerpo del que no para de supurar algo como sangre, pus o lágrimas.

Una vez superados todos mis afanes, hacia finales de esta primavera alquilé un viejo apartamento en las afueras de Seúl. No me habituaba a no tener una ocupación ni a nadie a quien cuidar, pues durante muchos años había trabajado para mantenerme y atender a mi familia. Estas habían sido siempre las tareas más urgentes, por lo que le robaba horas al sueño para poder escribir. Mi mayor anhelo entonces era disponer algún día de todo el tiempo del mundo para la escritura; sin embargo, ahora que por fin lo tenía, el deseo se había esfumado.

Dejé mis pertenencias en el apartamento tal como las colocaron los de la empresa de mudanzas y permanecí hasta julio tumbada en la cama, aunque sin apenas poder conciliar el sueño. Durante todo ese tiempo, no cociné ni salí de casa. Me alimentaba a base de arroz, *kimchi* blanco y agua que pedía por internet, pero terminaba vomitándolo todo cada vez que me asaltaban las migrañas y los espasmos estomacales. Una de esas noches escribí mi testamento. La carta, que empezaba con un «Solicito algunos favores», decía en qué cajón de mi escritorio guardaba las cartillas de ahorro, la póliza del seguro y el contrato de alquiler del apartamento, a cuánto ascendía el dinero que tenía, lo que quería que se hiciera con él y a quién le dejaba lo que quedase. Sin embargo, todavía seguía en blanco el nombre de la persona a la que le encargaba todos esos favores, pues no tenía la certeza de a quién podría encomendarle semejantes molestias. Agregué unas líneas especificando el monto de la

gratificación que le dejaba, además de expresarle mi agradecimiento y mis disculpas, pero no pude escribir ningún nombre en el espacio reservado al destinatario de la carta.

Lo que me obligó a levantarme de esa cama en la que permanecía tumbada fue precisamente el sentido de la responsabilidad hacia ese destinatario desconocido que se haría cargo de los asuntos que yo dejara pendientes. Con algunos amigos en mente como posibles candidatos, empecé a ordenar mis pertenencias. Debía deshacerme de las botellas de agua vacías que se acumulaban en la cocina, así como de las prendas de vestir y de la ropa de cama que no serían más que un quebradero de cabeza, además de los diarios y las agendas personales. Por primera vez en dos meses, me puse las zapatillas y salí por la puerta del apartamento cargada con sendas bolsas de cosas para tirar en las manos. Como si viera el mundo por primera vez, contemplé el sol de la tarde cayendo a raudales sobre el pasillo orientado al oeste. Mientras tomaba el ascensor, pasaba junto a la portería y atravesaba el complejo de apartamentos, me sentí como una espectadora, como quien contempla por primera vez el mundo de los humanos y siente el clima y la humedad del entorno y la fuerza de la gravedad.

Al volver a casa, en lugar de seguir empaquetando los objetos para tirar que estaban en el salón, me metí en el baño. Sin quitarme la ropa, abrí el grifo del agua caliente y me quedé sentada bajo la ducha. Todavía recuerdo la sensación de los azulejos bajo las plantas de los pies, el vapor cada vez más denso, la camiseta empapada y pegada a la espalda, el agua caliente chorreando por el largo flequillo y bajando por el mentón, el pecho y el vientre.

Salí del baño, me quité las prendas mojadas y encontré algo que ponerme en la pila de ropa que pensaba desechar. Doblé dos billetes de diez mil wones, me los metí en el bolsillo y salí del apartamento. Me dirigí a una casa de gachas de arroz que había detrás de la estación del metro y pedí el plato más suave que había en el menú.

Mientras comía despacio las gachas calientes, las personas que veía pasar al otro lado del cristal se me antojaron débiles, como a punto de romperse. Entonces caí en la cuenta de lo frágil que es la existencia humana; de lo fácil que se quiebran y desgarran la piel, los órganos, los huesos y la vida. Todo por una decisión.

Así fue como la muerte pasó de largo. Como un asteroide que no colisiona con la Tierra por una diferencia angular ínfima, la muerte pasó por mi lado a una velocidad vertiginosa, sin la menor vacilación o remordimiento.

*

No me había reconciliado con la vida, pero debía seguir adelante.

Tras más de dos meses de encierro y alimentación deficiente, había perdido mucha masa muscular. Para lograr romper el círculo vicioso de migrañas, espasmos estomacales y analgésicos con alto contenido en cafeína, debía comer con regularidad y hacer ejercicio. Sin embargo, antes de que pudiera siquiera proponerme estos cambios, llegó el calor. El día que la temperatura máxima superó la temperatura del cuerpo humano, probé a encender el aire acondicionado que se había dejado el anterior inquilino, pero no funcionaba. Después de muchos intentos logré contactar con el servicio técnico, pero, debido al gran número de solicitudes de reparaciones que estaban recibiendo por la ola de calor, no iban a poder venir hasta la segunda quincena de agosto; y comprar un aparato nuevo resultaría casi imposible por la misma razón.

Lo prudente hubiera sido acudir a algún sitio con aire acondicionado, pero no me apetecía ir a una cafetería, biblioteca, banco o cualquier otro lugar con mucha gente. No me quedó más alternativa que tumbarme en el suelo del salón para refrescarme,

darme frecuentes duchas frías para evitar que se me taponaran los poros y sufrir un golpe de calor, y salir de casa a eso de las ocho de la tarde, cuando bajaban algo las temperaturas, para alimentarme con gachas de arroz. La refrigeración del restaurante era increíblemente agradable y, debido a la diferencia de temperatura y humedad con el exterior, el escaparate se empañaba como si fuera invierno. Al otro lado del cristal, muchedumbres con ventiladores de mano apuntando a sus caras pasaban por aquella calle abrasadora que parecía que no fuera a enfriarse jamás, la misma que tendría que recorrer un rato después para volver a casa.

Una noche salí del restaurante sintiendo en la cara las bocanadas de aire caliente que despedía el asfalto recalentado y me paré delante del semáforo. Debía añadir algo más a esa carta en cuyo sobre había escrito «Testamento» con rotulador negro y que aún no tenía destinatario. Mejor aún, iba a escribirla de nuevo desde el principio y de una manera totalmente diferente.

*

Pero, antes de escribirla, debía responderme algunas preguntas.

¿Dónde comenzó a desmoronarse todo?
¿Cuándo se torcieron las cosas?
¿Qué brecha o rotura fue el punto de inflexión?

Sabemos por experiencia que, al marcharse, algunos sacan su cuchillo más afilado para clavárselo al otro donde más le duele. Y que saben exactamente cuál es ese sitio porque conocen a esa persona mejor que nadie.

No quiero vivir como tú, doblegada por la mitad.

Si te dejo es porque quiero vivir,
vivir como es debido.

*

Empecé a sufrir pesadillas en el invierno de 2012, en la época en que leía los materiales de archivo para escribir mi libro sobre aquella ciudad. Al principio eran solo sueños violentos. Yo corría para escapar de las fuerzas especiales aéreas, pero entonces me pegaban con una porra en el hombro y caía de bruces. Otro militar me daba patadas en el costado para obligarme a ponerme boca arriba. No recordaba su cara, pero sí el estremecimiento que me recorría el cuerpo cuando, empuñando el fusil con ambas manos, me atravesaba el pecho con la bayoneta.

No quería proyectar una sombra negativa sobre mi familia —y menos sobre mi hija—, por lo que conseguí un estudio que estaba a unos quince minutos andando de casa. Mis planes eran escribir allí y luego, al final del día, regresar a mi vida cotidiana. Se trataba de una habitación en el primer piso de una casa de ladrillos construida en los años ochenta, que casi no había sido reparada en treinta años. Pinté de blanco la puerta de metal llena de rasguños y, a manera de cortina, clavé con chinchetas un pañuelo para la cabeza en el viejo marco de la ventana a fin de tapar las grietas de la madera. Los días que tenía que dar clase, leía y tomaba notas de los materiales de archivo desde las nueve de la mañana hasta el mediodía; y los demás días, hasta las cinco de la tarde.

Por las mañanas y por las noches, cocinaba y comía con mi familia, como había hecho siempre. Trataba de dialogar todo lo que podía con mi hija, que acababa de entrar en la secundaria y se estaba enfrentando a situaciones nuevas. Sin embargo, la sombra del libro que estaba escribiendo se cernía sobre todos los instantes

de mi vida personal. Ya fuera cuando encendía el fuego de la cocina y esperaba a que hirviese la olla con agua, o cuando mojaba trozos de tofu en huevo y los ponía a freír en la sartén hasta que se doraban, esa sombra me partía en dos.

Para llegar al estudio, iba por el camino que bordeaba el riachuelo. Después de una arboleda frondosa, venía una pendiente en bajada y luego un tramo totalmente despejado de unos trescientos metros de largo, el cual conducía a la pista de patinaje que había debajo del puente. Se me hacía interminable ese tramo donde mi cuerpo quedaba totalmente al descubierto, pues me imaginaba a un francotirador apuntándome desde la azotea de alguno de los edificios al otro lado de la estrecha carretera. Sabía perfectamente que era un temor de lo más absurdo, pero no conseguía librarme de esa sensación.

Al año siguiente, a finales de la primavera, empecé a dormir cada vez peor y a respirar de manera entrecortada; hasta mi hija me preguntó qué me pasaba. Una noche, sobre la una de la madrugada, me desperté sobresaltada. Como no lograba volver a conciliar el sueño, salí a comprar una botella de agua a la tienda de veinticuatro horas. Me detuve en la esquina esperando a que el semáforo se pusiera verde, a sabiendas de que era un gesto inútil porque a esa hora no pasaban personas ni coches. Tenía los ojos puestos en la tienda iluminada al otro lado de la calle cuando de pronto vi a una treintena de hombres desplazándose en una silenciosa fila por la acera de enfrente. Con el pelo largo, uniforme de reservistas y los rifles al hombro, marchaban relajados y sin la menor disciplina militar, como un grupo de niños rezagados en una excursión escolar.

Hacía tiempo que no dormía bien y atravesaba una época en la que no distinguía del todo las pesadillas de la realidad, de modo que mi primera reacción ante aquella escena imposible fue de duda e incredulidad. ¿En verdad estaba viendo aquello? ¿No sería parte

de la pesadilla que había estado soñando? ¿Podía confiar en mis sentidos?

Me quedé inmóvil hasta ver cómo aquellas espaldas envueltas en el silencio, como si alguien hubiese quitado el volumen del mando a distancia, doblaban la esquina y desaparecían en la oscuridad. No era un sueño, no estaba adormilada ni había tomado una sola gota de alcohol, pero lo que acababa de presenciar seguía pareciéndome imposible. Traté de convencerme de que eran reservistas que entrenaban en la base militar de Naegokdong, al otro lado del monte Umyeon, y que probablemente habían salido a hacer una marcha nocturna. Pero para estar allí donde los había visto a la una de la madrugada, tendrían que haber andado más de diez kilómetros en plena noche a través del monte; me resultaba inconcebible que sometieran a los reservistas a semejante entrenamiento. A la mañana siguiente, pensé en preguntarle a algún conocido que hubiera hecho el servicio militar si aquello era posible, pero como no quería que me tildaran de rara —de verdad que me pareció rarísimo lo sucedido—, no me atreví a comentárselo a nadie hasta ahora.

*

Me encontraba en compañía de unas mujeres desconocidas con sus hijos. Cogidos de la mano y ayudándonos mutuamente, descendíamos por las paredes de un pozo de agua creyendo que estaríamos a salvo allí abajo, pero de pronto nos lanzaban una andanada de disparos desde el brocal. Las mujeres abrazaban a sus niños y los protegían con su cuerpo. Del fondo del pozo, que creíamos seco, empezaba a subir un líquido pringoso, como caucho derretido, dispuesto a tragarse nuestra sangre y nuestros gritos.

*

Iba andando con otras personas por una carretera abandonada. Al cruzarnos con un automóvil negro aparcado en el arcén, alguien decía: «Está ahí dentro». No mencionaba su nombre, pero todos entendíamos sin asomo de duda que se refería a la persona que había ordenado la masacre esa primavera. El coche se ponía en marcha y entraba en un enorme edificio de granito. Alguien decía «Vayamos nosotros también», y todos nos dirigíamos hacia el lugar. Al principio éramos muchos, pero cuando entramos en el edificio vacío solo quedábamos dos. Aunque no recuerdo su rostro, había alguien junto a mí, en silencio. Era un varón y parecía seguirme casi a regañadientes. Porque ¿qué podíamos hacer solos los dos? Desde el fondo del pasillo a oscuras, se filtraba la luz de una habitación. Al llegar allí, nos encontramos frente a frente con el asesino, quien sostenía una cerilla encendida. De pronto mi acompañante y yo también teníamos sendas cerillas en las manos. Solo podíamos hablar mientras estuvieran encendidas. Nadie nos lo dijo, pero esa era la regla. La cerilla del asesino casi se había consumido y la llama le rozaba el pulgar. Las nuestras acababan de encenderse, pero las llamas avanzaban rápidas. Pensé que tenía que decírselo y abrí la boca:

«¡Asesino!».

Sin embargo, no se oyó nada.

«¡Asesino!».

Alcé aún más la voz.

«¿Cómo pudiste matar a toda esa gente?».

Después de gritarle con todas mis fuerzas, se me ocurrió de pronto que debía matarle. No tendría más oportunidad que esa, pero ¿de qué manera? ¿Cómo hacerlo? Me giré para mirar a mi acompañante, cuyo rostro y respiración se habían vuelto borrosos. La delgada cerilla se consumía en sus dedos con una llama anaranjada. Y, bajo aquella débil luz, me di cuenta de cuán joven

era el portador de aquella cerilla, apenas un chaval que acababa de pegar el estirón.

*

En enero de 2014 acabé de escribir el manuscrito y fui a la editorial a pedirle al editor que publicara el libro cuanto antes. Pensaba tontamente que, una vez que saliera la obra, dejaría de sufrir las pesadillas. Sin embargo, el editor me respondió que era conveniente esperar hasta mayo, pues el aniversario de la masacre le daría mayor publicidad al libro.

—Si sale en esa fecha, eso motivará a más gente a leerlo, ¿no le parece?

Eso me convenció. En los siguientes meses de espera, reescribí uno de los capítulos. Al final el editor tuvo que apremiarme y acabé entregando el manuscrito definitivo en abril. El libro salió a la venta a mediados de mayo, coincidiendo prácticamente con la fecha del aniversario. Sin embargo, las pesadillas continuaron. Ahora me parece absurdo haber pensado que se acabarían con la publicación del libro. ¿Cómo pude ser tan ingenua, tener la desfachatez de creer que podría escapar algún día del sufrimiento y librarme de los vestigios de violencia cuando había tomado la decisión de escribir sobre masacres y torturas?

*

Entonces llegó la noche en la que soñé por primera vez con aquellos troncos negros y permanecí acostada con la palma de la mano fría sobre los ojos.

A veces tengo la sensación de que, aun después de haberme despertado, los sueños continúan por su cuenta en algún otro lugar, y lo mismo ocurrió con aquel sueño. Así pues, mientras comía,

bebía un té, tomaba un autobús, paseaba de la mano de mi hija, hacía la maleta para un viaje o subía las interminables escaleras del metro, la nieve seguía cayendo en aquella llanura donde no había estado nunca, se formaban y deshacían refulgentes los cristales hexagonales sobre los troncos negros, el agua me cubría hasta el empeine y entonces me giraba sorprendida porque el mar estaba subiendo. Una y otra vez.

Preocupada por esas imágenes que no lograba apartar de mi cabeza, al llegar el otoño me pregunté si no habría algún lugar donde plantar esos troncos. Puesto que era imposible conseguir miles de árboles, plantaría solo noventa y nueve —un número abierto al infinito— y, con la ayuda de una docena de personas que quisieran participar en el proyecto, los pintaría de negro con tinta china. Los vestiría con gran esmero del color de las tinieblas para que nunca más volvieran a robarme el sueño. Finalmente, en lugar de que el mar los anegara, esperaría a que cayera la nieve y los arropara con su manto blanco.

Le pedí a una amiga que con anterioridad se había dedicado a la fotografía y a filmar documentales que dejara registrado todo el proceso en una breve película testimonial, y ella aceptó de buen grado. Nos prometimos llevarlo a la práctica pronto, pero pasaron cuatro años sin que encontráramos el momento apropiado para hacerlo.

*

Aquella sofocante noche volví al apartamento vacío atravesando el bochornoso calor que emanaba del asfalto y me duché con agua fría. Tenía que mantener cerradas las ventanas y las puertas del balcón para evitar que entrara el viento caliente que vomitaban las unidades exteriores de los aparatos de aire acondicionado que los vecinos de los pisos de arriba y abajo tenían encendidos durante

toda la noche. En el salón, sellado como una sauna húmeda, me senté al escritorio antes de que se disipara el frescor de la ducha fría y rompí en pedazos el sobre sin destinatario que contenía mi testamento.

Escríbelo de nuevo.

Como siempre, ese era el mejor conjuro.

Empezaba a escribir, pero a los cinco minutos ya estaba empapada en sudor. Me daba otra ducha fría y volvía al escritorio. Leía lo escrito y lo rompía.

Escríbelo de nuevo.

Hazlo bien, que sea una verdadera despedida.

El verano del año anterior, cuando mi vida comenzó a desmenuzarse como un terrón de azúcar en un vaso de agua y todavía la auténtica despedida no era más que un presagio, escribí un relato al que puse el título de «La despedida». Trataba acerca de una mujer cuyo cuerpo de nieve se derretía bajo la llovizna hasta desaparecer. Sin embargo, ese no podía ser mi último adiós.

Cada vez que el sudor que caía por mi frente hacía que me escocieran los ojos y me impedía seguir, me levantaba y me daba otra ducha fría. De vuelta al escritorio, rompía lo que había escrito hasta entonces. Luego me tumbaba en el suelo del salón con la carta sin terminar hasta que veía surgir la luz azulada del nuevo día. Entonces, como una bendición, sentía un ligero descenso de la temperatura. Y cuando parecía que por fin podría dormir un poco, cuando prácticamente ya estaba dormida, veía caer de nuevo la nieve sobre la llanura, como si no hubiera parado de nevar durante décadas o tal vez siglos.

*

Todavía están a salvo.

Fue lo que pensé con los ojos bien abiertos, sin buscar escapar de aquella llanura, bajo el escalofrío de esa enorme y pesada espada pendiendo sobre mí.

Los troncos plantados en la ladera y la cima de la colina estaban a salvo porque la marea no subía hasta allí. También estaban a salvo los túmulos detrás de los troncos. Los huesos blancos de los cientos de personas enterradas permanecían limpios, fríos y secos porque el mar no podía llevárselos. Sin que sus raíces se mojaran o pudrieran, los troncos negros estaban allí de pie mientras caía la nieve sobre ellos, esa nieve que caía desde hacía décadas o tal vez siglos.

Entonces lo supe.

Debía abandonar los huesos de más abajo que habían arrastrado las olas, debía seguir adelante. Tenía que vadear el agua que me llegaba hasta las rodillas y alcanzar la cima de la colina antes de que fuera demasiado tarde, sin esperar más, sin confiar en la ayuda de nadie, sin vacilar. Una vez allí arriba, contemplaría los cristales blancos deshaciéndose sobre los troncos plantados.

No tenía tiempo que perder,
no tenía otra alternativa.
Debía hacerlo si en verdad lo deseaba,
si deseaba seguir viviendo.

2

LOS HILOS

Sin embargo, seguí sin poder conciliar bien el sueño.

Sin comer bien.

Continuaba respirando de manera entrecortada.

Seguí viviendo de la manera que tanto detestaban las personas que me dejaron.

El verano llegó a su fin, acabó la estación en la que el mundo entero parecía hablarme con toda la potencia de su voz. Ya no sudaba a todas horas; ya no era necesario que me tumbara inerte sobre el suelo del salón o que me duchara con agua fría a cada rato para no sufrir un golpe de calor.

Se había creado una frontera sombría que me separaba del resto del mundo. Vestida ahora con una camiseta de manga larga y pantalones tejanos, seguía yendo y viniendo del restaurante de gachas por calles que ya no despedían un vaho sofocante. Continuaba sin poder cocinar y sin poder hacer más de una comida al día, pues no soportaba que me volvieran los recuerdos de cocinar para alguien o de comer acompañada. Aun así, poco a poco retomé algunas rutinas. Aunque seguía sin ver a nadie y no atendía el teléfono, leía regularmente los correos electrónicos y los mensajes de texto del móvil. En las madrugadas, continuaba sentándome al escritorio a escribir desde el principio la carta de despedida.

Las noches se alargaron y bajaron las temperaturas. A principios de noviembre, por primera vez desde que me mudé, me interné por un sendero que había detrás del complejo de apartamentos y vi unos arces muy altos que refulgían al sol como si ardieran en llamas. Era un espectáculo hermoso, pero mis sensores para percibir la belleza parecían rotos o apagados. Una mañana, la primera escarcha cubrió la tierra congelada y sonó a vidrios rotos bajo mis zapatillas. Hojas secas, grandes como caras de niños, rodaban por el suelo o volaban al viento; y las ramas de los plátanos, desnudas de repente, revelaban su piel blanca como despellejadas sin miramientos.

*

Recibí el mensaje de texto de Inseon una mañana de finales de diciembre, cuando volvía de mi paseo por el sendero. Hacía casi un mes que las temperaturas no subían de los cero grados y los árboles habían perdido por completo sus hojas.

«Gyeongha».

Ese era todo el mensaje.

Conocí a Inseon el año en el que me gradué de la facultad. La revista en la que había entrado a trabajar no contaba con fotógrafos en plantilla, por lo que los propios redactores nos encargábamos de tomar las fotos. Sin embargo, si se trataba de una entrevista importante o de un artículo de turismo, nos movíamos acompañados de un fotógrafo que contratábamos nosotros. Los colegas con mayor experiencia me habían aconsejado que fuera con una mujer, ya que a veces los viajes duraban tres o cuatro días con sus noches. Indagué en empresas de producción audiovisual y me recomendaron a Inseon, quien resultó tener la misma edad que yo. Durante tres años viajamos por trabajo una vez al mes y luego

seguimos viéndonos como amigas durante veinte años, así que me conocía al dedillo sus hábitos. Cuando ella me escribía llamándome solo por el nombre, sin agregar nada más, no era para saludarme o para saber cómo estaba, sino porque tenía algo concreto y urgente que decirme.

«Hola, ¿todo bien?», le respondí después de quitarme el guante de lana.

Esperé un poco, pero no hubo respuesta. Me estaba poniendo de nuevo el guante cuando llegó otro mensaje:

«¿Puedes venir a verme?».

Inseon no vivía en Seúl. Como sus padres la habían tenido con cuarenta y tantos años y era hija única, tuvo que cuidar de su madre antes que el resto de nosotros. Hacía ocho años que había vuelto a su pueblo en las montañas de Jeju para cuidarla, y allí seguía viviendo aun después de que su madre hubiera fallecido. Hubo una época en la que compartíamos nuestro tiempo cocinando, comiendo y charlando en su casa o en la mía, pero al empezar a vivir en ciudades alejadas y sufrir las respectivas vicisitudes de la vida, nuestros encuentros se fueron espaciando, tanto que a veces pasaba un año entero o incluso dos sin que nos viésemos. La última vez que estuvimos juntas fue en otoño del año pasado, cuando fui a visitarla a Jeju. Durante los cuatro días que pasé en aquella casa de piedra y madera, reformada apenas lo suficiente para incorporar el baño al interior de la vivienda, conocí a la pareja de cotorritas blancas que había comprado en el mercado hacía un par de años, una de las cuales era capaz de decir algunas palabras. También me llevó a su taller de carpintería, que estaba cruzando el patio y donde ella pasaba la mayor parte del día, y allí me mostró las sillas de madera maciza que fabricaba. Las tallaba sin uniones a partir de troncos enteros y se vendían, según ella, «inexplicablemente bien», por lo que le suponían un gran aporte económico. «Prueba a sentarte, Gyeongha. No te imaginas lo cómodas que son», me había

dicho muy seria. También me había preparado un té ácido y desabrido poniendo a calentar, sobre una estufa de leña, una tetera con moras y frambuesas silvestres que había recogido en el bosque durante el verano y guardado en el congelador. Mientras yo me quejaba del sabor del té, Inseon, vestida con tejanos y botas de trabajo, se recogió el pelo en una coleta, se colocó un lápiz detrás de la oreja como los artesanos carpinteros que salían en los documentales, y se puso a medir y trazar líneas con una escuadra.

No podía estar pidiéndome que fuera a Jeju. Apenas terminé de escribir «¿Dónde estás?», me llegó la ubicación de una clínica en Seúl que no conocía y luego el mismo mensaje de antes:

«¿Puedes venir a verme?».

Antes de que pudiera responderle, me llegó el siguiente:

«Tráete el carnet de identidad».

Había pensado en pasar por casa, pero cambié de parecer. Aunque tenía puesto un abrigo de plumas que me iba dos tallas grande, me veía bastante decente. Y llevaba la cartera en el bolsillo, donde tenía el carnet de identidad y la tarjeta de crédito con la que podía retirar dinero del cajero.

Antes de llegar a la parada de taxis que estaba cerca del metro, pasó uno libre y lo detuve levantando el brazo.

*

Lo primero que llamó mi atención cuando llegué al lugar fue la frase «el mejor de Corea», que se destacaba en letras negras sobre el polvoriento rótulo publicitario. Mientras me encaminaba hacia la entrada de la clínica después de pagar el importe del taxi, me pregunté por qué no lo conocía si era el mejor centro especializado en cirugía de reimplantes del país. Al cruzar la puerta giratoria, me

encontré en un vestíbulo oscuro y viejo, en cuyas paredes se veían fotografías de pies y manos a los que les faltaba algún dedo. Hubiera preferido no ver esas imágenes, pero aun así aguanté el desagrado y fijé la vista en ellas porque no quería recordarlas después más atroces de lo que eran. Sin embargo, me equivoqué. Cuanto más las miraba, más terribles me parecían. A la derecha estaban las fotos de los mismos pies y manos, pero con los dedos reimplantados. Las claras líneas de sutura delimitaban colores y texturas de piel diferentes.

Si Inseon se encontraba en esa clínica, era porque debía haber sufrido un accidente en su taller de carpintería.

Algunas personas son capaces de cambiar el rumbo de su vida por propia voluntad. Hacen elecciones que a otros ni se les pasarían por la cabeza y se esfuerzan por responsabilizarse de las consecuencias de sus actos, de modo que nadie a su alrededor se sorprende aunque sigan un derrotero totalmente inesperado. Después de graduarse en Fotografía en la facultad, Inseon se interesó por el cine documental y se dedicó a él con denuedo durante diez años pese a que no le reportaba beneficios económicos. Al mismo tiempo, aceptaba cualquier trabajo de fotografía que le encargaban, pero nunca tenía dinero porque invertía todo lo que ganaba en sus documentales. Trabajaba mucho, comía poco y gastaba todavía menos. Siempre iba a todas partes con fiambreras en las que llevaba comida hecha en casa, no se maquillaba y se cortaba el pelo ella misma delante del espejo. En invierno usaba una chaqueta acolchada y un abrigo de lana a los que les había cosido un cárdigan por dentro para que abrigaran más. Lo extraño era que todo lo que hacía parecía natural y hecho a propósito, por lo que se la veía siempre original y atractiva.

Rodó un corto documental más o menos cada dos años, pero el primero que recibió una crítica positiva fue el que filmó recorriendo aldeas selváticas para entrevistar a mujeres que fueron violadas por

soldados coreanos durante la guerra de Vietnam. Debido a la fuerza de la película, de la que se podía decir que la naturaleza era también protagonista por cómo sus impactantes imágenes captaban la luz del sol y la frondosa vegetación tropical, una fundación cultural privada decidió subvencionar la siguiente producción de Inseon. Contando con un presupuesto bastante holgado, esta vez rodó un corto sobre la vida diaria de una anciana con demencia senil que había luchado en Manchuria por la independencia de Corea en los años cuarenta. Me gustó mucho ese documental, en el que los ojos vacuos y el mutismo de la anciana mientras caminaba por la casa con un bastón y ayudada por su hija se alternaban con imágenes de la quietud de la interminable estepa manchuriana. Para sorpresa de todos los que daban por sentado que seguiría abordando el tema de las mujeres que habían sido víctimas de la Historia, en su siguiente trabajo se entrevistó a sí misma. En el corto aparecía, hablando con tono sosegado, una mujer de la que solo se veían su sombra, sus rodillas, sus manos y su silueta blanquecina a contraluz. Salvo las personas de su entorno que reconocimos su voz, nadie supo quién era. Había intercalado algunas imágenes en blanco y negro de la isla de Jeju en el año 1948, pero el hilo narrativo se interrumpía y se producían largos silencios entre las frases, mientras de vez en cuando aparecía y desaparecía una pared blanca en sombras o con manchas de luz. Esto causó desconcierto y decepción en el público, que esperaba conmoverse con escenas frontales y directas, tan impactantes como las que había desplegado en sus obras anteriores. Sin hacer caso de las reseñas adversas, Inseon planeaba unir esos tres cortos bajo el título *Tríptico* para hacer su primer largometraje documental, pero por alguna razón abandonó el proyecto y entró a estudiar en una escuela de carpintería subvencionada por el gobierno.

Yo sabía que le gustaba frecuentar un taller de carpintería que había cerca de su casa. Cuando no tenía trabajo, se pasaba días

enteros en ese lugar serrando madera y cortando tablones para fabricar sus propios muebles y maravillarse luego por ello. Sin embargo, no podía dar crédito a mis oídos cuando me dijo que dejaba el cine para dedicarse a la carpintería. Experimenté la misma incredulidad cuando me comunicó, antes de que finalizara el curso anual de carpintería, que se iba a vivir a Jeju para cuidar de su madre. Pensé que pasaría una temporada en la isla y que luego volvería a sus documentales. Pero, contradiciendo mis suposiciones, lo primero que hizo al llegar a su casa de Jeju fue reformar el cobertizo donde guardaban las mandarinas para transformarlo en un taller y dedicarse a fabricar muebles. Posteriormente, cuando su madre perdió casi todas las facultades y ya no pudo quedarse sola, instaló un pequeño banco de carpintería en un rincón de la casa y se dedicó a tallar, con la ayuda de escoplos y garlopas, pequeños utensilios de madera, como tablas de cortar, bandejas, cucharas y cucharones. Después de que su madre muriera, puso de nuevo en condiciones el taller, que se había llenado de polvo, y volvió a fabricar muebles grandes.

Me sorprendió su repentino cambio de profesión, pero como Inseon medía más de un metro setenta y la había visto transportar y manejar sola los equipos de fotografía desde que tenía veintitantos años, no pensé que la carpintería pudiera ser un trabajo peligroso para ella. Sin embargo, se lastimaba a menudo y eso me preocupaba. No mucho después de fallecer su madre, se enganchó el pantalón en la amoladora eléctrica, lo que le dejó una cicatriz de casi treinta centímetros en el muslo —«No lograba desprender el pantalón y la máquina seguía girando enloquecida como un monstruo», me había contado entre risas—; y dos años atrás, al intentar evitar que se desmoronaran unos troncos apilados, se rompió el dedo índice y se desgarró un ligamento de la mano izquierda, por lo que necesitó seis meses de rehabilitación.

Pero esta vez debía de ser algo mucho más grave, ya que tenía

que ver con una amputación.

Iba a preguntar en la recepción en qué sala estaba ingresada Inseon, pero había un matrimonio joven sollozando delante del mostrador con un niño pequeño de tres o cuatro años en brazos que tenía la mano vendada. Di algunas vueltas por el vestíbulo y miré a través de la puerta giratoria. Aunque todavía no era mediodía, fuera estaba oscuro como si estuviera anocheciendo. El cielo parecía a punto de escupir una andanada de nieve, y los edificios de cemento al otro lado de la calle parecían encorvar sus cuerpos duros envueltos en el aire frío y húmedo.

Decidí sacar un poco de dinero en efectivo y me dirigí al cajero automático que estaba en un extremo del vestíbulo, mientras me preguntaba para qué podría servir mi carnet de identidad. Inseon no tenía padres, hermanos ni marido; ¿necesitaría a alguien que ejerciera como garante de los gastos médicos porque le habían practicado una cirugía de urgencia?

*

—Inseon…

La encontré en la cama situada al fondo de una sala para seis pacientes, mirando ansiosamente hacia la puerta de cristal por la que yo acababa de entrar. Pero no era a mí a quien esperaba. ¿Necesitaría con urgencia la ayuda de una enfermera o un médico? Como si volviera en sí, me reconoció al oírme. Sus ojos se agrandaron y se pusieron brillantes; enseguida se estrecharon como lunas crecientes y se le formaron arruguillas en los bordes.

—¡Has llegado! —me saludó, moviendo solo los labios.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, acercándome.

Le sobresalían las clavículas por debajo de la holgada bata de paciente. Quizá estuviera algo hinchada, porque me pareció que estaba menos delgada que la última vez que la vi.

—Me corté… con la sierra eléctrica… —murmuró en voz baja, como si lo que se hubiera lastimado fuera la garganta y no pudiera usar las cuerdas vocales.

—¿Cuándo?

—Anteayer por la mañana. —Extendió despacio la mano hacia mí y me preguntó—: ¿Quieres verlo?

En contra de lo que habría esperado, no tenía la mano vendada en su totalidad. Las puntas reimplantadas de los dedos índice y corazón permanecían expuestas a la vista. Una mezcla de sangre fresca y sangre negruzca cubría las líneas de sutura.

Mi mirada debió de temblar un poco.

—Es la primera vez que ves algo así, ¿no? —No supe qué contestarle—. Para mí también es nuevo —dijo, sonriendo un poco.

Se veía muy pálida. ¿Habría perdido mucha sangre? Si hablaba como susurrando, debía de ser porque hasta la más mínima vibración de las cuerdas vocales hacía que le dolieran las lesiones.

—Al principio creí que me había hecho un corte profundo y nada más. —Me incliné hacia ella para oírla mejor y percibí un ligero olor a sangre—. Pero un rato después me empezó a doler la mano de un modo indecible. Cuando me quité el guante de trabajo desgarrado, los trozos de dedo estaban dentro.

Para poder entender lo que me decía, tenía que mirar al mismo tiempo los movimientos de sus labios, que se veían azulados de lo pálida que estaba.

—Fue entonces cuando saltó el chorro de sangre. Recuerdo haber pensado que debía parar la hemorragia, y después ya no me acuerdo de nada más. —Con una expresión de culpa, agregó—: No hay que usar guantes de algodón cuando se trabaja con herramientas eléctricas, por mucho frío que haga. Fue un error por mi parte.

Al oír que se abría la puerta acristalada, giró la cabeza. Por la cara de alivio que puso, supe que había llegado la persona que

estaba esperando. Una mujer de unos sesenta años, de pelo corto y con un delantal marrón, se acercó a nosotras.

—Es mi amiga —le susurró Inseon a la mujer, presentándome—. Ella es mi cuidadora de la tarde —me explicó.

La señora, de rostro afable, me saludó con una sonrisa. Después de desinfectarse a conciencia con un gel antibacteriano que olía muy fuerte a alcohol, atrajo hacia sí la caja de aluminio que estaba en la mesilla junto a la cama y la puso sobre sus rodillas.

—Fue un milagro que ese día mi vecina tuviera una cita en el hospital de Jeju y que su hijo hubiera venido para llevarla.

Inseon detuvo su explicación al oírse el clac de la caja metálica al abrirse. Dentro, muy bien ordenados, había dos pares de agujas de diferente tamaño, alcohol desinfectante, un envase de plástico con algodón esterilizado y unas pinzas.

—El hijo trabaja haciendo repartos con un camión grande. Mi vecina le pidió que pasaran un momento por mi casa para dejarme una caja de mandarinas. Les pareció extraño que hubiera luz en el taller pero que no contestara nadie, así que entraron para echar un vistazo y me encontraron allí, inconsciente. Trataron de detener la hemorragia porque me estaba desangrando, y entonces me subieron a la caja del camión para llevarme a toda prisa al hospital de Jeju. Mi vecina recogió el guante de algodón con los trozos de dedos dentro. Pero, como en la isla no hay cirujanos que hagan reimplantes, me enviaron a Seúl en el primer vuelo que había.

Sus susurros se interrumpieron en ese punto, pues la cuidadora, después de desinfectar una de las agujas, la acercó al dedo índice de Inseon y comenzó a pincharle sin miramientos la zona de la sutura que tenía sangre fresca. A Inseon le temblaron al mismo tiempo la mano y los labios. A continuación, la cuidadora desinfectó una segunda jeringuilla con algodón empapado en alcohol y se puso a aguijonearle el dedo corazón. Cuando por fin guardó las dos agujas en la caja después de desinfectarlas, Inseon pudo volver a hablar:

—La cirugía salió bien…

Lo dijo también en un susurro, pero quizá por el esfuerzo que había hecho para aguantar el dolor se percibía un ligero estremecimiento en su voz.

—Ahora lo importante es que no pare de sangrar…

Aunque Inseon susurraba lo más alto posible, la voz de la presentadora de noticias que salía por la televisión me impedía oírla bien.

—No deben formarse costras en las suturas. Tienen que seguir sangrando y tengo que sentir el dolor. De lo contrario, las terminaciones nerviosas podrían dañarse para siempre.

—¿Y qué pasa si se dañan? —pregunté, aturdida.

De pronto, la cara de Inseon se animó como la de un niño y yo casi me sonrío con ella.

—Pues que el trozo de dedo reimplantado se pudre —dijo con los ojos muy abiertos y expresión de «¿No es obvio?», ante lo que no pude hacer otra cosa que mirarla con perplejidad—. Para que eso no ocurra, alguien tiene que pincharme los dedos cada tres minutos las veinticuatro horas del día.

—¿Cada tres minutos? —pregunté de nuevo, como si solamente pudiera repetir como un loro lo que ella decía—. ¿Y cómo duermes?

—Me quedo acostada en la cama y la cuidadora que viene por la noche me va pinchando y dormitando como puede.

—¿Y durante cuánto tiempo hay que hacer eso?

—Durante tres semanas.

No podía despegar los ojos de sus dedos hinchados, que ahora estaban ensangrentados e inflamados a más no poder. Cuando no pude soportarlo más y aparté la vista, me encontré con la mirada de Inseon.

—Es horrible, ¿no?

—No mucho —mentí.

—A mí sí me lo parece.

—No es para tanto —le mentí por segunda vez.

—La verdad es que no puedo más —dijo Inseon, y ella no mentía —. Los médicos dan por sentado que voy a seguir adelante con esto, porque el dedo índice de la mano derecha es importante para cualquiera, pero me arrepiento de no haber tirado la toalla desde el principio. Hubiera bastado con que me cosieran los muñones en el hospital de Jeju.

Sus ojos brillaban más abajo de los párpados en sombras.

—Eso no, Inseon —le dije, sacudiendo la cabeza—. Tú trabajas con la cámara. Necesitas ese dedo para apretar el obturador.

—Tienes razón. Además, aunque me rinda ahora, el médico dice que probablemente seguiré sintiendo el dolor de las partes amputadas toda la vida, así que no me conviene dejarlo.

Inseon había pensado seriamente en rendirse. Seguramente lo habría pensado cada tres minutos, cuando tenía que soportar que le clavaran las agujas. Le habría dicho al médico que quería dejarlo, pero entonces el doctor le habría hablado del «síndrome del miembro fantasma» y la habría convencido de que era preferible continuar, por muy penoso que fuera el proceso, ya que, aunque lo dejara ahora, el dolor persistiría toda la vida.

—Tres semanas… es mucho tiempo —murmuré, sin pretender consolarla—. Te costarán mucho las cuidadoras.

—Sí, porque no me lo cubre el seguro de salud. Por eso las personas que tienen familia no contratan a nadie. Claro que no es fácil causarle semejante dolor a un ser querido, pero es la única manera de ahorrar un poco en gastos médicos.

No pude evitar alegrarme de no ser pariente de Inseon, de no tener que pincharle los dedos cada tres minutos con esas agujas. Casi al mismo tiempo me pregunté cómo se costearía todo aquello. Hasta donde sabía, durante los cuatro años que había estado cuidando de su madre se había gastado todo el dinero del depósito de la casa en la que había vivido de alquiler en Seúl. Los gastos

diarios los había sufragado con lo que ganaba fabricando muebles y artículos de madera, pero seguramente no tendría dinero ahorrado para semejante contingencia. «¿De qué preocuparse si ahora solo tengo que cuidar de mí? —me había dicho un día cuando le pregunté acerca de su situación económica—. Tengo una cuenta de crédito, pero pocas veces la utilizo. Mi saldo es positivo casi siempre y a veces incluso durante bastante tiempo… Me las arreglo sin grandes problemas».

*

—¿Es nieve eso?

Sorprendida por la pregunta de Inseon, giré la cabeza.

El ventanal de la sala daba a la calle y se veían copos de nieve revoloteando. Me quedé observando las hilachas blancas que caían dibujando rayas y luego eché un vistazo a mi alrededor. Como si estuvieran demasiado habituados al dolor y a la resignación, los pacientes y sus familiares miraban por la ventana con expresión ausente.

Fijé la vista en Inseon, que también contemplaba la nieve en silencio. Hay personas que producen la impresión de ser bellas sin ser especialmente bonitas. Inseon era una de ellas. En parte se debía a su mirada inteligente, pero sobre todo a su manera de ser. Tenía la actitud de quien jamás habla por hablar y de quien no desperdicia un solo momento de su vida dejándose llevar por la impotencia o la confusión. A veces bastaba charlar un rato con ella para sentir que se reducían los territorios de lo caótico, lo vago y lo incierto. Su manera de hablar y sus gestos traslucían una firme serenidad, lo cual me hacía confiar en que todos nuestros actos tienen una finalidad, en que todos nuestros esfuerzos tienen algún sentido aunque terminen en fracaso. Incluso ahora seguía viéndose así, a pesar de la mano ensangrentada, la bata de paciente

demasiado holgada y las sondas de la vía endovenosa colgando del brazo. Inseon no se había desmoronado ni daba una imagen de debilidad.

—Parece que va a nevar mucho, ¿no? —comentó, y yo asentí con la cabeza, pues el cielo se había puesto aún más oscuro—. Es extraño estar así contigo, viendo cómo cae la nieve.

Era precisamente eso lo que estaba pensando cuando ella apartó la vista de la ventana para mirarme. La nieve siempre me provocaba una sensación de irrealidad. ¿Sería por la morosidad con que caía? ¿Por su belleza? Cuando veía moverse los copos con la lentitud de la eternidad, de pronto se me hacía patente lo que era realmente importante y lo que no. Ciertas cosas cobraban una aterradora nitidez, como el sufrimiento; o el haber aguantado los últimos meses por la paradójica voluntad de querer escribir mi testamento, o el sentir extrañamente ajeno y a la vez concreto este momento en el que, escapando de mi infierno personal, estaba visitando a una amiga en el hospital.

Sin embargo, yo sabía que Inseon había usado la palabra «extraño» en otro sentido.

*

Cuando falleció su madre, a finales del otoño de hacía cuatro años, Inseon avisó a muy pocos de sus amigos de Seúl. A última hora de la noche, los vecinos del pueblo se fueron yendo a sus casas y sus colegas de cine documental se fueron marchando para tomar sus vuelos de regreso, de modo que la sala del velatorio se fue quedando en silencio. Inseon me preguntó si no estaba cansada y yo negué con la cabeza. Quería decirle algo que la distrajera, pero no se me ocurría nada, pues hacía tiempo que no compartíamos la vida diaria. Cuando el estado de su madre empeoró, Inseon me había hecho desistir varias veces de ir a visitarla. Si la llamaba por

teléfono, pocas veces contestaba o me devolvía la llamada; y si le preguntaba si estaba bien por mensaje de texto, me respondía al cabo de varios días. Sus respuestas breves y comedidas («Claro que estoy bien. Espero que tú también») no dejaban traslucir sus sentimientos, y eso me hacía sentir la distancia que se había creado entre nosotras. Con lo alejadas que habíamos estado todo ese tiempo, ¿estaría bien que le preguntara sobre sus planes de futuro?

Creo que fue por esos sentimientos encontrados por lo que, cuando Inseon me preguntó cómo estaba, le conté el sueño de los troncos negros. Con un plato de pasteles de arroz y mandarinas de por medio, que ninguna de las dos tocó, le confesé que no podía quitarme de la cabeza el sueño que había tenido por primera vez aquel verano. Ya fuera cuando cruzaba tambaleante el interminable paso de cebra de la avenida de ocho carriles para ir al médico por los espasmos estomacales, o cuando me acurrucaba en el rincón de alguna cafetería bulliciosa con los ojos clavados en la puerta esperando a alguien que no llegaba, o cuando me despertaba de alguna otra pesadilla y fijaba la vista temblando en el techo oscuro, siempre veía caer la nieve en aquella llanura desconocida y el mar anegando los troncos negros.

Le pregunté a Inseon si no podríamos hacer algo al respecto, y entonces le propuse mi idea de plantar los troncos, pintarlos de negro y esperar a que cayese la nieve para filmar.

Inseon me escuchó hasta el final y después dijo:

—Tendríamos que comenzar ahora, antes de que acabe el otoño.

Vestida de luto con un traje tradicional negro y con el cabello corto recogido con un coletero blanco, su expresión era seria y serena. Tendríamos que plantar los noventa y nueve troncos en un terreno llano antes de que se congelara la tierra; es decir, había que reunir a la gente y terminar el trabajo a mediados de noviembre a más tardar. Inseon me explicó que poseía un terreno heredado de su padre. Estaba abandonado y nadie lo usaba, así que lo podíamos

aprovechar.

—¿En Jeju también se congela la tierra? —le pregunté, incrédula.

—Claro, en las zonas montañosas se congela.

—Pero ¿cae la suficiente nieve para poder filmarla? Me gustaría que cayeran copos bien gruesos.

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza llevar a cabo ese proyecto en Jeju. ¿Acaso podía nevar tanto en una isla con vegetación de clima templado y semitropical? Hasta entonces había imaginado que lo haría en algún sitio más frío que Seúl, por ejemplo en algún punto de Gangwondo, cerca de la frontera.

—Por la nieve no tienes que preocuparte —me respondió Inseon sonriendo, lo que hizo que se le marcaran algunas arruguillas en las comisuras de los ojos. Fue la primera vez que la vi sonreír ese día.

Me contó que vivía en una zona montañosa y húmeda con abundantes precipitaciones; que en primavera se levantaba una niebla tan densa que las mujeres sufrían de tristeza crónica por no poder ver el sol; que podía llover hasta dos o tres veces a la semana, no solo en la época de las lluvias monzónicas de verano, sino también en las estaciones secas de otoño y primavera; y que era muy normal que nevase copiosamente hasta finales de marzo.

—Lo más difícil va a ser conseguir los troncos. También habrá que reunir a la gente que nos ayude a plantarlos. Pero no te preocupes por la filmación de la nieve, yo me encargaré de hacerlo cada vez que se presente la ocasión.

Sin embargo, el proyecto que pensábamos llevar a cabo ese mismo invierno se postergó por asuntos personales que tuve que resolver con urgencia al llegar a Seúl. La misma situación se repetiría en varias ocasiones. A veces era por ella y otras por mí, pero a alguna de las dos le surgía algún contratiempo o tenía algún problema de salud. Después, cuando caía la primera nevada, pensaba: «Ah, este año tampoco ha podido ser». Si una de las dos llamaba diciendo «Aquí está nevando, ¿qué tal por ahí?», la otra

respondía: «Pues aquí dicen que va a nevar mañana». Luego una de nosotras proponía «¿Podremos hacerlo el año que viene?», y la otra contestaba «Sí, hagámoslo sin falta el año que viene». Entonces las dos nos echábamos a reír a la vez. Incluso llegué a preguntarme si la naturaleza misma de ese proyecto no sería su postergación indefinida.

*

La caja de aluminio volvió a abrirse con un chasquido. Observé con nerviosismo cómo la cuidadora se aplicaba abundante alcohol en las palmas y se desinfectaba con cuidado entre los dedos. Inseon, en cambio, tenía la vista fija en mí, como si no hubiera oído nada ni supiera qué estaba mirando yo con tanta atención.

—Estoy harta de estar en cama. Tengo que quedarme todo el tiempo así, sin moverme —protestó, esbozando una sonrisa—. No puedo caminar ni tampoco puedo hacer fuerza con el brazo.

La cuidadora desinfectó las dos agujas. Como si el mero hecho de tocarlas le hubiera transmitido algún germen, volvió a desinfectarse las manos, una tras otra.

—Por lo visto los nervios que han conectado podrían soltarse. Entonces se contraerían hasta retroceder por encima del codo, y para encontrarlos de nuevo habría que abrir hasta el hombro con anestesia general. Me contaron el caso de un paciente al que tuvieron que trasladar a una clínica más grande porque no despertó de la anestesia, y también me hablaron de otro que murió hace unos años por una infección…

Inseon se interrumpió. Contuve la respiración con ella mientras volvía a ser testigo de cómo la cuidadora le clavaba sin piedad la aguja en la sutura del dedo índice, y al momento me arrepentí de estar mirando. ¿No había comprobado hace un rato, contemplando las fotos en el vestíbulo, que era más difícil de soportar cuanto más

se lo miraba?

Mientras la cuidadora le pinchaba con la segunda aguja el dedo corazón, aparté la vista y la fijé en el móvil que tenía Inseon junto a la almohada. Me imaginé las contorsiones que habría hecho con la cintura, los hombros y la mano izquierda para poder mandarme los mensajes de texto mientras trataba de mantener inmóvil la mano derecha vendada. «¿Puedes venir a verme?», había escrito dos veces, esforzándose por unir consonantes, vocales y espacios. Pero ¿por qué precisamente a mí?

Inseon no tenía muchos amigos y cultivaba la amistad solo con quienes sentía afinidad, pero no me imaginé que, en semejante tesitura, contactaría conmigo antes que con nadie. Cuando pensaba en las personas a quienes podría encargarle la ejecución del testamento que había estado tratando de redactar en verano, no consideré en ningún momento a Inseon. Principalmente porque vivía lejos, pero también porque había cuidado de su madre durante cuatro años y había sufrido sola su fallecimiento, así que no quería cargarla con otra responsabilidad de la misma naturaleza. Además, fue ella quien puso distancia entre ambas durante mucho tiempo, aparte de que yo no me encontraba nada bien en lo personal. En cualquier caso, tampoco podía jurar que había hecho todo cuanto estaba en mi mano para mantener activa nuestra amistad. Si no, no se explicaba que nos hubiéramos alejado tanto, cuando la isla se encontraba a menos de una hora en avión.

Fue por todas esas complicadas consideraciones por lo que terminé preguntándole:

—¿Te vas a poner bien?

Quería animarla, decirle que se pondría bien pronto, pero las palabras salieron de mi boca como una pregunta. Vi cómo temblaban sus labios mientras aguantaba el reiterado dolor. Quizá

incluso se dejó ir por un instante, porque me miró con unos ojos vacíos que no le había visto nunca. ¿Hacía falta causarle semejante sufrimiento para mantener vivas las terminaciones nerviosas? No me cabía en la cabeza. ¿Cómo era posible que, en pleno siglo XXI, la ciencia médica no conociese un método menos doloroso? ¿No la habrían internado en una clínica demasiado pequeña por la urgencia de llevarla a un sitio cercano al aeropuerto?

Los ojos de Inseon recuperaron su luz. Pensé que no habría oído mi estúpida pregunta, pero, como si mereciera la pena responderla, me dijo en un susurro:

—Hay que seguir adelante.

Era una típica frase de Inseon. En la época en que viajábamos juntas para hacer reportajes, cada vez que nos encontrábamos con un entrevistado problemático o surgían inconvenientes en el sitio acordado y yo me ofuscaba sin saber qué hacer, Inseon me decía con aire despreocupado: «Bueno, yo sigo adelante». Solucionara yo el problema por completo, lo hiciera a medias o no encontrara ninguna solución, ella instalaba el equipo, se ganaba en poco tiempo la simpatía de los lugareños y me esperaba. Si la entrevista se hacía finalmente, fijaba la cámara de vídeo y, con una cámara fotográfica en la mano, me decía sonriendo: «Empezamos cuando quieras». Esa sonrisa me contagiaba de inmediato el buen humor. Entonces, contenta de verme más tranquila, me decía con los ojos brillantes: «Bueno, sigo adelante». Estas palabras eran como un conjuro que tenía el poder de sosegarme. Por muy quisquilloso que fuera el entrevistado, por inesperados que fueran los imprevistos con los que nos encontrábamos, cuando veía la expresión serena de Inseon mirando a través del visor de la cámara sentía que no había razón alguna para ofuscarme o alterarme.

*

Entonces me acordé de que me había dicho algo parecido la última vez que hablamos por teléfono.

Una madrugada de agosto en la que, a medio camino entre el sueño y la vigilia, volví a ver la llanura de troncos negros, conseguí finalmente abrir los ojos y escapar de allí. Sudorosa, me incorporé y salí al balcón. La sensación de frescor al abrir la puerta acristalada fue muy breve, ya que enseguida penetraron la humedad y el calor.

El chirrido de las cigarras era ensordecedor. Probablemente habían estado cantando así toda la noche. Al cabo de un rato, las unidades exteriores de los aires acondicionados de los pisos vecinos volvieron a funcionar a todo trapo. Cerré de nuevo la puerta acristalada y me metí en la ducha para librarme del sudor pegajoso y salado que empapaba mi cuerpo. Tumbada de nuevo en el suelo del salón, sin poder huir ni esconderme del calor, esperé a que fueran las siete de la mañana con el móvil cerca de la cabeza. Esa era la única hora de la mañana en la que podía hablar con Inseon, ya que ella trabajaba desde muy temprano hasta las seis de la tarde en el taller de carpintería, y siempre con el móvil en silencio.

—¡Hola, Gyeongha! —respondió Inseon con el tono animado de siempre—. ¿Cómo has estado?

Después de intercambiar saludos, le dije que sería mejor cancelar el proyecto de los troncos negros, que me parecía que yo había interpretado mal el significado del sueño, que lo sentía mucho, pero que se lo explicaría mejor cuando nos viéramos.

—Entiendo —me contestó cuando terminé de hablar—. Pero ¿y ahora qué hacemos? Yo ya he estado trabajando en ello. Empecé poco después de que te fueras.

Fue Inseon quien sacó el tema cuando fui a visitarla a Jeju en otoño del año anterior. Me dijo que por fin se sentía capaz de llevar a cabo el proyecto y yo le respondí que muy bien, que lo hiciéramos entonces. También le pregunté con tacto si había vuelto a filmar algo allí en Jeju y si no pensaba retomar los documentales. Ella se

quedó pensativa un momento y luego me respondió: «Puede que sí lo haga».

—Mira, empecé a reunir los árboles en invierno… —Como si hubiera estado esperando a que la llamase, como si estuviera lista para contarme lo que había hecho todo ese tiempo, siguió explicándome con calma y en detalle—: Reuní más de noventa y nueve troncos y los puse a secar en primavera. Ahora han absorbido la humedad porque estamos en verano, pero para octubre van a estar lo suficientemente secos para poder trabajar con ellos. Si los plantamos en noviembre, antes de que la tierra se congele, podré filmar desde diciembre hasta marzo cada vez que caiga nieve.

Aunque se me pasó por la cabeza que tal vez podría haber empezado por su cuenta, de ahí que me apresurara en llamarla, me quedé atónita. En el fondo había pensado que no lo habría hecho y que el proyecto se volvería a postergar, tal como había sucedido una y otra vez en los últimos cuatro años.

—¿No podrían aprovecharse esos troncos para otra cosa? —sugerí.

—No, no se puede —respondió Inseon, riéndose.

Conocía su hábito de dejar entrever lo que sentía a través de una risa ligeramente diferente. Por supuesto que se reía cuando algo la divertía o se alegraba, o cuando quería mostrar afecto o estaba de broma, pero también lo hacía al negarse a hacer algo, o cuando opinaba diferente de su interlocutor y no quería provocar una discusión.

—Lo siento mucho, Inseon —volví a disculparme—, pero será mejor que lo dejemos. De verdad.

—Bueno, pero tal vez cambies de idea —repuso, sin el menor asomo de risa esta vez.

—No lo creo —respondí con firmeza—. La culpa es mía. Me equivoqué desde el principio.

Inseon no dijo nada por unos segundos que se me hicieron

interminables.

—Bueno, pero yo sigo adelante —manifestó por fin.

—No vale la pena, Inseon —dije, tratando de disuadirla.

Como aceptando mis disculpas con generosidad, como queriendo reconfortarme, agregó en tono paciente:

—No pasa nada, Gyeongha. No te preocupes.

*

Con ese chasquido que hacía que un escalofrío te recorriera la columna, la cuidadora abrió de nuevo la caja de aluminio. Habían pasado los tres minutos. Al cruzarse nuestras miradas, la mujer me dijo como excusándose:

—Su amiga tiene una gran fortaleza de espíritu. Realmente lo soporta muy bien.

Sin dar muestras de acuerdo o desacuerdo, Inseon tendió la mano derecha hacia ella. Pensé para mis adentros que el vendaje estaba demasiado empapado y que la sangre se estaba endureciendo. ¿Le habrían cambiado las vendas esa mañana? ¿No deberían cambiárselas más a menudo cuando sangraba tanto?

—Lo comentan los doctores y también las enfermeras —continuó la cuidadora—. Todos dicen que aguanta el dolor de un modo admirable.

Mientras la señora le aguijoneaba las dos heridas una tras otra, Inseon se quedó mirando por la ventana sin decir nada. Cargados de humedad, los pequeños copos caían dibujando finas líneas verticales en el aire.

—¡Qué extraña es la nieve! —susurró Inseon con voz apenas audible—. ¿Cómo puede caer algo así del cielo?

*

Como si no necesitara oír mi respuesta, como si se dirigiera a alguien al otro lado de la ventana, Inseon continuó diciendo en susurros:

Recuperé el conocimiento en la parte trasera del camión,
un dolor terrible me subía de los dedos mutilados.
Nunca imaginé que existiera un dolor así.
Ahora mismo no lo puedo expresar en palabras.
No sabía cuánto tiempo había pasado,
ni quiénes me llevaban ni adónde iba.
Por los árboles que veía pasar, me figuré que cruzábamos el monte Halla.
Yo iba acurrucada como un insecto medio muerto entre paquetes, cuerdas de goma, mantas sucias y una carretilla con las ruedas oxidadas.
El dolor era tan fuerte que creí que me desmayaría de nuevo.
Lo hubiera preferido, pero no sé por qué me acordé de tu libro.
Me acordé de las personas que aparecen en él, pero no solo de las personas que estuvieron en ese sitio,
también de todos aquellos que sufrieron destinos parecidos,
de aquellos que fueron acribillados,
de aquellos que fueron golpeados con porras,
de aquellos que fueron acuchillados con bayonetas.
¿Cuánto dolor habrán sentido?
Si duele tanto cortarse un par de dedos,
¿cuánto habrán sufrido todas esas personas
cuyos cuerpos fueron perforados y despedazados hasta la muerte?

*

Supe entonces que Inseon no había dejado de pensar un solo momento en mí, en nuestro proyecto, en los troncos negros con los

que yo soñaba desde hacía cuatro años, en el libro que era el origen de ese sueño.

En ese momento me asaltó una sospecha tan terrible que me quedé sin respiración. Fue el verano pasado cuando me dijo que ya tenía los árboles, que había puesto a secar más de cien troncos por si acaso, que en otoño les quitaría las ramas y les daría la forma ladeada y doblada a todos esos postes altos para que recordaran a personas con los hombros caídos…

*

—Pero entonces… ¿estabas haciendo… ese trabajo…? —le pregunté tartamudeando, sintiendo que no había escapatoria—. ¿Cuando te había dicho que lo dejáramos? ¿Te lastimaste haciendo eso?

Hubiera querido gritarle «¡Te dije que no lo hicieras! ¿Por qué no me hiciste caso? ¿Cómo puedes ser tan tozuda?», pero no pude. Fui yo quien se lo propuso. Fue culpa mía, no debí contarle ese sueño sin siquiera saber qué significaba, no debí meter a Inseon en todo aquello.

—Eso no importa ahora, Gyeongha —respondió ella con un tono deliberadamente animado.

Como rechazando cualquier disculpa, responsabilidad o remordimiento que yo pudiera manifestar, dejó de susurrar y se expresó claramente en voz alta, como si por fin hubiera derrotado al dolor:

—No es por eso por lo que te he pedido que vengas. Tengo un favor que pedirte.

Sin poder apartar la vista de sus ojos brillantes y vivaces, esperé a que continuara hablando.

3

LA NEVADA

Al principio pensé que eran pájaros, cientos de miles de pájaros de plumas blancas que volaban sobre la línea del horizonte.

Pero no, no eran aves. Eran nubes cargadas de nieve que el viento dispersaba sobre el mar. Los rayos de sol se colaban entre los resquicios nubosos y hacían brillar los copos. El resplandor se multiplicaba al reflejarse en la superficie del agua y creaba la ilusión de una bandada de pájaros blancos, alargada y brillante, sobrevolando el mar.

Nunca había visto una tormenta de nieve igual. Una vez, hacía diez años, cayó una nevada en Seúl que llegó a la altura de las rodillas, pero jamás había contemplado semejante densidad de nieve en la atmósfera. En las ciudades del interior como Seúl nunca soplaba semejante viento. El autobús en el que iba ahora avanzaba por la carretera que bordeaba la costa. Me había sentado en uno de los asientos delanteros, me ajusté el cinturón de seguridad y miré por la ventana cómo se sacudían las palmeras bajo la ventisca. Se me antojaba de lo más irreal que toda esa nieve no se acumulara, que desapareciera sin dejar rastro, probablemente porque la superficie mojada de la carretera permanecía por encima de los cero grados. Por influjo de alguna causa meteorológica que no alcanzaba a comprender, el ventarrón se aplacaba por momentos, y entonces los

gruesos copos de nieve caían a una velocidad tan increíblemente lenta que, de no encontrarme dentro del autobús, quizá hasta podría observar a simple vista los cristales hexagonales. Sin embargo, cada vez que el viento volvía a la carga, los copos giraban en remolinos, como si se hubiera puesto en marcha una gigantesca y feroz máquina de hacer palomitas de maíz; como si la nieve no cayera del cielo, sino que se generara en la superficie de la tierra y se elevara por los aires, succionada por la atmósfera.

Me sentía cada vez más nerviosa. No estaba segura de haber hecho bien en subirme a ese autobús de recorrido circular por la costa.

Dos horas antes, el avión que había tomado en Seúl aterrizó en el aeropuerto de Jeju con fuertes sacudidas. Seguramente nos habíamos visto afectados por el fenómeno denominado «cizalladura», un repentino cambio en la velocidad o dirección del viento del que solo había oído hablar en las noticias. A medida que el avión aminoraba la velocidad tras tocar la pista, una mujer joven, sentada al otro lado del pasillo, exclamó mirando su móvil:

—¡Dios mío, todos los vuelos después del nuestro han sido cancelados!

El hombre a su lado, que parecía ser su pareja, comentó que habían tenido mucha suerte. Ella lanzó una carcajada y dijo:

—¿A esto lo llamas tener suerte? ¿A haber llegado a Jeju con semejante clima?

Al salir del aeropuerto, la ventisca arreciaba tanto que apenas podía mantener los ojos abiertos. Después de que cuatro taxis seguidos se negaran a llevarme, volví sobre mis pasos a la terminal. Me acerqué a un empleado de mediana edad, vestido con un chaleco fosforescente, que estaba subiendo las maletas al compartimento de carga de un autocar y le pregunté si sabía por qué me rechazaban los taxis. Cuando se enteró de cuál era mi destino, me aconsejó que tomara un autobús. Se había declarado

una doble alerta, por la tormenta de nieve y por los fuertes vientos, así que no iba a encontrar ningún taxi que me llevara hasta ese pueblo de montaña donde estaba la casa de Inseon. Todos los autobuses circulaban con cadenas, pero si seguía nevando durante toda la noche lo más probable era que se interrumpiera el servicio y que a partir del día siguiente las zonas montañosas quedaran aisladas. Cuando le pregunté cuál debía tomar, el hombre se encogió de hombros y me sugirió que me subiera a cualquiera que fuera a la estación de autobuses. Arrugando mucho la frente por la nieve que le caía en los ojos y la nariz, agregó que allí encontraría buses a todos los destinos.

Decidí seguir su consejo. Me subí en el primer autobús urbano que pasó con dirección a la terminal. Estaba nerviosa, pues oscurecería a las cinco y ya eran pasadas las dos y media. La casa de Inseon quedaba lejos del pueblo y tendría que caminar por lo menos treinta minutos desde la parada. Inseon se había quejado alguna vez de que no había farolas y de que por las noches había que andar con una linterna, así que si llegaba muy tarde no me vería capaz de encontrar su casa con semejante tiempo. Fuera como fuese, no podía pasar la noche en un hotel del centro de Jeju, puesto que los caminos a las zonas de montaña podrían quedar cerrados esa misma noche.

Al poco rato de llegar a la estación, entró un autobús de recorrido circular que pasaba por P., una ciudad costera al sur de la isla que estaba cerca del pueblo de Inseon. Había otro bus que atravesaba el monte Halla y pasaba todavía más cerca del pueblo, pero aún faltaba más de una hora para que llegara, así que me subí al primero. Inseon iba a P. en su pequeña camioneta cuando tenía que ir a la oficina de Correos o al banco, y yo misma la había acompañado una vez. Sentada a su lado, había visto el denso bosque de camelios que, al llegar a las cotas más bajas del terreno, se extendía sin fin a ambos lados de la carretera. En aquella

ocasión, Inseon me había contado que había una línea de pequeños buses locales que pasaban cada hora y comunicaban P. con su pueblo; y que, cuando no llevaba carga y hacía buen tiempo, tomaba ese bus local en lugar de llevar la camioneta y que luego se iba a caminar por la costa. Cuando le pregunté por dónde le gustaba pasear, ella me señaló con los ojos una playa de arenas blancas, bañada por un mar de olas espumosas y de un azul tan profundo que cortaba el aliento.

Me acordé de lo que me había contado Inseon y pensé que era la mejor alternativa: iría hasta P. en el autobús de recorrido circular y luego tomaría el pequeño bus local hasta el pueblo de Inseon. La cuestión que no había tenido en cuenta era que la carretera costera de Jeju dibuja una alargada elipse en dirección este-oeste, de modo que quizá hubiera sido más rápido esperar una hora y tomar el autobús que iba por el centro de la isla, atravesando el monte Halla. Mi temor era que, mientras yo daba ese largo rodeo, se interrumpiese el servicio del pequeño bus local.

Los árboles tropicales, repletos de grandes flores carmesíes, se sacudían con fuerza. Debido al viento arrollador, esa nieve no llegaba a posarse ni a acumularse sobre las flores. Las palmeras se movían con mayor vehemencia aún, zarandeando sus ramas como largos y múltiples brazos. Las hojas lustrosas, los tallos de las flores y las ramas frondosas de los árboles se agitaban frenéticamente por separado, como seres independientes que buscaran escapar por sí mismos de la borrasca de nieve.

«¡Qué silenciosa era la nevada en Seúl comparada con esta tormenta!», pensé para mis adentros. La nieve que había visto desde el taxi, hacía apenas cuatro horas tras salir de la clínica, se asemejaba a infinitas hebras de hilo que cosían con prietas puntadas el espacio entre el cielo ceniciento y el asfalto. Mientras me dirigía

a toda prisa al aeropuerto de Gimpo me alejaba cada vez más de Inseon, que debía dejarse pinchar con agujas cada tres minutos hasta sangrar, que solo podía hablar susurrando para impedir que vibraran sus cuerdas vocales, que me miraba fijamente con ojos refulgentes debido al dolor o tal vez a otro sentimiento. Las escobillas del limpiaparabrisas del taxi borraban con tenacidad los copos pegados al cristal como hilachas mojadas.

*

Me encontraba en Jeju porque Inseon me había pedido que fuera a su casa.

—¿Cuándo quieres que vaya? —le pregunté.

—Hoy, antes de que anochezca.

Aunque fuera por la ruta más rápida al aeropuerto de Gimpo y consiguiera tomar el primer vuelo a la isla, lo que me pedía era prácticamente imposible. Pensé que me estaba gastando una broma, pero Inseon me miraba muy seria.

—Si no, se morirá.

—¿Quién?

—El pájaro.

Iba a preguntarle de qué pájaro me hablaba cuando me acordé de las cotorritas que había en su casa cuando fui a visitarla el pasado otoño. Una de ellas me saludó con un «¡Hola!», y me sorprendió muchísimo porque lo dijo con una voz muy parecida a la de Inseon. No sabía que los loros fuesen capaces de imitar la pronunciación y el tono de voz de las personas hasta ese punto. Más asombroso todavía me resultó que la cotorrita respondiera con «Sí», «No», «No sé» y otras frases por el estilo, como si entendiera lo que Inseon le preguntaba e intercambiara con ella un diálogo de lo más normal. Inseon opinaba que no debería usarse la expresión «repetir como un loro», ya que se podía conversar perfectamente con ellos. Viendo

que yo no estaba convencida del todo, me dijo con una sonrisa que probara a hablarle, que le pidiera que se subiese a mi dedo. Yo titubeé, pero, alentada por su sonrisa, abrí la jaula y extendí el dedo índice al tiempo que le decía: «¿Quieres subirte aquí?». Para mi consternación, la cotorrita me respondió al punto con un «No». Sin embargo, contradiciendo su negativa, saltó a mi dedo con sus patitas ásperas y su cuerpecito sin apenas peso, lo cual me conmovió de un modo extraño.

—Ami se murió hace unos meses —añadió Inseon—. Solo queda Ama.

Si la memoria no me fallaba, la cotorrita que sabía hablar era Ami. Inseon me había dicho que aquellas aves podían vivir más de diez años; ¿por qué se habría muerto de pronto? Era blanca, pero tenía las plumas de la cabeza y la cola de color amarillo limón claro.

—Ve a ver si Ama todavía sigue viva. Si lo está, dale agua.

A diferencia de Ami, Ama era totalmente blanca desde la cabeza hasta la cola, por lo que tenía un aspecto todavía más sobrio, y, si bien no sabía hablar, imitaba hermosamente los canturreos de Inseon. Y, mientras Ami se subía a mi índice, Ama había volado y se había posado en mi hombro derecho, haciéndome sentir sus patitas rasposas y su cuerpecito ligero a través del suéter de lana. Cuando giré la cabeza, me observó unos segundos con su ojito izquierdo como diciéndome: «¿Qué miras?».

—Está bien —respondí asintiendo, pues Inseon había manifestado su petición muy seriamente—. Voy a casa a buscar algunas cosas y saldré mañana de madrugada en el primer vuelo que haya…

—No, eso no puede ser —me interrumpió, y me quedé un poco sorprendida porque no era propio de ella—. Ya sería muy tarde. El accidente fue anteayer. Me operaron ese mismo día por la noche y estuve prácticamente inconsciente durante todo el día de ayer hasta hoy. Te he escrito apenas he recobrado la conciencia.

—Pero ¿no se lo puedes pedir a alguien de la isla?

—No, a nadie.

—¿Y a alguien que viva en la ciudad de Jeju o en Seogwipo? —pregunté de nuevo, sin poder creerle—. ¿Y esa vecina que te encontró?

—No me sé su número. —Su voz sonaba extrañamente desesperada—. Me gustaría que fueras tú, Gyeongha. Cuida de Ama hasta que yo salga de aquí. —Quise preguntarle la razón, pero siguió hablando sin darme la ocasión de abrir la boca—: Por suerte, le llené el bebedero con agua esa mañana. También le puse bastante mijo, fruta desecada y pienso porque pensaba trabajar hasta tarde. Puede aguantar dos días, pero tres es demasiado. Si vas hoy, todavía se puede salvar, pero mañana ya estará muerta. Estoy segura.

—Entiendo —le respondí para tranquilizarla, aunque no la entendía en absoluto—. Pero yo no puedo quedarme sola en tu casa hasta que te den el alta. Voy a hacer lo que me pides, y después de haberla salvado me la traigo aquí con jaula y todo. Seguro que te sentirás mejor cuando veas que está bien.

—No —repuso Inseon, tajante—. A Ama le sentaría mal cambiar de ambiente así de repente.

Me quedé perpleja. Nunca, en nuestros veinte años de amistad, me había pedido un favor tan grande. Cuando me dijo por mensaje de texto que llevara mi carnet de identidad, me imaginé que necesitaba que le firmara una autorización para una intervención quirúrgica o algo así, por eso había tomado el primer taxi hasta la clínica sin pasar por casa. ¿Le habrían afectado tanto los terribles dolores y la conmoción del accidente para comportarse de ese modo tan extraño? ¿Estaba haciéndome responsable de lo ocurrido porque había sido por culpa de mi propuesta? ¿De verdad no tenía a nadie más a quien pedirle ese favor? ¿Acaso era yo la única persona que podía quedarse casi un mes en su casa de Jeju cuidando del pájaro?

¿La única persona que no tenía trabajo ni familia, ni una rutina cotidiana que diera sentido a su vida? Cualquiera que fuese la razón, no podía negarme.

*

Cada vez que el vendaval dispersaba los negros nubarrones, los rayos de sol se proyectaban sobre el horizonte. Entonces la nieve surcaba la superficie del mar como una bandada de miles de pájaros, que de pronto se esfumaba como un espejismo cuando las nubes volvían a ocultar el sol. Entretanto, los gruesos copos se estrellaban sin descanso contra los fríos cristales de las ventanillas y de la luna frontal del autobús, donde desaparecían barridos por el chirriante limpiaparabrisas.

Levanté la cabeza, que tenía apoyada en el cristal, y busqué en los bolsillos del abrigo de plumas. Encontré el fino paquete de chicles que había comprado en el aeropuerto de Gimpo poco antes de embarcar. Masqué uno de los doce contenidos en el blíster cuando despegó el avión. Ahora desprendí el segundo y me metí en la boca la gragea cuadrada, de bordes redondeados y algo abultada en el centro. Lo hice porque sentí los signos precursores de la migraña, que se avecinaba como un témpano de hielo resquebrajándose en la lejanía. No tenía la menor idea de qué era lo que me causaba aquella jaqueca, acompañada de fuertes espasmos estomacales y descenso de la presión arterial, que sufría desde hacía tiempo. Tampoco sabía cuándo me podía sobrevenir, así que siempre iba a todas partes con el medicamento que podía aliviarme. Sin embargo, en ese momento no lo llevaba conmigo, puesto que había ido directamente a la clínica sin pasar por casa. Superada la fase inicial, una vez que comenzara a dolerme la cabeza, no habría tratamiento que funcionase. Por experiencia sabía que lo único que podía servirme de ayuda antes de alcanzar ese punto crítico era

mascar chicle. No debía comer nada, hasta unas gachas suaves podían hacerme daño, puesto que, una vez que la jaqueca me atacara, terminaría vomitándolo todo.

—¿Adónde va? —me preguntó el conductor casi gritando en el dialecto de Jeju.

Como no traía maleta y llevaba un abrigo que me iba demasiado grande, pensaría que era oriunda de la isla y no una forastera que estaba de visita.

—Voy a P.

—¿Adónde?

—¡A P.! —repetí alzando la voz, y añadí—: ¿Puede avisarme cuando lleguemos?

A pesar de que iba sentada cerca del conductor, no pude oír con claridad su respuesta, pues el ventarrón que soplaba fuera se tragó sus palabras. Como yo era la única pasajera, querría saber dónde me bajaba porque, si no había nadie esperando en las próximas paradas, podría pasar de largo sin aminorar la velocidad.

Sin embargo, en la siguiente parada había alguien esperando. Un hombre de unos treinta años con pinta de turista se asomaba a la calzada y agitaba la mano en medio de la tormenta. Como si el mero hecho de esperar el autobús luchando contra los fuertes vientos lo hubiera dejado exhausto, se dejó caer agotado en el asiento de detrás del conductor sin pagar el pasaje. Se quitó con dificultad la pesada mochila de los hombros, la dejó en el asiento contiguo, y finalmente se sacó la cartera de la chaqueta.

—Va al aeropuerto, ¿verdad? —preguntó, al tiempo que acercaba la tarjeta al lector.

—Tendría que haberlo tomado en dirección contraria, al otro lado de la carretera. De todos modos, han cancelado todos los vuelos —respondió el conductor alzando mucho la voz.

—¿Cómo? ¿No va al aeropuerto? —volvió a preguntar el hombre con una voz que dejaba traslucir agotamiento y desesperación—. ¡Pero si el cartel pone que va!

—Sí, sí que voy, pero digo que debería haberlo tomado enfrente porque este autobús circular va en sentido contrario y tardará mucho en llegar.

—No se imagina lo mucho que llevo esperando. Si va al aeropuerto, no me importa.

—Tardará como dos horas más —explicó el conductor con un deje de reproche—. Pero, bueno, si a usted no le importa… De todas formas, hoy no hay vuelos.

—Lo sé, pienso esperar en el aeropuerto hasta mañana.

El hombre respondía con educación a las objeciones del conductor, aunque parecía contener cierta ira o enojo.

—¿Hasta mañana? Pero a las once apagan las luces y hacen salir a todo el mundo.

—¿No se puede pasar la noche en el aeropuerto? —preguntó el hombre, sorprendido—. ¿Y qué van a hacer entonces todos los que no han podido tomar su avión hoy?

—¿Y usted qué cree? Pues conseguir un alojamiento para pasar la noche… ¡Qué poco previsor es usted! Salir así, con este tiempo… —comentó el conductor, escrutando a través del espejo retrovisor al hombre, que se había quedado con la boca abierta, como anonadado.

La conversación entre ambos acabó en ese punto. El nuevo pasajero pareció resignarse, se ajustó el cinturón de seguridad y sacó el móvil. Seguramente se puso a buscar un lugar donde pasar la noche en el centro de Jeju, o le escribió un mensaje a algún amigo. Miré hacia la ventanilla, que su gran mochila tapaba a medias. Debería verse el monte Halla, el volcán extinguido elevándose a dos mil metros sobre el nivel del mar, pero apenas se distinguía forma alguna. Solo una gigantesca masa blanca de niebla

y nubes borrascosas agitándose a lo lejos. La nieve no se acumulaba mucho en la costa, pero la situación sería diferente conforme aumentara la altura. Allí donde vivía Inseon, las nubes no se dispersarían dejando pasar los rayos de sol como un milagro, ni los brillantes copos de nieve revolotearían a ras del mar, cual bandada de pájaros, como una merced divina. Cuando llegase a P. tendría que adentrarme en la borrasca de nieve, de una densidad sofocante.

*

«¿Estará Inseon habituada a toda esta nieve?», me pregunté de pronto. Quizá semejante tormenta no fuera sorprendente ni especial para ella. Quizá tampoco lo fuera esa ondulante masa blanca grisácea en la que se entremezclaban indiscernibles las nubes, la niebla y la nieve. Tampoco lo sería la casa de piedra donde había nacido y crecido, una suerte de hito en esa gigantesca masa informe, donde esperaba un pájaro que no se sabía si estaba vivo o muerto.

Aquel primer año en que empezamos a viajar juntas por trabajo, como Inseon nunca mencionaba su pueblo natal y hablaba sin nada de acento, no se me ocurrió pensar que no fuese de la capital. No fue hasta una noche en que la oí hablar con su madre desde el teléfono público del lugar donde nos alojábamos cuando me di cuenta de que ella provenía de aquella isla lejana. Salvo algunas palabras aisladas, casi no logré entender nada del dialecto que utilizó. Hizo una serie de preguntas en tono risueño, luego una broma privada incomprensible, lanzó una gran carcajada a cuento de quién sabe qué, y finalmente colgó.

—¿Qué es tan divertido? ¿Hablabas con tu madre? —le pregunté.

—Ah, no es nada. Era mi madre, que estaba viendo baloncesto —

me respondió de buen humor, con la sonrisa aún en los labios—. Ella es más bien como una abuela para mí. Me tuvo pasados los cuarenta, tiene ya más de sesenta años. No conoce las reglas del baloncesto, pero le gusta ver los partidos porque se ve a mucha gente sentada en las gradas. Es que mi casa está alejada del pueblo y cuando no trabaja se siente muy sola.

Su voz traslucía cierta picardía, como si se estuviera burlando de las manías de su mejor amiga.

—¿Todavía trabaja a su edad?

—¡Claro! Las abuelas trabajan incluso a los ochenta. Cuando llega la época de cosechar las mandarinas, se ayudan unas a otras. —Se rio de nuevo y siguió explicando—: Le gusta ver también los partidos de fútbol, porque congregan todavía a más gente. Ni te imaginas con qué interés mira las imágenes de marchas y protestas, como si fuera a reconocer a alguien entre la multitud.

A partir de aquel día, cuando el tiempo pasaba con demasiada lentitud mientras viajábamos en los autocares, o cuando tardaban en traernos la comida en los restaurantes, le pedía que me enseñara a decir cosas en el dialecto de Jeju. Me gustaba cómo sonaba al oído esa habla de entonación suave y rica sonoridad.

—De todas formas, no te va a servir cuando vayas a Jeju. Se dan cuenta enseguida cuando no eres de la isla.

Al principio no quería enseñarme, pero al ver que mi interés era auténtico comenzó a explicarme las frases más sencillas. Lo que más me llamaba la atención eran las desinencias de los verbos y los adjetivos, que eran diferentes de los del coreano estándar. A veces, cuando conversábamos para practicar y me equivocaba con las formas de los tiempos verbales, Inseon me corregía con una sonrisa.

—Dicen que es porque allí sopla mucho viento —me contó un día —. Que el viento borra las terminaciones de las palabras y las hace más breves.

Así fue como la isla de Jeju, la tierra natal de Inseon, se me

quedó grabada en la mente: como el sosegado dialecto de desinencias de final abrupto que ella me enseñaba, y como una abuela a la que le gustaba ver los partidos de baloncesto cuando echaba de menos a la gente. Esa era la imagen que tenía de la isla hasta que dejé el trabajo en la revista y volví a verme de nuevo con Inseon ya no como colega, sino solo como amiga.

Era la última noche del año y cenamos a una hora tardía en un pequeño restaurante de fideos que daba a una callejuela con poco tráfico. Por lo que puedo recordar, a las dos nos pesaba que fuéramos a tener automáticamente un año más con la llegada del nuevo año.

—Mira, está nevando —dijo Inseon.

—Pues yo no veo nada —repuse, cortando los fideos con los dientes y mirando hacia el escaparate del local.

—Lo verás cuando pase un coche.

Justo en ese momento pasó un automóvil y los copos de nieve brillaron como minúsculos granos de sal contra la oscuridad iluminada por los faros.

Inseon dejó sus palillos sobre la mesa y salió del restaurante. Yo seguí comiendo mientras la observaba a través del cristal. Creí que iba a hacer una llamada, pero su teléfono reposaba sobre la mesa. «¿Querrá tomar una fotografía?», pensé. Aunque no se hubiera llevado la cámara, quizá estaba comprobando dónde hacer las tomas. Era algo que sucedía a menudo cuando viajábamos juntas. Entonces yo tenía dos alternativas: o bien mirar con interés lo que ella observaba y fotografiaba, o bien esperar con paciencia a que ella regresara mientras me ocupaba de otra cosa.

En contra de lo que había supuesto, Inseon no volvió al restaurante a buscar su cámara. Vestida con un fino suéter de cuello alto que le marcaba las clavículas y los finos hombros, y con las manos dentro de los bolsillos de los tejanos descoloridos, se quedó quieta en la calle sin moverse. Pasó un taxi, que dispersó con sus

faros los copos de nieve como granos de sal. Parecía haberse olvidado de todo: del plato de fideos sin terminar, de mí allí dentro esperándola, y de la fecha, la hora y el lugar en que nos encontrábamos. Cuando por fin volvió a entrar en el local, los copos de nieve se derritieron sobre su cabeza mientras se acercaba a la mesa y solo quedaron algunas tenues gotitas de agua adheridas a sus cabellos.

Terminamos de comer sin decirnos nada. Cuando uno llega a conocer bien a alguien, aprende a saber cuándo conviene guardar silencio. Después de un largo rato callada, Inseon me contó que a los diecisiete años se escapó de su casa y que en aquella ocasión casi perdió la vida. Me quedé estupefacta porque sabía muy bien que ella mantenía un fuerte vínculo afectivo con su madre, que se había quedado viuda cuando Inseon tenía diez años y había criado sola a su hija hasta mandarla a la universidad.

—Como siempre me dices que tu madre es como tu abuela, pensé que tú serías como una nieta para ella —repuse—. Ya sabes, las abuelas son diferentes. Con ellas no tienes una relación complicada como con tus padres… Ellas te lo dan todo sin pedir nada.

—Es cierto, así fue mi madre conmigo —me confirmó Inseon con una sonrisa—. Nunca esperó nada de mí, ni tampoco me regañó por nada. —A continuación bajó el tono, como si su madre pudiera oírla, y siguió diciendo—: No tuve problemas con mis padres cuando era pequeña. Ni mi padre ni mi madre alzaban mucho la voz, por lo que siempre había mucho silencio en casa; y cuando falleció mi padre, el silencio se hizo aún más denso. Sentía que no había nadie más en el mundo, que solo estábamos mi madre y yo. A veces me dolía el estómago por las noches, y para aliviarme ella me ataba el dedo pulgar con un hilo y me sacaba una gotita de sangre, pinchándome con una aguja debajo de la uña. Mientras me masajeaba la barriga, suspiraba y susurraba para sus adentros: «Ay, mi hijita, flaca como una caña de bambú, tu vida pende de un hilo

muy fino, como la de tu papá…».

Inseon removió el cuenco para comprobar que no quedaban más fideos en la sopa y dejó los palillos sobre la mesa. Los puso bien derechitos y alineados, como si alguien fuera a someterlos a revisión.

—Pero aquel año… No sé bien por qué, pero aquel año odié a mi madre con toda mi alma…

*

A veces sentía que algo caliente me subía desde la boca del estómago hasta la garganta, entonces todo se me hacía insoportable. Odiaba la casa, odiaba que estuviera lejos de todo y que tuviera que andar más de media hora hasta la parada del autobús; odiaba la escuela, la música de «Para Elisa» que señalaba el comienzo de las clases; odiaba a mis compañeros que no parecían odiar nada; y odiaba el uniforme que tenía que lavar y planchar los fines de semana.

Pero un día empecé a odiar también a mi madre. Del mismo modo que me repugnaba el mundo, sentía repugnancia hacia ella. Del mismo modo que me aborrecía a mí misma, comencé a aborrecerla a ella. Detestaba las comidas que me hacía, que pasara el trapo por la mesa llena de rasguños, que se recogiera los cabellos canosos en ese moño anticuado, que caminara encorvada como si hubiera recibido un castigo. Creció dentro de mí un odio tan grande que casi no podía respirar. Ardía en mi pecho una bola de fuego que quería subírseme hasta la garganta.

Al final me tuve que ir de casa para poder vivir. Sentía que, si me quedaba, ese fuego me iba a consumir. Esa mañana, nada más despertarme, me puse el uniforme. Saqué de la mochila los cuadernos y libros de texto, y la llené con ropa interior y calcetines. Y en la bolsa de lona, en lugar del equipo de gimnasia, metí una muda de ropa de diario. Aquello fue más o menos por esta misma época, en diciembre. Mi madre

se había marchado de madrugada al pueblo a trabajar, porque era la temporada en que las mujeres se juntaban para guardar en cajas las mandarinas de la cosecha. Apenas probé bocado de lo que me había dejado preparado para el desayuno, y después me puse a buscar por los rincones de la casa donde podía haber dinero. Encontré una suma bastante considerable en la lata de galletas que estaba debajo del televisor, donde mi madre guardaba las facturas de luz y agua; era lo que le habían pagado por la cosecha de mandarinas.

Me acuerdo de que la puerta corredera de su habitación estaba entreabierta y que eché un vistazo dentro antes de salir. El edredón estaba prolijamente doblado en un rincón, pero había dejado el futón extendido con la manta eléctrica encendida y cubierto con una manta. Yo sabía que debajo guardaba una sierra de calar, porque mi madre era supersticiosa y creía que no sufriría pesadillas si dormía sobre un metal afilado. Aun así, las tenía de todos modos. Se estremecía entre escalofríos y a veces sollozaba emitiendo gemidos extraños como un gato salvaje. Me enfermaba verla así y oír esos sollozos. Me juré que no me arrepentiría nunca, que no volvería jamás a aquella casa, que no dejaría que mi madre volviera a cargar mi vida de cosas oscuras, con esa espalda encorvada, esa voz horriblemente frágil y ese aspecto de ser la persona más débil y cobarde del mundo.

Me puse la ropa de diario en el baño de la terminal de autobuses, saqué un billete de ferry y me fui de la isla. En la ciudad de Mokpo tomé un autocar y llegué a Seúl ya de noche. Me acuerdo de que me alojé en un hostal barato cerca de la estación y de que no me sentí segura pese a comprobar repetidas veces que la puerta de la habitación estaba bien cerrada. Me daba asco encontrarme pelos en la cama y pasé por las sábanas pañuelos de papel mojados en agua; luego me dormí hecha un ovillo, como si eso pudiera protegerme de la suciedad.

Al día siguiente llamé por teléfono a mi sobrina onni*, quien por aquel entonces estaba estudiando en Seúl. Creo que te he hablado alguna de vez de ella. Es la nieta de mi tía, la única hermana de mi madre, y*

ahora vive en Australia. Mi tía murió muy joven, pero a diferencia de mi madre se casó y tuvo hijos muy pronto, por lo que mi prima casi podría ser mi madre, y la hija de esta, mi sobrina segunda, es incluso dos años mayor que yo. Como no podía llamarla onni a secas porque los mayores me regañaban, siempre la he llamado «sobrina onni».

Por aquel entonces mi sobrina onni estaba en el primer año de la facultad. Le pregunté si podía venir al barrio de Jongno, si podíamos encontrarnos en el vestíbulo del edificio de la YMCA. Ella vino al lugar de la cita sin decírselo a nadie, tal como le pedí, pero en cuanto me vio empezó a regañarme: que por qué me comportaba de esa manera, que volviera a casa cuanto antes, que debía terminar el bachillerato por lo menos, que si había llamado por teléfono a mi madre para tranquilizarla, que si tenía dinero para el pasaje, que dónde me alojaba y todas esas cosas. Me marché enseguida sin responder a ninguna de sus preguntas. Le hice prometer que guardaría el secreto de mi paradero, pero estaba segura de que ese mismo día avisaría a todo el mundo.

De camino al hostal, me juré hacer todo lo contrario de lo que me había pedido mi sobrina onni: no llamaría a mi madre, no volvería a la isla, no terminaría el bachillerato y buscaría un trabajo. Vi un cartel de «Se necesita camarera» en el escaparate de un restaurante japonés y entré para hacer la entrevista. Dije que estaba en primer año de Magisterio, pero que había interrumpido la carrera por un tiempo; y, cosa rara, el dueño del establecimiento me creyó. Me entregó un delantal, me puso a prueba sirviendo comida en el local durante un par de horas, y finalmente me dijo que podía empezar a trabajar al día siguiente.

Volví al hostal con el ánimo exaltado. Tenía la sensación de que la multitud me abría camino a cada paso animándome con un «¡Venga, siempre adelante!». El miedo y los nervios me atenazaban el pecho, pero tenía la mente serena, como si tuviera la cabeza metida en agua helada. «¿Será esto la sensación de libertad?», recuerdo que me pregunté. La noche cayó pronto, y como llevaba una cazadora que abrigaba lo

suficiente para el invierno de la isla pero no para el de Seúl, el frío me calaba hasta los huesos. Me levanté las solapas de la chaqueta y bajé la cabeza, tratando de impedir que el viento helado se me colara por el cuello. Y, mientras andaba de ese modo, resbalé sobre la fina capa de nieve y hielo y me caí desde lo alto de un muro de contención. Todavía recuerdo la sensación de vacío bajo mis pies mientras me precipitaba. «¿Cuándo tocaré el suelo? ¡Me voy a morir!», fue lo que pensé. Más tarde me enteré de que caí desde una altura de cinco metros.

Me encontraron al día siguiente al mediodía. Debajo del muro de contención había un solar en construcción cuyas obras llevaban varios meses paradas, pero afortunadamente ese día el nuevo propietario había ido a inspeccionar el lugar en compañía del agente inmobiliario. Se alarmaron mucho al creer que estaba muerta, pero se asustaron todavía más cuando comprobaron que aún respiraba.

No me maté gracias a que caí sobre unos montones de fieltro que iban a utilizar para el sistema de desagüe. De milagro no me rompí ningún hueso, pero el problema fue el golpe que me di en la cabeza. Estuve diez días inconsciente en un hospital cercano; y como no sabían quién era, me catalogaron como paciente desconocida. Por lo visto, en algún momento recobré brevemente la conciencia y le dije mi nombre a la enfermera, pero yo no me acuerdo de nada. Lo que sí recuerdo es que en algún momento vi a mi sobrina onni *sentada junto a mi cama con los ojos enrojecidos por el llanto. Después volví a perder el conocimiento y, cuando desperté de nuevo, vi a mi madre sentada en su lugar. La sala se encontraba a oscuras y solo estaba encendida la luz de la mesilla, pero pude ver a mi madre mirándome con sus ojos negros.*

Me llamó por mi nombre y me preguntó si la reconocía. Cuando murmuré que sí, no lloró ni me regañó, ni tampoco llamó a gritos a la enfermera. En lugar de eso, se puso a hablarme sin ton ni son, sin soltarme la mano en ningún momento y con los ojos negros brillándole mucho.

Me dijo que supo que me había hecho daño, que lo supo mucho antes

de que la avisaran del hospital, que soñó conmigo la misma noche en que me caí del muro. En el sueño yo tenía unos cinco años y estaba sentada sobre un montón de nieve, pero lo que le extrañó fue que los copos de nieve posados en mi cara no se fundían. Eso le dio tanto miedo que se echó a temblar como una hoja mientras pensaba: «¿Por qué no se derrite la nieve en las mejillas tibias de mi niña?».

*

La noche que Inseon me contó todo eso, yo todavía no conocía a su madre. Unos diez años después, al poco de que Inseon se hubiese mudado a Jeju, tuve que ir a la isla para un cursillo de formación laboral. Una tarde conseguí sacar un poco de tiempo libre y tomé un taxi para ir a visitar a mi amiga a su casa. Sabía que su madre sufría de un principio de alzhéimer, pero, en contra de lo que había esperado, me produjo la impresión de ser una anciana de carácter sosegado y comedido. A diferencia de Inseon, era de complexión pequeña, tenía rasgos delicados y una voz muy agradable, por lo que me hizo pensar en una niña envejecida de repente. Ella me tomó las manos con suavidad y me dio la bienvenida con un «Que pase una velada agradable». Cuando salimos de su habitación, Inseon me dijo por lo bajo: «Cuando ve a alguien que no conoce recupera un poco la lucidez, tal vez porque se pone algo nerviosa. Es que nunca le ha gustado ser una carga. En cambio, cuando está a solas conmigo, lloriquea, se pone de mal humor y se comporta como una niña malcriada. Cree que soy su hermana mayor».

Al día siguiente, durante el vuelo de regreso a Seúl, me acordé de lo que me había contado Inseon de aquella vez que se escapó de su casa y, extrañamente, me dieron mucha pena tanto Inseon como su madre. ¿Cuánto se odiaría a sí misma y al mundo que la rodeaba aquella chica de diecisiete años para que sintiera semejante aborrecimiento por esa mujer tan frágil y menuda? Y todo porque la

madre dormía con una sierra de calar debajo del futón, porque sollozaba y hacía rechinar los dientes cuando tenía pesadillas, y porque hablaba con voz queda y andaba con los hombros siempre caídos.

*

Salimos del restaurante de fideos y echamos a andar en silencio. La nieve caía tristemente sobre la abundante melena de Inseon, y estoy segura de que también se acumulaba sobre mi cabeza. Cada vez que doblábamos una esquina, una calle desierta e inmaculadamente blanca se desplegaba ante nosotras como las páginas de un libro ilustrado. Nuestras huellas en la nieve, el frufrú de las mangas rozando la chaqueta, el sonido lejano de una tienda bajando las persianas… Todo resonaba con claridad en el silencio. Un vaho blanco salía de nuestras bocas y fosas nasales, y la nieve se posaba en nuestras narices y labios. Se derretía enseguida, pero los gélidos copos seguían aterrizando incansablemente sobre la piel mojada. Ninguna de las dos se paró a pensar qué camino debía tomar para irse cada una a su casa. Como una pareja de enamorados que da vueltas para postergar el momento de la despedida, caminamos en dirección contraria a la estación del metro. Cada vez que doblábamos otra esquina y cruzábamos un paso de cebra como si pasáramos la hoja de un libro, yo esperaba a que Inseon rompiera el silencio y siguiera contándome su historia.

*

La noche que me dieron el alta y regresamos a Jeju, mi madre volvió a hablarme de los copos de nieve. Esta vez no del sueño que tuvo, sino de los hechos que le dieron origen. Debía de creer que todavía me quedaban energías para intentar escaparme de nuevo, porque se acostó junto a mí

tomándome de la mano; y si me soltaba sin darse cuenta porque se había quedado dormida, se despertaba sobresaltada y volvía a aferrarme con más fuerza.

Me contó que cuando era pequeña los policías y los soldados mataron a toda la gente de su pueblo, pero que ella, que estaba en sexto grado de primaria, y su hermana mayor, que tenía dieciséis años, se salvaron porque habían ido a hacer un recado a la casa de un tío segundo. Volvieron al pueblo al día siguiente, tras enterarse de lo ocurrido, y estuvieron deambulando toda la tarde por el patio de la escuela buscando los cuerpos de sus padres, del hermano mayor y de la hermanita pequeña de siete años. Los cadáveres estaban amontonados y enmarañados entre sí, y durante la noche había caído una fina capa de nieve sobre sus rostros. Como no se les podía reconocer, mi tía les limpiaba la nieve de la cara con un pañuelo porque no se atrevía a hacerlo con la mano. Luego le dijo a mi madre: «Yo me encargo de quitarles la nieve; tú mírales bien la cara». Seguramente quiso evitar que su hermanita tocara los cadáveres, pero al oír aquello a mi madre le entró tanto miedo que se aferró a la manga del abrigo de su hermana y caminó con los ojos fuertemente cerrados. Únicamente los abría, obligada, cuando mi tía le decía que mirara bien para ver si reconocía la cara. Mi madre me contó que aquel día aprendió, de una vez y para siempre, que cuando alguien se muere y su cuerpo se enfría la nieve se acumula sobre sus mejillas y la sangre se escarcha.

*

A partir del año siguiente, Inseon se dedicó de lleno a trabajar en los documentales que tanto le habían interesado siempre. Con el paso del tiempo, se me ocurrió pensar que lo que me había contado esa noche de nieve delineó de algún modo sus futuros trabajos.

Cerrando una a una las innumerables páginas blancas que desplegamos esa noche, volvimos sobre nuestros pasos hasta la

estación del metro. Sentíamos los pies congelados dentro de las zapatillas mojadas, los puños metidos en los bolsillos de la chaqueta estaban entumecidos por el frío, y se había acumulado tanta nieve sobre la cabeza de Inseon que parecía llevar un gorro de lana blanco. Cada vez que hablaba, el vaho se escapaba de su boca, como chispas traslúcidas dispersándose en la oscuridad.

*

Hasta entonces, yo no había sabido nada. Nunca le había dado importancia al hecho de no haber llegado a conocer a mis abuelos maternos, o de no tener más parientes que mi tía por parte de mi madre. Pensaba simplemente que eran pocos hermanos. No solo yo, seguro que muchos chicos de mi edad pensaban lo mismo de sus familias, ya que los adultos jamás sacaban el tema, ni ahora ni entonces.

Creo que mi madre me lo contó esa noche porque fue presa de algún tipo de fiebre. O, mejor dicho, tal vez tenía hipotermia, pues los dientes no paraban de castañetearle como si tuviera mucho frío. Me quedé muy aturdida porque no se mostró como la persona callada y triste que solía ser, la que yo creía conocer hasta la médula. Entonces no supe precisar si lo que la hizo cambiar de actitud fue aquel terrible suceso ocurrido décadas atrás, o el gran golpe que significó para ella que yo casi perdiera la vida. Lo extraño fue que ella no mencionó mi fuga en ningún momento; no lo hizo entonces ni después. No me reprochó ni me preguntó por qué lo había hecho. Tampoco volvió a hablarme sobre lo sucedido décadas atrás en la isla. Jamás mencionó de qué manera aquellas dos muchachas enterraron los cuerpos de sus padres y hermanos, ni con qué tesón o buena fortuna lograron sobrevivir solas después. Solo me habló de la nieve. De la nieve en las caras de aquellos cadáveres del pasado y de la nieve en su sueño reciente, como si la relación de causalidad que relacionaba a esas nieves que no se derretían fuera la terrible lógica que recorría toda su vida.

Lo que me dijo mi madre aquella noche fue lo siguiente: «Pienso en ello cada vez que nieva. Lo pienso aunque no quiera. En el sueño tú tenías la cara cubierta de nieve… Cuando me desperté de madrugada, me dije: "Se me ha muerto la niña". Te juro que creí que habías muerto».

*

Inseon me confió también que la relación con su madre no mejoró drásticamente después de aquella escapada. Más bien siguió teniendo sentimientos encontrados y, en cierto modo, incluso más confusos. Sin embargo, el odio visceral e insoportable que sentía hacia ella desapareció esa noche como si nunca hubiera existido; y lo mismo esa bola de fuego incandescente que tenía atascada en el pecho.

Mi madre no volvió a hablarme de aquello. No volvió a mencionarlo ni siquiera de pasada. Sin embargo, yo me acuerdo cada vez que nieva. Aunque no lo presencié con mis propios ojos, veo a aquella niña deambular por el patio de la escuela hasta el anochecer; veo a aquella niña de doce años que camina sin poder abrir ni cerrar los ojos, aferrada con desesperación al brazo de su hermana de dieciséis años, como si ella también fuera poco más que una niña.

*

Aunque los limpiaparabrisas del autobús se movían en un frenético vaivén, no lograban borrar los rastros de la borrasca de nieve que arremetía implacable. Los copos se volvían cada vez más espesos y ralentizaban la velocidad del vehículo. Era palpable la inquietud del chófer, que conducía con la vista clavada al frente, tratando de

vislumbrar algo en medio de la tormenta. El viajero sentado detrás, con el mentón apoyado nerviosamente en una mano, no quitaba la vista de la luna frontal del vehículo.

Lo único en lo que yo pensaba era en que tendría que hacer frente a esa tormenta en cuanto me bajara del autobús. Tendría que avanzar a duras penas, prácticamente a ciegas, en medio de ese vendaval que impedía mantener abiertos los ojos.

«Seguro que Inseon está acostumbrada a estas borrascas de nieve —pensé para mis adentros—. ¿Qué haría ella si estuviese en mi lugar?». Me acordé de su personalidad serena, de su manera de ser que no se amilanaba con facilidad ante los contratiempos, y me puse a imaginar lo que haría ella una vez que se bajara del autobús.

Si ella estuviera en mi lugar, se compraría una linterna, ya que si caía la noche y no podía tomar el autobús local tendría que hacer andando el camino a través del campo y sin un solo poste de luz. Se haría también con un par de botas y una pala, porque, a diferencia de en la zona costera, allí en la montaña se habría acumulado mucha nieve desde por la mañana.

«¡Esto es una locura!», murmuré por lo bajo. Yo no era Inseon. No solo no estaba acostumbrada a tanta nieve, sino que nunca había visto nada parecido. Y desde luego no quería tanto a ese pájaro como para ir de noche hasta su casa en medio de semejante tormenta.

*

Supe que estábamos entrando en P. cuando vi los carteles de la cooperativa rural y de la oficina de Correos. Al estirar el brazo y apretar el timbre para bajarme en la siguiente parada, el autobús redujo la velocidad. Casi al mismo tiempo, el viento pareció

ralentizarse. Más bien, cosa increíble, amainó de pronto. Todo estaba en calma, como en el ojo de un huracán. Pasaba un poco de las cuatro de la tarde, pero todo estaba oscuro, como si se aproximara una tormenta todavía más fuerte.

No había nadie por las calles, tampoco había vehículos circulando por la calzada. Lo único que se movía eran los gruesos copos de nieve cayendo a una lentitud increíble. Percibí la luz en rojo de un semáforo en medio de toda aquella blancura y el autobús se detuvo delante del paso de cebra. Los copos de nieve se posaban brevemente en el asfalto mojado, como si titubearan. Como los suspiros de alguien que acepta todo con un «Sí, claro», como los sones de una melodía que acaba fundiéndose con el silencio, como una mano a punto de posarse sobre un hombro para, de inmediato, desistir del gesto, los copos caían sobre el asfalto negro y húmedo para desaparecer enseguida, sin dejar el menor rastro.

4

LOS PÁJAROS

Durante el trayecto en autobús, el viento había amainado en tres ocasiones. Pensé que se debía a alguna razón desconocida que hacía cambiar repentinamente las condiciones meteorológicas. ¿Me habría equivocado? ¿Sería que excepcionalmente el viento no sopla en algunos sitios? Si regresara a esos lugares, ¿caerían los gruesos copos de nieve en silencio como ahora aquí?

El silencio absorbió el runrún del motor del autobús cuando este continuó su camino después de que me hubiera bajado. Me limpié la nieve de las pestañas con el dorso de la mano y traté de orientarme. El bus local no pasaba por esa calle en la que me había dejado el autobús de línea. Debía buscar la parada que me había indicado Inseon cuando la había acompañado al pueblo en la camioneta. Se encontraba en un cruce de calles… ¿Hacia qué esquina me convenía dirigirme? ¿Hacia la que había más adelante o la que quedaba detrás? Decidí ir hacia delante. No había pérdida, pues tenía que avanzar en dirección a la montaña, allí donde flotaba la gigantesca masa de nubarrones cargados de nieve. Si la parada no estaba en esa esquina, volvería sobre mis pasos e iría hacia la otra.

El silencio era sepulcral.

De no ser por la frialdad que me transmitía la nieve que caía sin cesar sobre mi frente y mis mejillas, creería que estaba soñando. ¿Sería a causa de la tormenta por lo que no se veían personas ni

vehículos por ningún lado? ¿Estaban apagadas las luces de las casas de comida porque era domingo? A juzgar por las sillas subidas a las mesas y los letreros de las aceras recogidos, tenían el aspecto de haber cerrado hacía ya tiempo. La tienda de ropa deportiva, con su rótulo destartalado, tenía las persianas bajadas; los maniquíes del escaparate llevaban prendas de otoño livianas y una tela blanca cubría las que estaban colgadas en el perchero. El único lugar iluminado en ese pueblo sumido en la quietud más absoluta era el pequeño supermercado de la esquina.

Compraría allí una linterna y una pala. No estaba muy segura de que vendieran esos artículos en una tienda tan pequeña, pero al menos podría preguntar dónde conseguirlos. Con un poco de suerte, quizá hasta me los prestasen. También podría averiguar dónde estaba la parada del autobús local que iba a la aldea de Inseon. Justo en ese instante se apagó la luz de la tienda y salió un hombre de mediana edad. Con gesto diestro, rodeó con una cadena las manijas de la puerta acristalada y la aseguró con un candado en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Espere! —atiné a exclamar, apresurando el paso.

El hombre se subió a una camioneta aparcada delante de la tienda y yo eché a correr lo más rápido que pude, limpiándome sin descanso la nieve de las pestañas.

—¡Espere!

Los interminables copos de nieve se tragaron mis palabras. El ruido del motor se fundió en el silencio de la nevada y la camioneta empezó a dar marcha atrás por la calle desierta. Agité los brazos para que el conductor me viera, pero fue inútil. Poco después la camioneta se alejaba a toda velocidad y yo me quedé allí inmóvil, siguiéndolo con la vista.

*

Eché a andar de nuevo, con la extraña sensación de que la nieve caía a la velocidad con que fluía el tiempo y que, por tanto, debía ajustar mi paso a ese ritmo. Al llegar a la esquina por la que la camioneta había desaparecido girando a la derecha, alcé la vista hacia la montaña. ¿Sería ese pequeño letrero que se vislumbraba un poco más allá la parada que estaba buscando?

Crucé el paso de cebra, pisando el negro asfalto mojado sobre el que a cada segundo caían y desaparecían al instante miles de copos de nieve. Al cabo de unos cincuenta metros tuve la certeza de que aquella era la parada de bus que estaba buscando. No se divisaba ninguna estructura que protegiera a los pasajeros de la nieve o la lluvia. La nieve caía incansable sobre el cartel de aluminio fijado en lo alto de un poste metálico. Tenía pintado un pequeño icono de bus, sin ninguna indicación de número o recorrido.

*

Mientras me aproximaba a la parada se me ocurrió que, de la misma manera que se había calmado el viento, quizá parase de nevar de repente. Sin embargo, la nieve caía cada vez más densa, como si los copos se reprodujeran infinitos en la atmósfera de un gris blanquecino.

De pequeña leí que hace falta una mota de polvo o una partícula de ceniza microscópica para crear un copo de nieve; que las nubes están compuestas no solo de moléculas de agua, sino también de partículas de polvo y ceniza que ascienden a la atmósfera durante la evaporación; que cuando dos moléculas de agua se unen para formar el primer cristal, esa mota de polvo o partícula de ceniza se convierte en el núcleo del copo de nieve; que los cristales tienen una estructura hexagonal debido a la forma de la molécula y que se fusionan continuamente con otros cristales mientras caen; que si la distancia entre las nubes y la superficie de la tierra fuera infinita,

los copos de nieve seguirían aumentando de tamaño hasta el infinito, pero que de hecho llegan al suelo en menos de una hora; que los copos son tan livianos por los espacios vacíos que se forman al fusionarse los cristales; que los copos absorben y encierran los sonidos en esos espacios, y que esa es la causa del silencio que se produce cuando nieva; que las distintas superficies de los cristales reflejan la luz en incontables direcciones, y que por esa razón no retienen ningún color y se ven blancos.

Recordaba las fotografías de los cristales que acompañaban a esas explicaciones. El libro tenía entre las hojas unas finas láminas de papel encerado para proteger las ilustraciones a todo color, y cada vez que pasaba una de esas hojas semitransparentes aparecían cristales de distintos tipos llenando la página. Quedé subyugada por la exquisitez de sus formas. Algunos cristales no tenían una estructura hexagonal extendida sino en forma de columnas, y debajo, en letra más pequeña, se explicaba que adoptaban esa configuración alargada cuando se encontraban en el límite entre ser nieve y lluvia. Después de leer aquello, cada vez que caía aguanieve me acordaba de las delicadas columnas plateadas de base hexagonal que había visto en aquel libro. Cuando la nieve caía en copos gruesos, me ponía un abrigo de color oscuro y extendía el brazo para observar cómo los copos retenidos en el tejido se convertían en agua. Me daba vértigo solo de pensar que contenían en su interior los espectaculares cristales hexagonales que había visto en el libro. Durante días después de que hubiera nevado, al despertar me quedaba un buen rato en la cama con los ojos cerrados e imaginaba que seguía nevando fuera; y cuando me aburría de hacer los deberes y de arrancarme pellejos de las uñas tumbada en el suelo, me imaginaba que nevaba dentro de mi habitación, que los copos caían sobre mis manos y sobre el linóleo, sucio de cabellos sueltos y restos de goma de borrar.

¿Habría pensado lo mismo Inseon cuando exclamó «¡Qué extraña es la nieve!» con la vista fija en la ventana de la sala donde estaba ingresada? «¿Cómo puede caer algo así del cielo?», había dicho sin mirarme, como protestándole a un ser invisible al otro lado del cristal, como si le resultara difícil aceptar la belleza de la nieve, tal como me contó en voz baja una víspera de Año Nuevo de hace muchísimo tiempo:

Me acuerdo cada vez que nieva. Aunque no lo presencié con mis propios ojos, veo a aquella niña deambular por el patio de la escuela hasta el anochecer.

La nieve se había acumulado sobre la cabeza de Inseon como si llevara un gorro de lana blanca; nuestras manos dentro de los bolsillos estaban congeladas y entumecidas; a cada paso que dábamos, la nieve sonaba como granos de sal bajo nuestros pies.

Pienso en ello cada vez que nieva. Lo pienso aunque no quiera.

*

Al llegar a la parada, me llevé una gran sorpresa.

Creí que no había nadie allí, pero una anciana encorvada de unos ochenta años esperaba el bus apoyada en un bastón. Llevaba un gorro de lana gris claro del que asomaban unos cabellos cortos totalmente blancos, un abrigo acolchado del mismo color que el gorro y botas de nieve con forro de pelo marrón. Inclinando ligeramente la cabeza, que no paraba de temblarle, observó cómo me acercaba. La saludé con un ligero ademán, pero ella se limitó a mirarme. Pensé que no me había visto y repetí el gesto, entonces se dibujó una leve sonrisa en su rostro arrugado, pero desapareció al instante.

No la había divisado antes porque estaba debajo de unos árboles cubiertos de nieve. Los colores claros del gorro y del abrigo la

habían mimetizado. Resultaba de lo más extraño. Durante el trayecto de casi una hora en autobús por la carretera costera, no había visto un solo árbol cubierto de nieve, pues el viento era tan fuerte que aventaba los copos antes de que se posaran. Sin embargo, al amainar el viento, la nieve se había acumulado sobre los árboles en poco tiempo.

Me di la vuelta para mirar hacia la esquina vacía donde la anciana tenía fija la vista. Una vez a su lado, escruté su perfil. Ella también se giró y me miró con ojos impávidos. Si bien no era una mirada cordial, tampoco era indiferente o fría, tenía un no sé qué de calidez. Quién sabe por qué, me recordó a la madre de Inseon. Ambas ancianas se parecían en la complexión menuda, en los rasgos del rostro y, sobre todo, en esa mirada desapegada y al mismo tiempo sutilmente cálida.

«¿Estará bien que le hable?», pensé.

Seguro que Inseon habría entablado conversación con ella sin problemas. El primer año que empezamos a trabajar juntas, nos tocó viajar a zonas montañosas para hacer reportajes sobre pueblos a los pies de montes famosos y sus paisajes. En todos esos sitios, Inseon se ganaba enseguida el favor de las ancianas. Les preguntaba la dirección sin titubear, compartía generosamente la comida con ellas y conseguía con facilidad que nos cedieran una habitación para pasar la noche. Cuando le preguntaba cómo lo hacía, Inseon me contestaba: «Es que me crio una madre que era como una abuela».

De hecho, los documentales de Inseon eran en su mayoría sobre mujeres ancianas. Intuía que las entrevistas tenían un tono especialmente íntimo debido a la capacidad de Inseon para relacionarse con ellas. Me imaginaba que cuando esas abuelas interrumpían lo que estaban diciendo y se quedaban inmóviles

mirando a la cámara, Inseon, con su mirada sincera y bondadosa, las animaba a seguir hablando.

Incluso en aquel documental en el que entrevistaba a ancianas que vivían solas en aldeas recónditas de la selva de Vietnam, aunque Inseon no apareciera en la pantalla, podía imaginarme su expresión cuando el intérprete traducía sus palabras.

Ella le está preguntando si desea decir algo sobre lo que ocurrió aquella noche.

Por encima de esa traducción algo forzada que aparecía en la parte inferior de la pantalla, la anciana de cabellos cortos y canosos recogidos detrás de las orejas se quedaba mirando fijamente a la cámara. En su rostro, menudo y demacrado, resaltaba el brillo de unos ojos extremadamente perspicaces.

Ha venido desde Corea para preguntarle eso.

Finalmente, la anciana abría la boca. Sin echarle siquiera un vistazo al intérprete, respondía mirando únicamente a la cámara, con un sorprendente grado de concentración:

Está bien, te lo voy a contar.

Su mirada atravesaba la lente de la cámara, traspasaba el ojo de Inseon que estaba detrás y se clavaba en mis ojos. Era la respuesta de alguien que había estado esperando aquel encuentro durante muchísimo tiempo. En esa corta frase de asentimiento se condensaba su vida entera.

*

La capa de nieve sobre el gorro de la anciana era cada vez más gruesa. La esquina donde tenía clavados los ojos seguía silenciosa. Tan solo se agitaba la nieve, que no paraba de caer.

—Tío… —le dije, dirigiéndome a ella.

Inseon me había enseñado que había que llamar con el apelativo de «tío» a los mayores, sin importar si eran hombres o mujeres. «Los

únicos que les dicen “señor”, “señora”, “abuelo” o “abuela” son los forasteros. Si llamas a alguien “tío”, aunque luego no sigas hablando en el dialecto de Jeju, pensarán que has vivido mucho tiempo en la isla y se mostrarán menos reticentes».

—¿Hace mucho que espera el autobús? —le pregunté, pero la anciana se limitó a mirarme con expresión impasible—. ¿Falta poco para que venga?

Apoyada sobre el bastón con ambas manos, la anciana levantó con lentitud un brazo y se señaló un oído con los ojos brillantes. Luego, sin que su cabeza parara de temblar, sacudió la mano como negando y esbozó una ligera sonrisa. Aunque parecía que no iba a abrir la boca, movió por fin los labios para decir:

—Cuando nieva de esta manera…

Fue todo lo que dijo, y luego apartó la vista, como dejando claro que no seguiría hablando conmigo, y la fijó en la dirección de donde vendría el autobús.

*

Volví a fijarme en que la anciana se parecía mucho a la madre de Inseon, y entonces sentí una punzada en el pecho al acordarme de sus palabras: «Que pase una velada agradable».

La madre de Inseon no se había dirigido a mí en el dialecto de Jeju sino en el habla de Seúl, pero pensé que ambas mujeres se parecían en la actitud cautelosa; en ese no bajar nunca la guardia, al margen de la cordialidad o las buenas intenciones del interlocutor; en ese aplomo apesadumbrado de quien se ha templado en el sufrimiento; como si el estar preparadas para afrontar cualquier desgracia o infortunio fuera la segunda naturaleza de esas mujeres.

¿Quién habría pensado la madre de Inseon que era yo? Aquella noche Inseon me contó que su madre se olvidaba a menudo de que

tenía una hija, y que entonces la confundía con su propia hermana mayor y se comportaba como una niña. Quizá pensó que yo era una amiga de la tía de Inseon. En ese caso, debió de confundirla el hecho de que yo me dirigiera a ella en el habla de Seúl. La anciana me sonrió y entornó los párpados arrugados, lo que atenuó el brillo de sus ojos. Luego extendió los brazos para tomarme de las manos, así que yo hice lo mismo, y nos quedamos mirándonos a los ojos con las manos entrelazadas. Como deseando saber quién era yo, con una mezcla de curiosidad y recelo, me escrutó con cuidado. Finalmente me soltó y volvió a sonreír con suavidad, así que me despedí inclinando la cabeza y salí de la habitación. Encontré a Inseon delante de los fogones de la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Gachas de soja —me respondió sin volverse—. He pasado por la licuadora soja amarilla y soja negra a partes iguales.

Inseon removía la olla con una larga espátula de madera. Cuando me puse a su lado, giró la cabeza para mirarme.

—Mi madre necesita proteínas, pero como no hace bien la digestión le hago gachas de soja.

—¿Para cuántas personas estás haciendo?

—Normalmente hago poca cantidad, pero hoy he hecho más porque estás tú.

—Estupendo. Precisamente hoy no estoy muy bien del estómago.

Tal vez fuera por el viaje, pero estaba teniendo problemas estomacales. Y como solía ocurrirme en esos casos, también sufría un principio de jaqueca.

—Ay, pobre —comentó Inseon, frunciendo ligeramente el ceño—. Te ha agotado venir hasta aquí.

—No, no es eso —le respondí, meneando la cabeza.

Pensé en añadir «Tenía ganas de venir hace tiempo», pero me callé.

Mientras removía pacientemente con la espátula, Inseon seguía

con la vista fija en las gachas cada vez más espesas.

—Huele delicioso —comenté.

—Y sabe mejor todavía —dijo Inseon con una sonrisa confiada, al tiempo que apagaba el fuego.

—¿Las vas a servir ahí? —le pregunté, señalando unos cuencos, y ella asintió con la cabeza.

Cogí uno de los cuencos y lo puse sobre una bandeja de madera, y ella sirvió las gachas con un cucharón. Así, trabajando en la cocina una junto a la otra, parecíamos hermanas bien avenidas.

—¿Todo eso se va a comer tu madre?

—Dicen que las personas que tienen buen apetito viven más tiempo. Si eso es cierto, mi madre va a tener una vida muy larga.

Sosteniendo la bandeja con ambas manos, Inseon se dirigió hacia la habitación de su madre. Yo me adelanté con presteza y le abrí la puerta corredera. Cuando me quedé sola, deambulé por la sala y la cocina sin saber qué hacer. Pasé un trapo por la mesa de madera aceitada y puse dos pares de cubiertos. Luego llené dos cuencos con gachas y los llevé a la mesa. Me senté en una de las sillas y me quedé mirando el vaho caliente que despedían.

Inseon salió de la habitación de su madre con el cuenco vacío sobre la bandeja. Al encontrarse con mi mirada, dibujó una gran sonrisa.

—¿Por qué sonríes?

—Me he acordado de algo.

—¿De qué?

Inseon dejó la bandeja al lado del fregadero y se sentó frente a mí.

—Una vez te conté que me escapé de casa cuando estaba en segundo de bachillerato, ¿te acuerdas?

—Sí, claro.

—Que cuando me dieron el alta y volví a casa, mi madre me tomó de la mano y me habló de muchas cosas.

Inseon se interrumpió y me miró brevemente, como preguntándome de nuevo si me acordaba.

Claro que me acordaba. Solo que aquella noche en que me lo contó me había imaginado a su madre con un aspecto muy diferente al de la anciana a la que acababa de saludar. Todavía recordaba la sensación que me habían transmitido sus manos tibias, como recién sacadas de debajo del cobertor. Habíamos entrelazado nuestras manos, pero ella no se había fiado plenamente en mí. Con la vista clavada en las gachas aún calientes, me quedé pensando si debería haberla tranquilizado de alguna manera. Aparte de que mi manera de hablar no era la propia de la isla, ¿de qué modo tendría que haberme comportado para que me viera como una persona inofensiva, como una amiga de su hermana mayor?

—Hay algo que no te conté —siguió diciendo Inseon, sin borrar la sonrisa—. Cuando yo estaba ingresada en el hospital y todavía no había recobrado el conocimiento, mi madre me vio en esta casa.

—¿Qué quieres decir?

—No pudieron avisarla de que había tenido un accidente hasta que por fin recuperé el conocimiento y dije mi nombre. Pero, según ella, estuve aquí el día anterior a que la llamaran por teléfono.

—¿Te vio en un sueño? —pregunté después de una larga pausa.

Las mejillas de Inseon se inflaron como si estuviera conteniendo la risa.

—Me contó que salió de su habitación más o menos a medianoche y que, al encender la luz, me vio sentada a la mesa.

—Bueno, algunos sueños parecen reales —dije algo perpleja.

—Está claro que, después de diez días sin saber dónde estaba su hija, bien pudo tener una alucinación.

—¿Y qué pasó?

—Me hizo gachas de arroz.

—¿Tu madre te hizo gachas?

—Sí.

—Pero ¿los espíritus comen gachas?

Las dos rompimos a reír al mismo tiempo.

—Mi madre dice que pensó lo mismo. Mientras me hacía las gachas, rezó para sus adentros para que me comiera al menos una cucharada, ya que entonces sabría con seguridad que yo no era un espíritu. Pero dice que me quedé mirando el cuenco sin decir nada, en la misma actitud que tenías tú hace un momento, como si estuvieses tan hambrienta que no tuvieras fuerzas siquiera para coger la cuchara.

—Pero yo no estoy tan hambrienta ni estoy tan débil —le respondí, llevándole la contraria.

Inseon tomó la cuchara y yo hice lo mismo. Y, aunque acabara de negarlo, en cuanto el sabor de las gachas tibias me llenó la boca sentí un hambre voraz.

—Están deliciosas —murmuré sin darme cuenta.

—Hay más. He hecho un montón —me respondió en su tono afable y confiado.

Cuando levanté la cabeza después de devorar la mitad de mi cuenco, Inseon me estaba mirando con la expresión complacida de una hermana mayor.

—¿Y qué pasó al final? ¿Comiste o no? —dije un tanto avergonzada.

—¿El qué? —preguntó Inseon, pero enseguida entendió a qué me refería y, sacudiendo la cabeza, respondió—: No, no comí.

Inseon se interrumpió un momento para levantarse de la mesa y sacar el recipiente de *kimchi* de la nevera.

—Mi madre me contó que me quedé con la vista clavada en las gachas como una niña que se muere de ganas de comer. Tenía tal cara de hambre que creyó que me había muerto y convertido en un espíritu.

Inseon sirvió un poco de *kimchi* en un plato y lo colocó sobre la mesa. Se me ocurrió entonces que se la veía más serena allí en Jeju

que cuando vivía en Seúl. A veces no resulta fácil diferenciar la paciencia de la resignación, la tristeza de la reconciliación incompleta, la fortaleza de la soledad. Son sentimientos difíciles de discernir en los rostros y gestos de algunas personas, y quizá ni ellas mismas puedan distinguirlos con exactitud.

—Aquel invierno mi madre se refirió a menudo a aquello. Durante un tiempo lo mencionaba cada vez que comíamos: «Aquella noche viniste a verme para que te diera gachas. Querías comer porque querías vivir».

*

Cada vez que el semáforo de la esquina hacia donde miraba fijamente la anciana cambiaba a rojo, ámbar o verde, los copos de nieve que se arremolinaban ante las luces se teñían de distintos colores. Durante el tiempo que llevábamos esperando, pasaron por allí cuatro autobuses de la línea circular en ambas direcciones. En ningún momento se oyó que se detuvieran, lo que significaba que nadie se había bajado ni subido a ellos.

¿Cómo explicar semejante silencio?

Durante el viaje de una hora por la carretera costera, había visto el mar agitándose gigantesco como si fuese a engullir la isla en cualquier momento, y las olas acometiendo desde todos lados con sus crestas de abundante espuma blanca y estrellándose con estrépito contra el malecón.

¿Cómo había podido aplacarse semejante vendaval?

La nieve caía ahora más lentamente. En relación inversa a su velocidad, se había hecho más densa y los copos más grandes, cayendo más juntos y apretados. Cada vez que me sacaba el guante para limpiarme la nieve de las pestañas con la palma de la mano,

los ojos se me mojaban y lo veía todo borroso y ondulante como si estuviera debajo del agua. Cuando me inclinaba para sacudirme la nieve acumulada en las zapatillas, los copos húmedos se me metían por dentro de los calcetines cortos.

Si la temperatura ambiente fuera un poco más alta, la nieve caería en forma de lluvia torrencial. Como el aguacero inmisericorde que quebraba las ramas de los árboles en la selva recóndita de Vietnam, donde Inseon realizó aquellas entrevistas diez años atrás.

Vi por primera vez las imágenes de esa lluvia torrencial en agosto de aquel año, cuando pasé por su casa y la encontré ocupada editando la película tras el viaje. Mientras miraba las imágenes junto a Inseon, más allá de la ventana se oían truenos y caía un fuerte chaparrón, de modo que era imposible distinguir si el sonido correspondía al aguacero de la selva vietnamita o a la lluvia que caía ese día en las calles de Seúl. Flores exóticas desconocidas y plantas tropicales de abultadas hojas se sacudían por la densa precipitación, y un torrente de lodo surgido de la nada atravesaba la aldea. Varias mujeres, con los pantalones enrollados por encima de la rodilla, cruzaban el patio inundado, abrían la puerta del gallinero y recogían a las gallinas y los polluelos en canastas para ponerlos a salvo. Al término de esa filmación de unos diez minutos, viendo que me había quedado sobrecogida por las imágenes, Inseon me habló del calor en esas latitudes tropicales:

—Los cuarenta grados parecen ser el punto crítico. A veces, cuando salíamos de nuestro alojamiento, podíamos ver cientos de polillas pegadas contra las paredes de barro buscando alivio del calor. Entonces ese día la temperatura superaba los cuarenta grados y aparecían insectos completamente diferentes de los que habíamos visto hasta el momento: bichos grandes y llamativos que intuíamos como venenosos y que se arrastraban por el suelo abrasador. Luego,

de pronto, se ponía a llover y era como si lanzaran del cielo interminables cubos de agua. Pero aquella vez fue algo insólito, porque no paró de llover durante dos días y dos noches seguidas.

En la proyección del montaje preliminar que organizó Inseon para algunos amigos, colocó la escena de la tormenta tropical justo después de las imágenes de aquella anciana que decía: «Está bien, te lo voy a contar». La anciana salía al patio a lavar la tetera bajo la bomba de agua, y tras darle a la manivela enjuagaba el recipiente varias veces por dentro y por fuera. A la cuarta vez se oía su voz queda y aparecía la traducción de sus palabras en la parte inferior de la pantalla: «Esa noche llegaron los soldados». La escena de la tormenta empezaba antes de que concluyera su testimonio. La lluvia empezaba a caer sobre las techumbres de ramas y hojas, las gotas rebotaban brillantes contra la bomba de bronce, el seto de frondosos jazmines se sacudía con violencia, el agua lodosa se colaba en el gallinero y las gallinas y los polluelos batían frenéticamente las alas. Con los pantalones de algodón empapados y subidos por encima de la rodilla, las mujeres cruzaban el patio inundado con canastas sobre la cabeza. Después, se veían las cabecitas de las aves salvadas bamboleándose dentro de las cestas como ovillitos de lana mojada.

*

Un copo de nieve que cayó en mi mano enguantada mostró una forma hexagonal casi perfecta antes de derretirse. El siguiente en caer había perdido un tercio de su volumen, pero aún conservaba intactos cuatro de sus delicados brazos. Estos desaparecieron primero, pero el núcleo, blanco y pequeño como un grano de sal, permaneció un instante más hasta convertirse en una gota de agua.

Siempre se habla de lo etérea que es la nieve, pero cada copo tiene su peso, que es el de esa gota de agua.

También se dice que algo es leve como un pájaro, pero ellos también tienen su peso.

Me acuerdo de haber sentido las patitas rasposas de Ama sobre mi hombro derecho a través del tejido del suéter. Las plumas de Ami, posado sobre mi dedo índice izquierdo, eran tibias y suaves. ¡Qué extraño es sentir el contacto de un ser vivo! No es una herida ni una quemadura, pero la sensación no se borra de la piel. Era la primera vez que sentía un peso tan leve.

—¿Cómo es posible que sean tan livianos? —exclamé sorprendida, e Inseon sacudió la cabeza como si ella tampoco lo supiese.

Ese día me explicó que los huesos de los pájaros eran huecos y que el órgano más grande de sus cuerpos era el saco aéreo, semejante a un globo.

—Comen muy poco porque tienen un estómago realmente pequeño. Sus cuerpecillos también contienen muy pocos líquidos y sangre, por lo que se mueren fácilmente si sangran o sufren de sed. Para que te hagas una idea, tuve que cambiar el fogón de gas por otro eléctrico porque las sustancias tóxicas que despiden las llamas pueden envenenarlos. —Bajó el tono de voz, como si los pájaros pudieran oírla, y agregó—: A veces me arrepiento de haberlos traído a casa. Si fueran gatos o perros, no necesitarían tantos cuidados.

De repente, las cotorritas que estaban sobre mi hombro y mi dedo levantaron el vuelo al mismo tiempo. Tras revolotear en el aire por unos instantes, Ama se posó en el hombro de Inseon y Ami sobre el alféizar de la ventana que daba al patio.

—¿Cuántos gramos pesarán? —pregunté, todavía con la sensación como de espuma sobre la piel que me habían dejado al impulsarse para alzar el vuelo.

—No sé, ¿veinte gramos? —respondió Inseon sin apartar los ojos de Ama, posada sobre su hombro.

No sé por qué, pero me vino a la mente un feto humano en la etapa inicial del embarazo. Había oído alguna vez que ese era su peso cuando empezaban a oírse sus latidos. En esa etapa, el feto encogido y encorvado casi no se diferenciaba de un embrión de ave dentro de su huevo.

Al día siguiente, Inseon fue tan amable de llevarme al aeropuerto en su camioneta. Una vez de regreso en Seúl, cuando no podía conciliar el sueño por las noches, me dio por leer sobre aves en internet. Fue entonces cuando me topé con un artículo de una popular revista científica que describía a los pájaros como dinosaurios que habían sobrevivido hasta la actualidad. Explicaba que, cuando la superficie del planeta ardió tras colisionar con un asteroide y la atmósfera quedó cubierta de cenizas causando el exterminio de la mayoría de los animales y plantas, los únicos seres vivos que subsistieron fueron los pájaros-dinosaurios, pues pudieron permanecer volando durante meses gracias a sus plumas. Por aquella misma época descubrí un sitio web en el que las aves existentes aparecían clasificadas por su nombre científico, acompañadas de fotografías. Leer en voz alta aquellos nombres que olvidaba casi al instante ayudaba a que el tiempo pasara, aunque fuera lentamente. Una noche encontré por casualidad un esquema del corte transversal de un pájaro que me pareció especialmente hermoso, y lo guardé en mi ordenador. Era verdad que tenía un saco aéreo semejante a un globo en el centro y que los huesos presentaban orificios ovalados como si fueran flautas. «Por eso son tan livianos», murmuré en la oscuridad, acordándome de las patitas rasposas que atravesaban el tejido de mi suéter.

*

Un copo de nieve particularmente grande aterrizó sobre mi mano. ¿Cuántas veces se habría fusionado con otros cristales mientras caía desde una altura superior a los mil metros? ¿Cómo podía seguir siendo tan ligero? ¿Qué tamaño tendría si se formara un copo de veinte gramos de peso?

Examiné el rostro de la anciana, que permanecía inmóvil como una estatua de piedra, con ambas manos apoyadas sobre el bastón. ¿Cuánto hacía que estaba esperando en la parada? ¿No tendría frío con las manos desnudas? Era como si el tiempo se hubiese detenido. Como si los únicos seres con vida que hubiera en ese desolado pueblo con todas las tiendas cerradas fuésemos ella y yo. Sentí el impulso de extender mi mano para quitarle la nieve adherida en las pestañas, pero me contuve, pues me asaltó el extraño temor a que se desvaneciera en el aire si la tocaba.

*

Tienes que estar siempre alerta con ellos, aunque parezca que están bien. Por muy enfermos que se encuentren, se quedarán posados sobre la percha como si no les pasara nada. Lo hacen por instinto, para no convertirse en blanco de los depredadores. Y cuando se caen del palo, ya es demasiado tarde.

Mientras Inseon me explicaba aquello con expresión preocupada, Ama continuaba posada sobre su hombro.

La cotorrita estaba girada hacia mí, aunque seguramente no me estaba viendo. Debía de estar mirando a Inseon con un ojo, y con el otro a su sombra en la pared, fusionada con la de Inseon. Me divirtió observar que la sombra de Inseon se viera el doble de grande que su tamaño real, así que saqué un lápiz del estuche que llevaba en el bolso y me acerqué a la pared.

—Si no te gusta, luego lo borro con una goma.

Mientras yo trazaba el contorno de la sombra sobre la pared empapelada de blanco sin apretar demasiado el lápiz, dibujando la cabeza y los hombros gigantes de Inseon con un enorme pájaro negro encima, ella se quedó muy quieta para que las líneas no se movieran. Ami, que estaba en el alféizar de la ventana, alzó el vuelo batiendo las alas y se posó en la pantalla de la lámpara que colgaba sobre la mesa de la cocina. Al moverse la fuente de luz, lo hizo también la sombra; pero al aquietarse de nuevo la lámpara, la sombra regresó a su posición inicial.

«No, no», decía Ami en voz baja, como suspirando, posada sobre la pantalla de la lámpara. Probablemente lo habría aprendido de su ama. ¿En qué circunstancias habría dicho eso Inseon?

—Es hora de que os vayáis a dormir —dijo mi amiga, acariciando la cabeza de Ama, que seguía sobre su hombro.

Como si fuera una señal acordada, Inseon comenzó a cantar. Era una canción de cuna que yo no conocía, pero cuya melodía me sonó familiar. Antes de que terminara la primera estrofa en el dialecto incomprensible de la isla, Ama empezó a canturrear la música, convirtiendo la canción en un canon. Maravillosamente suave y al mismo tiempo sutilmente a destiempo, la armonía musical continuó sin interrumpirse. Inmóvil sobre la pantalla de la lámpara, como prestando atención a la canción, Ami tenía la cabecita girada hacia mí. Con un ojo estaría mirando la sombra de Inseon que se movía en la pared, y con el otro, alguna planta que se mecía en el patio bajo la luz vespertina al otro lado de la ventana. Me pregunté cómo sería poseer dos campos de visión. ¿Sería como ese canon a destiempo, o como vivir al mismo tiempo en el sueño y en la realidad?

*

El dolor volvía a activarse de nuevo, empezando justo detrás de los ojos, pasando por la nuca y los hombros rígidos y llegando hasta el estómago. Antes en el autobús había escupido el chicle, que ya había perdido todo su sabor, y no creía que mascar otro me fuera a ayudar mucho.

Me quité los guantes, me froté las manos para calentarlas un poco y me las puse sobre los párpados. También hice algunas sentadillas y probé a mover la cabeza y los hombros en círculos. Enderecé la espalda e hice inspiraciones profundas, avancé tres pasos y retrocedí otros tres. Quizá si pudiera darme un baño caliente a tiempo, podría evitar que me asaltaran los espasmos estomacales. Quizá si me comiera unas gachas calientes, si pudiera estirar y relajar el cuerpo en un lugar caldeado…

Tal vez si Inseon no estuviese ingresada en esa clínica de Seúl, sino en su casa de Jeju… Si viniera a buscarme en la camioneta, sorprendida de mi llegada… Si, al ver que me masajeaba los ojos con las palmas de la mano, me dijera: «La otra vez te comiste unas gachas de soja y te sentiste mejor. Vamos a casa y te prepararé unas pocas»… Si me mirara con esos ojos suyos, tan seguros y sonrientes…

*

La luminosidad del semáforo de la esquina era cada vez más intensa y los colores de los copos que se arremolinaban ante la luz se veían más nítidos. Empezaba a caer la tarde.

No parecía que fuera a venir el autobús.

Y aunque viniera ahora, para cuando llegase a la aldea de Inseon todo estaría tan oscuro que me sería imposible encontrar el camino a su casa.

Lo más conveniente sería tomar el autobús de la costa en dirección a Seogwipo y buscar un lugar donde pasar la noche. Aunque era domingo, allí habría alguna farmacia abierta donde poder comprar al menos un analgésico sin receta. Y en el caso de que no me hiciera efecto, al día siguiente a primera hora podría ir a un médico y, con un poco de suerte, tal vez conseguiría que me recetara el único medicamento que me calmaba las migrañas.

—Pero antes tengo que llamar a Inseon —musité en voz alta sin querer, y el aliento que salió de mi boca se disipó entre los copos de nieve.

No, mejor le enviaría un mensaje de texto, ya que le costaba responder al teléfono y tal vez cuando sonara el móvil le estuvieran pinchando las suturas.

El dolor de detrás de los ojos se estaba agudizando. A sabiendas de que no me produciría ningún efecto, saqué los chicles del bolsillo, extraje dos del blíster y me los metí en la boca. Empecé a mascarlos, pero me dieron ganas de vomitar y tuve que escupirlos en una servilleta que me habían dado en el avión con un vaso de agua. Hice una bola con el papel y me la guardé en el bolsillo, sintiendo su humedad pegajosa.

Cambié de parecer y decidí llamar a Inseon, pues pensé que le costaría más usar las dos manos para responderme con un mensaje de texto. Además, la cuidadora podría acercarle el aparato a la oreja en caso de que no pudiera cogerlo ella misma. Con el silencio que reinaba en la parada, seguro que podría entender, sin perderme una sola palabra, cualquier cosa que murmurara Inseon haciendo vibrar apenas las cuerdas vocales.

Le diría que iba a darme por vencida, que estaba nevando demasiado y que no me encontraba bien. Inseon estaba al tanto de que las migrañas me asaltaban sin previo aviso y de que los espasmos estomacales que sobrevenían después podían dejarme inmovilizada durante días. Por otra parte, ella sabía mejor que yo

cómo eran las tormentas de nieve en la isla y cómo paralizaban el tráfico de vehículos.

*

Desistí cuando sonó el quinto tono de llamada. Volvería a intentarlo en un rato. Mi teléfono era viejo y gastaba mucha batería, por lo que ya había consumido buena parte de la carga.

Por fin, Inseon respondió al móvil. Dije su nombre y agucé el oído, pero en lugar del murmullo quedo que esperaba, oí una voz de mujer que delataba urgencia:

—¡Llame más tarde, por favor!

Me quedé perpleja, con la vista fija en la pantalla apagada. Debía de ser la cuidadora. Al fondo se oía un bullicio que no era el de la sala donde había dejado a Inseon. Quién sabe lo que estaría pasando. Apenas me quedaba algo más del diez por ciento de batería, así que necesitaba cargar el teléfono para poder realizar otra llamada. Debía llegar a Seogwipo lo antes posible.

Me metí en el bolsillo el aparato que aferraba con fuerza y miré de reojo a la anciana. ¿Debería decirle antes de irme que probablemente se había interrumpido la circulación del autobús local? Ella no podía oír bien y se apoyaba en un bastón, ¿no necesitaría mi ayuda para caminar?

La anciana permaneció inmóvil y con la vista fija en algún punto lejano más allá de la esquina, totalmente ajena a mi presencia. Tendría que tocarla para llamar su atención. En el instante en que iba a posar la mano en su hombro, algo se agitó en su expresión, vi un nuevo destello en sus ojos. Seguí su mirada y allí a lo lejos, como un milagro, dobló la esquina un pequeño autobús, cargado con una gruesa capa de nieve sobre su techo.

*

Oí el motor del autobús que se aproximaba, aun cuando los copos de nieve absorbieron gran parte del ruido. Se detuvo con el chirrido de una tiza rasgando la pizarra, aunque la nieve se tragó también esa vibración.

Al abrirse la puerta delantera, me llegó el aire húmedo del interior del vehículo caldeado por la calefacción. Con la mano enguantada sobre la palanca de cambios, el conductor, un hombre de unos cuarenta años con gafas y uniforme azul, se dirigió a la anciana en el dialecto isleño:

—Ha tenido que esperar mucho, ¿verdad? Es que dos autobuses se han quedado atascados por la nieve en la montaña. ¿Ha estado esperando con este frío?

Por toda respuesta, la anciana se señaló el oído con la mano y asintió con la cabeza, tal como había hecho antes conmigo. Luego subió lentamente los escalones ayudándose con el bastón. Yo la seguí como en trance. El vehículo estaba vacío, dentro no había un solo pasajero.

—¿Va a Secheon? —pregunté antes de acercar la tarjeta al validador.

—Sí, señora —me respondió en el habla de Seúl, y en su cambio de tono percibí cierto distanciamiento.

—¿Puede avisarme cuando lleguemos?

—¿A qué parte de Secheon va? Allí hay cuatro paradas. Es una aldea bastante grande.

No me acordaba del nombre de la parada que quedaba más cerca de la casa de Inseon. Solo sabía que era una palabra en el dialecto de Jeju que no me resultaba familiar. Dudé sin saber qué responderle y el conductor se quedó escrutando mi expresión, mientras los limpiaparabrisas rechinaban ruidosos en su vaivén, quitando la nieve de la luna frontal.

—Normalmente esta línea circula hasta las nueve, pero este es el

último del día de hoy. —Como seguí callada, repitió la explicación —: Que este es el último autobús que va hoy a Secheon.

Se había dado cuenta de que yo era una forastera por mi manera de hablar y me estaba avisando porque le extrañaban mi aspecto y mi actitud.

—Ah, gracias —respondí al fin—. No sé cómo se llama la parada, pero me daré cuenta cuando lleguemos. Se lo digo después.

Pasé la tarjeta por el validador, sin estar del todo segura de mi afirmación, y empecé a avanzar por el pasillo del autobús. Tomé asiento detrás de la anciana, que se había sentado apoyando el torso encorvado en el bastón. La nieve acumulada sobre su gorro de lana se había derretido, convirtiéndose en diminutas gotas de agua.

*

No era del todo mentira lo que le había dicho al conductor.

En esa parada, la más próxima a la casa de Inseon —aunque estaba a más de media hora de distancia andando—, se alzaba un enorme almez chino que debía tener como unos quinientos años de antigüedad. También recordaba que había cerca un quiosco que vendía bebidas y cigarrillos. Salvo que estuviera oscuro como el betún, solo con que hubiese algo de penumbra, no me pasaría desapercibido un árbol tan grande.

Fuera lo que fuese por lo que estaba pasando Inseon en esos momentos, no tenía más alternativa que ir a su casa. Allí recargaría la batería del móvil y la llamaría. Además, eso era lo que ella querría que hiciera.

«He tenido suerte», pensé. Había llegado a la isla en el último vuelo y acababa de subirme al último autobús que se dirigía a la aldea de Inseon. Casi al mismo tiempo, me acordé del comentario que hizo la chica de aquella joven pareja en el avión: «¿A esto lo llamas tener suerte? ¿A haber llegado a Jeju con semejante clima?».

¿En qué clase de peligro me estaría metiendo con semejante suerte?

Era como si me seccionaran el globo ocular con un cuchillo desafilado. Aguantando el dolor, apoyé la cabeza en el frío cristal de la ventanilla. Como ocurría siempre, el suplicio me aislaba. La tortura que me infligía mi propio cuerpo me encerraba en el presente. Me desterraba del tiempo anterior al sufrimiento, del mundo habitado por la gente que no padecía ningún dolor.

«Si pudiera tumbarme un rato en un lugar caliente…».

Me acordé del antiguo dormitorio de la madre, donde Inseon me había hecho dormir cuando fui a visitarla en otoño del año anterior. El futón y la colcha estaban bien doblados a un lado, como si la dueña de la habitación hubiese salido por un momento. Caí en un sueño increíblemente profundo en aquel lecho tibio y agradablemente seco que olía a suavizante, como recién lavado para mí. Me desperté hacia la medianoche y se me antojó comprobar si había algo debajo del futón. Allí se encontraba todavía la sierra de calar, vieja y oxidada.

*

Estaba oscureciendo rápidamente. El autobús se adentró en aquella masa de niebla y nubes grises de nieve que había visto desde la carretera costera. Al cabo de un rato desaparecieron las viviendas a los lados del camino y el bosque de grandes hojas caducas se extendió interminable.

El autobús aminoró la velocidad hasta detenerse y la anciana se levantó de su asiento. Me intrigó que el conductor supiese dónde se bajaba cuando ella no se lo había dicho. Seguramente conocía a los lugareños porque hacía el mismo recorrido todos los días. Sin parar de sacudir la cabeza y golpeando el bastón contra el suelo, la

anciana se encaminó hacia la puerta trasera. Allí se giró para mirarme. Me dirigió lo que parecía ser una sonrisa vaga, un saludo o tal vez una expresión desapegada, y luego se bajó.

Me pregunté cómo era posible que el conductor la dejase en un lugar tan desolado. Sin embargo, al fijarme con más atención, divisé a través de los árboles un muro bajo de piedras volcánicas negras, el cual daba paso a un sendero. ¿Habría una pequeña aldea al final de ese camino? El conductor esperó a que la anciana pusiera ambos pies en el suelo antes de cerrar la puerta y ponerse de nuevo en marcha. A través de la ventanilla, vi a la anciana alejarse lentamente mientras la nieve caía sobre su espalda encorvada. Giré el cuello y la seguí con la mirada hasta que desapareció de mi vista. No lo podía entender. No era mi pariente, ni siquiera la conocía, no era más que una extraña con la que había coincidido esperando el autobús. Entonces… ¿por qué me sentía tan conmovida, como después de una emotiva despedida?

El autobús empezó a subir despacio hacia el templo Wongyeongsa para detenerse al cabo de cinco minutos. Después de apagar el motor y poner el freno de mano, el conductor dijo alzando la voz:

—¡Voy a poner las cadenas a las ruedas!

El viento entraba en torbellino por la puerta delantera, que el conductor había dejado abierta. Como mis emociones se paralizan cuando el dolor de cabeza es muy fuerte, olvidé pronto a la anciana desconocida de la que acababa de despedirme. La ansiedad, el pájaro que debía salvar, la amistad con Inseon, todo quedó fuera de los límites de la lacerante brecha que creaba la jaqueca.

Así y todo, pude percibir que estaba oscureciendo y que el viento arremetía con mayor fuerza por la puerta abierta del autobús. La tormenta arreciaba de nuevo, como si toda la calma anterior emanase de la anciana y se la hubiese llevado con ella.

El bosque aullaba y se sacudía, haciendo revolotear por los aires la nieve caída sobre los árboles. Con la cabeza a punto de estallar, apoyé la frente en la ventanilla y me acordé de la tormenta de nieve que había visto antes en la carretera de la costa. Pensé en las nubes que se dispersaban sobre el horizonte, en los copos de nieve volando bajo como una gigantesca bandada de pájaros, en el mar color ceniza con sus grandes olas de espuma blanca embistiendo contra la orilla como si quisieran engullir la isla.

*

Todavía estaba a tiempo. En lugar de bajarme en el pueblo de Inseon, podía continuar viaje hasta regresar a P., donde podría cambiar de autobús para ir a Seogwipo.

—¡Vaya, qué tiempo más malo! —exclamó el conductor, sacudiéndose la nieve de la cabeza y subiendo de nuevo al vehículo.

Una vez sentado al volante, se ajustó el cinturón de seguridad, encendió los faros y puso en marcha el motor. El autobús, que avanzaba arrastrándose a través de la inclemente borrasca, se internó en una calzada estrecha y bordeada por un tupido bosque de cedros. Miles de altísimos árboles se sacudían al mismo tiempo bajo la luz crepuscular. Así debían de ser los árboles que aparecían en mi sueño de los troncos, cuando todavía tenían vida y conservaban sus copas.

5

LA PENUMBRA

Cae la nieve
sobre mi frente, mis mejillas,
sobre el labio superior, el surco nasal.

No es fría.
Los copos me rozan leves como plumas,
como toques de un fino pincel.

¿Tendré la piel congelada?
La nieve me cubre la cara como si estuviera muerta.

Pero todavía debo tener los párpados tibios. Siento la nieve fría solo en ese sitio. Se derrite en gotas gélidas y se escurre por dentro de mis ojos cerrados.

*

Me temblaba el mentón y podía oír el castañeteo de mis dientes. Si probara a sacar la lengua, seguramente se me cortaría. Abrí los párpados mojados y contemplé la oscuridad. Se veía igual de negro que cuando los tenía cerrados. Pestañeé para sacudirme los copos de nieve que se me metían en los ojos.

Giré la cabeza protegida con la capucha y me puse de costado.

Doblé las rodillas y crucé los brazos por encima. Probé a mover lentamente las articulaciones, desde el cuello hasta los pies. No parecía tener ningún hueso roto. Me dolían la espalda y los hombros, pero podía soportarlo.

*

Tenía que levantarme y moverme. No debía permitir que me bajara más la temperatura corporal. Pero estaba totalmente perdida. No sabía dónde me encontraba ni hacia dónde debía ir.

Tampoco tenía ni idea de cuándo se me había resbalado el móvil de la mano. Había encendido la linterna del aparato cuando el sendero se dividió, ya que para entonces apenas quedaba algo de penumbra gris azulada. Había pensado en encenderlo solo en caso de extrema necesidad, puesto que casi no me quedaba batería, y ese momento había llegado. Tenía claro que el camino se bifurcaba, pero entonces aparecieron tres senderos de anchuras diferentes, lo cual me dejó perpleja. Con un poco más de luz hubiese podido identificar enseguida cuál debía seguir, pero, al recibir la pálida iluminación del móvil, los árboles nevados proyectaron su sombra e hicieron todavía más irreconocible el lugar. Sea como fuere, no tenía tiempo que perder. Guiándome por el recuerdo de que Inseon había escogido el camino ancho que bajaba en suave pendiente en vez del camino estrecho que subía, me decidí por el más amplio de los tres senderos. Fue entonces cuando me resbalé y caí en un pozo de nieve sin fondo.

Me protegí la cabeza de manera instintiva con ambos brazos y probablemente fue entonces cuando perdí el móvil. Mientras rodaba por la pendiente, me golpeé contra las piedras y rocas, pero no perdí el conocimiento. La nieve y el abrigo de plumas, grande como un saco de dormir, amortiguaron la caída.

*

¿Tanto había oscurecido en ese breve lapso de tiempo?

¿Acaso había perdido la conciencia, cuando pensaba que no había sido así?

Alcé la mano izquierda, temblando, y me subí la manga. Me palpé el reloj y me lo puse delante de los ojos, pero las agujas no eran fosforescentes y no vi más que la negrura más absoluta.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que había desaparecido la jaqueca, ese dolor que era como si me extirparan los ojos con un cuchillo romo. Quizá el golpe había estimulado la secreción de alguna sustancia sedante o acelerado los latidos de mi corazón. Pero aún más preocupante que el dolor era el terrible frío que sentía. Me castañeteaban los dientes, sentía una pulsión palpitante en la mandíbula, como si se me hubiera desencajado, y la nieve helada se me metía por el cuello del abrigo acolchado. Abrazándome con fuerza las rodillas temblorosas, me puse a pensar:

«Me resbalé porque me equivoqué de sendero, y este lugar donde estoy tumbada parece ser el cauce de un arroyo seco. El agua que quedaba debió de congelarse y la nieve se habrá acumulado encima. En esta isla volcánica casi no hay ríos y los pocos arroyos que existen son cauces secos que se llenan de agua únicamente en las épocas de lluvia o nieve. Según lo que me contó Inseon durante la caminata que hicimos juntas, en otros tiempos esos cauces secos servían para delimitar las aldeas. Me contó que antes vivían unas cuarenta familias al otro lado del arroyo seco, pero que la aldea quedó abandonada después de que quemaran las casas y masacraran a sus habitantes tras la orden de evacuación de 1948. *Eso significa que hubo una época en la que la casa de Inseon no estuvo aislada, ya que había gente viviendo al otro lado del arroyo*».

Si me encontraba en ese arroyo seco que vimos aquella vez caminando juntas, no me había equivocado tanto y podría orientarme una vez que volviera a la encrucijada de caminos de hace un rato. Lo malo era que no sabía cuánto me había deslizado exactamente por la pendiente. Quizá solo unos tres o cuatro metros, o tal vez más de diez. Si no estuviera todo tan oscuro, sabría hacia dónde tenía que ir. Si al menos llevara un encendedor o unas cerillas en el bolsillo…

*

No debí bajarme de ese autobús.

Pasó despacio junto a mí después de haberme dejado en la parada, pero la borrasca cubrió enseguida la parte trasera del vehículo y borró las huellas de las cadenas sobre la nieve.

Para entonces ya había anochecido, aunque todavía quedaba en la atmósfera cierta luminosidad cenicienta que, al reflejarse en la nieve, permitía distinguir las formas. La única tienda de la aldea tenía las luces apagadas, pero el suave resplandor de lo que parecía ser una lámpara de noche se filtraba por debajo de la puerta. Probé a empujarla, pero estaba cerrada. Tampoco respondió nadie cuando llamé con los nudillos. Al parecer, los dueños no vivían en la parte trasera de la tienda.

Guiándome por la escasa luminosidad del ambiente, eché a andar. Dejé atrás la calle principal, los muros bajos de roca volcánica que dividían los campos de cultivo y los invernaderos de plástico, y me interné por el camino que atravesaba el bosque de coníferas y que apenas era lo bastante ancho como para dejar pasar un automóvil pequeño. Avanzaba muy lentamente, pues tenía que andar empujando la nieve acumulada, que me llegaba hasta las rodillas y se me metió por los tobillos y las pantorrillas, empapándome rápidamente las zapatillas y los calcetines. No había construcciones

que pudieran servirme de orientación. Los árboles cubiertos por la nieve se agazapaban en la oscuridad, volviéndose completamente indistinguibles. Lo único que me ayudaba a guiarme era la sensación de subida o bajada de la pendiente bajo mis pies, y el recuerdo que conservaba del camino al ensancharse o estrecharse.

Por fortuna, el viento empezó a calmarse cuando me adentré en el bosque. La ventisca que me azotaba la cara y me impedía abrir los ojos fue amainando hasta que se aplacó casi del todo. Lo único que me acompañaba y rompía el silencio era el ruido que hacía yo misma al meter y sacar los pies de la nieve. Me daba miedo andar sola por allí, pero hubiera resultado más pavoroso aún que apareciera algo de la nada, ya fuera un animal salvaje o un ser humano.

Por la altura y la silueta de los árboles, deduje que me encontraba en el bosque de cedros. Durante mi visita en otoño del año anterior, salí a caminar sola hasta la parada del autobús mientras Inseon trabajaba en su taller. En el trayecto oí que los árboles hacían un ruido como de frufrú de tela cada vez que el viento los agitaba. En esa isla, el viento era un sonido de fondo que no se acallaba nunca. Arremetiera con fuerza o acariciara con suavidad los árboles, hacía sentir su presencia incluso en las pocas ocasiones en que amainaba. Especialmente allí donde las coníferas crecían mezcladas con las latifoliadas tropicales, el viento circulaba a través de las ramas y hojas de los árboles a velocidades y ritmos diferentes, creando melodías indescriptibles. Las hojas lustrosas de los camelios cambiaban constantemente de ángulo reflejando los rayos del sol, las enredaderas de dioscóreas trepaban por las ramas de los cedros hasta alturas pasmosas para balancearse como columpios, y los ojiblancos, escondidos quién sabe dónde, se llamaban mutuamente con su canto.

Mientras atravesaba el camino cubierto de nieve y sumido en la creciente oscuridad, no podía dejar de pensar en el viento. Lo sentía

a cada paso, pues era como una mancha de tinta china esparciéndose en la quietud, como una sombra que en cualquier momento pudiera adoptar una forma nítida. La nieve seguía cayendo sin descanso y, cuando por fin llegué a la encrucijada de caminos, la oscuridad era prácticamente total. Al encender la linterna del móvil para ver mejor, los árboles nevados irradiaron una blancura aterradora. A través de los copos que caían sin descanso, distinguí tres senderos engullidos por la oscuridad. Al girarme y mirar atrás, un profundo silencio se cernía sobre el camino que mis huellas habían creado en la nieve.

*

Me pregunté cómo estaría el pájaro. Inseon me había dicho que para salvarlo debía darle agua en el día de hoy.

Pero ¿hasta cuándo duraría el día de hoy para un pájaro?

«Se quedan dormidos como si se apagaran», me había explicado Inseon aquella tarde de otoño del año anterior, mientras los metía en la jaula después de haberlos dejado volar a su antojo durante una hora. Antes de taparlos con un paño negro, me dijo que observara sus ojos: «Fíjate cómo pían y qué abiertos tienen los ojos, pero cuando no hay luz se quedan dormidos al instante. Es como si estuvieran enchufados y les cortaras la electricidad. Pero, en cuanto quitas el paño, se despiertan de inmediato y se ponen a piar y hablar aunque sea de noche».

*

Ya no sentía frío en las pantorrillas y los pies, a pesar de que no los tapaba el abrigo de plumas. Me toqué con la mano enguantada el

tobillo entumecido. Acerqué las rodillas al torso y me enrosqué como una bola para que el abrigo me envolviera toda y el aire frío no me entrara en el pecho y el abdomen. Sin embargo, era imposible proteger también los pies.

No estaba segura de si debía mover los dedos, que sentía totalmente entumecidos. Quizá se me estuvieran congelando. El segundo corto que debía componer el largometraje documental titulado *Tríptico* se centraba en la anciana que, cuando tenía dieciséis años, había caminado sola durante cinco días por la llanura siberiana para volver al campamento de su milicia independentista, en una durísima travesía en la que había perdido cuatro dedos de los pies por congelación. Inseon insertó la entrevista después de las imágenes de aquel mismo terreno estepario que ella en persona había filmado con una pequeña cámara de acción fijada en su frente. El cielo se veía muy azul, pero el viento soplaba tan fuerte que hacía que la nieve se arremolinara elevándose desde el suelo como en plena borrasca. «Realmente no me explico cómo pudo sobrevivir con toda aquella nieve —comentaba la hija mayor, que había accedido a dar la entrevista en lugar de su madre, aquejada de demencia senil. Su voz se superponía a los sonidos del viento y de los pasos sobre la tierra nevada—. Mi madre siempre cuenta que se está más caliente bajo la nieve, así que cavó un hoyo para pasar la noche y esperar el amanecer. Me dijo que se pellizcaba a cada rato para mantenerse despierta, por miedo a morir por congelación».

La cámara se detenía en la cara de la anciana, que no parecía entender el diálogo que se estaba desarrollando a su lado. Abrigada con una rebeca de color claro con botones de nácar, estaba sentada en una silla de ruedas con la mirada fija en la luz del sol que entraba por la ventana.

«Mi madre trabajaba en una fábrica textil de Pyongyang. Cuando se enteró de que los maestros de la escuela nocturna a la que asistía

se habían unido a un grupo que apoyaba la causa independentista, fue a buscarlos para unirse también. Cuando llegó a aquel campamento de la llanura siberiana, todos se quedaron muy sorprendidos de que una chica tan dócil y tranquila como ella hubiera tomado semejante decisión. Yo creo que mi madre estaba enamorada de uno de los maestros, o al menos lo admiraba mucho. Me contó que se unió a él para formar parte del equipo que se encargaba de transportar en secreto las armas y las municiones. Las llevaban escondidas entre los bártulos cuando viajaban en tren, o las enviaban en camiones dentro de fardos de cereales. Ella se alojaba con otros cuatro compañeros en una casa junto al río, pero un día, seguramente porque alguien los había denunciado, aparecieron los soldados japoneses. Mientras iban abriendo las puertas una por una buscándolos, ellos escaparon por la ventana del cuarto que estaba más al fondo. Corrieron todo lo que pudieron y se lanzaron al río, que se veía negro como la brea. Mi madre nunca entendió cómo fue posible que no la alcanzara ninguna de aquellas balas. Cuando llegó a nado a la otra orilla, descubrió que ella era la única que había logrado cruzarlo. No paraba de preguntarse por qué había sido la única en salvarse, y eso hacía que sintiera como una llama ardiendo en su pecho, lo cual seguramente impidió que muriese congelada. Durante el camino de regreso al campamento perdió cuatro dedos de los pies porque tenía los zapatos empapados del agua del río, pero cuando por fin se dio cuenta de ello ni siquiera lo lamentó ni se afligió».

*

Dejando fuera los pies, me envolví lo mejor que pude con el abrigo de plumas y hundí la cabeza aún más adentro de la capucha, pero no pude evitar que la nieve se posara sobre mi nariz y mis párpados. Si movía la mano para quitármela no solo se desharía el

ovillo que había hecho con mi cuerpo, sino que también se escaparía el poco calor que me quedaba, así que dejé que la nieve se siguiera acumulando. Me dolía la mandíbula de tanto entrechocar los dientes, por lo que procuré evitar el temblor mordiendo con fuerza la rígida tela de la manga del abrigo. Entonces me asaltó un pensamiento: me acordé de que el agua no desaparece, sino que está en un constante proceso de circulación y transformación. De ser así, bien podría ser que la nieve que había caído sobre Inseon durante su infancia fuera la misma que estaba cayendo ahora sobre mi cara. Pensé también en los cuerpos de las personas que la madre de Inseon había visto en el patio de la escuela. Desanudé mis brazos de las rodillas y me limpié la nieve que se me había acumulado en la nariz y los párpados. Bien podría ser que la nieve que había caído sobre los rostros de aquellas personas sin vida fuera la misma que estaba tocando en ese momento con mis manos.

*

¿En qué puedo pensar que me sostenga,
cuando no arde llama alguna en mi pecho
y ya no podré abrazarte aunque regrese?

*

—¿Quieres un fideo? —preguntó Inseon.

—Sí —contestó con toda claridad la cotorrita que estaba en su hombro.

Inseon se acercó a la nevera y cogió el paquete de fideos finos que guardaba en la puerta del electrodoméstico. Ama, que estaba en la mesa, alzó el vuelo y se posó sobre el otro hombro de Inseon. Inseon sacó un fideo, lo partió por la mitad y les ofreció las partes a ambas aves al mismo tiempo. Estas se las fueron comiendo cortando trocitos con el pico, mientras Inseon iba mirando por turnos a una y

otra.

—¿Quieres probar a darles tú? —me preguntó.

Tomé el paquete de fideos que Inseon me tendía y los pájaros volaron esta vez a mis hombros. Tal como había visto hacer a Inseon, saqué un fideo, lo rompí por la mitad y se lo di al mismo tiempo a ambas, pero me desconcerté un poco porque no supe a cuál mirar primero. Cada vez que las cotorritas cortaban con el pico un trozo del fideo que les ofrecía, percibía en la punta de mis dedos un crujido leve, como el de una mina de lápiz que se rompe.

*

No tengo ni idea de cómo duermen o mueren los pájaros.

Si dejan de existir al extinguirse la penumbra,

o si la vida permanece en ellos, como un fluido eléctrico, hasta las primeras luces del alba.

*

¿Cuánto faltaría para el amanecer?

El frío que me hacía temblar de forma incontrolable estaba empezando a remitir. No era posible que estuviera subiendo la temperatura, pero el sueño me vencía de forma inexorable, como si una masa de aire tibio me envolviese. Había perdido la sensibilidad en los párpados y apenas sentía la frialdad de la nieve.

Cada vez que soltaba las rodillas porque me dormía sin darme cuenta, volvía a abrazarlas con más fuerza. Ya no sentía la nieve cayendo sobre mi cara, no sentía su contacto como de finas pinceladas, ni su humedad empapándome los ojos.

Mientras un calor diáfano se expandía en ondas concéntricas por todo mi cuerpo, se me ocurrió como en sueños que no solo el agua circula constantemente, sino también el viento y las corrientes

marinas. ¿Acaso la nieve que caía ahora en esta isla, como la que había caído en otros tiempos y lugares lejanos, no era la misma que se condensaba allá arriba en las nubes una y otra vez? Lo mismo ocurría con la nieve que toqué por primera vez con las manos cuando tenía cuatro años y vivía en Gwangju, con el chubasco que me dejó empapada mientras montaba en bicicleta por la ribera de un arroyo de Seúl cuanto tenía treinta años, con la nieve que cayó sobre las caras de cientos de niños, mujeres y ancianos en el patio de una escuela de esta isla hace setenta años, volviéndolos irreconocibles, con el lodo que inundaba sin remedio aquel gallinero donde las gallinas y los polluelos batían con frenesí sus alas, con la lluvia que rebotaba en la brillante bomba de bronce… Bien podría ser que esas gotas de agua, esos cristales desmenuzados y esa escarcha salpicada de sangre no fueran diferentes sino los mismos; bien podría ser que fueran los copos de nieve que caían ahora sobre mi cuerpo.

*

«Fueron treinta mil personas».

Inseon estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y abrazándose las piernas. La cámara no enfocaba su rostro sino sus hombros y sus rodillas, de modo que la mayor parte de la pantalla la ocupaba la pared blanca, sobre la que oscilaba una misteriosa sombra. A su alrededor, la hierba crecida se agitaba rozando su camisa de algodón.

«También mataron a treinta mil personas en Taiwán, y a ciento veinte mil en Okinawa —decía Inseon con voz serena—. A veces pienso en esas cifras. Y en que todos esos sitios eran islas, lugares aislados».

La luz que oscilaba sobre la pared se iba expandiendo, hasta que toda la pantalla se convertía en una superficie refulgente que no

mostraba nada.

*

Cada vez que el sueño me vencía como si me sumergiera en una luz cálida, me obligaba a abrir los ojos. Me costaba muchísimo abrirlos, no sabía bien si por la somnolencia o por el hielo acumulado en mis pestañas.

Sumida en aquel letargo, pasaron muchos rostros por mi mente. No de muertos ni de desconocidos, sino de personas vivas y conocidas que vivían lejos, en el continente. Se mostraron todos con una nitidez asombrosa. Al mismo tiempo, se reproducían vívidamente ante mis ojos toda clase de recuerdos, aunque sin ningún orden ni relación, como bailarines saliendo en tropel a un escenario para ejecutar pasos y posturas todos diferentes. Como instantes congelados en pleno movimiento, los recuerdos relucían como cristales.

¿Eran visiones previas a la muerte? Todas las experiencias de mi vida se convirtieron en cristales. Ya no sentía dolor alguno. Cientos, miles de instantes refulgían como copos de nieve de exquisitas formas. ¿Cómo era posible? Mis sufrimientos y mis alegrías, mis tristezas y mis amores más profundos relumbraban todos al mismo tiempo, íntegros y sin mezclarse, en una sola masa, como una gigantesca nebulosa planetaria.

*

Quisiera dormir.

Quisiera entregarme a esta fascinación.

De verdad que podría abandonarme a ella.

*

Pero está el pájaro.

Siento algo en la punta de los dedos.
Es un latido leve y palpitante,
una corriente eléctrica que fluye entrecortada.

*

¿Cuándo había empezado a soplar el viento de nuevo? Ya no estaba hecha un ovillo ni tampoco me abrazaba las rodillas. Levanté la mano entumecida y me quité el hielo de los ojos. Podía oír el viento azotando los árboles. ¿Me habría despertado ese sonido? Al abrir los párpados, me quedé pasmada. Una luminosidad imprecisa, una tonalidad azulada que apenas permitía distinguir las formas en la oscuridad, reverberaba sobre la capa de nieve acumulada junto a mi cara.

¿Estaría saliendo el sol? ¿Estaría soñando?

No, no era un sueño. Me invadió un frío sobrecogedor, como si hubiera estado agazapado, esperando a que yo recobrara la conciencia. Todavía tumbada, estiré el cuerpo tembloroso y elevé la vista al cielo. No podía creerlo. La oscuridad ya no era negra como la brea. Tampoco nevaba. La nieve que revoloteaba por los aires no caía desde arriba, sino que se levantaba del suelo. Gracias a la luna podía ver toda esa nieve en polvo. El viento había dispersado las nubes cargadas y una media luna pálida colgaba suspendida sobre el bosque. Pero, transportados por el viento, unos gigantescos nubarrones negros avanzaban veloces.

*

Del cauce seco emanaba una luz tenuemente azulada, que se

extendía sinuosa por el bosque como una gran serpiente blanca. Fui subiendo por la pendiente muy despacio, dando pasos cuidadosos y doblando mucho la cintura por miedo a resbalarme y caer de espaldas. La luna aparecía y desaparecía entre los negros nubarrones que avanzaban a una velocidad vertiginosa. Reflejando esa débil luminosidad, las copas de los árboles se balanceaban irradiando una tonalidad azulada, como si ya no fueran a oscurecerse más. Sin embargo, en la parte de abajo todo seguía en tinieblas y no se podía distinguir nada. ¿Qué se ocultaría en toda esa negrura, como las fauces abiertas de una profunda caverna? ¿Solo los troncos oscuros de miles de árboles? ¿Solo pájaros silenciosos y manadas de corzos?

Por fin avisté de nuevo el lugar donde se dividía el camino. Sin embargo, no quedaban huellas de mi caída ni de por donde me había deslizado. La nieve había borrado todo rastro de lo ocurrido. Tanteando la nieve con ambas manos como un animal de cuatro patas, fui subiendo hasta llegar al camino, pero no pude localizar el profundo pozo por donde me había precipitado. Si buscara con más detenimiento, quizá podría encontrar mi móvil sin batería, pero no disponía de tiempo. La situación atmosférica podría volver a cambiar en cualquier momento.

Esta vez no me equivocaría. Amparada por la luz de la luna que se reflejaba en el manto de nieve virgen, me adentré por la suave bajada que se aplanaba un poco más adelante. Se entremezclaban los ruidos del bosque a mi alrededor, de mis pies hundiéndose en la nieve a cada paso, y de mi respiración jadeante al inhalar y exhalar.

*

El leve palpitar en la punta de mis dedos se hizo cada vez más patente.

También recuperé la sensibilidad perdida de las palmas, como si

la sangre fluyera de nuevo.

Acaricié abstraídamente el cuello blanco de Ama, que estaba posada en mi hombro. Como si lo hubiera estado esperando, la cotorrita agachó la cabeza y se quedó quieta.

Quiere que la acaricies más. Haciendo caso a Inseon, volví a tocarle el cuello tibio. Como saludándome, la cotorrita bajó aún más la cabecita e Inseon se echó a reír.

Quiere más, quiere que la sigas acariciando.

*

Llegué a otra encrucijada. En el instante en que puse un pie en el sendero estrecho y blanquecino que se abría entre los árboles, un arbusto me rasguñó la cara. Apenas sentí dolor porque tenía la piel congelada, pero estuve en un tris de lastimarme el ojo.

¿Me habría equivocado de nuevo? ¿Me habría metido entre la maleza?

Me pasé la mano enguantada por el ojo porque me pareció ver una luz titilante. Al poco me quité el guante y me restregué de nuevo. Fue entonces cuando vi mi mano manchada de sangre. Pero no me importó, porque la vista no me había engañado. Había una claridad más allá de la nieve en polvo que dispersaban las ramas y los arbustos. Protegiéndome la cara con una mano y abriéndome camino entre los matorrales con la otra, seguí avanzando.

Había algo allí delante, algo que irradiaba luz.

Al dejar atrás la maleza, vi extenderse ante mí un largo sendero curvado y cubierto de nieve azulada que bordeaba el bosque. El camino se hacía cada vez más claro, hasta el punto de irradiar una nítida luminosidad plateada al fondo. Apresuré la marcha con desesperación, abriéndome paso en la nieve que me llegaba casi hasta los muslos. Al llegar al punto donde el camino se curvaba, volví a restregarme los ojos. No había duda alguna, era una luz lo

que se veía a lo lejos.

Era el taller de carpintería de Inseon.

La puerta metálica estaba abierta de par en par e irradiaba un claro resplandor, como una isla de luz. Un escalofrío me recorrió la espalda, y me pregunté si alguien habría llegado antes que yo, pero enseguida caí en la cuenta de lo ocurrido.

Nadie había venido desde el día del accidente.

«Les pareció extraño que hubiera luz en el taller pero que no contestara nadie, así que entraron para echar un vistazo y me encontraron allí, inconsciente».

Con las prisas de subir al camión a Inseon, que se estaba desangrando, nadie se había parado a apagar las luces ni a cerrar la puerta del taller.

Permanecía abierta, como aguardando a alguien. Las ráfagas de viento hacían que la nieve en polvo se colara dentro, y era la nieve la que irradiaba esa luz deslumbrante.

6

LOS ÁRBOLES

En cuanto puse los pies en el taller, lo primero que atrajo mi atención fueron los treinta y tantos troncos que descansaban apoyados en la pared. En su mayoría eran más altos que una persona, medían más de dos metros; y los pocos que tenían más o menos mi altura parecían muchachos de doce o trece años por sus proporciones.

Entré esquivando los troncos tirados en el suelo. La nieve que se había colado en el interior cubría con una delgada capa el pavimento de cemento. Debajo de esa capa había manchas de sangre por todas partes. La nieve había cubierto también el suelo debajo de la mesa de trabajo, junto a la cual se había desmayado y desangrado Inseon. Encima de la mesa se veía un tronco a medio cortar, la sierra eléctrica desenchufada, unos auriculares para cancelar el ruido y trozos de madera de distintos tamaños, todo salpicado de sangre seca.

Inseon solía guardar bien apiladas las maderas de pino americano, cedro y nogal. Mantenía el suelo alrededor de la mesa de trabajo cubierto de un serrín limpio parecido a migas de bizcocho, y docenas de herramientas de carpintería colgaban de las paredes o estaban dispuestas en orden sobre la estantería, pues Inseon daba mucha importancia a la pulcritud en el lugar de trabajo. Cuando terminaba su jornada, a las seis de la tarde, se sacudía con cuidado el serrín del pelo con una pistola de aire

comprimido. Luego abría la puerta delantera y con un enorme extractor absorbía el polvo del taller para expulsarlo de vuelta al bosque. A continuación, barría los trozos de madera y los tiraba en una bolsa, y aspiraba el serrín más pesado con un colector de polvo.

Fuera cual fuese el trabajo que estuviera haciendo, Inseon nunca se apresuraba. El olor de la madera se hacía más intenso en los días húmedos, y tomaba eso como una señal para poner a hervir agua en una tetera y beber té durante toda la jornada. Decía que en esos días había que ralentizar el trabajo para evitar accidentes, pues la madera se volvía más pesada y su textura se comprimía. Así, controlando el ritmo de la labor, ella misma se encargaba de realizar casi todas las tareas. Incluso cuando tenía que pintar un mueble grande con siete capas de aceite, alternadas con sus respectivos secados, explicaba que, si lo hacía con suficiente tiempo y buen tino, no necesitaba la ayuda de nadie.

Sin embargo, el trabajo que estaba haciendo en el momento del accidente debió de ser demasiado pesado para ella sola. Le había dicho que los árboles negros de mi sueño tenían la altura de personas. ¿Por qué habría aumentado de ese modo las proporciones de los troncos?

*

Volví a la entrada, cerré la puerta y eché la tranca para que el viento no la pudiera abrir de nuevo.

Atravesé el taller tratando de no pisar la sangre de Inseon y evitando los troncos tirados en el suelo. Al llegar a la puerta trasera, que daba al patio interior de la casa, vi que había varios troncos ya pintados de negro apoyados contra la pared. Quizá Inseon había querido comprobar cómo quedarían teñidos con el pigmento. Revestidos con sus diferentes tonalidades oscuras, los maderos parecían querer decirme algo. Creí que al pintarlos de negro les

haría entrar en un sueño profundo, pero más bien parecían estar sufriendo una pesadilla. Sumidos en el silencio, los maderos sin pintar no tenían expresión ni pulso; en cambio, los troncos negros parecían reprimir una suerte de trepidación interior.

Me quedé un rato sin poder apartar la vista de esos maderos, pero no podía perder el tiempo. Giré el picaporte, pero la puerta no se abrió. Probé a tirar de ella por si se abría hacia dentro, pero siguió sin moverse un ápice. Apoyé el hombro sobre la puerta, empujé con todo el peso de mi cuerpo y comprobé que se abría un poco por la parte superior. Volví a empujar, pero esta vez concentrando la fuerza en la parte inferior. La puerta venció la resistencia del ventisquero acumulado al otro lado y se abrió un palmo, pero eso fue todo. Saqué la mano por la abertura y empecé a apartar la nieve. Por fin conseguí abrir un hueco lo suficientemente grande como para poder pasar de costado.

Dejé la puerta del taller abierta para que iluminara el sendero hasta la casa. Di unos pasos a través de la nieve que me llegaba a los muslos, pero entonces me detuve sobrecogida. Vi unos brazos largos y negros agitándose en el centro del patio. Al momento caí en la cuenta de que no era más que un árbol, pero eso no borró la escalofriante impresión que me había producido.

Era una pequeña palmera de hojas caídas como las de un sauce, la misma que me había asustado el otoño anterior.

—¡Ay, creí que era una persona! —dije en tono quejumbroso.

—De madrugada es aún peor —me respondió Inseon, soltando una carcajada—. Aun sabiendo que está ahí, siempre me asusto y me pregunto quién puede ser a semejante hora.

Cuando tuvimos esa conversación no era de madrugada, sino que estaba anocheciendo. En la penumbra, mecido por la suave brisa, tenía el aspecto de alguien que se aproximara a nosotras moviendo las anchas mangas de su traje tradicional.

Ahora el viento soplaba más fuerte y las mangas tremolaban con

ímpetu. Aparté la vista de la palmera, que parecía que fuera a incorporarse en cualquier momento para echar a correr hacia mí. Empujando la nieve con las rodillas, avancé hacia la casa completamente a oscuras.

*

Era tal la oscuridad en la casa que seguro que Ama estaría dormida. Se despertaría cantando en cuanto yo encendiera la luz, tal como hacía todas las mañanas cuando Inseon quitaba el paño negro de la jaula.

Cuando le pregunté a Inseon si todas las cotorras cantaban de ese modo, me respondió que Ama lo había hecho así desde el principio.

—Es que suena como un ojiblanco —repuse.

—Quién sabe, tal vez lo aprendió de oírlos cantar allá fuera en el bosque —dijo Inseon con una carcajada, para luego añadir en tono divertido—: ¡Menos mal que no se le ocurrió imitar a un cuervo!

*

Entré en la casa, que no estaba cerrada. En el vestíbulo me quité los guantes de lana y los guardé en el bolsillo del abrigo de plumas; también liberé mis pies entumecidos de las zapatillas mojadas. Tras abrir la puerta corredera y entrar en la sala de estar, tanteé la pared con la mano buscando el interruptor. Encendí la luz.

Los aullidos del viento se colaban amortiguados entre las grietas de las vigas del techo y de los marcos de las ventanas, lo cual acentuaba aún más el silencio que reinaba en el interior de la casa.

El ventanal que daba al patio a oscuras reflejaba mi imagen como un espejo. Al echar hacia atrás la capucha del abrigo, me vi la cara manchada de sangre y el pelo enmarañado.

En la pared opuesta, delante de una ventana más pequeña, había

una mesilla de cedro que había fabricado Inseon. Sobre esta reposaba la jaula. A los lados de la mesilla había unos ganchos de los que colgaban el paño negro y algunos utensilios de limpieza. En el interior de la jaula había una percha fija de caña de bambú y un par de columpios dispuestos a la misma altura, a fin de evitar disputas de jerarquía entre las aves.

Atravesando el silencio del salón, más aterrador que un grito, me acerqué a la jaula, con la percha y los columpios vacíos. El bebedero de dentro estaba seco. También estaban vacíos el comedero de madera que Inseon solía llenar con frutas desecadas y el comedero cuadrado de silicona donde le ponía el pienso. Solo había desparramadas algunas cáscaras de semillas sobre un plato de cerámica. Y allí, junto al plato, yacía el cuerpo de Ama.

*

—*Ama*… —Mi voz quebrada resonó en el silencio—. *He venido a salvarte.*

Levanté la traba de la jaula con el dedo índice y extendí la mano hacia su cabecita.

—*Muévete un poco.*
He venido a salvarte, Ama.

*

La punta de mi dedo tocó algo suave.
Algo sin tibieza alguna.
Algo muerto.

No se oía nada.

Solo mi respiración y el roce de mi manga temblorosa contra la malla metálica de la jaula.

*

Retrocedí tambaleante en dirección a la cocina. Abrí una a una las puertas del armario y, poniéndome de puntillas, saqué del estante superior una lata de aluminio. No contenía galletas como ponía, sino bolsitas de té. Vacié la lata y me dirigí con ella a la habitación de Inseon.

Al encender la luz, cobraron forma la cama individual, el armario de tres cuerpos, la cómoda de cinco cajones, el escritorio, con el monitor para editar vídeos cubierto con una tela blanca, y un par de librerías de pino americano. También había una estantería metálica junto a la puerta, en cuya balda superior se alineaban unos libros marcados con pegatinas de colores, mientras que las cuatro baldas de abajo estaban llenas de cajas de cartón grandes y pequeñas, todas muy bien ordenadas y con pósits en los que Inseon había apuntado fechas y títulos con un rotulador. Entré en la habitación y me dirigí al armario. Dentro había colgadas unas cinco o seis prendas de invierno que me resultaban familiares, y el resto del espacio estaba ocupado por cámaras y demás equipamiento de filmación. Cerré el armario y fui abriendo los cajones de la cómoda que estaba al lado. En el primero había calcetines y ropa interior; en el segundo, prendas de verano, otoño y primavera; en el tercero, una canastilla con pañuelos de mano y de cuello. De ahí saqué uno blanco que no se veía muy usado. Tenía violetas bordadas en una esquina.

*

Volví a donde estaba la jaula.

Contemplé el cuerpecillo envuelto en un elocuente silencio, por el que poco antes había circulado la sangre caliente. Esa vida truncada quería desgarrarme el pecho con su pequeño pico y meterse dentro de mí. Quería entrar en mi corazón y habitar ese lugar palpitante.

Cuando lo levanté y lo coloqué en el pañuelo, sentí el peso de su cuerpecillo frío y ligero sobre la fina tela. Plegué sus alas semiabiertas, lo envolví con el pañuelo y lo metí con cuidado dentro de la lata de galletas. Me había esmerado en envolverlo bien, pero el pliegue superior se abría y seguía dejando ver la carita del pájaro.

Dejé la lata junto a la jaula y fui de nuevo a la habitación de Inseon. Abrí todos los cajones de la cómoda, pero no encontré el costurero. Entonces me dirigí a la habitación de su madre y encendí la luz. Flotaba en el aire una gelidez añeja debido a que no había sido caldeada desde hacía mucho tiempo. Al igual que el otoño anterior, el futón estaba extendido delante del armario, con la colcha pulcramente doblada encima.

Al pisar el futón para acercarme al armario, me pregunté si la sierra de calar seguiría debajo. ¿Podía una sierra espantar las pesadillas? ¿De verdad las pesadillas se mantendrían alejadas de sus dientes cortantes?

Abrí la puerta del viejo armario, cuyas incrustaciones de nácar se habían caído en varios sitios. Al fondo, entre viejos retazos de tela y un vago olor a naftalina, estaba el costurero. Era redondo, de latón y revestido de seda acolchada, pero estaba lleno de abolladuras y manchas debido al mucho uso que le había dado su dueña. Me agaché y lo saqué de debajo de las rebecas y blusas viejas que colgaban a oscuras de la barra. Dentro del costurero había agujas enhebradas con hilos blancos y negros, dedales de aspecto un tanto basto, botones de distintos tipos, unas tijeras de costura oxidadas, y también hilo de algodón blanco devanado alrededor de una sencilla

bobina de cartón.

*

Metí la cabecita del pájaro dentro del pañuelo, la rodeé con hilo blanco para evitar que volviera a asomar y lo aseguré con un nudo; luego corté el hilo. Me restregué los ojos con el dorso de la mano para ver mejor lo que estaba haciendo y descubrí que salía de ellos un líquido pegajoso. Me limpié sin más la mano en el abrigo, y vi que ese líquido se había mezclado con la sangre del rasguño que me había hecho con el arbusto. Al instante empezaron a brotar unas lágrimas densas y viscosas que hicieron que me escociera la herida. No podía comprenderlo. Ama no era mía, ni tampoco la quería tanto como para sentir ese dolor.

Si bien la lata solo tenía un palmo de diámetro, el cuerpecillo del pájaro era tan pequeño que debía envolverlo con algo más para protegerlo de los golpes y roces. Me quité la bufanda que llevaba y rellené el interior de la lata con ella. Era demasiado estrecha y corta y no me había resguardado bien del viento, pero ahora servía a la perfección para llenar el espacio vacío.

Mientras cerraba la tapa de aluminio, pensé que debía envolver la lata también por fuera para que los ratones y los insectos no pudieran meterse dentro. Fui al baño y saqué una toalla blanca de la canasta que estaba junto a la entrada. Envolví con ella la lata, la rodeé varias veces con el hilo de algodón y lo aseguré todo con un nudo.

*

La luz que salía de la casa hacía que la nieve pareciera como si hubieran estallado por los aires docenas de paquetes de azúcar. Cogí la escoba hecha de ramas que estaba apoyada contra la pared,

debajo del alero, medio tapada por la nieve. Con la lata metida bajo el brazo, barrí un poco y descubrí una pala tirada en el suelo.

«¿Dónde voy a enterrar a Ama? —pensé, dejando la lata debajo del alero y cogiendo la pala—. ¿Dónde la enterraría Inseon?». El viento se colaba por mi cuello desnudo. Me subí la capucha del abrigo y, encorvando la espalda, cavé un sendero en la nieve en dirección a la palmera, que continuaba agitando sus ramas como largos brazos negros. A mitad de camino, enderecé la cintura y miré hacia atrás. El sendero que había abierto parecía un estrecho túnel que conducía hasta la lata debajo del alero.

Al llegar a la palmera, retiré la nieve que cubría la parte inferior del tronco. Conforme mi respiración se volvía más entrecortada por el esfuerzo, ya no sentía tanto frío. Y, al volver sobre mis pasos para buscar la lata, percibí que mi corazón latía de un modo extrañamente acelerado.

Dejé la lata junto al árbol. Clavé la pala en la tierra, apoyé el pie derecho y empujé con todas mis fuerzas. No se introdujo ni un centímetro. Me subí a la pala con ambos pies y me mantuve arriba tratando de no caerme, lo cual hizo que se enterrara ligeramente. De este modo, subiéndome una y otra vez, logré que la plancha metálica se fuera hundiendo poco a poco en la tierra congelada. Me temblaban los brazos y las piernas. Lo sabía. Sabía que debía comer unas gachas bien calientes, darme un buen baño y acostarme. Pero, antes de todo eso, debía enterrar a Ama.

Finalmente, la plancha metálica tocó la capa de tierra no congelada. Me bajé de la pala, que dejé clavada en el suelo, respiré hondo y alcé la vista al cielo. La luna había desaparecido, y también los nubarrones negros que había visto avecinarse bajo su resplandor.

¿Se estaría acercando una nevada aún mayor? Debía apresurarme.

Estaba cavando un hoyo lo suficientemente ancho como para que cupiera la lata cuando de pronto sentí un roce liso y frío en la mejilla que me provocó un escalofrío. Me había tocado una hoja de la palmera, semejante a una manga larga y ampulosa. Alcé la vista hacia lo alto del árbol y pequeños copos de nieve cayeron sobre mi frente. Una nieve rala revoloteaba delante de las luces encendidas de la casa.

Me pregunté si estaría nevando del mismo modo en Seúl. Era una nieve fina como harina de arroz, como la que vimos Inseon y yo a través del cristal del restaurante de fideos donde estuvimos hace muchos años. Me imaginé a la muchedumbre de personas saliendo de la boca del metro y andando bajo esa nieve fina con la capucha del abrigo sobre la cabeza; solo unos pocos previsores abrirían sus paraguas. Interminables filas de automóviles, con las luces rojas de los faros traseros encendidas, esperarían a que el semáforo se pusiera en verde mientras las motocicletas zigzagueaban entre los coches detenidos. Inseon se encontraba donde yo no estaba; y yo me encontraba donde ella no estaba. Era una situación de lo más extraña.

Si existiera un universo paralelo en el que Inseon no se hubiera cortado los dedos, yo me encontraría en ese momento en mi apartamento de las afueras de Seúl, acurrucada en la cama o sentada delante del escritorio, escribiendo. Inseon estaría durmiendo en el colchón individual de su cuarto o preparando algo en la cocina de su casa. Ama estaría en el interior de la jaula tapada con el paño negro. Dormida sobre la percha a oscuras, su cuerpo estaría tibio y su corazón latiría regularmente bajo las plumas del pecho.

Me pregunté cuándo habría muerto. Si no me hubiera resbalado y caído al cauce seco, ¿habría llegado a tiempo para darle agua y salvarla? Si no me hubiera equivocado de camino y hubiera caminado sin demora… O antes, si hubiera esperado y cogido en la

terminal el autobús que cruzaba el monte Halla en lugar del otro…

*

Barrí con la mano la nieve que se había acumulado sobre la tapa y luego metí la lata dentro del hoyo. El fondo no era liso y la caja metálica quedó algo inclinada. La saqué y aplané la tierra del fondo con las manos. Volví a limpiar la nieve que se había posado sobre la lata. Permanecí un rato hincada de rodillas, como esperando una señal que nadie me daría, y luego metí de nuevo la lata dentro del hoyo oscuro. Empujé con las manos la tierra acumulada a los lados hasta cubrir la lata. Luego cogí la pala y terminé de enterrarla. Me agaché de nuevo y presioné el montículo con las manos para crear un pequeño túmulo. Por último, me quedé contemplando cómo la nieve cubría rápidamente la tierra negra.

*

«Ya no hay nada más que hacer», pensé.

En unas horas, Ama se congelaría. Su cuerpo se conservaría intacto hasta febrero, pero luego se pudriría con rapidez. Solo quedarían un puñado de plumas y unos cuantos huesecillos huecos.

*

Volví a abrirme camino en la nieve con la pala para ir a apagar las luces y cerrar la puerta trasera del taller. Entonces vi una lona de grandes dimensiones que tapaba algo apoyado contra la pared exterior. Levanté el borde de la tela impermeable. Eran decenas de troncos apilados. Asegurados con cuerdas de goma para que no se desmoronaran, mostraban las cortezas ásperas de sus troncos sin

tratar.

Sumados a los que había en el interior del taller, superaban el centenar.

Una sombra se movía ondulante sobre la pared encalada, por encima de la pila de troncos. Era la palmera bajo cuyo tronco acababa de enterrar a Ama, y que proyectaba su silueta al recibir la luz procedente de la casa. Me quedé mirando la sombra, las grandes hojas agitándose como brazos silenciosos. De pronto tuve la certeza de que esa era la pared que Inseon había usado como fondo de la entrevista que se había hecho a sí misma. Era prácticamente la misma sombra que se movía sobre la pared soleada en aquel último trabajo.

Inseon había rodado el corto antes de venirse a vivir a esta casa, así que en aquella época el pequeño edificio no era aún su taller de carpintería, sino un cobertizo de almacenaje. En la pantalla solo se veían las curvas blanquecinas de los hombros, las rodillas y el cuello de Inseon, como si ella misma fuera una intrusa dentro del plano dominado totalmente por aquella sombra oscilante. El suyo era un movimiento que creaba tensión, como si estuviera agitando los brazos en protesta por lo que decía la entrevistada. Como unas manos que rechazaran algo con fuerza y luego lo acogieran, los vaivenes de la palmera creaban una suerte de armonía discordante que se superponía de forma intencionada y persistente al fluir de sus palabras.

*

Volví a buscar esa cueva, pero no la encontré.
Lo intenté varias veces, rastreando en mis recuerdos, pero no lo logré.

No, no fue un sueño.

El invierno en que cumplí nueve años fue la última vez que estuvimos allí.

La entrevista empezaba así, de repente. Las preguntas o bien habían sido eliminadas, o bien nunca existieron.

Las entradas a las cuevas de esta isla son muy estrechas. Apenas permiten el paso de una persona, así que si se oculta la abertura con piedras pasan totalmente inadvertidas. Por dentro, en cambio, son increíblemente grandes. En el invierno de 1948 todo un pueblo se escondió en el interior de una de esas cuevas.

De pronto aparecía un bosque en pantalla, como filmado con una cámara de acción fijada en la frente. Allá donde se posara el ojo de la cámara, grandes árboles de hojas anchas se agitaban al viento. Las frondosas copas ocultaban el sol, de modo que casi no crecía vegetación en el sotobosque, donde todo estaba en penumbra, como si estuviera anocheciendo. La cámara se movía continuamente, enfocando ramas caídas de hojas enormes, raíces protuberantes y retorcidas como las articulaciones de un gigante, o las formas silenciosas que dibujaban sobre el suelo los escasos rayos de sol que se filtraban a través de los árboles. Y, durante todo ese tiempo, se oía el ruido de pisadas desmenuzando la tierra.

La cueva a la que yo iba con mi padre no era tan grande. Como mucho, podrían haberse refugiado allí dentro una docena de personas.

Volvía a verse la pared blanca y las manos de Inseon enlazadas sobre sus rodillas, bajo el sol. Por un momento amainaba la brisa, y la sombra de la palmera, cuyas ramas en movimiento parecían mangas tremolando al viento, adoptaba sobre la pared la forma de unos helechos gigantes.

Me acuerdo de que había mucha humedad. También de que siempre llovía o nevaba antes de entrar en la cueva. No recuerdo haber ido nunca en un día despejado, así que supongo que esa era la reacción de papá cuando bajaba la presión atmosférica. Como esas personas que se quejan de que les duelen las articulaciones cuando llueve o nieva.

La voz de Inseon se tornaba susurrante.

«Chsss, ahora calladita».

Era lo que siempre me decía mi padre cuando estábamos en la cueva.

La sombra como de helechos volvía a elevarse, deslizándose en silencio por la pared.

Se refería a que hablara bajito. Que estuviera quieta. Que no hiciera ruido.

Inseon soltaba las manos para luego entrelazarlas con más fuerza sobre sus piernas.

Me acuerdo de que entraba el sol por la rendija de la roca que tapaba la entrada; que papá se quitaba su gruesa chaqueta para abrigarme con ella; que me ponía la mano en la frente aunque yo no tenía fiebre y me decía bajando la voz:

—No debes resfriarte. Si te cuidas, no te enfermarás. No lo olvides.

Si le pedía en susurros que volviésemos, me respondía con firmeza:

—No podemos quedarnos en casa.

Cuando me quejaba de que no podía dormir en ese lugar tan frío, me decía algo que yo no entendía:

—Esto es una operación militar. No importa que sea de día o de noche.

—Pero mamá nos está esperando…

Al oír aquello, notaba cómo papá se estremecía y temblaba, como si lo recorriera una corriente eléctrica.

—Debería haber venido con nosotros.

Me acuerdo de que le vi la cara a papá justo antes de que el rayo de sol que entraba por la rendija se extinguiera del todo. Sus pupilas fijas en la hendidura y las gotas de aguanieve sobre sus cabellos grises relucían como cuentas de cristal.

—¿Y qué podía hacer yo? No podía traerla a la fuerza. Pero tenía que salvarte a ti. Tú eres inocente y no tienes culpa de nada.

No sé qué terribles imágenes pasarían por su cabeza, pero cada vez que llegaba a una conclusión desesperada me apretaba muy fuerte la mano. Sentía el silencioso estremecimiento que me transmitía su mano y que me dejaba la mía empapada, como cuando estrujas la colada para escurrir el agua.

En la pantalla aparecía la forma ovalada del mapa de Jeju. Sobre la leyenda que explicaba que el mapa formaba parte de los documentos de 1948 del ejército estadounidense se veía una gruesa línea negra bordeando el contorno de la isla a unos cinco kilómetros de la costa. A continuación, podía leerse el decreto que ordenaba la evacuación de todo ese territorio interior, incluido el monte Halla, con la advertencia de que cualquier persona que fuera encontrada moviéndose dentro de esos límites sería fusilada en el acto por considerársela un insurrecto, sin importar la razón que adujera. Luego aparecía una filmación muda en blanco y negro, increíblemente nítida y libre de interferencias: escenas de los techos de paja de las casas ardiendo, las llamas y el humo negro elevándose hacia el cielo, y soldados con uniformes de colores claros saltando los muros bajos de basalto negro que dividían las casas y los campos, con las bayonetas caladas al hombro.

La oscuridad.

Lo único que recuerdo es la oscuridad.

Cada vez que me quedaba dormida, me despertaba sobresaltada y confusa. No estaba en casa sino en la cueva, y tardaba un rato en darme cuenta de que me encontraba con mi padre, al que no podía verle la cara ni el cuerpo, y que seguía agarrándome de la mano. Si no hubiera sido por esa mano, me habría puesto a chillar, a llamar a gritos a mi madre o a llorar. Mi padre lo sabía, por eso no me soltaba. Quizá hasta tuviera lista la otra mano en la oscuridad para taparme la boca en caso de que me pusiera a hablar en sueños, no fuera a descubrirnos alguien que pasara por delante de la cueva.

A continuación, venían unas imágenes de archivo. Se veía un camión que transportaba civiles pasando junto a un antiguo cono volcánico cubierto de eulalias secas. Las imágenes parecían haber sido tomadas desde el vehículo que iba detrás. Dos policías militares armados vigilaban respectivamente la parte frontal y posterior del compartimento de carga, donde docenas de personas, entre ellas ancianos y mujeres con bebés en brazos, se sentaban muy apretujadas en el suelo, con los hombros y las espaldas entrechocándose. Muy pegadita a una mujer joven que parecía ser su madre, una niña de unos cinco años con el pelo corto miraba fijamente a la cámara hasta desaparecer del plano.

Si empezaba a nevar mientras íbamos de camino a la cueva, mi padre cortaba cañas de bambú sasa.

De nuevo, la cámara de Inseon avanzaba entre la sombras del bosque, moviéndose al compás de unos pasos lentos.

Me decía que me adelantara y él venía detrás de mí andando de costado como un cangrejo, mientras iba borrando nuestras huellas con las hojas de bambú sasa.

—¿Por dónde voy ahora, papi?

Cada vez que me detenía y le hacía esta pregunta, me indicaba la dirección con voz queda. Cuando nos internábamos en lo más profundo del monte y desaparecía el sendero, se agachaba para que me subiera a su espalda. A partir de ese punto, subía por la pendiente borrando únicamente sus huellas. Sobre su espalda, yo observaba cómo desaparecían sus pisadas. Parecía cosa de magia. Avanzábamos sin dejar rastro, como si fuéramos seres caídos del cielo.

Tres fotografías en blanco y negro llenaban la pantalla y desaparecían, una detrás de otra.

En la primera imagen se veía a cuatro jóvenes vestidos de blanco en medio de un bosque de pinos. Frente a ellos, otros tantos soldados con cascos les ponían chalecos que tenían pintada una diana. Era un primer plano tomado de costado y mostraba con nitidez a aquellos muchachos de perfil y en posición de firmes; incluso se percibían las líneas juveniles de sus narices, mentones y hombros. El que estaba más cerca de la cámara apretaba los labios con nerviosismo y se le marcaba la nuez del cuello, como si acabara de tragar saliva.

En la siguiente fotografía los muchachos, ya con el chaleco puesto, estaban atados a sendos pinos. La imagen, tomada con gran angular, mostraba a los soldados tendidos boca abajo en el suelo a escasos cinco metros de distancia, apuntando a los blancos, listos para disparar.

La última foto mostraba los cuerpos retorcidos de los jóvenes. Debido a que estaban atados a los árboles por la cintura, sus torsos caían desplomados hacia delante, con los mentones apuntando al frente, las cabezas echadas hacia atrás, las rodillas juntas y las

bocas abiertas.

Mi padre hablaba en voz muy bajita.

Sentada ante la pared blanca, Inseon movía con lentitud las manos sobre las rodillas. Era un gesto que hacía cuando se sumía en sus pensamientos, colocando una mano junto a la otra con las palmas hacia abajo. El viento volvió a soplar y la sombra de la palmera, que momentáneamente parecía tener una sola rama, se separó en varios brazos. Como manos tanteando la pared, cambiaban de forma y dirección a cada momento.

Una vez mi madre me dijo:

—Si tu papá hubiera sido muy varonil, no me habría atraído. No te imaginas lo guapo que era cuando lo conocí. Era muy blanquito, como un champiñón, quizá porque no había visto la luz del sol durante quince años. Yo no entendía por qué todos lo evitaban. Como si hubiese regresado de entre los muertos. O como si se les fuera a pegar un alma en pena por el mero hecho de mirarlo.

Las rodillas y las manos de Inseon desaparecían de la imagen y solo se oía su voz. La sombra de la palmera sobre la pared blanca se sacudía aún con más vehemencia. La voz de Inseon, en cambio, se volvía susurrante.

Cuando mi padre se quedaba sentado en el suelo con la espalda contra la pared, como ensimismado, mi madre me llamaba, me entregaba una batata, un pepino, un par de mandarinas o lo que fuera, y me decía:

—Llévaselo a tu padre. Si no lo quiere, méteselo en la boca.

Creo que mi madre pensaba que comer algo lo sacaría de sus alucinaciones. Mi padre sonreía un poco cuando le daba las

mandarinas. Era como si habitara en dos mundos a la vez. Con un ojo me veía a mí, pero con el otro parecía estar viendo una luz a mi espalda. Aunque la habitación estuviese a oscuras, entrecerraba los párpados, como si algo lo deslumbrase cuando levantaba la vista para mirarme.

*

Después de apagar la luz del taller y cerrar la puerta, me alejé de los troncos, que mostraban las superficies ásperas de sus cortes cada vez que el viento levantaba la lona que los cubría. Recogí la pala y volví sobre mis pasos hasta la casa. Una vez dentro, me sacudí la nieve y cerré la puerta con llave, como si pudiera venir alguien con semejante nevada y a esas horas de la noche.

Me senté en el umbral para descalzarme, pero entonces me sobrevino un mareo y tuve que recostarme en el suelo de la entrada. Apoyando los pies descalzos sobre las zapatillas mojadas, cerré los ojos. Como en una especie de alucinación, seguí viendo ante mí los copos de nieve cayendo desde distintos ángulos y trazando líneas en el aire, como llevaban haciendo todo el día.

Se oían los gemidos del viento al colarse por la rendija de la entrada. La puerta se sacudía toda como si alguien la golpeara. Me subió una saliva ácida desde la base de la lengua. Me puse de costado con cuidado y respiré despacio. Si no me movía mucho, quizá no sentiría las arcadas. Quizá si respiraba hondo y despacio…

Sin embargo, no tuve más remedio que levantarme para correr a la cocina y vomitar en el fregadero. Como no había comido nada en todo el día, lo único que expulsé fueron jugos gástricos. Necesitaba ese medicamento que no tenía conmigo, esas pastillas que estaban siempre a mi alcance en el cajón del escritorio de mi casa de Seúl. El médico me había advertido de que podían causarme problemas cardiacos si las consumía por tiempo prolongado, pero eran las únicas que me calmaban.

*

Puse a hervir agua encendiendo el fogón eléctrico con mano temblorosa. Apagué la luz de la sala y dejé solamente encendida la lámpara que estaba sobre la mesa del comedor. Entonces vi que la nieve seguía cayendo fuera. El paisaje exterior y la escena interior se superponían en una sola imagen sobre el cristal de la ventana. La lona que tremolaba contra la pared del taller y la palmera que agitaba sus brazos oscuros se fundían con la mesilla de pino y la jaula vacía.

Me serví un poco de agua antes de que hirviera y tomé varios sorbos. Sintiendo el líquido caliente que bajaba por mi garganta, me tumbé delante del fregadero. Con la espalda pegada al suelo, respiré hondo y me puse de costado para que no me vinieran de nuevo las arcadas.

El dolor parecía remitir cuando exhalaba el aire, pero regresaba cada vez que volvía a inspirar, y entonces sentía de nuevo como si me rebanaran por dentro los globos oculares. Por momentos me vencía el sueño, pero el dolor me despertaba y en ese instante me parecía ver ante mí unos huesos blancos. Sin ninguna relación o explicación, el final del último corto de Inseon mostraba durante cerca de un minuto un primer plano de cientos de restos humanos enterrados en una fosa. Era una zanja semejante a una acequia de agua, donde se confundían esqueletos en posición fetal, caderas con restos de tela podrida enredada, huesos de piececitos con pequeños zapatos de goma…

*

Noté que me subía la fiebre y me temblaba el cuerpo. Lo sentía todo helado contra mi piel. Cada vez que las mangas del abrigo me

rozaban las muñecas, me dolía como si me cortara con una afilada cuchilla de hielo, por lo que tuve que quitármelo. Hice lo mismo con el reloj de pulsera y lo empujé hacia la pared. Fui de nuevo al baño y volví a vomitar jugos gástricos. Me enjuagué la boca y me lavé las manos con jabón; las mismas con las que había envuelto al pájaro en el pañuelo, con las que había cavado y nivelado el fondo del hoyo, con las que había apisonado la tierra para hacer un pequeño túmulo. Luego me eché agua en la cara, lo que hizo que me volviera a sangrar la herida del ojo. Apoyándome en el lavamanos, me miré en el espejo.

—Estaba frío —murmuré, pero me corregí de inmediato:

No, era suave.

—Estaba duro como una roca —dije, pero mi cara mojada en el espejo movió los labios en silencio:

No, era liviano como el algodón.

*

La puerta se sacudía como si alguien la golpeara, y del mismo modo temblaba la ventana que daba al patio trasero. La nieve revoloteaba caóticamente sobre los muebles reflejados en el cristal. La lona se inflaba como un globo entre las cuerdas que mantenían atados los troncos.

La lámpara del comedor se estremeció ligeramente y luego se apagó. Una oscuridad más negra que la tinta borró de un plumazo el reflejo en el cristal del interior y el exterior de la casa. Crucé a tientas la sala con los brazos extendidos. La pared estaba más lejos de lo que pensaba, pero encontré por fin el interruptor de la luz y lo encendí. No pasó nada.

Se había cortado la electricidad.

Inseon me había contado que el suministro de agua y de luz solía interrumpirse cuando caía una fuerte nevada; que a veces había que

esperar durante días a que el vehículo de reparaciones pudiera entrar a la aldea, y que las casas apartadas, como la suya, eran las últimas en recuperar el servicio eléctrico.

Me dije que debía aprovisionarme de agua antes de que se cortara. Crucé de nuevo a tientas la sala hasta la cocina, abrí el armario de debajo del fregadero y saqué dos ollas recurriendo al tacto y al recuerdo de lo que había visto hacía un rato. Coloqué una bajo el grifo del fregadero y la otra en la encimera, pero algo se cayó al suelo y se rompió con estrépito. Era la jarra con la que había bebido agua caliente.

Mientras llenaba las ollas, caí en la cuenta de que también se había apagado la caldera y de que por tanto no había calefacción en la casa.

Con la mano mojada sobre los párpados, respiré hondo y me quedé sentada en cuclillas, muy quieta, esperando a que se calmaran las náuseas. Empujé a un lado los trozos de loza rota y, arrastrándome como pude, me dirigí a la habitación de Inseon.

*

Encontré un suéter en el cajón inferior de la cómoda. No podía discernir su color ni su forma, pero me lo puse sobre el que llevaba. Abrí el armario y cogí el primer abrigo que toqué. A juzgar por las bolitas de pelusa del paño y por la forma en que estaban ubicados los botones, debía de ser una vieja trenca cruzada. Me la abotoné hasta el cuello y me tumbé sobre el colchón. Cubriéndome bien con el edredón, aguanté los sudores fríos que me sobrevinieron. Cada vez que se sacudían las puertas y ventanas de la casa, abría los ojos en la oscuridad y me decía: «Si hubiera venido alguien, o bien daría unos golpes en la puerta, o bien llamaría a voces. No se pondría a aporrear la puerta como si quisiera echarla abajo».

*

Cada vez que perdía el hilo de la conciencia, me asaltaban sueños hirientes.

Me dirigía al lavabo sosteniendo en las manos el pájaro congelado y cubierto de hielo. El agua caliente del grifo derretía su cabecita. Entonces, esperaba anhelante a que abriera sus ojitos brillantes, a que moviera el piquito.

¿A que vas a respirar de nuevo, Ama? Tu corazón va a volver a latir, ¿a que sí? Vas a beber esta agua, ¿verdad? Antes de que acabara el sueño, se introducía otro, afilado como un punzón.

La Tierra, convertida en una gigantesca esfera de hielo, rotaba sobre su eje con un estruendo ensordecedor. La lava hirviente derramada sobre los continentes se había congelado al instante. Millones de pájaros que no volverían a tocar jamás el suelo surcaban la atmósfera. Dormían mientras volaban y batían con fuerza las alas cada vez que se despertaban. Se deslizaban rasgando el aire, relampagueantes como cuchillas de patines.

*

Canta algo, Ama. Antes de que terminara de decirlo, Ama ya estaba canturreando. Mientras gorjeaba sobre mi hombro, me ponía a cavar de rodillas. No disponía de pala ni azada, de modo que escarbaba la tierra congelada con los dedos. Se me rompían las uñas y me sangraban, pero no me detenía. El trino cesaba de repente y yo levantaba la cabeza. Igual que cuando me había despertado en el cauce seco en medio de la negrura más absoluta, los copos de nieve se posaban húmedos sobre mi frente, mi nariz y mis labios.

Me despertaba con los dientes castañeteando, y entonces tomaba conciencia de que no me encontraba en el arroyo seco ni en el patio de la casa, sino en la habitación de Inseon. Entre el sueño y la

realidad, pensaba que me hacía mucha falta la sierra de calar. La necesitaba para repeler todos esos sueños, para que no volvieran nunca a mí.

Que pase una velada agradable.

La voz de la madre de Inseon me susurraba al oído. Su mano entre las mías era pequeña y fría como un pajarillo muerto.

*

Tienes que estar siempre alerta con ellos, aunque parezca que están bien.

Se quedan muy derechitos hasta que se caen de la percha, y para entonces ya es demasiado tarde.

La puerta y las ventanas se sacudían como si fueran a venirse abajo. Quizá no fuera el viento. Quizá de verdad hubiera venido alguien para sacar a rastras a quien estuviera en la casa. Para acuchillarlo y quemarlo. Para ponerle un chaleco con una diana pintada y atarlo a un árbol, a ese árbol que sacudía sus brazos dentados como una sierra.

*

«He venido a morir», pensé consumida por la fiebre.

He venido aquí para morir.

He venido para que me rajen, me perforen con agujeros, me ahorquen y me quemen.

He venido a esta casa que se derrumbará pasto de las llamas.

He venido para estar junto a esos troncos apilados, semejantes a trozos de un gigante descuartizado.

SEGUNDA PARTE

LA NOCHE

1

IMPOSIBLE DECIR ADIÓS

El mar se estaba retirando.

Las olas, altas como acantilados, no se abalanzaban sobre la costa sino que se replegaban con ímpetu, dejando al descubierto un gran desierto de basalto que se extendía hasta la línea del horizonte. Todavía mojados, los cráteres volcánicos submarinos se alzaban brillantes y negros como gigantescos túmulos. Miles de peces que el agua no había arrastrado consigo se retorcían en el suelo haciendo relumbrar sus escamas plateadas. Sobre el lecho de roca negra se desperdigaban los huesos blancos de tiburones y ballenas, barcas destrozadas, relucientes barras de acero, ruinosas velas y aparejos enredados en tablones de madera.

Ya no veía el mar. Contemplando la extensión de negro desierto hasta el horizonte, comprendía que la isla ya no era una isla. Me giraba para mirar atrás. Hasta donde alcanzaba la vista, se desplegaba un abanico de montañas coronadas por picos nevados. Sus laderas eran negras, como si un incendio hubiera quemado la vegetación. Sin hojas ni ramas, los árboles eran pilares de ceniza que se erigían silenciosos sobre el negro desierto.

«¿Qué habrá pasado? —me preguntaba para mis adentros, pues sentía una presión que me impedía abrir la boca—. ¿Por qué no tendrán ramas ni hojas?».

La terrible respuesta pugnaba por salir de mi garganta.

Porque están muertos.

Apretaba los dientes con fuerza para tragarme las palabras. Soportaba el dolor que me causaba el pájaro aleteante que subía por mi garganta.

Porque todo está muerto.

La frase, abriendo su pico y sacando las garras, me llenaba la boca. Yo sacudía la cabeza, sin poder escupir aquello que sentía trémulo y suave como el algodón.

*

Cae.

Flota.

Vuela.

Se arremolina.

Desciende.

Se precipita.

Embiste.

Se acumula.

Cubre.

Lo borra todo.

No sé cómo las pesadillas se alejaron de mí. No sé si es que yo gané al fin la batalla, o si es que tras dejarme destrozada pasaron de

largo. Simplemente empezó a nevar debajo de mis párpados. Simplemente la nieve se arremolinó, se acumuló y se congeló.

Estaba tumbada, envuelta en la luz gris azulada que se filtraba a través de mis ojos entrecerrados. Los abrí y vi la ventana que daba al oeste. La vaga claridad de un día nublado y sin sombras iluminaba en silencio la habitación. El chaquetón largo y negro de Inseon colgaba en la pared con los hombros caídos, como sumido en sus pensamientos.

Me había bajado la fiebre. Habían desaparecido las náuseas y la jaqueca. Todos mis músculos estaban relajados, como si me hubieran aplicado una inyección anticonvulsiva. La herida que me había hecho debajo del ojo ya no me dolía.

Saqué el brazo por fuera del colchón y toqué el suelo. Estaba frío como un témpano. El aire salía de mi boca en forma de vaho blanco. Me incorporé apoyándome en el linóleo y me puse unos calcetines de lana que saqué de la cómoda. Encima de la trenca de doble botonadura me puse el grueso chaquetón de Inseon que estaba colgado en la pared. Lo usaba en la época en que ella vivía en Seúl y le había cosido por dentro un cárdigan viejo para hacerlo más abrigado. Los bordes de las mangas estaban llenos de pelotillas de pelusa como burbujas de agua. En el bolsillo derecho, encontré unas mondas de mandarina aún no del todo secas. Me lo abotoné hasta el cuello y sentí un ligero aroma a resina.

Crucé la puerta corredera que había dejado medio abierta y salí a la sala. Al otro lado del cristal gris azulado seguía nevando. La nieve caía en forma de gruesos copos, como un sinfín de pájaros blancos precipitándose en silencio.

*

Las agujas del reloj colgado sobre la nevera marcaban las cuatro.

Era imposible que fueran las cuatro de la mañana con semejante

claridad, así que debían ser las cuatro de la tarde.

Sentía seca la garganta.

Abrí el grifo de la cocina, pero, como era de esperar, no salió ni una gota de agua. Había hecho bien en llenar las ollas la noche anterior. Acerqué una a los labios, bebí un sorbo y luego otros dos más largos. Me quedé un rato quieta, sintiendo cómo el agua fría recorría mi cuerpo. Luego me agaché para recoger los trozos de la jarra rota.

Necesitaba una escoba y un recogedor para barrer los pedazos que se habían dispersado lejos. Recordando dónde los guardaba Inseon, crucé la sala y fui hacia el vestíbulo. Vi una linterna de mano sobre el mueble zapatero. Era bastante grande y pesada, y se encendió cuando accioné el interruptor. Quizá, debido a la claridad diurna, me pareció que no daba mucha luz. Preguntándome si tendría las pilas gastadas, la dirigí hacia la zona oscura de la sala. De pronto, me quedé sin respiración.

Se oía el piar de un pájaro.

La pálida luz de la linterna iluminó el interior de la jaula, donde el ave posada en la percha volvió a gorjear.

—¡Ama! —Mi voz se quebró y rompió la quietud—. ¿Cómo es posible? Si estás muerta…

Me acerqué a la jaula, que estaba entreabierta, tal como la había dejado la noche anterior. Allí seguían las cáscaras de semillas dispersas por todos lados y el bebedero completamente seco. Los plumones blancos de la coronilla y el pecho de Ama se veían suaves como el algodón, mientras que las plumas más largas brillaban lustrosas. Con la cabecita ladeada, me escrutaba con sus ojillos brillantes como dos judías negras mojadas.

—Pero si te enterré anoche… —musité, preguntándome si no estaría soñando.

Justo en ese instante, como si hubiera esperado una señal, volvió a escocerme la herida de debajo del ojo, y el frío del suelo helado

como un témpano me traspasó los calcetines de lana. Cada vez que exhalaba, un vaho vaporoso se expandía por el ambiente. Giré la cabeza y contemplé cómo caía la nieve en el patio, al otro lado del ventanal de la sala.

—Te enterré anoche debajo de ese árbol, que ha quedado irreconocible por toda la nieve que ha caído durante la noche, cubriéndolo como una armadura.

Era imposible que la cotorrita hubiera regresado. Era imposible que se hubiera escabullido del pañuelo con el que la había envuelto, que hubiese desanudado el hilo con el que la había amarrado, que hubiese abierto la tapa de la lata de aluminio, que hubiese roto el hilo que aseguraba la toalla con que envolví la lata, que hubiese atravesado la tierra apisonada y congelada, y luego la nieve acumulada encima, y que finalmente hubiese volado y entrado por la puerta cerrada para posarse en la percha de la jaula.

Ama volvió a lanzar otro pío. Con la cabecita todavía ladeada, me seguía mirando con esos ojillos como dos judías negras mojadas.

Dale agua a Ama.

Como obedeciendo a la voz de Inseon, me dirigí al fregadero. Cogí agua de la olla más grande con un cuenco. Luego, derramándola en el suelo a cada paso que daba, volví junto a la jaula. Mientras llenaba el bebedero, Ama se mantuvo esperando inmóvil. Solo cuando me retiré un poco, con el cuenco medio vacío, batió sus alas y se posó en el palo pequeño junto al bebedero.

*

Vi cómo tomaba agua con el pico y la engullía levantando la cabeza. Luego volvió a hacerlo.

—¿Tenías mucha sed? —le pregunté.

El pájaro se detuvo y me miró.

—¿Se siente hambre después de morir?

Desistí de tratar de entender lo que me decían esos brillantes ojillos negros. Entonces Ama bajó la cabeza, abrió el pico, tomó otro sorbo de agua y lo tragó estirando el cuello.

*

Encendí la linterna para ver lo que había dentro de la nevera. Había un poco de arroz glutinoso en remojo, un bloque de tofu en agua y algunas verduras. En cambio, la comida para pájaros era mucho mucho más variada y estaba cuidadosamente almacenada: pienso de colores, mijo, pasas, arándanos deshidratados, nueces y almendras laminadas, todo ello guardado en frascos de distintos tamaños, recipientes de plástico y bolsas herméticas. Había también un paquete medio lleno de los fideos de harina que Inseon les daba a los pájaros para picotear, además de otros dos nuevos sin abrir.

¿Cuál sería la comida principal de Ama? No sabía si darle un poco de todo, o si mezclar solo dos o tres de esos alimentos y destinar el resto para picotear. Elegí el mijo, los arándanos y las nueces, y entonces oí un ruido que provenía de la jaula. Ama había salido empujando con el pico la puerta entreabierta. Aleteando con fuerza, voló hasta casi tocar el techo y, después de describir un gran círculo en el aire, se posó en la mesa.

Inseon me había explicado que, salvo que se tratase de tentempiés o golosinas, era preciso acostumbrar a los pájaros a que comieran en el interior de la jaula. De lo contrario, se negaban a volver a entrar y no había manera de hacerlos dormir a sus horas, lo cual terminaba por echar abajo todas las reglas. Pero ¿qué sentido tenían las reglas para un pájaro muerto?

Cogí un plato del armario de encima del fregadero y eché un puñado de mijo. Con unas tijeras de cocina, corté en trocitos algunos arándanos deshidratados y los amontoné a un lado. Piqué las nueces y las puse en el centro. Luego llené con agua un platillo

para salsa de soja y lo coloqué en el borde.

—Come, Ama —le dije, poniendo el plato sobre la mesa.

Ama lanzó un pío como indicando que aquello no estaba bien.

—No pasa nada. Ven y come.

El pájaro se acercó al plato dando saltitos sobre la mesa. Lo primero que picoteó fue el mijo, luego bebió agua. Un grano de mijo y un sorbo de agua, dos granos de mijo y otro sorbo de agua, un trocito de arándano y dos sorbos de agua.

—Tenías mucha hambre, Ama.

Apenas terminé de decirlo, me asaltó un hambre irresistible. Saqué un puñado de frutos secos de la bolsa y me lo metí en la boca. Un sabor increíblemente dulce me llenó el paladar. Si no se hubiera cortado la electricidad, podría encender los fogones de la cocina para prepararme algo caliente. Me haría unas gachas de arroz glutinoso y freiría rebanadas de tofu con un poco aceite hasta que quedasen bien doradas.

*

Me serví un poco de tofu crudo y unas nueces en un plato pequeño, eché agua en un vaso y me senté frente a Ama. Tragué un bocado del tofu ligeramente salado y le pregunté en voz alta:

—¿Hasta cuándo crees que va a nevar?

Cada vez que se agachaba para beber el agua del platillo, la cabecita de Ama se veía redondita y pequeña como una castaña. Seguro que su cuello se sentiría tibio al tacto. De ninguna manera parecía muerta.

—Esto no es un sueño, ¿verdad?

Me quedé mirando los copos que caían como líneas verticales, llenando la atmósfera cada vez más en penumbra al otro lado de la ventana. Cubierta por la nieve, la palmera bajo la cual había enterrado al ave la noche anterior permanecía inmóvil.

—¿Es esto un sueño?

Extendí mi mano hacia Ama, que había dejado de comer. Sin mostrar el menor recelo, se subió a mi palma. En el instante en que sus patitas ásperas tocaron mi piel, dejé de sentir frío, como si se me hubieran encendido el corazón y las pupilas al mismo tiempo.

*

Le acaricié el cuello. Ama agachaba la cabecita, así que la acaricié más efusivamente. Como pidiendo más, inclinaba cada vez más el cuello. Seguí mimándola hasta que levantó la cabeza.

Como si se hubiera aburrido, levantó el vuelo y se posó junto al ventanal de la sala. Notando aún la ligerísima sensación de peso y fuerza que me había dejado en la mano al tomar impulso, le dije:

—Ahí tendrás más frío, Ama. El viento se cuela por la ventana.

¿Se podía sentir frío después de muerto? Si podía tener hambre, seguro que también sentiría frío. Fue entonces cuando me acordé de la estufa de leña que estaba en el taller. Si pudiera encenderla, estaría mucho más a gusto allí que aquí en la casa. Tal vez hasta podría llevarme la olla para hacer las gachas.

—Espera un poco, Ama —dije, apoyándome en la mesa para levantarme—. Voy a encender el fuego.

Ama se alejó del ventanal, se posó en la pantalla de la lámpara que colgaba sobre la mesa y empezó a cantar. Al ver cómo se balanceaba con los vaivenes del cable, como si se columpiara, no pude por menos que reírme.

—Enseguida vengo a buscarte.

*

No quedaban rastros de las huellas que había dejado en la tierra nevada mientras iba y venía del taller a la casa, así que debía abrir

un camino nuevo. El mango de la pala enterrado en la nieve, apenas asomaba. Iba a cogerla, pero me detuve en seco. Un copo de nieve, el más grande que había visto en mi vida, se posó en el dorso de mi mano.

No lo sentí frío, pues apenas me rozaba la piel. Solo sentí una presión suave y sutil cuando el cristal se desintegró y se transformó en hielo. Lentamente, el hielo perdió su masa y la tonalidad blanca para convertirse en agua, como si mi piel hubiera absorbido el color blanco y dejado solo las moléculas del líquido.

No se parecía a nada. No existía en el mundo una estructura tan delicada y minuciosa. Nada se le comparaba en frialdad y ligereza; nada era tan suave, incluso cuando se derretía y dejaba de ser lo que era.

Llevada por un extraño arrebato, cogí un puñado de nieve. Era ligero como las plumas de un pájaro. Mientras la palma de mi mano se volvía sonrosada, la nieve absorbió el calor y se convirtió en el hielo más frágil del mundo.

No lo olvidaría nunca, no olvidaría jamás esa suavidad.

Sin embargo, la mano se me enfrió rápidamente de un modo insoportable y tuve que sacudirme el hielo. Me limpié el agua contra el chaquetón y me froté las palmas para quitarme la rigidez y el frío. Aun así, no logré calentarme. Como si todo el calor de mi cuerpo se hubiese escapado a través de mi mano, noté cómo el pecho me temblaba.

*

Volví a palear la nieve que se había acumulado delante de la puerta del taller y moví el picaporte. La luz crepuscular del patio se introdujo en el interior a oscuras. Dándole la espalda a esa tenue luminosidad exterior, encendí la linterna. Siguiendo el haz de luz que se movía con los vaivenes de mi brazo, me dirigí hacia la estufa

teniendo cuidado de no pisar las manchas de sangre. Al acercarme a la mesa de carpintería, sobre la cual se cernía la sombra de la amoladora desenchufada, percibí la silueta oscura de lo que parecía ser una persona. Me quedé petrificada.

La silueta, oscura y redondeada, se movió y comenzó a alargarse. Se estaba incorporando. Extendió las rodillas y apoyó las piernas en el suelo. Luego levantó la cara enterrada entre los brazos y me miró:

—Gyeongha…

La voz de Inseon sonó áspera en la quietud del lugar, como si acabara de despertarse.

Apagué la linterna y la oculté detrás de mi espalda. Fue un gesto instintivo, no quería que viese las manchas de sangre en el suelo. La luz gris azulada que entraba por la puerta iluminaba vagamente su cara, por lo que podía leer su expresión sin ayuda de la linterna.

—¿Cuándo has llegado?

Se veía pálida y demacrada, aunque no tanto como en la clínica. Se frotó los ojos con la mano derecha y vi que estaba intacta, sin lesión alguna.

—¿Cómo has venido así de pronto, sin avisar?

Sus ojos, que parecían más grandes por la oscuridad, me escrutaban con fijeza.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me hice daño con una rama.

—¡Ay, pobrecilla! —exclamó, y sus ojos se ensombrecieron—. ¿Por qué no hay luz? —preguntó en voz baja, y agregó en un murmullo, como hablando para sí—: Si yo no la apagué…

—Es que se cortó la electricidad —le expliqué, al ver que fruncía el entrecejo.

—¿Cómo lo sabes?

Pero, como si no le interesara oír mi respuesta, apartó la vista y miró hacia el patio a través de la puerta entreabierta.

—¿Cuándo ha nevado tanto? —No parecía estar hablando

conmigo, sino consigo misma—. ¿Estaré soñando?

Se quedó contemplando los copos de nieve que caían como pájaros blancos cada vez más grávidos. Cuando por fin volvió a mirarme, percibí que algo había cambiado sutilmente en su expresión. Me miró largamente con los ojos húmedos y brillantes, como si de pronto se desprendiera de ella toda la calidez que había atesorado para mí durante los veinte años de nuestra amistad.

—No suelo quedarme dormida aquí en el taller, no entiendo cómo pude caer en semejante sueño —dijo en tono quejumbroso, y a continuación se abrazó los hombros como si estuviese aterida—. ¿No tienes frío?

Sus ojos me sonreían y mostraban las finas arruguillas que tan bien le conocía.

—Encenderé el fuego —dijo, abriendo la puertecilla de la estufa y metiendo trozos de leña.

Me quedé observándola. Lucía los tejanos gastados que solía usar para trabajar, zapatos de carpintero, un suéter gris de cuello alto y un grueso delantal negro. Por encima llevaba una chaqueta acolchada negra que me resultaba muy familiar, abierta y sin abotonar, y se la había arremangado para que no le molestara al trabajar, dejando al descubierto sus muñecas delgadas. Inseon tomó dos puñados de serrín con la mano derecha, en la que no se veía señal alguna de corte, sutura o sangrado, y los esparció sobre los leños. Luego sacó una cerilla de una cajita octogonal y, rasgándola contra uno de los lados, comentó:

—En Seúl ya no encuentras en ningún lado estas cajas de cerillas.

Se veía serena y a la vez algo triste, mientras esperaba a que los leños prendieran.

—La compré en la tiendecilla que hay junto a la parada de autobús. Puede que tengan décadas de antigüedad, pero siguen prendiendo bien.

En ese momento se alzaron las llamas y el fuego iluminó sus

párpados y su nariz.

*

—Siéntate aquí —dijo Inseon, acercando a la estufa el único taburete, de tres patas, que había en el taller.

—¿Y tú? —le pregunté.

A modo de respuesta, se sentó de un salto sobre la mesa de trabajo. Balanceó despacio las piernas en el aire como una niña, al parecer totalmente ajena a la mancha de sangre en la hoja dentada de la sierra eléctrica.

Me acerqué con la mano aún en la espalda y me senté en el taburete. Mientras Inseon mantenía los ojos en la estufa, dejé muy despacio la linterna bajo el asiento. Mi pie tocó uno de los troncos tirados en el suelo. Junto a él había un pequeño charco de sangre seca, sobre el que se estaba formando una mancha oscura al derretirse la nieve que lo cubría.

La estufa tenía dos orificios a los lados, semejantes a ojos, para que circulara el aire. A través de ellos se veía tremolar las llamas. También se oía el crepitar de los leños.

—He pensado mucho en ti, Gyeongha.

Levanté la vista al oírla. Ella también estaba mirando a través de los agujeros de la estufa.

—A veces pienso tanto en ti que es como si estuvieras aquí conmigo.

Las llamas titilaban silenciosas en sus pupilas. Su actitud —el hecho de que no me hiciera más preguntas sobre la situación— era serena e impasible como siempre, tanto que llegué a pensar que quizá fuese cierto lo que supuse que Inseon estaba pensando: que todo ese tiempo había estado trabajando en el taller, y que el mensaje que yo había recibido en Seúl y todo lo que me había pasado en la isla no eran sino las fantasías de alguien que ya no era

de este mundo.

—Justamente quería que los vieras. ¿Qué te parecen? —preguntó Inseon, señalando los troncos apoyados contra la pared.

—Pensé que tendrían la altura de personas —repuse con franqueza.

—Es lo que intenté hacer al principio.

Creí que me iba a explicar por qué había cambiado el tamaño de los troncos, pero no dijo más. Apoyó las manos en la tabla de la mesa de trabajo y bajó al suelo de un salto.

—¿Quieres un té? —me preguntó.

Me quedé mirando cómo cruzaba el taller y se dirigía a la puerta delantera, que daba al bosque.

—Supongo que, como no hay electricidad, podríamos quemar combustible sólido en la casa… pero el humo no le hace bien a Ama. Mejor tomemos el té aquí —dijo Inseon, abriendo la puerta.

La luz que entró de fuera iluminó un poco más el interior del taller. Con ayuda de esa luminosidad, Inseon se puso a buscar algo en el congelador de una nevera pequeña que se encontraba junto a la puerta, mientras tarareaba una canción que yo no conocía. Me pregunté si prepararía ese té ácido y desabrido de frutos del bosque que me había dado la otra vez.

—¿Cómo se llama? —me preguntó, y con una cuchara de madera echó en la tetera un poco del contenido de un recipiente hermético —. Me refiero a nuestro proyecto. Nunca te lo he preguntado —dijo sonriendo, al tiempo que llenaba la tetera con agua embotellada.

—*Imposible decir adiós* —respondí.

Mientras se acercaba con la tetera y dos tazas en las manos, Inseon repitió:

—*Imposible decir adiós*.

*

El aire, al circular por las dos puertas del taller abiertas, reavivó con ímpetu las llamas de la estufa. Inseon colocó la tetera en la parte superior, que había tomado un color rojizo por el fuego. Las gotas de agua que se derramaron del recipiente se evaporaron con un chisporroteo.

Nos quedamos calladas, sin hablarnos ni mirarnos. Cuando empezó a hervir el agua en el fondo de la tetera, Inseon rompió el silencio para preguntarme:

—¿Te refieres a que no puedes decir adiós, o a que no quieres despedirte?

Todavía no salía vapor por el pico de la tetera, faltaba aún para el punto de ebullición.

—¿Quieres decir que la despedida no se consuma?

Comenzó a salir un hilo de vapor de la tetera y la tapa empezó a saltar con un golpeteo.

—¿Que la despedida se posterga indefinidamente?

A través de la puerta delantera, el bosque se veía casi negro. Las siluetas de los árboles, suaves y redondeadas bajo la nieve, brillaban débilmente en la penumbra.

¿Podría marcharme atravesando esa oscuridad? A diferencia de la noche anterior, ahora tenía una linterna, pero desde entonces había caído mucha más nieve. Aunque lograse llegar sin problemas a la parada, seguro que ya no circularía el pequeño autobús local que iba a P. Y para comunicarme con la clínica donde estaba ingresada Inseon, tendría que llamar a la puerta de alguna casa con luz para que me permitieran usar el teléfono. ¿Se habrían vuelto a soltar los nervios que le habían suturado? ¿Le habrían tenido que hacer esa operación de abrir hasta el hombro de la que hablaban? ¿Habría habido algún problema con la anestesia? ¿Habría surgido algún otro tipo de contratiempo médico?

Como si desistiera de escuchar mi respuesta a sus preguntas, Inseon se puso el guante de algodón. Tomando por el asa la tetera,

que repiqueteaba furiosa, llenó las tazas que estaban sobre la mesa de trabajo.

—¿Te acuerdas de que era algo que te preocupaba? —me dijo, tendiéndome una de las tazas.

No era de moras silvestres. Tenía una tonalidad verde claro y olía a hierbas.

—Te preocupaba que no nevara lo suficiente en Jeju.

Se apoyó en la mesa de trabajo con su taza en la mano y esbozó una amplia sonrisa. Cuando acercó los labios a la taza, me pregunté si un fantasma podía beber algo tan caliente.

—¿De qué es este té? —le pregunté.

—De hojas de bambú sasa.

Me llevé la taza a los labios y bebí un sorbo. Cuando el té bajó por mi garganta, me di cuenta de lo mucho que llevaba esperando ese momento, lo mucho que había deseado tomar algo caliente que me quemara la lengua, que el calor me inundara la garganta y el estómago.

—Cuando era pequeña, en casa tomábamos este té en lugar de agua —explicó Inseon—. Me mandaban a recoger hojas de bambú sasa al monte porque es bueno para los nervios.

Inseon apartó su taza y nuestras miradas se encontraron. Me pregunté si el té también la llenaría por dentro. Si Inseon se había aparecido como un espíritu, yo debía estar viva; pero si era ella la que estaba viva, yo debía haber llegado allí como un espíritu. ¿Era posible que ese calor se expandiera por nuestros cuerpos al mismo tiempo?

*

Me sobresalté y volví la cabeza al oír el crujido de una rama quebrándose en el bosque.

—Es porque no hay viento —me explicó Inseon, como

tranquilizándome—. La nieve no se dispersa y las ramas no aguantan el peso.

La penumbra gris azulada iluminaba las copas de los árboles. Seguían cayendo gruesos copos de nieve que reflejaban débilmente la escasa luz.

Tomé otro sorbo de té. Al expandirse el calor por mi estómago, enderecé los hombros caídos y la espalda. Con la taza medio llena en la mano, dije:

—A mí también me gustaría preguntarte algo.

Inseon se inclinó un poco hacia delante, como para indicarme que me estaba prestando atención.

—¿Cómo has podido vivir así? Quiero decir, aquí sola, en este lugar.

—¿A qué te refieres con «este lugar»? —me preguntó con una sonrisa.

Me refiero a esta casa, sin postes de luz ni vecinos; a esta casa, que está tan aislada que cuando nieva se queda sin electricidad y sin agua. Me refiero a este lugar con esa palmera, que por las noches parece alguien que se te acerca sacudiendo amenazadoramente los brazos; a este lugar, donde al otro lado del arroyo están los restos de una aldea quemada y devastada.

Todo eso es lo que pensé, pero no dije nada.

Como rebatiéndome, Inseon me respondió despacio:

—Pero si yo no estoy sola. —Un silencioso destello de afecto iluminó su cara—. Tengo a Ama. —El destello se apagó, pero renació como un rescoldo melancólico—. Ami murió hace unos meses. Durante tres días, Ama solo bebió agua. No quiso comer, ni siquiera las moras que tanto le gustan. —Tras una pausa, siguió diciendo—: Por la mañana Ami estaba bien, pero cuando volví a la casa al anochecer tenía los ojos opacos. Lo llevé de inmediato al veterinario, pero murió al día siguiente.

La penumbra que entraba del bosque iba ensombreciéndose

paulatinamente. La creciente oscuridad hacía más intenso el fulgor rojizo que salía de la estufa.

—Me pregunto por qué fingió que estaba bien, por qué me ocultó que estaba enfermo. Yo no era un depredador al que hubiera que temer…

Inseon hablaba con la vista fija en los ventanucos rojos, como si observar esos orificios semejantes a ojos hiciera fluir sus palabras como metal fundido.

—Manteníamos conversaciones, Ami y yo. Tú misma lo viste. —Volvió a bajarse del banco de trabajo—. ¿O puede ser que en realidad no nos comunicáramos? ¿Que no fuéramos más que un pájaro y un ser humano el uno para el otro?

Con movimientos diestros, volvió a ponerse los guantes de algodón y abrió la puertecilla de la estufa. Movió los leños con un atizador, haciendo que saltaran chispas. Sentí el calor de las llamas en el rostro.

—Pero no es el final. —La voz de Inseon me llegó a través del aire caliente—. Aún no nos hemos separado del todo, todavía no.

*

—¿Dónde lo enterraste? —le pregunté, sin saber qué decir para consolarla.

—En el patio —dijo, cerrando la puertecilla de la estufa, que había adquirido una tonalidad carmesí.

—¿En qué parte?

—Debajo del árbol —explicó, alzando la vista hacia la pared sin ventanas que daba al patio—. Debajo de esa palmera que dijiste que parecía una persona.

Quizá yo había removido y destruido la fosa de Ami sin darme cuenta. Quizá había destrozado con la pala los huesecillos en proceso de desintegración y los había dispersado al rastrillar la

tierra con las manos.

*

Cuando Inseon extendió el brazo, creí por un momento que me estaba pidiendo que le estrechara la mano, pero lo que quería en realidad era que le diera la taza vacía. Depositó las tazas una encima de la otra sobre la mesa de trabajo y dijo:

—Las dejaremos aquí. Vámonos.

Entonces caí en la cuenta de que no nos habíamos tocado en ningún momento. Siempre que volvíamos a encontrarnos después de mucho tiempo, nos saludábamos con un abrazo y nos tomábamos las manos diciendo: «¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Cómo has estado?». Hoy, en cambio, guardábamos las distancias, como si al tocarnos pudiéramos contagiarnos de la muerte de la otra.

—¿Quieres comer unas gachas de soja? —me preguntó Inseon, dándose la vuelta para dirigirse hacia la puerta delantera del taller —. Sé que te gustan mucho.

Alargó la mano y cerró la puerta, lo que oscureció el ambiente e hizo imposible leer su expresión.

—Pero ¿no hay que dejar antes la soja en remojo?

—Tengo una poca en el congelador ya remojada —respondió Inseon, atrancando la puerta—. No puedo usar la licuadora porque no hay luz. Haré las gachas con los granos enteros, pero quedan igualmente sabrosas.

Seguí a Inseon, que se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta trasera del taller. Fui poniendo los pies donde los había puesto ella y, sorprendentemente, no me tropecé con ninguno de los troncos del suelo ni pisé ninguna mancha de sangre. Antes de salir por la puerta, me giré para mirar la estufa. Los rojos ventanucos a los lados seguían refulgiendo candentes como un par de ojos.

Inseon me esperaba fuera, envuelta en la penumbra crepuscular.

Los copos caían flotando como plumas, tan despacio que se podían ver las formas de los cristales en la mortecina luminosidad.

2

LAS SOMBRAS

Mientras abría con cuidado la puerta de la casa, Inseon se giró hacia mí y, acercándose el dedo índice a la boca, me susurró:

—Ama debe de estar dormida. No la despertemos.

Iluminándose con la escasa luz que entraba por la puerta, abrió el mueble zapatero y empezó a buscar algo en su interior, mientras yo la miraba desde fuera.

—¿Dónde estará la linterna? —murmuró para sus adentros con expresión abatida, para exclamar al instante—: ¡Pero si tengo velas!

Se volvió hacia la puerta en busca de un poco de luz. Tenía en la mano una pequeña caja de cerillas, de esas que regalan en algunos establecimientos. Encendió un fósforo con un chasquido, lo acercó a la mecha de una vela nueva y luego lo apagó.

—Entra —susurró, quitándose los zapatos de trabajo y adentrándose en la sala.

Cerré la puerta y la seguí al interior de la casa. Una suave penumbra, que no era del todo luz pero tampoco oscuridad completa, se filtraba a través de la ventana. Impregnados de esa luminosidad, caían miles de copos de nieve.

Miré hacia la lámpara que colgaba sobre la mesa del comedor y en cuya pantalla Ama se había estado columpiando hacía un rato. ¿Se habría metido en la jaula? ¿Estaría dormida como decía Inseon? Si es que se podía dormir estando muerto…

Inseon estaba inclinada sobre la mesa, absorta en la tarea de

verter cera derretida sobre el tablero. Cuando hubo derramado la suficiente, colocó la vela sobre el pequeño charco de cera fundida y esperó a que se endureciera para que se mantuviera recta.

—Gyeongha… —me llamó Inseon en voz baja, sin levantar la vista—. ¿Puedes hacerme el favor de cubrir la jaula?

Me acerqué de puntillas. La puertecita de la jaula seguía abierta, tal como la había dejado Ama. Pero, salvo las cáscaras de semillas en el suelo y el bebedero a medio llenar, estaba vacía. Cuando cogí el paño que colgaba a un lado de la mesilla y tapé la jaula, Inseon me preguntó:

—Duerme, ¿verdad?

*

Fui hasta la cocina y me senté en una silla como si no ocurriera nada, como si aquella fuera una noche normal y me hubiera pasado por casa de una amiga para hacerle una visita. Con la misma naturalidad, Inseon buscaba algo en el congelador apagado, como si lo único que le preocupara fuese hacerle una cena decente a una amiga que había venido a visitarla de improviso.

Me quedé mirando la llama de la vela, cuya mecha ardía absorbiendo la cera derretida. Pequeña y silenciosa, aquella llamita no podía compararse con las fulgurantes llamaradas de la estufa. En el interior de su forma ondulante se agitaba un núcleo azulado, como una semilla palpitante cuyos latidos reverberasen en los trémulos bordes anaranjados.

Me acordé entonces de que una vez metí un dedo en el fuego. Hacía tanto de aquello que lo había olvidado. Fue en el otoño del último año de primaria. Tras advertirnos de que tuviéramos cuidado con el fuego, la maestra salió un momento del aula de ciencias, dejándonos solos. Uno de los niños afirmó en voz alta que, si pasabas rápidamente el dedo por la llama, no sentías dolor ni te

quemabas. Queriendo demostrar lo valientes que eran, varios de mis compañeros se pusieron en fila y, haciendo un esfuerzo por disimular el miedo o sin poder ocultarlo, fueron metiendo la punta del dedo en la llama del quemador de alcohol para luego sacarlo a toda prisa. Cuando llegó mi turno y pasé el índice por la llama, experimenté una suavidad y una subida de tensión increíbles. El contacto fue demasiado breve para sentirlo en toda su intensidad y supe que no podría recordarlo luego, así que repetí el gesto varias veces, a toda velocidad, para que el lacerante calor no pudiera penetrar más allá de la epidermis.

Tal como había hecho aquella vez, ahora extendí la mano. Una suavidad que no parecía de este mundo envolvió de inmediato mi piel. Iba a pasar de nuevo el dedo por el centro de la llama cuando vi moverse algo en la sala y levanté la vista.

*

La sombra de un pájaro volaba silenciosa por la pared blanca. Era enorme, del tamaño de un niño de seis o siete años. Como si la estuviera viendo a través de una lupa, podía distinguir los temblorosos músculos de sus alas y los vívidos detalles de sus plumas translúcidas.

La única fuente de luz de la casa era la vela que tenía delante de mí. Para crear aquella sombra, el pájaro debería estar volando entre la llama y la pared.

—No pasa nada —dijo Inseon, y me giré hacia ella—. Es Ami, que ha venido.

Estaba de pie, apoyada contra el fregadero, pero se la veía muy cansada, casi a punto de desplomarse.

—No suele venir siempre.

La luz de la vela no llegaba a iluminar su semblante. La oscuridad distorsionaba sus rasgos, transformando su rostro en la cara

inexpresiva y blanquecina de una extraña.

—A veces está aquí solo unos segundos, otras se queda hasta que amanece.

Luego me dio la espalda, como si ya me hubiese explicado todo lo que necesitaba saber. Abriendo el grifo del fregadero, musitó en tono de queja:

—Ni siquiera hay agua…

Fuera se había extinguido la poca luz que quedaba. Ya no se veían los copos de nieve absorbiendo la penumbra gris azulada. Las tinieblas habían borrado también la palmera donde yo había enterrado a Ama la noche anterior y donde Inseon había enterrado a Ami meses atrás.

Fue entonces cuando lo oí.

Un sonido como el frufrú de telas rozándose, como de tierra húmeda desmenuzándose entre los dedos. Se parecía a la voz de Inseon. No la Inseon que tenía ante mí, sino la que estaba en la cama de una clínica de Seúl y hablaba en susurros sin hacer resonar la garganta, como si se hubiese lastimado las cuerdas vocales y no la mano.

Eché hacia atrás la silla y me levanté. Di un paso hacia esa sombra que no se sabía si quería levantar el vuelo o posarse en algún lado, esa sombra que aleteaba eternamente suspendida entre las vigas del techo y el suelo de madera. Extendí la mano hacia donde debía estar el ave, en algún punto entre la vela y la sombra.

—*¡No!*

Fue lo que creí oír, como si todos los sonidos sordos se superpusieran en una sola palabra.

—*¡No, no…!*

¿Era una alucinación? La palabra se desmenuzó y dispersó en el aire. El frufrú de telas desapareció, llevándose el eco.

*

Inseon se había sentado a la mesa del comedor. Ahora estaba más cerca de la vela y la llama refulgía en sus pupilas, por lo que su rostro se veía lleno de vida. No parecía la misma que se apoyaba hace un momento contra el fregadero con semblante agotado.

—Cuando estuve aquí en otoño del año pasado… —empecé a decir, pero entonces vi desaparecer la vitalidad del rostro de Inseon —. Aquella vez Ami también dijo eso…

Como si tuviera frío, Inseon rodeó la vela con ambas manos, las cuales se tornaron rojas al absorber su fulgor. Una vez tapada la llama, el ambiente se oscureció.

—¿Lo aprendió de ti?

Inseon entreabrió los dedos. La luz se derramó entre ellos e iluminó sus articulaciones como si fuera sangre.

—Supongo que sí —respondió apartando las manos de la vela, y la luz volvió a inundar por entero su rostro—. Cuando pasas mucho tiempo sin compañía, acabas hablando solo. ¿No te pasa a ti? — preguntó, inclinando la cabeza como si buscase mi asentimiento—. Tomé la costumbre de murmurar cosas y luego gritar fuerte «¡No!», como para retirarlo.

Yo no la estaba forzando a darme una respuesta y mucho menos a explicarse, pero Inseon siguió hablando, eligiendo cuidadosamente las palabras, como si se sintiera en la obligación de responderme de la manera más exacta posible.

—Eran cosas que no debían escuchar los fantasmas… deseos que quizá las ánimas podrían hacer realidad… Después de musitar ese tipo de cosas, exclamaba «¡No!» en voz alta, como cuando rompes una hoja después de escribir algo.

Inseon hablaba con firmeza, como si escribiera sobre un papel apretando con fuerza el lápiz.

—Me figuro que lo que Ami oiría más claramente era ese último «No» rotundo, y entonces me imitaría, creyendo que era mi sonido

animal característico.

*

No le pregunté cuál era ese deseo que murmuraba por lo bajo, pues supuse que lo conocía. Seguramente era lo mismo por lo que yo luchaba, eso que escribía y rompía todos los días, eso que tenía clavado en el pecho como la punta de una flecha.

—¿Tienes un lápiz?

Al oír mi pregunta, Inseon sacó un portaminas del bolsillo de su delantal y me lo dio. Crucé la sala, viendo cómo mi sombra oscilaba ante mí siguiendo las fluctuaciones titilantes de la vela. Al acercarme a la pared, se acortó la distancia entre la sombra del pájaro y la mía, hasta que ambas parecieron tocarse y superponerse suavemente.

Extendí la mano que sostenía el portaminas más allá de mi sombra y empecé a dibujar en la pared la silueta del pájaro. Su cabeza cambiaba constantemente de ángulo, ya que las aves carecen de visión binocular y tienen que mover todo el tiempo la cabeza para poder captar una imagen completa. ¿Qué querría ver Ami? ¿Continúa existiendo el deseo de ver cuando no se es más que una sombra?

No creía estar apretando mucho el lápiz, pero la mina se rompía a cada rato. Apoyada sobre la fría pared, me desplacé de lado para seguir dibujando el contorno de la sombra, al tiempo que presionaba una y otra vez el extremo del portaminas para hacer salir el grafito nuevo. Para dibujar la cabeza del pájaro, tuve que ponerme de puntillas y extender el brazo lo más que pude. Fue entonces cuando descubrí otro trazo por fuera del contorno que estaba silueteando. Lo había hecho yo misma el otoño pasado. No

estaba muy segura, pero debía de ser la cabeza de Ama. La línea que dibujé entonces siguiendo la silueta alargada y suave de los hombros de Inseon estaba ahora tapada por la sombra del pájaro y ya no se distinguía. Las líneas se habían entrecruzado y superpuesto tanto que seguramente no podría reconocer ninguna forma cuando volviera a mirar la pared a la luz del día.

Al acabarse la mina del lápiz, me di la vuelta hacia la cocina con temor, pues la silla donde se encontraba sentada Inseon estaba tan silenciosa como la jaula cubierta con el paño.

Pero entonces distinguí los hombros de Inseon en la oscuridad. Una respiración suave y regular emanaba de detrás del silencio de la vela. En cambio, se sentía un vacío helado en la silla donde yo había estado sentada.

Al mirar de nuevo hacia la pared, vi agitarse una sombra nueva que parecía querer escapar de los límites de las líneas que acababa de trazar. Sus contornos negros se extendieron hasta el techo. Sus alas se desplegaron como si planeara por los aires. Al mismo tiempo, resonó un vago gorjeo.

«¿Habrá vuelto Ama?», pensé, mirando la jaula tapada.

¿Dónde está Ama?

*

Al volver a mi silla, vi que la vela sobre la mesa se había acortado ligeramente. Unas gotas de cera derretida se deslizaban por los lados del cirio.

—A veces me parece que hay alguien más conmigo —dijo Inseon, levantando la vista de los protuberantes goterones de cera—. Es como si, en esas ocasiones en que Ami viene y se va, quedara algo después. ¿Te pasa a ti también?

Al inclinarse hacia delante, la sombra de Inseon en el techo se movió también. Observando cómo se ensanchaba y empequeñecía al ritmo de su respiración, le respondí con otra pregunta:

—¿Desde cuándo te pasa?

Frunció el entrecejo, como solía hacer siempre que se concentraba. ¿Estaría calculando los meses? ¿Los años? La cera transparente y líquida acumulada bajo la llama se desbordó de repente y cayó por los lados de la vela. Enseguida se endureció y adquirió un color blanquecino, creando protuberancias nuevas.

*

—Desde que vi los huesos… —respondió Inseon—. Fue en el avión, cuando regresaba de Manchuria.

No me esperaba esa respuesta. Creí que me diría que desde la muerte de Ami, o después del fallecimiento de su madre. Si se refería al documental que había filmado en Manchuria, de eso hacía ya diez años, cuando aún vivía en Seúl.

—Aquel otoño exhumaron los restos.

—¿Dónde?

—En el aeropuerto de Jeju… —Y, bajando la voz, agregó—: Debajo de la pista.

Me quedé mirándola en silencio. Sus ojos parecían preguntarme si yo también me acordaba de aquello. No recordaba el año exacto, pero había leído la noticia. También había visto la foto de una fosa acordonada con una cinta que prohibía el paso.

—Había cogido un periódico al subir al avión —siguió diciendo—, y allí, en la parte inferior de la primera plana, había una foto de la excavación.

*

Supe que se había levantado viento no porque oyera algo, sino por los movimientos de la llama.

Miré hacia la sala y vi que la sombra del pájaro había desaparecido. Seguramente por la distancia y la falta de luz, la pared en la que había dibujado aquella cabeza que no paraba de moverse se veía ahora vacía y limpia.

Inseon también estaba mirando la pared. Creí que iba a levantarse de un salto y que cruzaría la sala a grandes pasos. Que le quitaría el paño a la jaula y me preguntaría por Ama. Que me pediría cuentas por no haberla salvado.

En lugar de eso, levantó las manos a la altura de los ojos y se las miró despacio por ambos lados, como inspeccionando si tenía alguna herida o cicatriz de la que no se había percatado.

3

EL VIENTO

Me llamó extrañamente la atención un esqueleto que yacía junto a la pared de la fosa.

Los otros restos óseos estaban boca abajo y con las piernas extendidas, pero solo aquel estaba de costado, mirando hacia la pared y con las rodillas dobladas contra el pecho, como solemos tumbarnos cuando estamos enfermos, no podemos dormir o nos preocupa algo.

Debajo de la foto, el texto del artículo explicaba que probablemente los habían alineado de diez en diez al borde de la fosa y que les habían disparado por la espalda para que cayeran dentro. Y que ese acto de alinear a la gente delante de la zanja y acribillarlos se habría repetido muchas veces.

Entonces se me ocurrió que, si ese cuerpo se encontraba en una postura diferente del resto, era porque todavía seguía con vida cuando fue sepultado; que por eso era el único que aún llevaba zapatos, y que, por el tamaño del calzado de goma y por su complexión ósea, debía de tratarse de una mujer o de un muchacho de unos quince años.

Antes siquiera de darme cuenta, había doblado el periódico y lo había metido en la mochila. Al llegar a casa, recorté la foto y la guardé en un cajón del escritorio. Como era una imagen demasiado atroz para mirarla de noche, de tanto en tanto la contemplaba a la luz del día. Cuando llegó el invierno, probé a tumbarme de costado al lado del

escritorio con las rodillas dobladas contra el pecho, imitando la fotografía.

Lo extraño es que, cada vez que lo hacía, sentía que cambiaba la temperatura de la habitación. No era una sensación de tibieza como cuando los rayos del sol invernal entran por la ventana o cuando el suelo se calienta por la calefacción, sino más bien como si la habitación se llenara de una cálida masa de gas. Es como esa sensación de suavidad que te queda al tocar un copo de algodón, una pluma de pájaro o la piel de un bebé, pero comprimida, evaporada y expandida por toda la habitación…

A principios del año siguiente, tomé la resolución de rodar un documental sobre esa persona de la que no sabía su nombre ni tampoco su género o su edad, esa persona de complexión menuda que calzaba zapatos de goma, una de las miles que fueron arrestadas preventivamente en Jeju al estallar la guerra y que después fueron ejecutadas.

Si era un adolescente, habría tenido más o menos la misma edad que mi madre, así que la película trataría acerca del destino final de esas dos personas: una de ellas trepidando debajo de una pista por la que aterrizaban y despegaban docenas de aviones a diario, y la otra viviendo sesenta y tantos años en una casa apartada y con una sierra de calar debajo del futón.

Decidí estructurar el documental en torno al proceso que seguiría para averiguar la identidad de ese adolescente. Empezaría mostrándole la foto del periódico a algún miembro del equipo que había exhumado los restos, a fin de averiguar dónde habían sido depositados sus huesos y los zapatos de goma. En un artículo posterior, había leído que unos cincuenta del centenar aproximado de cuerpos encontrados estaban siendo sometidos a pruebas genéticas de parentesco. Quizá uno de esos restos fuera el de la persona que buscaba. En tal caso, el siguiente paso sería entrevistar a alguno de sus familiares vivos. Pero, antes de eso,

decidí coger el equipo de filmación y venirme a casa de mi madre con la intención de hacerle una sencilla entrevista. Había pensado en empezar el documental con una conversación de carácter cotidiano, en la que mi madre me contaría qué tal había ido la cosecha de invierno y si estaba durmiendo mejor que antes. No iba a revelar su identidad, sino que mostraría únicamente sus cabellos peinados en dos trenzas, su nuca y sus manos, con el fin de que nadie pudiera reconocerla. La única imagen suya de cuerpo entero durante toda la película sería de ella de espaldas, dormida de costado sobre el futón, con la sierra de calar oxidada debajo.

Tomé un vuelo que salía a primera hora y llegué a casa poco antes del mediodía.

Mi madre había ido al pueblo para ayudar en la cosecha de mandarinas y no regresaría hasta el anochecer, así que me puse a organizar mentalmente la entrevista que le haría al día siguiente. Mientras buscaba un lugar apropiado, coloqué una silla delante de la pared encalada del cobertizo. Instalé la cámara y el micrófono, y, a modo de prueba, me senté en la silla y empecé a hablar.

No estaba pensando en la cueva ni en mi padre. De hecho, no era algo en lo que pensara a menudo, así que ni yo misma entiendo por qué me dio por hablar de aquello. No podía parar, pero tampoco me fluían las palabras con facilidad. Delante de aquella pared blanca, sin parar de tartamudear, utilicé la totalidad del tiempo de filmación disponible en la cámara. Luego repetí el proceso, no una sino varias veces.

Esa noche, mientras trataba de conciliar el sueño, supe que las cosas se estaban desarrollando de un modo diferente a lo planeado. No le hablé a mi madre de la entrevista. En lugar de eso, al día siguiente salí de madrugada con una cámara de acción en la cabeza y me dirigí a ese sitio, a esa aldea abandonada al otro lado del arroyo de la que te he hablado en alguna ocasión.

Aunque he crecido a un tiro de piedra de ese lugar y he ido hasta la vera del arroyo seco infinidad de veces, nunca lo había cruzado antes. Al contrario de lo que había imaginado, no quedaban rastros de los muros de las casas. No obstante, se podía saber dónde habían estado las viviendas y las calles, porque en esos sitios no crecía la vegetación. Dispuestas en derredor de un pequeño cráter apagado, conformaban un conjunto de aspecto acogedor. Por lo crecidos que estaban los bosques de bambúes en los patios traseros de algunos de los predios vacíos, se podía ver que habían sido casas bastante grandes en su época.

Sin embargo, me fue imposible ubicar el lugar donde se levantaba la casa de mi padre.

Era lógico, yo no sabía la dirección ni tenía las coordenadas de su ubicación.

Tampoco había oído hablar de en qué lugar de la aldea se encontraba o qué dimensiones tenía.

*

Empujado por el viento, algo cayó al suelo en el patio con un pesado sonido metálico. Debía de ser la pala que había dejado apoyada contra la pared, junto a la puerta trasera del taller. Como reaccionando a esa vibración, un goterón de cera semejante a una perla se deslizó por un costado de la vela.

Conforme aumentaba el ulular del viento, los vaivenes de la llama se volvieron frenéticos. La llama se elevaba muy alto, como si hubiera algo invisible entre el cirio y el techo y tratara de alcanzarlo para hacerlo arder. Con semejante llamarada, se podría pasar no solo el dedo por el fuego, sino la mano entera.

Mientras oía retemblar todas las ventanas de la casa, pensé que la nieve que cubría la palmera del patio saldría volando arrastrada por el viento. Sus ramas semejantes a enormes helechos volverían a cobrar vida y se agitarían con fuerza. Los recios árboles del bosque

más allá de la parte delantera del taller también se estarían sacudiendo la nieve en polvo.

*

Mi padre tenía entonces diecinueve años.

Además de un hermano pequeño, tenía tres hermanas menores, de doce años la mayor y todavía bebé la benjamina. Mi padre le tenía un cariño especial a la pequeña, que había nacido a principios de ese año. Incluso fue él quien le puso el nombre de Eunyeong. Mi abuelo quería llamarla Sunyeong, pero mi padre le hizo desistir con el argumento de que ese nombre, que significaba «dócil», no haría más que acentuar la fragilidad de la niña, ya de por sí dulce y tranquila.

Mi abuela le había comprado a mi padre una chaqueta con elástico en la cintura para que se la pusiera por encima del uniforme del colegio, pero él la usaba para envolver con ella a su hermanita y llevarla a todas partes. Esa primavera hubo huelga de estudiantes y se suspendieron las clases, por lo que mi padre dejó el cuarto donde vivía en la ciudad y regresó a casa para ahorrarles a mis abuelos el dinero del alquiler. Cuando se encontraba con sus amigos en la aldea, abría la cremallera de la chaqueta y les mostraba los cabellos de la cría, suaves como plumones. Le encantaba que las chicas lanzaran exclamaciones de ternura cuando la pequeña extendía la manita para agarrar la solapa de su camisa. Mi abuela lo regañaba porque le daba miedo que se le cayera la niña, pero él la tranquilizaba diciendo que la llevaba con mucho cuidado, que no le pasaría nada a su hermanita aunque se tropezara o perdiera el equilibrio porque él se dejaría caer hacia atrás para protegerla.

Mis abuelos estaban muy preocupados por mi padre, pues era el único hijo varón con edad suficiente como para que los militares o la policía

sospechasen que pudiera tener alguna conexión con los trescientos insurrectos armados que estaban ocultos en las montañas. Además, circulaban todo tipo de rumores sobre policías con acento norcoreano que recorrían las aldeas arrestando a los jóvenes. Los altos cargos de la policía que habían colaborado con los nipones en la época de la dominación japonesa eran los que se ocupaban ahora de torturar a la gente. Y cuando mi abuelo se enteró de que un estudiante de bachillerato había sido torturado hasta la muerte en la comisaría del pueblo, escondió a mi padre en una cueva. De día mi padre se quedaba allí dentro leyendo y estudiando a la luz de una lámpara de queroseno, pues pensaba seguir con sus estudios en alguna universidad de Seúl cuando la situación se calmara. Después de anochecer, permanecía a oscuras por miedo a que la luz se filtrara al exterior. Regresaba a casa cerca de la medianoche para comer un poco de arroz frío y dormir algo, pero antes de que saliera el sol volvía a refugiarse en la cueva llevando en el morral unas cuantas patatas hervidas y un poco de sal.

Aquella noche de noviembre, mi padre salió como de costumbre de la cueva para ir a casa. Estaba cruzando el arroyo seco cuando oyó fuertes toques de silbato y vio que todo estaba iluminado al otro lado. Habían prendido fuego a las casas de la aldea.

De forma instintiva, supo que debía quedarse donde estaba. Allí, escondido en el bosque de bambúes a la vera del arroyo, de pronto oyó siete disparos que provenían de la plaza. También vio que los soldados estaban trasladando a la gente a golpes de silbato. Aunque se encontraba lejos, reconoció a dos de sus hermanas, que iban cogidas de la mano. La caravana de gente se movía con lentitud debido a los niños, las mujeres con sus bebés en brazos y los ancianos de espalda encorvada que no podían andar rápido y se tropezaban a cada rato. Mientras, los soldados los apremiaban soplando sus silbatos y pegándoles con la culata de sus armas.

Cuando el grupo se perdió de vista, mi padre corrió hacia la aldea.

Vio que la parte baja, la más poblada, también estaba ardiendo. Las llamas eran tan altas y brillantes que las columnas de humo negro se elevaban hasta el cielo mezclándose con las nubes blancas.

Salvo los muros bajos que dividían los terrenos y las paredes de piedra de las casas, todo lo demás estaba siendo devorado por el fuego. Cuando entró en su casa, se asustó muchísimo porque había manchas de algo rojo esparcidas por todo el patio, pero descubrió con alivio que se trataba de la tinaja de pasta de pimientos, que había estallado por el calor. Después de comprobar que no había nadie dentro de la vivienda, fue corriendo a la plaza donde habían resonado los tiros y encontró a siete personas muertas debajo del almez. Una de ellas era mi abuelo. Los soldados llegaban con los registros de empadronamiento familiar y, si comprobaban que faltaba un varón en la casa, daban por sentado que se había unido a las filas de los insurrectos y ejecutaban al resto de la familia.

Mi padre cargó con mi abuelo sobre sus espaldas hasta el patio de la casa. A falta de una tela para amortajarlo, arrancó todas las hojas de bambú que pudo y le tapó con ellas la cara y el cuerpo. Luego desenterró de entre los rescoldos una pala con el mango quemado y, una vez enfriado el metal, la utilizó para cubrir con tierra las hojas de bambú.

*

La llama anaranjada se cimbreaba ondulante.

—No hablé de eso en la película —musitó Inseon sin apartar los ojos de la vela.

Asentí. Era cierto. Allí sentada, delante de la pared encalada, Inseon solo había hablado de la oscuridad de la cueva y de las huellas en la nieve que su padre iba borrando tras ellos.

—En aquella época todavía no sabía nada. Mamá comenzó a hablarme de ello poco antes de que empezara a fallarle la cabeza.

Podía sentir la fuerza y la velocidad del viento en las mejillas y la nariz. La lámpara sobre la mesa del comedor oscilaba como un péndulo. La llama de la vela se adelgazaba y alargaba al máximo para de inmediato encogerse, como si se fuera a apagar. Era como si algo estuviera abrazando la casa, como si la gélida respiración de ese ser gigantesco se colara por los resquicios de las vigas y los marcos de las ventanas.

—A mi padre lo capturaron apenas una semana después —prosiguió Inseon, apartando los ojos de la llama—. El agua que caía del techo de la cueva no le bastaba para mantenerse vivo, así que bajó a la aldea en busca de cereales que se hubieran salvado del fuego y allí se topó con la policía, que estaba emboscada para detener a los que volvían para enterrar a sus muertos.

—¿Pudo reencontrarse con alguien de su familia?

—No, con nadie —dijo Inseon, sacudiendo la cabeza—, ya que el ejército y la policía tenían estructuras de mando y centros de detención diferentes. Lo tuvieron encerrado durante dos semanas en la fábrica de licores que está en el puerto de Jeju y luego lo trasladaron a Mokpo. Antes de embarcar, un policía le informó de cuál era la pena que le correspondía y el lugar donde la cumpliría.

La llama oscilaba tanto que costaba saber si era el semblante de Inseon el que cambiaba o si solo eran las luces y sombras las que se movían.

—¿Y qué pasó con la gente que se llevó los soldados?

—Los tuvieron recluidos durante un mes en la escuela primaria de P. y en diciembre los fusilaron a todos sobre las arenas blancas de la playa.

—¿A todos?

—Salvo a los que tenían familiares en la policía o el ejército, a todos.

*

¿También a la bebé?

El objetivo era exterminarlos a todos.

¿A quiénes?

A los rojos.

*

La puerta no paraba de sacudirse, como si alguien la estuviera golpeando con todas sus fuerzas. La llama se encogió hasta el pabilo y luego se agrandó. Con gesto impasible, Inseon puso las manos sobre la mesa y desplegó ordenadamente sus pulcros dedos. Luego se apoyó en ellos y se levantó diciendo:

—Tengo algo que mostrarte.

*

Dándome la espalda, Inseon se dirigió hacia su habitación a oscuras. A cada paso que daba, algo se desplomaba en el patio, la lona tremolaba con fuerza y el viento lanzaba agudos silbidos. Los movimientos de Inseon, en cambio, eran silenciosos, como si no se valiera de la vista sino de suaves tentáculos para avanzar.

Poco después salió del cuarto con algo en las manos. Era una de las cajas apiladas en la estantería metálica. Si la había podido encontrar con semejante oscuridad, era porque sabía muy bien dónde estaba. Puso la caja junto a la vela y abrió la tapa con las dos manos. Sacó unos libritos en cuyas tapas había pegados pósits amarillos con fechas y títulos, además de tener señaladas ciertas páginas con banderines adhesivos de color verde limón y verde

oscuro. Me llamó la atención una fotografía enmarcada, como de un palmo de ancho, que no se molestó en sacar del fondo de la caja. Era una imagen en blanco y negro que había sido tomada en un estudio fotográfico. Retrataba a una joven pareja vestida con formalidad, él con traje y ella con vestido.

Supe de inmediato que la joven sentada en la banqueta era la madre de Inseon. Siempre pensé que tenía el aspecto de una muchacha envejecida de golpe, pero, al contrario de como me la había imaginado, se trataba de una joven menuda que irradiaba una vitalidad cálida y segura de sí. Por el contrario, el que ofrecía una imagen suave y delicada era el hombre alto y delgado que estaba de pie a su lado, con la mano apoyada en su hombro. Me quedé observando su rasgos pulcros como de porcelana, sus ojos grandes que brillaban húmedos. Inseon había heredado los ojos y la complexión de su padre, pero en todo lo demás se parecía a su madre de joven.

*

Inseon pasó el dedo por el lomo de los libros apilados y sacó uno que tenía el subtítulo «Secheon» y el número de serie 12. Yo conocía ese material documental, que estaba a disposición del público en la sala de consultas de la Biblioteca Nacional. La primera vez que vi esos volúmenes fue en invierno de 2012, cuando estaba investigando para escribir mi libro sobre la ciudad de Gwangju y me dedicaba a leer sobre hechos similares ocurridos dentro y fuera del país. Sin embargo, decidí pasar por alto ese material. Contenían las transcripciones de los testimonios orales recabados en las aldeas sobre la masacre ocurrida en Jeju, pero me apabullaron las seiscientas páginas que conformaban el informe del comité investigador, los diversos ensayos y el apéndice con los testimonios de una treintena de personas.

Inseon abrió el libro por una página marcada con un adhesivo de color verde limón y me lo puso delante, girándolo antes para que pudiera verlo mejor.

No hay otro lugar desde donde se vea mejor que desde mi casa. Desde aquí se alcanza a ver por completo el mar y la playa. Ese día lo vi todo desde el dormitorio. Tuve miedo de abrir la puerta, así que hice un agujero en el papel que la cubría y espié por ahí.

Aparte de que estaba oscuro, el libro tenía una tipografía muy pequeña, por lo que tuve que ponerlo bajo la luz de la vela y acercar mucho la cara para poder leerlo. Olía a libro viejo. A lo largo de los años, sus páginas habían absorbido y liberado una y otra vez la humedad de las lluvias monzónicas.

Al atardecer llegaron dos camiones cargados hasta los topes de gente. Serían unas cien personas, por lo menos. Los soldados dibujaron un cuadrado en la playa con las bayonetas. Me pareció que le gritaban a toda esa gente que se metieran dentro y se alinearan muy derechos, sin sentarse, pero no pude oírlo bien porque el viento soplaba en dirección al mar. Sí pude percibir los toques de silbato, pero se acallaron una vez que la gente se dispuso en hileras.

Alguien que parecía un militar de alto rango gritó una orden y diez personas que estaban dentro del cuadrado cruzaron la línea dando un paso adelante y se quedaron allí plantados mirando hacia el mar. Pensé que les iban a castigar de algún modo, pero entonces los soldados les dispararon por la espalda y todos cayeron de bruces. Dieron de nuevo la orden de que se adelantaran otros diez, pero nadie obedeció y las filas empezaron a desordenarse; entonces los soldados les gritaron que se quedaran quietos y los amenazaron con las armas. En ese momento, una docena de los que estaban más atrás se escaparon del cuadrado y echaron a correr con todas las fuerzas de sus piernas hacia mi casa.

En aquel entonces yo tenía veintidós años y mi hijo mayor apenas cien días. Los soldados comenzaron a disparar en dirección a la casa y yo me cubrí con la gruesa colcha de algodón abrazando a mi niño. Mi marido se había hecho miembro del Minbodan, así que iba todos los días a la comisaría y no volvía hasta tarde. En casa solo estábamos mi hijo y yo… Nunca oí tantos disparos como ese día. Cuando se acallaron por fin, me asomé temblando a mirar por el agujero que había hecho en la puerta. Toda aquella gente, hasta el último de ellos, quedó tirada sobre la arena de la playa. Los soldados los agarraban, los arrastraban y los lanzaban al mar. Y allí se quedaron, flotando como prendas de ropa en el agua.

*

—En ese libro no hay fotos, pero en este sí —dijo Inseon, abriendo otro volumen más pequeño, del tamaño de un ejemplar del *Reader's Digest*.

Leí la fecha escrita con rotulador negro en el pósit amarillo que marcaba la página. Era un día de otoño de hacía quince años.

En la fotografía en blanco y negro, una anciana robusta y de cabellos grises ensortijados remendaba una red sentada en el *maru* entarimado de su casa. Estaba de perfil y muy seria, quizá porque se había negado a que le tomaran la foto de frente. Como era un artículo periodístico y no la transcripción de un testimonio oral, el texto citado estaba escrito en coreano estándar.

Yo no como pescado. Por aquel entonces había escasez de alimentos y yo tenía un bebé que amamantar, así que no tuve más remedio que comer lo que fuera, ya que si no lo hacía se me secaría la leche y se me podía morir el niño. Pero después de que mejoraran las cosas, nunca más volví a comer pescado, hasta el día de hoy. Al fin y al cabo, toda aquella gente fue devorada por los peces.

Además de que el fino papel satinado del librito reflejaba la luz de la vela, tenía una tipografía más grande que facilitaba la lectura. Me concentré en leer los testimonios citados. En general coincidían en lo que decían, pero también agregaban datos nuevos.

Me había tapado hasta la cabeza con la colcha por miedo a que las balas entraran en el cuarto, pero aún podía oír los tiros. El corazón se me había subido a la boca porque no podía dejar de pensar en todos aquellos niños que había visto. Había mujeres abrazando a críos pequeños como el mío, y otras a las que debía de faltarles poco para dar a luz porque a duras penas podían sostenerse en pie con sus vientres abultados. Los disparos dejaron de oírse al caer la tarde, así que espié por el agujero de la puerta. Los soldados estaban arrojando al mar los cuerpos ensangrentados tirados en la playa. Al principio creí que era ropa lo que flotaba en el mar, pero no, eran cadáveres. A primera hora de la mañana siguiente, sin que se enterara mi marido, fui a la playa con mi niño amarrado a la espalda. Pensé que quizá el mar habría devuelto el cuerpo de algún bebé, pero no había nada. De toda aquella gente, no quedaba ni siquiera un zapato o una prenda de vestir. Durante la noche la marea había borrado las manchas de sangre del lugar donde los habían fusilado y todo estaba limpio. «Ah, por eso los mataron en la playa», pensé.

*

Inseon cogió el ejemplar más grueso de los libritos que había sacado de la caja. A juzgar por el diseño más moderno de su encuadernación, no debía de tener más de diez años.

—Este es el último testimonio de la misma persona.

Inseon lo abrió por la hoja que tenía un banderín adhesivo de color naranja, y entonces apareció la foto en color de una anciana

de cabellos blancos como plumas de ave. Había perdido peso y masa muscular, y también se había encogido, por lo que parecía otra persona. Estaba en la misma casa, sentada con las rodillas levantadas y la espalda apoyada contra uno de los pilares del entarimado de la entrada, y lo único que transmitía vitalidad en su persona eran sus ojos, que miraban fijamente a la cámara.

*

Les dije que no vinieran más. Ya dije todo lo que tenía que decir, ¿para qué han vuelto?

¿Algo que no haya contado hasta ahora?

No se me ocurre nada…

Los primeros que vinieron eran de no sé qué centro de investigación. Prácticamente me lo suplicaron. Dijeron que casi no había testigos de lo ocurrido, y que si me moría sin haber contado lo que vi nadie sabría lo que pasó. Pensé que tenían razón y por eso hablé. Después de esa primera vez, vinieron de otras muchas partes. Hablar de aquello me dejaba mal durante varios días, pero seguía haciéndolo igualmente cada vez que me lo pedían.

Mi marido se habría puesto hecho una furia si se hubiera enterado, pero había muerto hacía tiempo. El pobre no iba a venir desde el otro mundo a prohibirme hablar. Si existieran los espíritus, podría habérseme aparecido en sueños para decirme que no lo hiciera, pero eso no sucedió.

A mi marido no le hicieron nada porque luchó en la guerra de Corea y allí casi perdió la vida. La mayoría de los hombres de Jeju participaron alistándose en la marina. Tenían dos opciones: si se quedaban en la isla y no iban a la guerra, los militares o la policía se los llevaban a la fuerza y los mataban; y si se afiliaban al Minbodan, tenían que acompañar a soldados y policías y eran obligados a ver y hacer cosas terribles. Como mi marido sabía que si se marchaba de la isla lo

iban a dejar tranquilo, fue de los primeros en alistarse de forma voluntaria. Durante tres años no supe nada de él, hasta que por fin volvió a casa. Me contó que tuvo muchísima suerte de no ser carne de cañón como muchos otros isleños, y también que lo pasó muy mal porque se murmuraba que todos los de Jeju eran rojos.

¿Cómo iba a saber yo lo que había hecho mi marido antes de la guerra, cuando era miembro del Minbodan, si nunca me hablaba de eso? Además, no fue algo que hiciera por gusto. Estaba trabajando en las obras de construcción de una muralla y un policía se lo llevó junto a otros hombres. En aquella época las cosas no eran como ahora. Si te lo ordenaban, tenías que obedecer y punto.

Los miembros de la Liga Juvenil del Noroeste eran crueles y despiadados, y eso me tenía muy preocupada. Se decía que eran capaces hasta de matar a uno de los miembros del Minbodan que los acompañaban solo por el hecho de que les cayera mal. Incluso me enteré de que dejaron tirada en el patio de la comisaría a una muchacha a la que habían herido con una bayoneta, y que luego obligaron a los del Minbodan a rematarla clavándole lanzas de bambú. Yo le rogaba a mi marido que por favor no se ganara el odio de la gente haciendo algo malo, pero me tranquilizaba diciendo que él solo hacía de intérprete, pues los de la Liga Juvenil no entendían el habla de Jeju y la gente de Jeju tampoco les entendía a ellos. Durante la evacuación, cuando provocaban incendios en los pueblos de las montañas para que la gente abandonara sus tierras, lo que hacía mi marido era llamar a las puertas para avisarles de que salieran rápidamente de las casas. Pero lo que más me extrañó era que a partir de entonces nunca cogía al niño en brazos, no lo hizo ni cuando se alistó para ir a la guerra. No quería tocarlo ni mirarlo porque decía que podía provocarle mal de ojo, que podía traerle una desgracia. En serio, apenas se atrevía a mirarlo de reojo.

Hasta el día en que murió, mi marido jamás habló mal del ejército o de la policía. De hecho, no hablaba ni bien ni mal, simplemente no los mencionaba. Pero sí odiaba a los rojos. «¿Para qué demonios se

levantaron en armas? —decía—. Mataron a unos cuantos policías, se desquitaron con gente inocente y huyeron a las montañas. Por culpa de ellos, pagaron con su vida doscientas… no, trescientas personas de nuestro pueblo. ¿Este es el paraíso en la Tierra que querían crear? Esto no es un paraíso, sino el mismísimo infierno».

No le conté a mi marido lo que vi aquel día. ¿Qué le iba a decir si el pobre llegaba a casa por la noche sin hacer ruido y se dormía hecho un ovillo en la parte más fría del cuarto, dándome la espalda?

Solo hablé de aquello con una persona antes de que vinieran los investigadores. Mi hijo ya estaba en la secundaria, así que habrían pasado unos quince años.

El aire era fresco por las mañanas y por las noches, pero durante el día el sol todavía pegaba fuerte. Estaba poniendo a secar los pimientos rojos cuando llegó un desconocido. Me hizo una pregunta con mucha educación. Quería saber si había vivido en esta casa desde antes de la guerra.

Aquello fue en la época del golpe militar, así que la gente se cuidaba mucho de mantener la boca cerrada. Debería haberle dicho que no vivíamos allí antes de la guerra, pero soy de esas personas a las que no les gusta mentir ni andarse con rodeos. Además, el hombre no tenía pinta de funcionario y, por sus ojos y su tono de voz, parecía incapaz de matar una mosca, así que le dije que entrara. Lo hice sentarse en la piedra que había delante del entarimado, con el portón abierto para que la gente no pensara mal y, bajando la voz por si alguien nos oía, le pregunté qué era lo que quería saber. Pero entonces el hombre se puso a balbucear disculpas por haberse presentado así sin más, que su intención no era molestar ni causar ningún problema. Como odio quedarme en ascuas, le dije que no se preocupara, que preguntara lo que quisiera. Por fin abrió la boca y lo que me preguntó fue si había visto niños en la playa aquel día.

Cuando le oí decir aquello, me quedé sin aire, como si una plancha de hierro macizo me hubiera caído sobre el pecho, aquí, en la boca del estómago. Yo no había hecho nada malo, pero se me nubló la vista y se me secó la boca. Sabía que debía decir que no tenía ni idea de lo que me hablaba, pero, extrañamente, tuve ganas de responderle, como si lo hubiera estado esperando, como si llevara esperando durante quince años a que alguien me hiciera esa pregunta.

Le dije la verdad, que sí había niños. Lo dije balbuceando, con el corazón queriéndoseme escapar por la boca. El hombre se quedó serio y callado durante un rato, hasta que por fin me preguntó si oí llantos de bebés.

No le conocía de nada, y mi marido me hubiese matado si se enteraba de aquello, pero aun así, como si no fuera del todo yo misma, volví a responder. Le dije que no había oído llantos, pero que sí había visto a mujeres con bebés en brazos. Porque es lo que vi: dentro del cuadrado que los soldados dibujaron en la arena, vi a tres mujeres muy juntas, cada una sosteniendo un crío pequeño, y apretujados contra ellas había unos siete u ocho niños que tendrían entre tres y nueve años como mucho. Los niños alzaban el cuello y movían la boca como diciéndoles algo a sus madres, pero el viento soplaba en dirección al mar y no pude oír lo que decían.

El hombre se quedó quieto y sin decir palabra, así que pensé que eso era todo lo que quería saber, pero entonces volvió a hacerme otra pregunta. Quería saber si el mar había traído de vuelta el cuerpo de alguno de los bebés, si no ese mismo día, al siguiente o al otro.

Yo ya no tenía ganas de seguir hablando… No sabía a qué venían todas esas preguntas después de tantos años. A duras penas pude responderle muy bajito que el mar no había devuelto ningún cuerpo. Fue entonces cuando noté que tenía la camisa toda empapada de sudor: desde el pecho y el cuello hasta la espalda.

Fui a la cocina y le traje un poco de agua en un cuenco, pero el hombre no lo cogió. Tenía las manos sobre las rodillas, y le temblaban

tanto que habría derramado el agua antes de poder beberla. Él lo sabía, por eso no quiso coger el cuenco, y yo también lo sabía, de modo que nos quedamos los dos así como estábamos durante un buen rato, sin decir ni hacer nada.

Yo quería que se fuera de una buena vez porque se acercaba la hora de que los niños regresarían del colegio y tenía miedo de que mi marido se enterase. Entré en la cocina a dejar el cuenco y a tratar de calmarme un poco poniéndome la mano en el pecho. Cuando salí de nuevo, el hombre ya no estaba. Se había marchado. Me senté en la piedra en la que él había estado sentado y me quedé mirando el mar negro azulado. Creí que en cualquier momento volvería a oír acercarse los pasos de aquel hombre. Lo deseaba, pero al mismo tiempo tenía miedo.

4

LA QUIETUD

Cuando levanté la vista del librito, me sorprendió la oscuridad reinante. Me había concentrado tanto en leer con la cara enterrada en sus páginas que perdí la noción del lugar donde me encontraba. Ni siquiera me di cuenta de que había amainado el viento. Desconcertada, miré hacia los cristales negros de la ventana, sumidos ahora en la quietud, los mismos cristales que hacía un rato habían retemblado como si fueran a estallar en cualquier momento.

La llama de la vela tampoco se agitaba. El núcleo azulado como una semilla parecía mirarme a los ojos. La vela se había acortado un par de centímetros y los goterones de cera se habían derramado en ristras y endurecido sobre la mesa.

—Yo también estuve en esa casa —dijo Inseon, con los hombros encorvados al otro lado de la mesa.

—¿Cuándo?

—Hace dos años. Solo vivían ya el hijo y su esposa —explicó, como ahuyentando el silencio con cada palabra que pronunciaba—. La anciana había fallecido. Murió el invierno después de aquella última entrevista.

La cera transparente se desbordó y se derramó en otra ristra de goterones.

—La mujer se equivocó en una cosa —dijo Inseon, con la vista clavada en el dormitorio de su madre. Seguí su mirada y vi que la puerta corredera estaba medio abierta, pero dentro solo había

oscuridad—. A mi padre no le temblaron las manos porque lo abrumaran las emociones. —Se llevó un puño al pecho, justo sobre el corazón, y añadió—: Solía ponerse aquí una piedra caliente un poco más grande que mi puño, y luego se sentaba en el suelo de la habitación con la espalda apoyada en la pared. Decía que así respiraba mucho mejor que cuando estaba acostado.

Me quedé mirando las venas azuladas que surcaban el puño pálido de Inseon contra su chaquetón negro. Más que una piedra, parecía un corazón de verdad.

—Cuando la piedra se enfriaba, mi padre me llamaba para que se la llevara a mi madre. Me acuerdo de que todavía estaba tibia cuando ella la ponía a hervir en una olla, y que me quedaba mirando las burbujas que se formaban en la roca negra de basalto llena de orificios. Luego mi madre tiraba el agua y me daba la piedra caliente envuelta en una toalla para que se la llevara de nuevo a mi padre.

Inseon apartó el puño de su pecho y lo apoyó con suavidad sobre la mesa.

—¿Sufría del corazón? —pregunté.

—Sí, tomaba medicamentos para la angina de pecho. Al final murió de un infarto —explicó con calma—. Pero el temblor de las manos era una secuela de las torturas que sufrió.

*

Inseon abrió el puño y, lentamente, fue pasando los dedos por aquellos pequeños volúmenes.

¿Desde cuándo habrá empezado a reunir todos esos materiales?

Si había ido a aquella casa cerca de la playa hacía dos años, debió comenzar bastante antes. Esos libritos estaban disponibles para consulta o préstamo en la Biblioteca Provincial o en el Instituto de Investigaciones del 3 de Abril, de modo que tuvo que hacer un gran

esfuerzo para reunirlos de forma privada. Y para conseguir esas revistas no digitalizadas, seguramente habría buscado en librerías de segunda mano y se habría puesto en contacto con la editorial en Seúl para encontrar los ejemplares más antiguos. De todas maneras, no debió ser una tarea difícil o novedosa para Inseon, ya que durante los diez años que se dedicó a hacer documentales con presupuestos ínfimos, ella misma se encargó de hacer las investigaciones, contactar con la gente y ocuparse de todo lo que hiciera falta.

«¿Se estará preparando para rodar una nueva película? —me pregunté—. ¿Querrá volver a filmar o añadir nuevo material a la última que hizo?».

*

Empecé a formularle esas preguntas, pero el semblante de Inseon se endureció antes de que acabara de hablar.

—No, no me lo he planteado siquiera.

Con los codos sobre la mesa, y el mentón y el labio inferior apoyados en las manos entrelazadas, me recordó de algún modo a la anciana que acababa de ver en la foto. El entrecejo arrugado y la expresión obstinada de su rostro eran prácticamente los mismos que tenía en la charla con el público que se organizó cuando se estrenó su último documental. Aunque no recibió buenas críticas, el filme se exhibió con la valoración positiva que habían escrito a modo de subtítulo los organizadores del festival cinematográfico: «Un poema en imágenes dedicado a la historia de un padre». Sin embargo, Inseon rechazó la frase frunciendo el ceño igual que ahora. «No es una película histórica ni está dedicada a mi padre; tampoco es un poema en imágenes», fue lo que dijo. Algo desconcertado, el presentador del coloquio intentó enmendar la situación preguntándole con una sonrisa de qué trataba entonces el

documental. No recordaba la respuesta que había dado Inseon, pero siempre que trataba de figurarme la razón por la que había dejado el cine me venía a la mente aquel día: la mezcla de perplejidad, curiosidad y frialdad del presentador, el silencio embarazoso del público y la cara de Inseon hablando muy despacio, como alguien que estuviera bajo un hechizo para decir siempre la verdad.

*

—En estos últimos cuatro años solo he estado centrada en nuestro proyecto —dijo Inseon, desenlazando los dedos y bajando las manos.

—Pero si quedamos en no hacerlo —la interrumpí.

En su cara se dibujó la misma expresión de incredulidad e incomprensión que debió de poner cuando se lo dije por teléfono el verano pasado.

—Te lo expliqué aquella vez que hablamos. Te dije que había sido un error mío desde el principio, que había simplificado en exceso las cosas.

En lugar de contradecirme, Inseon cerró los ojos, como si tratara de aclarar sus pensamientos. Luego los abrió y me preguntó con calma:

—¿Y qué es lo que piensas ahora?

En ese instante, como si se encendiera un interruptor, volví a revivir mi sueño y contuve la respiración. Sentí bajo las zapatillas el agua que subía desde el suelo cubierto de nieve; y luego, en un abrir y cerrar de ojos, el agua me llegó hasta las rodillas y comenzó a inundar los túmulos y los troncos negros.

—Los sueños son algo aterrador —musité en un murmullo—. Mejor dicho, son algo vergonzoso, porque revelan cosas de ti de las que ni siquiera eres consciente.

Era una noche de lo más extraña, pues estaba confesando cosas

que no le había contado jamás a nadie.

—Lo que quiero decir es que esas pesadillas me robaron la vida. No dejaron que se quedara a mi lado ni un solo ser vivo.

—Eso no es así —me interrumpió Inseon—. No es cierto que no te quede nadie.

Lo dijo en un tono tan firme que parecía enfadada, pero sus ojos húmedos y brillantes se clavaban con fijeza en los míos.

—Yo estoy contigo.

*

Esta vez fui yo la que cerró los ojos. Tan solo imaginar que pudiera perder también a Inseon hizo que me asaltara un dolor sordo.

Cuando nos conocimos ambas teníamos veinticuatro años, pero Inseon ya llevaba un par de años trabajando, pues en aquella época la carrera de fotografía solo duraba dos. En todos los aspectos, ella era mucho más madura y capaz que yo. Como le confesé alguna vez, a veces la veía como a una hermana mayor. La primera vez que lo pensé fue en Wolchulsan, que fue el tercero de los sitios a los que fuimos para la serie de reportajes sobre montañas y pueblos aledaños, cuando me dio un espasmo estomacal antes de que empezáramos siquiera a subir la elevación. Inseon consiguió analgésicos y antiespasmódicos en la única farmacia que había en el pueblo y me los tendió con un yogur y una cucharita de plástico, diciéndome: «El farmacéutico quería darme también un antiácido, pero pensé que podrían entrarte más ganas de vomitar, así que te he traído esto».

Sin embargo, nada me hizo efecto y esa noche lo pasé muy mal. Cuando al día siguiente no hubo más remedio que suspender el reportaje, Inseon me dijo sin perder el buen humor: «¿Qué tal si volvemos el próximo sábado? No es necesario que me paguen esta salida. Lo consideraré un viaje entre amigas».

A la madrugada del sábado siguiente, Inseon me saludó en la estación de trenes agitando la mano con total naturalidad, como si en verdad fuéramos buenas amigas. Conseguimos un alojamiento en el pueblo, dejamos el equipaje y comenzamos a subir la montaña de inmediato. Cuando llegamos a un lugar llamado la Cuesta del Viento, Inseon instaló el trípode en un sitio que ofrecía una magnífica panorámica del paisaje y me tendió un *gimbap* que había traído hecho de casa. Era simple y soso, como todas las comidas preparadas por Inseon que probaría más adelante, pues solo llevaba pepino, zanahorias y raíz de bardana.

—¿Qué habrías hecho tú, Gyeongha? —me preguntó después de habernos comido el *gimbap*, pero al principio no entendí a qué se refería—. ¿Qué habrías hecho si fueras esa mujer?

Habíamos estado comentando que, casualmente, en las tres montañas que habíamos visitado hasta el momento había una roca con una historia detrás. Todas esas leyendas seguían un patrón parecido: un viejo mendigo llamaba a la puerta de las casas de la aldea que estaba a los pies de la montaña, pero la única persona que le abría y le ofrecía un poco de arroz era una mujer que vivía sola. Para agradecerle el gesto, el mendigo le decía que a la mañana siguiente, sin contárselo a nadie, subiera a la montaña antes del amanecer y que, pasara lo que pasara, no se diera la vuelta para mirar atrás hasta llegar al otro lado del monte. La mujer hizo caso de su consejo y subió a la montaña, pero cuando estaba a medio camino se producía un maremoto o caía una lluvia torrencial que se tragaba la aldea. En cada una de esas historias, sin excepción, la mujer se daba la vuelta para mirar atrás. Entonces se quedaba petrificada en el sitio, convertida en roca.

Estábamos a finales de mayo y los días se habían alargado considerablemente. Sentada sobre una piedra grande y con la

camisa de algodón remangada hasta los codos, Inseon mordisqueó un cigarrillo sin encenderlo y luego lo metió de nuevo en la cajetilla —por aquel entonces era una fumadora empedernida, pero a los treinta años lo dejó—, pues había una gran sequía y no quería provocar un incendio forestal por descuido.

—¡Si no hubieran mirado hacia atrás, si hubieran llegado al otro lado, se habrían salvado! —exclamó Inseon.

Mientras la escuchaba refunfuñar en tono de broma, me puse a pensar en las rocas que habíamos visto en nuestro primer y segundo viaje. Eran como esbeltas estatuas de piedra que representaban a hijastras, nueras o esclavas, mujeres que habían padecido toda clase de sufrimientos y penurias en la aldea que estaba a los pies de la montaña, y que habían acabado convertidas en roca por mirar atrás.

Entonces le pregunté:

—¿Cuándo crees que se convirtieron en piedra? ¿En el mismo momento en que se giraron, o tardarían un rato en convertirse?

Dejamos el diálogo en ese punto, pero volví a acordarme de la conversación más tarde en nuestra habitación. Habíamos bajado de la montaña antes de que cayera la tarde y yo estaba abriendo la ventana del cuarto para que entrara el aire. En la ladera del monte, contra la luz crepuscular, se recortaba la silueta negra de la mujer convertida en roca.

Me imaginé lo mucho que se asustaría al descubrir que sus pies se habían vuelto de piedra. Seguiría subiendo ladera arriba, pues el resto de su cuerpo no se habría endurecido aún. Sin embargo, después de avanzar unos pasos arrastrando los pies, se giraría de nuevo. Esta vez se convertía en piedra hasta las rodillas. Seguía ascendiendo por la pendiente. Solo tenía que cruzar el monte para ponerse a salvo. Sin embargo, volvía a darse la vuelta. Al convertirse en piedra por encima de las rodillas, no le quedaba otro

remedio que quedarse en el sitio hasta ver cómo se retiraban las aguas que cubrían las casas y los árboles. Allí permanecía hasta que las caderas, el corazón y los hombros se volvían de piedra; hasta que sus ojos inyectados en sangre se volvían también de piedra. Allí se quedaba bajo la lluvia y la nieve hasta que los meses se convertían en años, y los años en siglos. ¿Qué habría querido ver? ¿Qué había en la aldea que la hacía girarse una y otra vez?

Inseon se acercó a la ventana después de haber puesto a cargar las baterías de los aparatos y ordenar el equipo.

—La leyenda dice que la mujer se convirtió en piedra, no que muriera, ¿no es cierto? —dijo. Encendió un cigarrillo, aspiró el humo y lo expulsó lentamente—. Tal vez no murió entonces. Quiero decir, quizá lo que se convirtió en piedra fue solo su piel, su cascarón.

—Ahora que lo dices, tal vez tengas razón —le respondí al ver que sus ojos brillaban con aire travieso, a pesar de esforzarse por componer una cara seria, como si sus palabras no fueran ninguna broma.

—¡Dejó allí su cascarón y se marchó muy lejos! —exclamó Inseon, levantando los brazos como una niña dando vivas.

—¿Adónde? —le pregunté, siguiéndole la corriente.

—¿Quién sabe? A lo mejor empezó una nueva vida al otro lado del monte. O tal vez se lanzó al agua…

—¿Al agua?

—Sí, volvió buceando.

—¿Por qué?

—Porque quería salvar a alguien allí. ¿Por qué si no habría mirado atrás?

Después de aquella tarde, nos hicimos grandes amigas. Hasta que ella regresó a su isla natal, compartimos los momentos más

importantes de nuestras vidas. Durante la época en que permanecí recluida en mi apartamento tras dejar el trabajo en la revista y perder a mis padres poco después, me enviaba un mensaje de texto antes de presentarse de improviso en mi casa: «Todo lo que tienes que hacer es abrirme la puerta». Cuando la abría, Inseon me abrazaba por los hombros, haciendo que entrara una ráfaga de aire fresco con aroma a tabaco.

*

Abrí los ojos. La quietud y la oscuridad continuaban allí.

Era como si flotaran copos de nieve invisibles entre nosotras. Como si todo lo que no nos dijimos hubiera quedado sellado entre los brazos congelados de sus cristales.

*

Un hilo de humo negro se desprendía del extremo de la llama. Contemplando cómo ese hilillo se dispersaba hasta fundirse en el aire, cruzaron por mi mente imágenes de soldados con antorchas de resina de pino prendiendo fuego a los aleros de las casas.

—¿Quemaron también esta casa? —le pregunté.

¿Habrían venido también aquí aquella noche en que incendiaron la aldea al otro lado del arroyo seco?

¡Márchense ahora mismo, que vamos a quemarlo todo! ¿Habrían cruzado el patio dando gritos y golpes de silbato, y habrían aporreado la puerta?

—¿Quién vivía aquí?

¿Habrían abierto la puerta corredera de aquella habitación con sus bayonetas? ¿Quién estaría dentro?

—Esta casa pertenecía a la familia de mi madre —explicó Inseon —. Aquí vivía mi bisabuela con su hijo mayor y su esposa, pero, en

cuanto dieron la orden de evacuar el interior de la isla, se marcharon a la casa de unos primos en la costa, así que no se encontraban aquí esa noche. Fue una suerte que alguien les diera refugio. Por supuesto que quemaron también esta casa. Tuvieron que reconstruirla por completo, porque lo único que quedó en pie fue el muro bajo de rocas de basalto.

*

«Estamos sentadas donde el fuego lo devoró todo —pensé—. Estamos sentadas donde se desplomaron las vigas y nubes de ceniza volaron por los aires».

*

Inseon se levantó y su sombra se expandió hasta el techo. Sus movimientos al guardar los libritos en la caja y cerrar la tapa hacían que la sombra se agrandara y se encogiera.

—¿Vamos a mi cuarto? —No esperó a mi respuesta. Dando por sentado que la acompañaría, musitó como hablando consigo misma —: Pero ¿cómo llevamos la vela?

Inseon fue a la cocina y volvió con un vaso de papel y unas tijeras. Cortó el fondo del vaso en forma de cruz, desprendió la vela de la mesa y la insertó en el corte. La luz se tornó aún más suave y cálida al filtrarse a través del papel.

—¿Vamos? —dijo, pero yo no me moví—. Quiero enseñarte algo.

La sombra de Inseon era el doble de alta que ella y se acercaba hacia mí ondulando contra el techo blanco.

Cuando empujé mi silla hacia atrás y me levanté, lo hice porque tenía que detener esa sombra, no podía dejar que se derramara como la tinta china y se tragara mi propia sombra.

Extendí los brazos y cogí la caja por la base. Pesaba bastante y la apreté contra el pecho. Inseon iba delante llevando la vela. Aunque no nos tocábamos, nuestras sombras avanzaban proyectándose sobre el techo y las paredes como un par de gigantes abrazados por los hombros.

Inseon cruzó la puerta corredera, con su vidrio translúcido encajado en la celosía de madera donde se repetía el diseño del ideograma 亞. Antes de entrar en la habitación, me giré. Sin la luz de la vela, la sala y la cocina se veían tan oscuras como el fondo del mar. Al poner los pies en el cuarto de Inseon, me sentí como dentro del camarote de un barco hundido donde todavía quedase un poco de aire. Para impedir que las aguas inundaran la habitación, cerré la puerta empujándola con el hombro.

*

Me acerqué a la estantería metálica delante de la cual estaba Inseon.

Las notas escritas con rotulador negro sobre los pósits pegados en cada una de las cajas parecían moverse por efecto de la luz de la vela. La caligrafía de Inseon era de trazo rápido pero prolijo. Aunque sus líneas eran vibrantes y firmes, mantenían su forma. Me puse a leer lo que decían esos caracteres que parecían alzar la voz cada vez que recibían la luz y acallarse de inmediato cuando quedaban en la oscuridad. En su mayoría eran nombres de lugares y años. También había nombres de personas y números, que parecían corresponder a testigos y sus años de nacimiento.

—Va aquí —dijo Inseon, indicando un espacio vacío, y metí allí la caja que llevaba en brazos.

De pronto Inseon se agachó y la luz de la vela descendió hasta la parte inferior de la estantería, dibujando un violento arco. Me

sobrevino un mareo, como si el barco se zarandeara y todas las cajas fueran a caérseme encima.

—Sostén esto.

Cogí la vela e Inseon se agachó aún más. Como si rebuscara entre los restos del naufragio, fue pasando los dedos por las cajas grandes y pequeñas de la balda que estaba más abajo. Sus movimientos eran diestros, como repetidos infinidad de veces, y entonces supe que iba a darme la respuesta a las preguntas que le había hecho en el taller, delante de la estufa: por qué vivía sola en este lugar y qué había estado haciendo durante los últimos años.

*

Extrajo a medias una caja de la balda inferior, abrió la tapa y sacó un mapa a escala doblado en tres. Lo extendió sobre el suelo de linóleo y, sentándose a un lado, dijo:

—Esta es la escuela de Hanjinae a la que iba mi madre.

Yo también me senté en el suelo y acerqué la vela al punto negro, tan pequeño como un grano de arroz, que me señalaba con el índice. Al parecer, seguía siendo una escuela, como indicaba el símbolo de un edificio escolar dentro de un círculo.

—¿Y esta casa dónde se encuentra?

—Aquí.

El punto que señaló Inseon estaba más arriba de lo que yo suponía, en medio de unas líneas de nivel marrones muy poco espaciadas entre sí.

—Y la casa donde vivía antes mi madre está aquí —explicó Inseon, señalando un punto negro que había marcado con rotulador, muy cerca de donde estaba la escuela—. Alguna vez me contó que no habría podido estudiar si hubiese vivido más lejos. En aquel entonces enviaban a estudiar al pueblo a los hijos varones, alquilándoles un cuarto si hacía falta, pero a las niñas no se les daba

educación alguna. —Señalando al mismo tiempo la casa y la escuela con los dedos índice y corazón, agregó—: Cuando los vecinos le preguntaban a mi abuela para qué diablos se molestaba en hacer estudiar a sus tres hijas, ella les respondía sonriendo que el mundo iba a cambiar algún día. Y sabiendo que nunca les encargaba quehaceres a sus hijas si estaban ocupadas con las tareas escolares, mi madre y su hermana pequeña tardaban más tiempo a propósito en hacer los deberes.

Inseon dibujó un gran círculo por fuera del pueblo con la uña cortada a ras del dedo.

—La orden de evacuación regía para las zonas de la isla situadas a cinco kilómetros de la costa, por lo que Hanjinae quedó fuera. Mi abuela, preocupada por su madre y por la familia de su hermano, que estaban viviendo en la casa de unos primos lejanos cerca de la costa, abusando de su generosidad, envió a mi tía y a mi madre a hacerles una visita para llevarles arroz y patatas. —La uña de Inseon señaló un punto negro cerca del mar que debía de ser la casa de los primos—. Mi tío, que entonces tenía veinte años, quiso acompañarlas porque llevaban mucho peso y tenían que recorrer cuatro kilómetros a pie, pero mi abuelo se lo impidió porque era varón y podía ser muy arriesgado. La más pequeña, de ocho años, se lavó la cara y se cambió de ropa para ir con ellas, pero mi abuela no se lo permitió porque se cansaría a mitad de camino y sus hermanas tendrían que cargar con ella.

*

—Ya te lo conté una vez, ¿te acuerdas?

En cuanto acabó de decirlo, los detalles de aquella noche volvieron a mí con total nitidez. Una nieve lisa y sin hollar cubría las aceras y la calzada, y se amontonaba en capas tentadoras sobre los letreros de pie, las unidades exteriores de los aires

acondicionados y los marcos de las ventanas. Aunque la sentía fría cuando se me metía en los pies a través de las zapatillas, me transmitía una sensación tan increíblemente suave a cada pisada que no podía precisar si lo que me provocaba era placer o dolor.

—Hay cosas que no te conté, y otras que en aquel entonces no sabía o que había entendido mal.

Inseon tenía los ojos clavados en ese punto marcado en el mapa como un pozo negro, como si estuviera viendo algo que se reflejaba en su superficie oscura.

—Cuando las dos hermanas regresaron a la aldea no encontraron los cuerpos cubiertos de nieve en el patio de la escuela, como te dije, sino en el campo de cebada que había enfrente. Siempre seguían el mismo patrón: reunían a la población en el patio de la escuela y luego los mataban a todos en algún campo o playa de los alrededores.

Tuve la sensación de que el punto se desplazaba en el mapa, como un insecto que se hace el muerto y se mueve en cuanto apartas la vista.

—Limpiaron la nieve de los rostros de los muertos hasta que encontraron los cuerpos de sus padres, pero los del hermano mayor y la más pequeña no aparecían por ningún lado. Abrigaban la esperanza de que el mayor hubiera huido al ver a los soldados, pues mi tío era muy rápido y siempre era el último corredor en la carrera de relevos cuando se celebraba el festival de deportes en la escuela, pero era muy extraño que no pudieran encontrar el cuerpo de la pequeña. Volvieron al campo de cebada por si estuviera debajo del centenar de cuerpos apilados. Cuando finalmente fueron a revisar las ruinas de la casa incendiada, ya estaba anocheciendo.

*

Allí estaba la niña.

Al principio, mi madre creyó que era un montón de trapos rojos. Mi tía metió la mano debajo de la ropa empapada de sangre de su hermanita y encontró la herida de bala en el estómago. Mi madre le apartó los mechones de pelo que se le habían pegado a la cara al coagularse la sangre y encontró otro orificio debajo del mentón. La bala le había atravesado la mandíbula. Los cabellos apelmazados estaban conteniendo la hemorragia, porque cuando se los apartó empezó a brotar más sangre.

Mi tía se quitó la blusa y, después de arrancarse las mangas con los dientes, las anudó como pudo alrededor de las heridas a modo de torniquete. Luego, cargando a la niña a la espalda por turnos, fueron hasta la casa de los primos en la costa. Los adultos se quedaron sin habla cuando vieron llegar a las tres hermanas empapadas enteramente de sangre coagulada, como si se hubieran caído dentro de una olla llena de gachas de judías rojas.

Sin poder llevar a la niña al hospital ni llamar al médico porque había toque de queda, las tres hermanas pasaron la noche a oscuras en un cuarto de la casa de los primos. Las mayores se cambiaron y le pusieron ropa limpia a la pequeña, que seguía inconsciente y apenas respiraba. Mi madre se acostó a su lado, se mordió el dedo índice con los dientes hasta sangrar y se lo metió en la boca a la niña, pues había perdido mucha sangre. Su dedo cabía justo donde se le había caído un diente de leche y le estaba creciendo uno nuevo. Le gustó sentir cómo su sangre se derramaba en la boca de la niña. Y casi no pudo respirar de la felicidad cuando, a partir de cierto momento, su hermanita comenzó a chuparle el dedo como un bebé.

*

En las pupilas de Inseon ardían llamas y hollín al mismo tiempo. Cerró con fuerza los párpados, como tratando de apagarlos. Cuando los volvió a abrir, el fuego se había extinguido.

—Cuando mi madre empezó a perder la lucidez, no hacía más que hablar de aquella noche.

La vela en mi mano iluminaba a Inseon desde abajo, haciendo que una sombra oscura se extendiera, alargada, sobre su nariz y sus párpados.

—En aquel entonces ella estaba todavía muy fuerte. Mientras me contaba aquello, me agarraba la mano y no me soltaba aunque hubiera acabado de hablar. Me aferraba con tanta fuerza que me hacía daño y yo quería zafarme. Cada vez que se lastimaba con un cuchillo, o que se hacía sangre por cortarse las uñas demasiado al ras, o que le entraba sal en una herida sin cicatrizar, se acordaba de aquella boquita que le chupaba el dedo en la oscuridad.

*

Mi madre no paraba de hacerse preguntas.

¿Qué pasaría por la cabecita de aquella niña mientras se arrastraba hasta su casa? Los cuerpos sin vida de sus padres habían quedado tumbados a su lado, pero ella se había arrastrado en medio de la oscuridad desde el campo de cebada hasta su hogar. ¿Lo hizo porque sabía que sus hermanas mayores volverían después de cumplir el recado en casa de los primos? ¿Supo que ellas iban a salvarla?

*

Inseon se interrumpió.

Se oyó un ruido en la sala.

Era tan leve que había que contener la respiración para percibirlo. Sonaba como arena arrastrada por el agua, como una mano desparramando granos de arroz sobre una mesa, algo que se

acrecentaba muy ligeramente para luego acallarse de nuevo.

—Quedémonos aquí —dijo Inseon en un susurro, como disuadiéndome, aunque yo no había dicho nada—. No hace falta que salgamos. No han venido a por nosotras.

El sonido de los granos de arroz desparramándose y de la arena arrastrada por el agua volvió a aumentar de volumen. Se oían roces de plumas y aleteos, así como un piar muy bajito en la jaula, pero también sobre la mesa de la cocina y el fregadero. Me pregunté si habrían entrado pájaros en la casa. No sombras, sino aves de verdad que volaban flexionando los músculos de las alas y se columpiaban sobre la pantalla de la lámpara.

Nos quedamos calladas hasta que todos aquellos sonidos dejaron de oírse. Fueron aminorándose como si el agua se aquietara y, de pronto, se hizo el silencio, como una música que va bajando de volumen hasta desvanecerse, como el silencio de un rostro que se queda dormido hablando entre susurros.

5

EL DESCENSO

Contemplé el cristal de la ventana, sumido en la oscuridad. *Se parece al silencio del fondo del mar*. Si abriéramos la ventana, toda aquella masa de aguas oscuras entraría a raudales.

Una vez vi las imágenes del fondo del mar captadas por un vehículo submarino no tripulado. La luz de la cámara se refractaba en la superficie del agua con una tonalidad verdosa, penetraba en el mar y se atenuaba cada vez más hasta que todo se oscurecía. En medio de la negrura más absoluta, se veían puntos luminosos que titilaban a intervalos regulares como fantasmas. Eran organismos vivos que revelaban su presencia en la lejanía. De vez en cuando aparecían en el encuadre formas completas de criaturas que reflejaban la luz y desaparecían al instante. Las franjas verticales de puntos luminosos titilantes se hacían cada vez más breves, mientras que los tramos de tinieblas se extendían interminablemente largos. Cuando me estaba preguntando si no habría más que oscuridad allá abajo, la cámara captó la luminosidad translúcida de unas medusas enormes, así como el espectáculo de algo que parecía una gigantesca tormenta de nieve. Eran los despojos blancos de criaturas submarinas que se precipitaban hacia el fondo oceánico en forma de cieno. La presión allí abajo era tan elevada que la luz del vehículo submarino se apagaba. A partir de entonces era imposible saber si las tinieblas se

debían al abismo o a que la cámara había dejado de transmitir.

*

—¡Qué poco sabía yo de mi madre! —exclamó Inseon, poniéndose de pie y acercándose de nuevo a la estantería sumida en la oscuridad—. Y eso que creía conocerla bien.

Me quedé mirando su esbelta silueta, que se veía mucho más alta por la sombra que se alargaba hasta el techo. Al ponerse de puntillas y estirar los brazos para alcanzar la balda más alta, quedaron a la vista sus tobillos flacos por encima de los calcetines. Cuando iba a levantarme para ayudarla, Inseon bajó una caja apoyándola contra su pecho.

*

Tras dejar la caja junto al mapa, se remangó un poco el suéter y abrió la tapa. ¿Qué habría allí dentro que requería ser tocado con tanto cuidado?

Lo que sacó en primer lugar fueron unos recortes de periódico descoloridos. Alguien los había atado con un hilo de algodón gris para que no se desordenaran. A continuación, sacó un fajo de fotografías anudadas del mismo modo, con papeles secantes entre ellas para protegerlas del deterioro.

Inseon desató el nudo que sujetaba los recortes de prensa. A juzgar por la partes claras que mostraba el hilo, originalmente debía de ser blanco. Sobre el margen superior del primer recorte, alguien había escrito con bolígrafo azul «28 de julio de 1960» y el nombre del periódico. No era la letra de Inseon, sino la de alguien que escribía haciendo mucha presión sobre el papel e imprimía una fuerte inclinación a los trazos verticales.

—¡Ay! —soltó Inseon en un quejido susurrado, pues al desplegar

con cuidado el recorte se había desintegrado uno de sus bordes.

Lo giró hacia mí, pero tuve que ponerme de rodillas y acercar la cara al papel para poder leerlo. Además de que la vela iluminaba muy poco, el papel se había oscurecido tanto que solo se podía ver la fotografía con luz directa.

Antes de inclinarme para observar la imagen de cerca, me pregunté si de verdad quería verla. ¿No pasaría lo mismo que con aquellas fotos colgadas en el vestíbulo de la clínica? ¿No sería mejor evitar mirarla con demasiada atención?

*

Aun así, me incliné apoyando las rodillas y la mano izquierda en el suelo. Moviendo los ojos y la mano derecha que sostenía la vela, logré distinguir la imagen en blanco y negro de cientos de personas reunidas en una plaza. La mayoría vestía ropas claras, seguramente de color blanco. Algunos sostenían estandartes del mismo color. Las miradas de todos los presentes confluían hacia un cartel que decía en caracteres chinos: «Homenaje póstumo a las víctimas de las masacres de Gyeongsang del Norte». Las palabras «Homenaje póstumo» también aparecían en caracteres chinos en el título del artículo y, debajo, alguien había escrito la traducción en coreano con la misma letra que aparecía en la parte superior del recorte. También había subrayado con fuerza algunas partes del artículo. Las leí.

10.000 inscritos en la Liga Bodo de la región de Gyeongsang del Norte

1.500 reclusos de la Penitenciaría de Daegu

mina de cobalto de Gyeongsan e inmediaciones de Gachanggol

excavación y recuperación de los restos en las zonas de las masacres

Movía tan lentamente el dedo y los ojos por el texto distribuido en columnas verticales —como se editaban los diarios entonces— que hubiera tardado lo mismo leyéndolo en voz alta para mí misma. Hasta me parecía sentir una especie de suave vocecilla brotando de las letras impresas. También leí la declaración de la Asociación de Familiares de las Víctimas, que el artículo citaba textualmente y que había sido subrayada apretando mucho el papel:

Animados por el espíritu de la Revolución Democrática del 19 de Abril, hemos creado una comisión investigadora con el fin de esclarecer los daños y perjuicios sufridos por las víctimas y los damnificados en las masacres, por lo que rogamos a todos los familiares que superen sus viejos miedos y colaboren activamente en la investigación.

*

Estaba muy confusa. ¿Quién había recortado y subrayado aquel artículo de prensa de hacía cincuenta y ocho años?

—Lo encontré en un cajón del armario de mi madre —me explicó Inseon—. Ella escribía con esa letra que le habían enseñado en la escuela, inclinando todos los trazos en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

*

Inseon extendió la mano, y esta vez entendí al momento que me estaba pidiendo la vela.

Cuando se incorporó con la luz en la mano, no había en su semblante cansancio, ni indulgencia ni resignación. Me recordó a la

expresión que se dibujó en su rostro hacía años, cuando me dio un cuenco de gachas calientes y me dijo: «Dicen que las personas que tienen buen apetito viven más tiempo. Si eso es cierto, mi madre va a tener una vida muy larga».

*

De entre las cajas de diversos tamaños y antigüedad, Inseon sacó una cesta con tapa, hecha con tiras apretadas de bambú. Se sentó en el suelo y volvió a pasarme la vela, de modo que la iluminé mientras ella abría la cesta y sacaba un paquete envuelto en un retazo de seda de color morado.

Dentro había un sobre viejo y descolorido. Escrito en vertical, se leía el nombre de la destinataria en caracteres chinos: 姜正心. Se trataba de Gang Jeongsim, la madre de Inseon. El sello mostraba a un grupo de hombres y mujeres que celebraban la liberación de la dominación japonesa agitando banderas coreanas, y en el matasellos ponía: «Oficina Postal de Daegu, 4 de mayo de 1950». Del interior del sobre, Inseon sacó una hoja de papel basto doblada en dos y me la tendió. En el borde superior izquierdo se veía un sello de un morado azulado que constataba que había pasado el escrutinio de la censura. Acerqué la vela y leí la primera línea, escrita verticalmente a partir del margen derecho: «A mi querida hermana Jeongsim». Era una letra muy pequeñita y los caracteres estaban muy espaciados. Quizá eso indicara algo de la personalidad de quien lo había escrito.

En la carta decía que no se preocuparan por él, que se encontraba bien de salud y que enviaba saludos para Jeongsuk, la abuela y los demás mayores de la familia materna. Le quedaban todavía seis años de condena, pero afirmaba que había tenido suerte, pues los otros condenados de Jeju habían sido sentenciados a entre quince y diecisiete años de cárcel. Terminaba diciendo que le había alegrado

mucho recibir su última carta y que esperaba que le contestara pronto a la presente. Con una letra aún más minúscula, había agregado una posdata en la que hacía referencia a algo que le había inquietado: «Tu carta me hizo pensar mucho, Jeongsim. Cuando yo salga de la cárcel, tú tendrás veintiún años; Jeongsuk, veinticinco, y yo, veintiocho. Claro que me duele que no podamos vernos, pero dile a Jeongsuk que no llore, que todavía nos quedan muchos días por delante para hablar de los viejos tiempos y estar juntos».

*

—Como no podían regresar a Hanjinae porque la casa había quedado reducida a cenizas, los primos les ofrecieron a mi madre y a mi tía que se quedaran a vivir con el resto de la familia en aquel cuarto estrecho —me explicó Inseon, cogiendo la carta que le devolví—. Cuando los mayores lograban conciliar el sueño, mi tía le decía en susurros a mi madre que su hermano mayor debía de estar vivo en alguna parte; que con lo rápido que corría era imposible que lo hubieran atrapado; que debía de conocer como nadie los escondrijos que había en la montaña, ya que siempre acompañaba al padre a llevar a pastar a los caballos; y que era imposible que pasara hambre, pues muchas veces les había traído bayas y frutos del bosque.

Inseon volvió a doblar la carta por el pliegue y siguió hablando:

—Una vez Jeongok, la más pequeña, se puso a llorar porque quería probar la comida que llevaban su padre y su hermano mayor en las fiambreras cuando subían a la montaña para que pastaran los caballos, pero mi abuela no la dejó. Cuando volvieron a casa esa noche, mi tío le tendió la fiambrera de latón a mi madre. Ella creyó que se la daba para que la fregara, pero al abrirla se encontró con que estaba llena de frutos del bosque. Dispuestas sobre una mullida capa de hojas verdes, las bayas parecían piedras preciosas de

muchos colores. Con una sonrisa un tanto cohibida, mi tío le dijo: «Compártelas con Jeongok».

Me acordé entonces del té de moras silvestres que probé en el taller de Inseon en otoño del año anterior. Al beber aquella infusión algo ácida, la lengua y los dientes se me tiñeron de morado.

—Los aviones estadounidenses lanzaban panfletos en los que prometían que no castigarían a los comunistas si se entregaban. Cada vez que los papeles caían del cielo como si nevara, mi tía tranquilizaba a mi madre susurrándole al oído que, aunque su hermano mayor se entregara al leer aquello, cuando lo vieran bajar de la montaña no le pegarían un tiro. Era muy menudo y no aparentaba su edad, parecía apenas un muchacho. Y como era el más listo y el más encantador de todos los hermanos, se haría un poco el tonto y el despistado y nadie sospecharía de él.

*

Me acordé del sol invernal que entraba por el ventanal de la biblioteca seis años atrás, colándose a través de las lamas de la persiana. Aquel día decidí no seguir revisando los testimonios orales recogidos en las aldeas de Jeju, saqué otros dos libros sobre el tema y fui a sentarme a una mesa al fondo del pasillo. Durante toda la tarde leí cómo a lo largo de tres meses, desde mediados de noviembre de 1948, los militares incendiaron las aldeas del interior de la isla y masacraron a unos treinta mil civiles. Para la primavera del año siguiente, cuando se dio por finalizada la devastadora operación militar sin que hubieran logrado encontrar la guarida del centenar de insurgentes armados escondidos en las montañas, se calcula que en la zona del monte Halla se ocultaban unos veinte mil civiles, en su gran mayoría familias. Sabían que era mucho más peligroso bajar a la costa y pasar el juicio sumario al que los someterían que quedarse en las montañas padeciendo frío y

hambre. La comandancia militar que asumió el mando en marzo de ese año anunció que peinarían cada centímetro del monte Halla hasta erradicar todo vestigio de la guerrilla comunista. Con el fin de asegurarse el éxito de la operación, lanzaron panfletos por aire para convencer a los civiles escondidos de que se entregaran. Las fotos de archivo mostraban a hombres y mujeres de aspecto demacrado que bajaban de las montañas protegiendo con sus cuerpos a los niños y ancianos que caminaban tras ellos y agitando ramas con pañuelos blancos para que no les dispararan.

*

Incumpliendo su promesa de no castigar a nadie, los militares arrestaron a miles de personas. Un pariente tuvo la fortuna de que lo soltaran y fue a la casa de los primos. Contó que había gente detenida en la decena aproximada de almacenes de batatas que había detrás de la fábrica de licores, y que durante dos meses él mismo había estado recluido allí junto con mi tío. Fue tan grande la alegría al enterarse de que su hermano mayor estaba vivo que mi madre y mi tía apenas pudieron dormir esa noche.

Las dos hermanas se dirigieron a la fábrica de licores el día y a la hora que les indicó el pariente y esperaron en la ladera de una colina que había detrás de los almacenes, tal como les había marcado en un plano. Por fin vieron subir a unos ocho jóvenes en fila, cargados con sus cantimploras. El último de ellos era mi tío. Se veía todavía más pequeño y delgado por el hambre que había sufrido, tenía el pelo sucio y enmarañado, y también había desaparecido aquel brillo vivaracho y travieso de sus ojos. Parecía alguien totalmente distinto.

Las hermanas lo abrazaron, pero mi tío se quedó allí plantado con expresión aturdida. Un joven que llevaba una banda blanca en el brazo y parecía ser el responsable del grupo dijo que haría la vista gorda para que pudiera hablar con sus hermanas mientras los demás subían a llenar

las cantimploras. No tardaron ni diez minutos en volver, pero durante ese rato mi madre le dijo algo a su hermano de lo que se arrepentiría toda su vida: «Tienes el pelo raro, ¿qué te ha pasado?».

Al empezar la secundaria, mi tío se había dejado crecer el pelo. Todas las mañanas se miraba al espejo para hacerse la raya al lado y peinarse con pomada. Mi madre se burlaba preguntándole con quién se iba a encontrar que se ponía tan guapo, y él, untándole un poco de loción en la nariz, le respondía que se peinaba así porque quería, no para que lo miraran. Mi tío tenía pensado estudiar en el centro provisional de Magisterio que habían abierto en la ciudad porque quería ser maestro de escuela, pero mi abuela le decía que no le contara nada al abuelo sobre sus intenciones, que ya se lo diría ella cuando lograse ingresar. Cuando mi madre estaba haciendo los deberes y le preguntaba cuántos trazos tenía algún carácter chino, mi tío le enseñaba a buscar el ideograma en el diccionario, y siempre la animaba a seguir sus estudios de bachillerato para llegar a ser maestra algún día, como pensaba hacer él, pues había visto en la ciudad a chicas que también estudiaban Magisterio.

Sin embargo, aquel día que fueron a verlo a la fábrica de licores mi tío estaba como ido y apenas mostró interés por sus hermanas. Con un tono seco y totalmente inexpresivo, preguntó si sus padres y la benjamina seguían con vida. Cuando se enteró de lo que les había ocurrido, se quedó con los ojos clavados más allá de mi tía, como si hubiera algo detrás de ella. A continuación, devoró las bolas de arroz que le llevaron. Pero cuando vio regresar a su grupo de la colina, corrió hacia ellos para recibir su cantimplora.

Una semana después, el día que iban a volver a visitar a mi tío, mi bisabuela vendió un anillo de oro para comprar arroz y otros alimentos. Durante todo aquel tiempo apenas había comido y había estado prácticamente postrada en la cama llorando la pérdida de mi abuela, que era su única hija, pero entonces sacó fuerzas de flaqueza y se

levantó para cocinar para su nieto. La anciana llenó una fiambrera con arroz y otras dos con tres huevos duros, pescado asado y carne de cerdo frita con patatas y cebolla.

En aquella segunda visita, mi tío no parecía tan ido como en la primera. Hasta llamó a sus hermanas por sus nombres y, señalándose el pelo, que se había atusado con agua, comentó: «Ya no me veo tan raro, ¿verdad?». Se alegraron mucho de oírle decir eso. Los tres hermanos se sentaron sobre una roca y se comieron más de la mitad del contenido de las fiambreras. Se rieron, charlaron y hasta se dieron la mano al despedirse.

Las hermanas volvieron a la semana siguiente al mismo lugar, pero esa vez no apareció nadie. Se quedaron esperando más de una hora hasta que una vecina les informó a gritos de que la noche anterior habían subido a un barco a todos los detenidos en los almacenes.

Mi tía dijo que no podían fiarse de la palabra de aquella mujer y que por su culpa podrían no encontrarse con mi tío, así que insistió en esperar hasta que oscureciera. A mi madre le entró sueño y se puso a acariciar y jugar con un perro que se acercó atraído por el olor a comida, pero mi tía no apartó los ojos del camino por donde podría aparecer su hermano.

*

Cerré los ojos.

Volví a verla. La luz vespertina que entraba a través de la persiana de la biblioteca se fue expandiendo a lo largo del pasillo hasta darme en la cara. Era una claridad brillante, capaz de evaporar en un santiamén los borbotones de sangre que manaban de las cifras que acababa de leer. Al final tuve que cambiarme de asiento porque su fulgor me deslumbraba, pero aún recuerdo con total nitidez la nota a pie de página que estaba leyendo en ese momento. Y aunque era el testimonio de unos hechos ocurridos en

plena noche, parecía emitir su propia luz.

Durante casi doce horas viajamos de noche en barco hasta llegar al puerto de Mokpo, pero no nos dejaron desembarcar hasta que volvió a hacerse de noche. No habíamos comido ni bebido en todo ese tiempo, así que cuando bajamos estábamos desfallecidos. Lloviznaba y la pasarela por la que descendimos estaba muy resbaladiza. Éramos más de mil personas abarrotando el embarcadero, además de cientos de policías armados. Nos obligaron a formar filas: las mujeres a un lado, los hombres al otro, y los menores de dieciocho años en otro grupo. Tardaron muchísimo tiempo en separarnos de esa manera. Era verano, pero había llovido toda la noche y había gente que tosía, otros que se tambaleaban y algunos que no se sostenían en pie. Empezaron a conducirnos hacia los vehículos policiales, pero entonces una mujer joven que estaba hacia el fondo empezó a llorar y a gritar. Su bebé había muerto en el barco, no sé si de hambre o porque ya estaba enfermo, pero el policía le había ordenado que dejara el cuerpo del pequeño sin vida en el muelle bajo la lluvia, a lo que ella se negaba. Entonces vinieron dos oficiales, la obligaron a abandonar en el suelo al niño envuelto en una manta y se la llevaron a rastras hasta el vehículo policial.

Resulta extraño, pero más que las indecibles torturas que sufrí, más que los años que pasé injustamente en prisión, lo que aún me sigue atormentando son los gritos de aquella mujer. El millar de personas que estábamos allí nos dirigimos en fila hacia los vehículos sin poder apartar la vista de aquel bebé muerto.

*

Abrí los ojos y miré a Inseon.

Estábamos bajando

a donde no llegaba la luz que se refractaba en la superficie,
a donde la gravedad ganaba al empuje del agua.

*

—Estaba en el costurero de mi madre —dijo Inseon, volviendo a envolver la carta en el trozo de seda morada—. La escondió cosiéndola dentro del forro de la tapa. Si ella no me hubiera pedido que me la llevara, nunca habría sabido que estaba ahí.

Ahora entendía por qué me resultaba familiar aquel retazo de tela. Era la misma seda acolchada con la que estaba forrada la tapa del costurero. «¿Usaría la misma tela como una forma de camuflaje? —me pregunté—. ¿Descosía la tela cada vez que tenía ganas de leer la carta y luego la volvía a coser?».

—La primera vez que llegó una carta de mi tío a casa de los primos fue en marzo de 1950. Esta es la segunda carta, y fue en respuesta a la que le había enviado mi madre. La primera que recibieron se la quedó mi tía, por eso mi madre solo conservaba esta.

Era poco lo que sabía acerca de esa tía que había vivido en Seúl. Inseon me había contado alguna vez que era más alta y hablaba en un tono de voz más fuerte que su madre, y que tenía unos rasgos muy hermosos. También me había dicho que en verano solía ir a visitarlas a Jeju con su nieta y que a veces se quedaba un mes entero en la casa; que quería a Inseon tanto o más que a su propia nieta y que en invierno le enviaba como regalo bufandas o guantes de lana tejidos por ella misma; y también que había fallecido prematuramente a raíz de una enfermedad cuando Inseon estaba a punto de entrar en la escuela secundaria.

—Mi tía se casó con alguien que le presentaron poco después de que llegara aquella primera carta de su hermano —explicó Inseon, haciendo ese gesto suyo tan característico de fruncir el ceño—. Si lo

piensas, resulta de lo más extraño que pensara en casarse en semejantes circunstancias, pero en aquella época los funcionarios eran tan corruptos que aterrorizaban a los isleños de las maneras más inimaginables, desde violaciones y raptos hasta asesinatos. Por esa razón, los mayores se apresuraban a casar a las muchachas en cuanto aparecía un candidato. En su carta, mi madre le había contado a mi tío que mi tía se había pasado la noche anterior a su boda llorando por su hermano mayor. Fue por eso por lo que mi tío añadió aquella posdata consolando a su hermana Jeongsuk.

*

Inseon dejó la carta delante de sus rodillas y colocó la mano encima. Fue un gesto cuidadoso, como si dentro hubiera algo capaz de abrirse paso a través del envoltorio de seda.

—Al mes siguiente estalló la guerra y dejaron de llegar cartas de mi tío —explicó Inseon en voz baja—. Pero mi madre no se preocupó mucho, pues la Penitenciaría de Daegu estaba al sur del río Nakdong, lejos del frente de guerra. Fue lo que le dijeron los mayores de la familia materna para tranquilizarla.

Inseon apartó las manos de la carta y las apoyó sobre la rodillas.

—Como la mayoría de los hombres de Jeju, el marido de mi tía se enroló en la marina al comenzar la guerra. Mi tía y mi madre vivieron con el corazón en vilo hasta que por fin volvió sano y salvo, tres años después. Fue en aquella época cuando levantaron la prohibición de circular por el monte Halla, de modo que pudieron poner fin a su larga estancia en casa de los primos y volvieron a la aldea. Cuando los miembros de mi familia materna reconstruyeron la casa, mi madre ayudó acarreando y apilando piedras y maderos. Sin embargo, no llegaron a vivir siquiera un año en aquella casa que levantaron con tanto esfuerzo. Después de que se firmara la tregua con Corea del Norte, un pariente que trabajaba en Seúl

revendiendo productos que salían de la base militar estadounidense le ofreció al hijo de mi bisabuela que fueran socios. Mi tía y su marido deseaban marcharse de la isla, así que se fueron con él, pero mi madre eligió quedarse en esta casa cuidando de mi bisabuela.

*

—Antes de separarse, las dos hermanas fueron a la Penitenciaría de Daegu a ver a mi tío. Fue en mayo de 1954. —La voz de Inseon resonó en el silencio—. Entonces mi madre tenía diecinueve años y mi tía, veintitrés.

*

Mi tío ya no estaba en la Penitenciaría de Daegu.

Solo había un registro en el que ponía que había sido trasladado a Jinju en julio de 1950. Como no había manera de ir hasta allí desde Daegu, fueron a Busan. Pasaron la noche en un hostal enfrente de la estación y tomaron un tren a Jinju al clarear el día. Una vez allí, cogieron un autobús que las llevó a la penitenciaría.

Sin embargo, mi tío tampoco estaba allí. Esta vez no había registro alguno de que hubiera sido trasladado. Pasaron esa noche en Jinju y al día siguiente fueron juntas hasta el puerto de Yeosu, porque mi tía se empeñó en acompañar y despedir a mi madre antes de marcharse ella a Seúl. Mientras esperaban el barco con destino a Jeju, mi tía le dijo a mi madre que se rindieran, que su hermano mayor ya había dejado este mundo, que consideraran la fecha de su traslado a Jinju como el día de su muerte.

*

Inseon volvió a introducir la mano en la caja de la que había sacado

el montón de recortes viejos. Como si supiera de memoria lo que había dentro sin necesidad de mirar, sacó un fajo de hojas sujetas con grapas por un extremo.

Como si se hubiera producido un gran salto temporal, se trataba de papeles de tamaño folio, lisos y de un blanco reluciente. Eran fotocopias de una lista manuscrita de nombres y números de serie. Por encima de los cientos de nombres, escritos en vertical, había un sello estampado con la fecha de un día de julio de 1949. En cambio, las fechas estampadas en la casilla de observaciones debajo de cada nombre eran distintas, y variaban entre el 9, el 27 y el 28 de julio de 1950. En la parte superior de la tercera hoja había un nombre subrayado con lápiz: 姜正勳, Kang Jeonghun. Debía ser el nombre del tío de Inseon. En la casilla de observaciones, debajo del nombre, había estampados dos sellos, uno con la fecha del 9 de julio de 1950 y otro que decía: «Trasladado a Jinju». Lo extraño era que en todas las casillas que tenían este último sello aparecía debajo una anotación manuscrita. No se podía leer a primera vista, pero, según lo que pude inferir a partir de los trazos visibles, la frase que se repetía era: «Bajo la jurisdicción del ejército y la policía».

—¿Dónde conseguiste esto? —le pregunté, levantando la vista.

—No fui yo.

Iba a preguntarle quién había sido, pero en ese momento intuí la respuesta y me callé. No debió de ser nada fácil conseguir una copia de ese tipo de documentos. Me acordé del instante en que la madre de Inseon sacó sus manos frágiles y arrugadas de debajo de la colcha y las tendió hacia mí diciendo «Que pase una velada agradable», mientras me observaba con aquellos ojos llenos de recelo, cautela y callada calidez.

*

—Aquel año murieron alrededor de diez mil personas inscritas en

la Liga Bodo de la provincia de Gyeongsang del Norte —dijo Inseon —. Como sabes, al menos unas cien mil personas perdieron la vida en todo el país.

Al tiempo que asentía con la cabeza, me pregunté para mis adentros si no habrían sido muchos más.

Yo había oído hablar de esa organización creada por el primer gobierno de la República de Corea en 1948 con la finalidad de «reeducar» a quienes habían profesado ideas de izquierdas. Bastaba con que alguien hubiera participado como oyente en alguna charla política para que toda la familia quedara registrada en la Liga Bodo. Hubo muchos jefes de municipios y aldeas que inscribieron a gente de su jurisdicción sin que lo supieran los propios interesados, todo porque el gobierno obligaba a llenar ciertos cupos. Otros se registraron por voluntad propia, porque a cambio les prometieron arroz y fertilizantes. Se inscribió a familias enteras, lo cual implicaba que estaban incluidos ancianos, mujeres y niños. Cuando estalló la guerra, en 1950, todos los que figuraban en esa lista fueron detenidos y fusilados. En total, se estima que fueron asesinadas y enterradas de forma clandestina entre doscientas mil y trescientas mil personas.

*

—En el verano de 1950, todos los detenidos de manera preventiva en Daegu por figurar en la lista de la Liga Bodo fueron encerrados en la penitenciaría —explicó Inseon. Al coger el fajo de fotografías, se oyó crepitar suavemente el papel translúcido que las protegía—. Como cada día llegaban camiones cargados con cientos de arrestados y no había espacio para acomodarlos a todos, empezaron a seleccionar a algunos para fusilarlos. Mataron entonces a unas mil quinientas personas, de las que ciento cuarenta eran de Jeju. Inseon desató el hilo y retiró el papel protector para

dejar a la vista unas reproducciones en blanco y negro de mala calidad que mostraban en primer plano unas calaveras esparcidas por el suelo.

—Esto es en la mina de cobalto de Gyeongsan. Fue clausurada en 1942, así que el lugar estaba vacío entonces.

Pese a que la imagen estaba desenfocada, se distinguían perfectamente las cuencas oculares y los orificios nasales propios de los cráneos humanos. Por detrás de las calaveras había tres hombres de mediana edad, sentados en cuclillas junto a una lámpara de queroseno encendida, con las camisas de manga corta de color claro por fuera del pantalón. Por el ángulo en que había sido tomada la fotografía se podía deducir que el techo era muy bajo.

—Fusilaron a alrededor de tres mil quinientas personas en esta mina. Eran reclusos de la Penitenciaría de Daegu y gente inscrita en la Liga Bodo de Daegu. También había gente de la Liga Bodo de la provincia de Gyeongsang del Norte, que estuvieron detenidos en un almacén en las inmediaciones de la comisaría de Gyeongsan. —Señalando la lista que yo tenía en la mano, siguió explicando—: Durante muchos días, los fueron transportando hasta la mina en camiones militares. Hay testimonios de vecinos de la zona que dicen haber oído disparos desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Cuando las galerías de la mina se llenaron de cadáveres, simplemente llevaron a los detenidos al cercano valle Gachanggol y allí siguieron con los fusilamientos y los entierros clandestinos. —Puso el dedo índice en el nombre de «Kang Jeonghun» subrayado con lápiz, y añadió—: En el sello con la fecha del traslado pone 9 de julio de 1950. Quiere decir que a mi tío lo mataron en la mina y no en el valle. Es probable que los que tienen la fecha del 28 de julio fueran fusilados en el valle; en cambio, con respecto a los que tienen la fecha del 27 de julio es difícil precisar si sus restos están en la mina o en el valle.

*

Me quedé mirando el subrayado hecho con lápiz. Aunque no tan fuertes como los trazos escritos con bolígrafo azul, había sido hecho ejerciendo bastante presión. Al pasar la punta del dedo por encima, sentí el papel hundido. ¿Lo sabría la persona que había hecho este subrayado? ¿Sabría que había una relación entre la fecha del traslado y el lugar del fusilamiento? ¿Habría hecho la misma deducción que acababa de explicarme Inseon?

*

—En el verano de 1960, los familiares de las víctimas pudieron entrar por primera vez en la mina. Fue poco después de la Revolución de Abril, después de que aquellos que nos llevaron a la guerra se retiraran de la escena política.

Inseon fue pasando con cuidado los recortes de periódico antiguos hasta apartar uno doblado por la mitad. Al desplegarlo con ambas manos, apareció un artículo que ocupaba toda la página de la sección de asuntos sociales. La parte inferior que correspondía a la publicidad había sido recortada. Era del mismo periódico que había publicado la nota acerca del homenaje póstumo y estaba fechada aproximadamente un mes antes de ese acto.

—Habla de los familiares que entraron en las galerías de la mina diez años después de la masacre. Estas son las fotografías que tomaron entonces. Como no se las quisieron publicar en ningún lado, se las repartieron para cuando llegara el día en que pudieran sacarlas a la luz.

Tal como decía Inseon, en el artículo no había ninguna foto del interior de las galerías. Solo se veía una imagen de la entrada a la mina junto al texto del reportaje principal; y a la izquierda de esa foto, aparecía la entrevista que le habían hecho al representante de

la Asociación de Familiares de las Víctimas.

Durante diez años el agua ha penetrado en las galerías, por lo que los huesos están totalmente descompuestos y esparcidos. No queda un solo cuerpo que se conserve completo. Bajamos sin llevar equipo ni personal adecuado, así que lo único que pudimos hacer fue tomar algunas fotografías. En la asociación habíamos estimado que el número de víctimas superaba las tres mil, pero ya en la galería horizontal número 1, que es la que pudimos ver, había entre quinientos y seiscientos cuerpos. La boca de la galería vertical estaba sellada con cemento. Para tener una idea más precisa de lo que ocurrió allí, habría que abrir un boquete a fin de poder descender e inspeccionar la galería horizontal número 2.

Aquellas palabras serenas y mesuradas debían de haber sido pronunciadas en el dialecto de Gyeongsang del Norte. Sin embargo, a la luz de la vela sentí que de la página rezumaba algo viscoso, como gachas de judías rojas, algo que olía a sangre.

—¿Cómo consiguió tu madre estos artículos? —le pregunté a Inseon, levantando la vista—. Son de un diario de Gyeongsang del Norte. Imagino que no se distribuiría en Jeju.

—Fue allí y los compró ella misma —me respondió con toda naturalidad.

Entonces caí en la cuenta de que la persona que debía tener ahora en mente no era la anciana que me había tendido sus manos arrugadas sacándolas de debajo de la colcha, sino una de aquellas mujeres de cuerpo menudo y ojos vivaces que aparecían en la foto en blanco y negro mirando a la cámara.

—Debió de estar en el homenaje póstumo que se celebró en la estación de Daegu. De allí trajo este folleto que se repartió entre los presentes.

En el suelo seguía desplegado el artículo sobre el homenaje

llevado a cabo delante de la estación. Acerqué la vela y observé la fotografía. Dos terceras partes de la concurrencia eran mujeres. Cientos de mujeres mirando fijamente el cartel, algunas con largos trajes tradicionales blancos anudados en la cintura, otras con vestidos blancos por la rodilla.

*

«¿Iría ella también vestida así? —pensé, mirando los perfiles borrosos de aquellas mujeres—.¿Tendría también ella uno de aquellos vestidos de manga corta y cuello redondo?». Sentí el impulso de volver a mirar el retrato enmarcado que había visto dentro de la caja, pero entonces Inseon me tendió un sobre grande. Leí el nombre del destinatario escrito con bolígrafo azul:

«Para la señora Kang Jeongsim».

Acerqué la luz de la vela para leer la dirección de Daegu que indicaba el remitente y observar el sello cuadrado de color morado estampado encima. Ponía: «Asociación de Familiares de las Víctimas de las Masacres de Gyeongsang del Norte».

Introduje la mano dentro del sobre frío y saqué un cuadernillo hecho con una docena de hojas de papel basto cosidas. Al pasar la primera página, que era también la cubierta, apareció una carta:

Después de una década de llevarlos en silencio en nuestros corazones, pronto llegará el día en el que los deudos de las víctimas podamos reencontrarnos con nuestros añorados difuntos y estos alcancen por fin el descanso eterno.

Por la longitud y el tono exaltado de las frases, supuse que habían sido escritas por la misma persona que dijo aquello de que los deudos de las víctimas debían superar sus viejos miedos. No terminé de leer la carta, y al pasar la página había una foto de grupo muy

borrosa en blanco y negro.

—Fue tomada en el invierno de 1960 delante de la entrada a la mina de cobalto. Creo que mi madre no fue esa vez, pero como era miembro de la asociación se la enviaron por correo —explicó Inseon y, señalando al hombre de gafas que estaba en el centro de la foto, agregó—: Este es el presidente de la asociación. Fue detenido en mayo del año siguiente, poco después del golpe militar, y sentenciado a muerte. El secretario de la asociación, que aparece a su lado, fue condenado a quince años de prisión.

Al pasar la siguiente hoja había otra fotografía. Era una copia de la foto tomada en el interior de una de las galerías, una de aquellas que los miembros de la asociación se habían repartido. Sin embargo, se veía mucho más borrosa, y si no hubiera visto antes el original no habría podido reconocer forma alguna, pues solo se distinguían manchas blancas y negras, sin apenas tonalidades intermedias, y los detalles aparecían muy difusos. En la misma página del cuaderno estaba intercalado el recorte de una noticia breve que había salido en la edición vespertina del diario *Joongang*.

*

Era un recorte muy manoseado que presentaba líneas blanquecinas en forma de cruz en el centro por haber sido doblado y desplegado muchas veces. Debajo de la frase «sentenciado a muerte» en ideogramas chinos, se leía la pronunciación en coreano del carácter más complicado y, al lado, un número de teléfono de Daegu, escrito con bolígrafo azul y haciendo mucha presión.

—Fíjate, es el mismo número —dijo Inseon, pasando las hojas del cuadernillo y señalando la parte inferior de la última hoja.

Allí figuraba un número de cuenta, el nombre del titular y dicho número de teléfono con el prefijo de Daegu. Pertenecía a la persona que recibía las cuotas y las donaciones para la asociación.

*

Del vaso de papel que sostenía en la mano izquierda emanaba un calor débil pero innegable. El interior blanco reflejaba la luz de la vela como un espejo curvo, por lo que, visto desde arriba, creaba la ilusión de una estancia circular iluminada. Mientras contemplaba ese espacio de luz, me puse a pensar.

En el verano de 1961, seguramente no había teléfono en esta casa, por lo que si querías hacer una llamada había que bajar al pueblo.

Sobre la superficie curva del interior del vaso se superpuso el camino nevado que yo había recorrido de noche para llegar a esta casa, con el trayecto en sentido inverso que habría hecho la madre de Inseon. Habría doblado en la encrucijada del arroyo seco por la que me resbalé y habría caminado bajo los frondosos árboles de verano hasta la calle ancha donde estaba la parada de autobús.

¿Llevaría el recorte de diario doblado en cuatro dentro del bolsillo? ¿Lo llevaría en el bolso o tal vez en su mano sudorosa? ¿Para qué querría llamar por teléfono a la oficina de la asociación si sus directivos habían sido encarcelados? ¿Habría llamado realmente? Y si lo hizo, ¿quién le habría contestado?

*

—Mi bisabuela falleció en febrero de 1960 —explicó Inseon—. En aquel entonces mi madre tenía ya veinticinco años. Todos estaban preocupados porque había sobrepasado la edad de casarse, pero ella no tenía ningún interés en contraer matrimonio. La familia le había dicho que se podía quedar viviendo en la casa hasta que se casara, pero terminó comprándola con el dinero que había ahorrado cultivando el campo sin ayuda de nadie. Fue en el verano de aquel

año cuando empezó a buscar los restos de su hermano. —Se interrumpió un momento y añadió—: Lo buscó durante un año hasta que leyó esta noticia.

*

Nos miramos en medio del silencio.

Seguimos bajando.

La presión del agua es tan grande que crea un ruido ensordecedor, y es tanta la oscuridad que ninguna criatura emite luz.

—Después de aquello, no volvió a reunir documentación durante treinta y cuatro años.

Repetí para mis adentros: «Treinta y cuatro años…». Es decir, hasta que acabó la dictadura militar y un gobierno civil asumió la dirección el país.

6

EL FONDO DEL MAR

Casi sin darme cuenta, puse la mano sobre el recorte de periódico manoseado y de pliegues blanquecinos, pues sentí el impulso de tocar las huellas dejadas por la persona que había anotado ese número de teléfono. Luego extendí la mano y cogí el fajo de papeles viejos, sin que Inseon hiciera nada para impedírmelo. Pasé el artículo breve y descolorido sobre los juicios militares de 1961 y me encontré con un recorte que daba un salto temporal de treinta y cuatro años. Había cambiado la composición tipográfica de vertical a horizontal y apenas tenía un par de caracteres chinos en el titular.

—A partir de esa época tengo mis propios recuerdos —dijo Inseon —. Uno de aquellos veranos fui de visita a la isla y me encontré con que llegaban dos periódicos a la casa: uno nacional y otro local. Venían por correo. El nacional tardaba unos dos días, y el local, tres. Me pareció raro, pero no le pregunté por ellos a mi madre. Pensé que alguien la habría animado a suscribirse o que se los enviaban gratis.

Iluminé con la vela el titular del recorte de 1995. Informaba de que una organización civil de Gyeongsan había celebrado por primera vez un acto delante de la mina de cobalto para pedir el eterno descanso de los masacrados. El siguiente recorte era de 1998. El texto decía que los deudos de las víctimas de la provincia de Gyeongsang del Norte habían celebrado otro acto de homenaje colectivo delante de la mina. Los siguientes recortes eran de 1999 y

en su mayoría eran columnas de opinión. Pedían con urgencia la exhumación de los restos enterrados en la mina, debido a la avanzada edad de los familiares de las víctimas. Todos los recortes tenían la fecha anotada en la parte superior con rotulador negro o lápiz. Se trataba de la misma letra escrita con bolígrafo azul en 1960, pero era el doble de grande y ya no se ejercía tanta presión sobre el papel.

El primer artículo del año 2000 ocupaba toda una página e incluía una foto a color de un grupo de ancianos en la entrada de la mina de cobalto. Eran los familiares de las víctimas que se habían vuelto a reunir cuarenta años después de la masacre. A partir de ahí, aumentaba considerablemente el número de recortes. Uno de 2001 informaba de que una cadena de televisión pública, una entidad civil de Gyeongsan y representantes de la Asociación de Familiares de las Víctimas habían organizado un equipo de reconocimiento y pronto accederían a la galería horizontal número 2. El artículo estaba acompañado por fotografías tomadas durante las labores de reconocimiento, así como por algunas imágenes previas del programa documental que se emitiría por televisión.

Cada vez que pasaba las páginas de los crepitantes recortes de periódico, aparecían restos óseos bajo la luz de la vela: cráneos de perfil y de frente con las cuencas de los ojos y los orificios nasales vacíos, fémures, tibias… Del suelo sobresalían los huesos de lo que parecía ser un cuerpo entero: una clavícula, la columna y la cadera apenas unidas.

Acerqué la vela para leer las partes subrayadas de un artículo escrito por un periodista que había estado presente en las labores de reconocimiento. Informaba de que habían utilizado dinamita para volar la entrada de la galería vertical. Al explotar la capa de cemento que había clausurado la boca de la galería durante cincuenta años, quedó al descubierto una cantidad increíble de restos humanos, tantos que apenas había espacio para bajar por el

pozo. En ese lugar se había perpetrado la gran mayoría de las ejecuciones. Decía el periodista que probablemente habían fusilado a las personas alineándolas al borde del pozo para que se precipitasen al fondo al recibir los tiros. Después de que se llenara la galería horizontal 2, siguieron cayendo los cuerpos hasta desbordar también la galería superior. Finalmente, cuando el pozo de entrada que comunicaba con la superficie quedó abarrotado de muertos, los soldados abandonaron la mina.

*

Dejé caer el fajo de recortes.

Ya no quería ver más restos óseos. Ni tampoco que mis huellas se posaran sobre las de la persona que había reunido todo ese material.

*

—Aquel fue el primer y último reconocimiento que se hizo —dijo Inseon, apoyando las manos en el suelo para levantarse—. Los trabajos de recuperación de los restos comenzaron oficialmente seis años después —explicó, tanteando la balda inferior a oscuras de la estantería—. Durante tres años exhumaron cuatrocientos cuerpos, pero los trabajos se paralizaron en 2009. Lo que significa que todavía quedan en las galerías más de tres mil restos. —Sacó un voluminoso libro que debía de tener más de mil páginas y agregó—: Durante esos tres años, se desenterraron también los restos óseos de otras masacres perpetradas en el país.

Inseon empujó despacio el enorme ejemplar hacia mí y me fijé en la tapa. Era el informe elaborado tras finalizar la primera fase de exhumación a nivel nacional de los restos enterrados clandestinamente.

—Fue entonces cuando vi la fotografía de los huesos encontrados bajo la pista de aterrizaje del aeropuerto de Jeju —dijo Inseon.

*

No quería abrirlo. No sentía la menor curiosidad por verlo. Nadie podía obligarme a hojear aquellas páginas. No tenía por qué hacerle caso a Inseon.

Aun así, extendí mi mano temblorosa y abrí el libro. Pasé una a una las fotografías que mostraban enormes cestas rebosantes de huesos clasificados y separados por grupos. Eran unas cuatrocientas páginas con fotografías de miles de tibias, miles de cráneos, decenas de miles de costillas, cientos de sellos personales de madera, de hebillas de cinturón, de botones de uniformes escolares, de pasadores de plata de largos y grosores distintos, y de canicas de vidrio que parecían encerrar alas en su interior.

*

—Al final, mi madre no lo logró —dijo Inseon con voz apenas audible, como si me hablara desde algún lugar muy lejano—. No encontró los huesos de su hermano mayor. Ni uno solo.

«¿Cuánto más se puede descender? —pensé—. ¿Es esta quietud el fondo del mar de mis sueños?».

¿El fondo de ese mar que me llegaba a las rodillas?
¿El fondo de las tumbas arrasadas por el agua?

*

Ni siquiera los dos jerséis y los dos abrigos que llevaba puestos

podían darme algún calor. El frío que sentía no provenía de fuera de mí, sino que nacía en mi pecho. Estaba temblando. En el instante en que la habitación entera osciló con los claroscuros que creaba la titilante llama que sostenía en mi mano temblorosa, comprendí por qué Inseon me había dicho que no sin la menor vacilación cuando le pregunté si tenía intención de filmar una película sobre este tema.

Si lo hiciera, se desvanecería el olor de la carne putrefacta y de las ropas empapadas de sangre, desaparecería la fosforescencia que emanaba de los huesos en descomposición desde hacía décadas, se escurrirían las pesadillas entre los dedos, se borraría la violencia que sobrepasa todos los límites. Como lo que había omitido en el libro que escribí cuatro años atrás: los ataques con lanzallamas perpetrados por soldados contra civiles desarmados en plena calle; o las personas que eran llevadas a urgencias en camillas improvisadas, con ampollas de quemaduras en la cara y todo el cuerpo embadurnado de pintura blanca para impedir su identificación.

*

Me levanté.

La delgada sombra de Inseon atravesó la llama de la vela y se dibujó sobre la pared blanca junto a la estantería. Al acercarme, la sombra desapareció. Pasé la mano por el empapelado desvaído y la posé donde había estado la cara de Inseon, como si la solidez de esa pared fría pudiera revelarme los secretos de esa extraña noche. Como si solo pudiera responderme la sombra que había desaparecido, y no la Inseon callada que tenía a mi espalda.

*

Yo creía que mi madre era la persona más débil del mundo.

La ronca voz de Inseon quebró el silencio.

Pensaba que era como un espectro, alguien muerto en vida.

Dejé el libro abierto en el suelo y me dirigí hacia la oscuridad de la ventana. Me di media vuelta y, sosteniendo la vela con ambas manos, miré a Inseon.

No sabía que durante tres años los miembros de la Asociación de Familiares de los Reclusos de Jeju Desaparecidos en Daegu habían visitado periódicamente esa mina. No sabía que mi madre fue una de aquellas personas. Por aquel entonces ella tendría unos setenta y tantos años, y sufría de artritis crónica en las rodillas.

A cada paso que daba, las sombras creadas por la vela sacudían todo lo que había alrededor. Incluso después de haber vuelto a cruzar la habitación y de sentarme frente a Inseon, las oscilaciones no se detuvieron, pues yo seguía temblando por el frío que surgía de mi interior.

*

Fue en la primavera de hace dos años cuando averigüé el número del presidente de la asociación y me reuní con él en la ciudad de Jeju.

Era un docente retirado. Había nacido en el mismo mes en que empezó la guerra, cuando su padre ya había muerto, pero después de décadas de búsqueda aún no se había resignado a no encontrar sus restos.

Se disculpó por no haber podido asistir al velatorio de mi madre, ya que se había enterado tarde de su fallecimiento. Dijo también que ella

fue la miembro más activa de la asociación y que estuvo en la mina en 1960, antes que cualquier otra persona de Jeju. Que fue a ella a quien se le ocurrió la idea de solicitar en la Penitenciaría de Daegu una copia de la lista de los reclusos trasladados a Jinju; que solo la consiguieron después de ir todos en una furgoneta y organizar una protesta delante de la prisión; que ella revisó exhaustivamente la lista página por página y no solo encontró los nombres de las personas que buscaban los otros miembros de la asociación, sino que también les dijo el lugar donde podían estar enterrados sus restos; que ella siempre se marchaba temprano de las reuniones porque era la que vivía más lejos y que se despedía de todos los presentes tomándoles de las manos.

El último recuerdo que tenía de ella era del día en que entraron en las galerías de la mina, justo después de que se enteraran de que se iban a interrumpir las tareas de exhumación de los restos. El secretario de la asociación de Gyeongsan fue delante del grupo alumbrando con una linterna. Como el techo de la galería era muy bajo y corría agua por el suelo, tuvieron que ponerse un casco y botas de goma hasta las rodillas. Cuando atravesaron un tramo donde los huesos y los restos de ropa sobresalían prácticamente del suelo, se apoyaron unos en otros, ya que todos ellos eran personas de edad avanzada y podían tropezar y caerse. El hombre me contó que mi madre se agarró de su manga con la mano en que no llevaba el bastón y le dijo con una sonrisa: «Perdone que lo moleste». Y así salió de la mina, apoyándose en él.

Cuando ya se estaban despidiendo, el secretario de la asociación de Gyeongsan dijo lo siguiente: «Corren rumores de que en aquel entonces hubo tres supervivientes, pero lo más probable es que fuera la misma persona que llamó a la puerta de tres casas distintas de la zona».

Cuando oyeron hablar de un superviviente, todos se quedaron en silencio.

«Era una noche clara de media luna sin una sola nube en el cielo. Un muchacho que tenía la ropa manchada de sangre llamó a las puertas pidiendo que le dieran algunas prendas para poder cambiarse. Lo rogó

con desesperación, prometiendo que no se lo diría a nadie. En las primeras dos casas se negaron por miedo a las represalias, pero en la tercera le dieron algo de ropa. Se cambió rápidamente en un rincón del patio y desapareció de inmediato».

Con el alma en vilo, todos escucharon con suma atención para no perderse una sola palabra de lo que decía el secretario. Pero, en un momento dado, se dieron cuenta de que mi madre estaba en cuclillas en el suelo, vomitando. Y no paró hasta que de su cuerpo solo salieron jugos gástricos.

*

—Existe una posibilidad muy remota de que aquel muchacho fuera mi tío —dijo Inseon en un murmullo—. Pero también podría ser cualquiera de los tres mil despojos humanos que permanecen todavía en las galerías. Claro que, si en verdad hubiera sido mi tío, habría hecho todo lo posible por regresar a la isla… Aunque ¿cómo podemos estar seguros de eso? Cuando alguien sobrevive a semejante infierno, quizá no tome las mismas decisiones que cualquier otra persona.

*

Quizá fue a partir de entonces cuando algo se disoció dentro de mi madre. Desde el momento en que su hermano mayor empezó a existir de dos maneras:

Como uno de los miles de cuerpos que se amontonaban en las galerías de la mina.

O como el joven que llamó a las puertas de las casas donde había luz, el que juró que no le diría a nadie dónde había conseguido ropa limpia, el que dejó su traje de presidiario manchado de sangre en un rincón del patio pidiendo que lo quemaran de inmediato, el que desapareció a toda

carrera en la oscuridad.

*

Era inverosímil.

¿Cómo habría podido sobrevivir?

¿Habría perdido el conocimiento justo antes de que le dispararan y habría caído por el borde del pozo, inconsciente? ¿Se habría despertado en medio de todos aquellos cuerpos después de que se marcharan los soldados? ¿Se habría arrastrado como pudo hasta la boca de la galería horizontal gracias a la luz de la luna que se colaba en el interior de la mina?

*

Vi al hombre arrastrándose por la galería, vi sus ojos, y entonces los de Inseon se superpusieron a los suyos.

—¿Cómo pudo regresar? —le pregunté.

Inseon clavó en mí esos ojos tan parecidos a los de aquel hombre de delicados rasgos de porcelana y mirada reluciente como humedecida por las lágrimas.

—¿De quién estás hablando? Titubeé un poco por temor a que mi respuesta pudiera hacerle daño:

—De tu padre…

No le había hecho daño. Inseon era más fuerte de lo que yo creía. Sin vacilar en lo más mínimo, sin bajar el tono de voz, me respondió:

—Esa es la razón por la que mi madre fue a buscar a mi padre. Para preguntarle cómo había podido sobrevivir.

*

La primera vez que se vieron fue en verano.

Hacía un año que mi madre estaba al tanto de que alguien había regresado a la isla después de cumplir una condena de quince años en la Penitenciaría de Daegu. Lo había visto de lejos. Vivía en la aldea vecina, en casa de unos parientes que lo habían acogido, pero necesitó tiempo para armarse de valor antes de ir a hablar con él.

Mi padre tenía que soportar a diario el ostracismo de sus vecinos.

Las manos le temblaban a raíz de las torturas que había sufrido, pero no era tan grave como para no poder ayudar a sus parientes a cultivar y recoger mandarinas. En la última etapa de sus años en prisión había aprendido el oficio de alicatador, por lo que también ofrecía sus servicios gratis en la aldea a la gente que lo necesitaba, de modo que poco a poco se fue labrando una reputación. Sin embargo, eran tiempos de la dictadura militar y dos veces al mes se presentaba un policía para controlar sus movimientos, así que nadie quería confraternizar demasiado con el expresidiario.

Si mi padre se giró hacia mi madre aquella tarde de verano en que ella lo detuvo con un «Disculpe» a un lado del camino, fue porque nadie se había dirigido antes a él con tanta cordialidad. Según mi madre, a mi padre le tembló la mirada cuando ella mencionó el nombre de su hermano mayor. La había reconocido como una de aquellas hermanas de Hanjinae que de tanto en tanto iban a visitar a sus parientes maternos al otro lado del arroyo seco.

Pero ese día mi padre no quiso hablar con ella. Mi madre volvió a acercársele a finales de otoño, pero él se negó de nuevo a conversar con ella. Repitió el intento al año siguiente, a principios de la primavera, y esa vez él le propuso que se encontraran en la ciudad porque en la aldea había demasiados ojos que podían verlos.

Cuando se vieron finalmente en la ciudad la tarde del domingo siguiente, en una casa de té cargada de humo de cigarrillos, mi madre tenía treinta y tres años, y mi padre, treinta y seis.

Ese día mi madre se enteró de que mi padre había sido trasladado a Busan en la primavera de 1950. Como la Corte Suprema de Daegu tenía bajo su jurisdicción no solo las provincias de Gyeongsang, sino también las de Jeolla y Jeju, todos aquellos que presentaban apelaciones tenían que cumplir sentencia en la Penitenciaria de Daegu, por lo que pronto empezó a faltar espacio en la prisión. Según le explicó mi padre, esa fue la sencilla razón práctica por la que esa primavera se realizó un traslado masivo de los reclusos que tenían condenas largas. Y aunque había tenido la mala suerte de recibir una de las sentencias más largas, fue precisamente eso lo que le salvó.

Sin embargo, Busan tampoco resultó ser un lugar seguro. A partir de julio empezaron a ingresar masivamente los inscritos en la Liga Bodo de Busan y los reclusos tuvieron que colaborar en la construcción de un edificio provisional en el patio de la prisión. En las horas de descanso, mi padre se quedaba mirando las tiendas de campaña levantadas a un lado del patio. Allí, secándose el sudor bajo el implacable sol estival, se apretujaban niños desnudos y muy debilitados por el hambre, mujeres de las que se sabía que estaban casadas por los moños y solteras por las trenzas, y ancianos que no se quitaban nunca el sombrero a pesar del fuerte calor.

A partir de septiembre comenzaron a llevarse a la gente en camiones, y entonces empezaron a circular rumores aterradores. Se decía que apartaban a los presos políticos para matarlos y, claro está, ya se habían llevado a unas noventa de las doscientas cincuenta personas de Jeju recluidas allí. Cuando los que quedaban esperaban angustiados a que les llegara su turno, un día dejaron de llamar a la gente. Más tarde se enteraron de que las fuerzas aliadas habían desembarcado en Incheon, lo cual cambió el curso de la guerra.

*

«¿Habría escondido el padre de Inseon las manos en los bolsillos por temor a derramar el agua de su vaso? —me pregunté—. ¿O las habría puesto sobre la mesa a la vista de todos, sin ocultar nada?».

*

Fue en el siguiente encuentro cuando mi padre le habló de lo que realmente quería averiguar mi madre.

Ella quería saber si en los aproximadamente ocho meses en que había coincidido con su hermano en la Penitenciaría de Daegu, desde el verano en que encarcelaron a mi tío hasta la primavera en que trasladaron a mi padre a Busan, los dos se habían conocido y hablado; y de ser así, qué era lo que mi padre recordaba de él.

Mi padre le contó que se alegraron mucho cuando se enteraron de que iban a ingresar trescientos nuevos detenidos procedentes de Jeju, pues eso les daría la oportunidad de tener noticias de sus familias. Fue entonces cuando se enteró de que toda la población de Secheon había sido reunida en la escuela primaria de P., y que luego los habían conducido hasta la playa para fusilarlos. La persona que le contó eso le habló también de mi tío, un joven que había venido en el mismo barco que él, que tenía parientes de la rama materna en Secheon y que había sido asignado al pabellón contiguo. A mi padre le bastó oír su nombre para saber de quién se trataba. Aunque no habían ido a la misma escuela, recordaba haber jugado de pequeño con él y sus hermanas, que vivían en Hanjinae, al otro lado del arroyo. Mi padre y mi tío se habían llevado bien de inmediato, porque ambos eran hijos varones de familias con muchas hijas, y juntos se ponían a machacar con una piedra los pétalos de balsamina que crecían por allí para que sus hermanas pudieran pintarse las uñas.

Pero eso era todo.

Eso fue todo lo que mi padre pudo contarle acerca de mi tío.

Se lo pregunté a mi madre en varias ocasiones. Desde el día en que se encontraron por primera vez hasta que mi padre se vino a vivir a esta casa, pasaron cinco años. Le pregunté a mi madre qué tipo de relación mantuvieron durante ese tiempo, con qué frecuencia se veían, cómo llegaron a intimar. Sin embargo, nunca me dio una respuesta precisa. En vez de eso, me contaba historias que no tenían ninguna relación con lo que yo quería saber, cosas que le había relatado mi padre, como las torturas que sufrió en la fábrica de licores, las cosas tan terribles que le hizo un hombre que hablaba en dialecto norcoreano y vestía un uniforme militar sin insignias, lo que le decía cada vez que lo obligaba a desnudarse y lo ataba a una silla:

«Hay que limpiar este mundo de los malditos rojos. Hay que exterminarlos a todos para que no quede ni uno solo. ¡Malditas ratas contaminadas por el comunismo!».

Mientras le decía aquello, le iba echando cubos de agua sobre la cabeza envuelta en una toalla y luego lo electrocutaba con un cable que le rodeaba el pecho mojado. Cuando aquel hombre le susurraba al oído que revelara los nombres de las personas que mantenían contacto con los comunistas escondidos en las montañas, mi padre le respondía que no sabía nada, que era inocente, que no había hecho nada malo.

Cada vez que terminaba de contarme aquello, mi madre empezaba a lanzarse reproches a sí misma, diciéndose algo que yo no alcanzaba a comprender:

—¿Por qué le diría aquel día que tenía el pelo raro? ¿Por qué le diría aquello? Recuerdo que, cada vez que se hacía esa pregunta, de pronto me soltaba la mano. La fuerza con la que me aferraba se esfumaba como una pompa de jabón, como un fusible que se apaga, como si se

olvidara de quién era yo, como si no deseara tener el más mínimo contacto con otra piel humana.

TERCERA PARTE

LA LLAMA

¿Lo notas?

Inseon movió los labios sin que vibraran sus cuerdas vocales.

¿El qué?

¿No hace menos frío ahora? ¿Lo sientes? Como una leve calidez.

¿Era cierto? ¿Había dejado de temblar por el frío que nacía de mi interior? ¿Había como una masa gaseosa difusa que se esparcía por el aire? La niña que abría los ojos en medio de la oscuridad del campo de cebada... «¿Cómo tengo el pelo? Ya no me veo tan raro, ¿verdad?»... El bebé de pelo ensortijado cuya carita asomaba por fuera de la chaqueta...

En lugar de responderle, puse mi mano sobre la fotografía de los restos óseos,

sobre esos seres sin ojos ni lengua,

esos seres cuyos órganos y músculos se habían podrido hasta desaparecer,

seres que ya no eran humanos.

Mejor dicho, seres que eran más humanos que nunca.

«¿Habremos tocado fondo por fin?», pensé en medio de la sofocante quietud.

¿Habíamos llegado al borde del abismo cuyas fauces se abren profundas?

¿Nos encontrábamos en lo más hondo del mar, donde nada

irradia luz?

*

Inseon alargó el brazo. Quería la vela.

Con la luz en la mano, cruzó la habitación y abrió la puerta corredera, su sombra aleteando en el techo. Yo también me levanté y salí tras ella. Al pasar por delante de la habitación de su madre, vi algo que brillaba débilmente delante del armario, como si fuera mercurio. Me paré en seco porque algo parecía acurrucarse allí, sumergido en la negrura, pero era imposible distinguir nada sin luz.

Inseon siguió cruzando la sala de puntillas y de pronto se giró para mirarme.

—Quiero mostrarte algo —me susurró, llevándose el dedo índice a los labios.

—¿El qué?

—El terreno donde plantaremos los troncos —respondió, y asintió con la cabeza, como si yo hubiera mostrado mi acuerdo—. No está lejos de aquí.

—¿Ahora?

—Sí, no tardaremos mucho.

—Pero está muy oscuro. Y no nos queda mucha vela.

—Nos alcanzará. Volveremos antes de que se apague.

Titubeé porque no deseaba ir, pero tampoco quería permanecer más tiempo inmersa en semejante quietud.

Me acerqué a Inseon oyendo cómo mi respiración atravesaba el tenso silencio, del mismo modo en que una aguja penetra en la tela estirada sobre un bastidor. Me pasó la vela. Mientras yo la iluminaba, se agachó y se puso las botas de trabajo. Cuando se incorporó, le devolví la vela. Y como hermanas bien avenidas que se entienden sin necesidad de palabras, ella me iluminó mientras yo me calzaba las zapatillas.

*

Antes de salir por la puerta, rebusqué en el mueble zapatero y saqué la caja de cerillas. La agité y comprobé por el ruido que quedaban unas tres o cuatro. Me la guardé en el bolsillo del abrigo y salí al patio. Era tanta la oscuridad que lo único que percibía era el resplandor de la vela que sostenía Inseon. Los copos de nieve refulgían brevemente al atravesar el círculo de luz, para luego desaparecer.

—Gyeongha —dijo Inseon—, pisa solo donde yo pise.

La luz se acercó un poco cuando Inseon extendió su mano hacia mí.

—¿Ves mis huellas?

—Sí —dije, y metí mi pie en la huella que ella había dejado en la nieve.

Caminaba manteniendo el ritmo adecuado para que la luz no se alejara demasiado y me permitiera ver las huellas de Inseon, pero sin llegar a chocarme con ella. Avanzábamos como dos cuerpos moviéndose al unísono, siguiendo la misma coreografía. La fría quietud desmenuzaba el sonido que producían nuestros rítmicos pasos sobre la nieve.

Al pasar junto a la palmera donde estaban enterrados Ama y Ami, sus ramas, como largos y blancos brazos caídos, entraron con nitidez en el círculo iluminado. Sin echarle siquiera una mirada, Inseon siguió de largo sin alterar el paso, como si supiese que el pájaro que enterró ya no estaba allí.

Se detuvo al llegar al muro bajo de piedra que había al final del patio. Cuando la alcancé, me dio la vela y, apoyando ambas manos en el muro, pasó una pierna al otro lado y luego la otra. Le devolví

la vela y yo también hice lo mismo. En cuanto mis pies tocaron el suelo, Inseon reanudó la marcha.

*

Aunque caminaba poniendo mis pies sobre las huellas de Inseon, no podía evitar que se me mojaran los bajos del pantalón. Avanzaba ayudándome con los brazos para mantener el equilibrio y concentrada en mantener la distancia adecuada. Cuando los copos de nieve se acumulaban en mis pestañas, me los quitaba restregándome los ojos con el dorso de la mano. Me preguntaba si Inseon sentiría el mismo frío, si la nieve se derretiría también en sus mejillas. Si era un espíritu, ¿hasta dónde pensaba llevarme?

Nos internamos en el bosque. Debido a la nieve y la oscuridad, era imposible reconocer los árboles. Inseon pareció desviar ligeramente el rumbo, pues sus pasos dibujaron una suave curva. La luz de la vela cabeceaba de arriba abajo trazando una línea roja en el aire, como un código de señales incomprensible, como una flecha que vuela con extrema lentitud.

Los pasos de Inseon se ralentizaron y yo también aminoré la marcha. No soplaba ni una pizca de viento. Los copos de nieve que me rozaban la mejilla eran increíblemente suaves. Solo la llama se agitaba silenciosa dentro del vaso de papel, como un corazón que palpita incansable.

—¿Falta mucho?

—Ya casi estamos —dijo Inseon sin girarse.

Alcé la vista. No se veían las copas de los árboles. Cada vez que la llama se acercaba a las ramas que estaban a la altura de nuestros ojos, los copos de nieve brillaban como granos de sal.

—Inseon… —la llamé, y me detuve, rompiendo el ritmo coordinado de nuestros pasos. Ella, que había dado otro paso adelante, quedó un poco más lejos—. ¡Espera!

Inseon se giró y vi su rostro fluctuando ondulante tras la vela. La mano que rodeaba el vaso de papel se veía roja por la luz.

—¿Cuánto queda de vela?

—Hay bastante todavía.

Apenas asomaban unos dos centímetros de cabo de vela del orificio practicado en el fondo del vaso. Aunque volviéramos sobre nuestros pasos en ese mismo instante, se apagaría antes de que llegáramos a la casa.

—Pasado este bosque está el arroyo seco —dijo Inseon, como alentándome.

«Pero eso no es posible», pensé para mis adentros. Íbamos en una dirección diferente a la que recordaba. Claro que yo podía estar confundida. Quizá el arroyo discurría en círculo rodeando el bosque.

—Regresemos, por favor —le rogué—. Volvamos en otra ocasión, cuando no haya nieve.

—Puede que no haya una próxima vez —dijo Inseon, sacudiendo la cabeza obstinadamente.

*

Dejé de preocuparme por cuánto faltaba para que la vela se consumiera del todo.

Dejé también de calcular cuánto nos estábamos alejando de la casa.

Justo cuando estaba pensando que ya no quería detenerme, que ya me daba igual que no volviéramos nunca, Inseon se giró y dijo:

—Hemos llegado.

La vela que sostenía no llegaba a iluminar un solo árbol. La oscuridad más absoluta rodeaba el círculo de luz. Habíamos salido del bosque.

Inseon cambió de rumbo y yo la seguí. Parecía estar yendo por la

ribera del arroyo. A nuestra derecha, unos montículos como agazapados, que debían de ser matas o arbustos cubiertos de nieve, entraron momentáneamente en el radio de luz para luego desaparecer.

¿Por qué no cruzaba el arroyo? ¿Estaría buscando un punto donde hubiera menos pendiente para que no resbaláramos y cayéramos en un pozo de nieve? Inseon ya no caminaba despacio. Nuestros pasos se desacompasaron y creció la distancia entre ambas, por lo que la luz dejó de iluminar mis pies. Salvo el camino que ella me iba abriendo, todo lo demás estaba cubierto por una espesa capa de nieve. Mientras avanzaba a duras penas, la oscuridad se tragó la silueta de Inseon y solo vi una luminiscencia flotando en la lejanía como un ánima.

La luz se detuvo ondulante en un punto. ¿Iba a cruzar el arroyo? Cuando estaba sacando el pie hundido en la nieve y me impulsaba para dar el siguiente paso, la luz comenzó a moverse otra vez. Pero, en lugar de alejarse, se acercó lentamente hacia mí, como flotando en el agua.

*

—Mira esto —dijo, mostrándome en el hueco de su mano unos frutos pequeños y compactos—. ¿A que parecen huevos?

Eran redondos y tenían una mota rojiza en su superficie lustrosa, como una mancha de sangre.

—¿Sabes? Se van expandiendo poco a poco como una gota de sangre, y luego se abren como si de su interior fuera a salir un pájaro.

Así que no eran frutos. Eran bulbos de flores cuyos pétalos apretados estaban espolvoreados de una nieve que, a la luz de la vela, brilló como granos de azúcar.

—He sacudido la nieve de un árbol joven y se le han caído estos

botoncitos —explicó Inseon con un mohín, como una niña haciendo pucheros.

El mechón de pelo que le caía sobre el ojo se veía plateado, casi blanco. Con la otra mano sostenía la base del vaso de papel. Eché un vistazo dentro. La vela se había acortado aún más.

—Tenías razón —musitó Inseon con voz apenas audible, cerrando el puño en torno a los botones de flores—. La vela se va a consumir.

—Será mejor que volvamos —murmuré, pero ¿de verdad era lo que quería? ¿Teníamos adónde regresar?

Fue en ese momento cuando Inseon se dejó caer suavemente en la nieve, deslizándose hasta el suelo como un retal de seda.

—Sí, dentro de un ratito —dijo, levantando los ojos hacia mí—. Te haré gachas cuando lleguemos.

*

Era una nieve tan suelta que, cuando me senté, se hundió lentamente bajo el peso de mi cuerpo. Al rato se formó un ventisquero entre nosotras. Solo podía ver la cara de Inseon y la vela que sostenía contra su pecho, pues la parte inferior de su cuerpo quedó oculta tras la pared de nieve.

Seguía sin soplar la menor brisa. Los copos caían lentos, interminables, como si tejieran sin descanso una inmensa cortina de encaje en el aire.

—Solía venir aquí con mi madre.

Miré hacia donde miraba Inseon. Solo había un océano de tinta negra. Era imposible discernir dónde terminaba el cauce seco y dónde empezaba la ribera del otro lado.

—Vinimos por primera vez al día siguiente de una tormenta porque ella quería ver correr el agua. Yo debía de tener unos diez años, hacía poco que mi padre había muerto.

Inseon se giró para mirarme. La nieve, que le llegaba casi a los

hombros, era como una lámina plateada que reflejaba el resplandor de la vela en su cara, haciendo que la luz pareciera emanar de sus mejillas pálidas.

—Me acuerdo de que vi un árbol arrancado de cuajo, con las raíces al aire. El árbol en sí no era muy alto, pero las raíces era casi el triple de grandes que el resto. Mi madre no se dio cuenta de que yo me había quedado parada contemplando embelesada aquel árbol, y siguió adelante. El día se había despejado, pero soplaba un fuerte viento. Los olores que subían de la tierra mojada, de las ramas floridas quebradas, de la hierba aplanada por el agua que se había embalsado durante la noche, se mezclaban y hacían que me picara la nariz. El sol que se reflejaba en los charcos de lluvia me hería la vista. Mi madre seguía avanzando, haciendo frente al viento, como unas tijeras que cortaran a lo largo una inmensa tela de muselina blanca. Su blusa y sus pantalones holgados estaban tan henchidos por el aire que me parecía estar viendo un gigante.

La nieve absorbía los sonidos. No podía escuchar la respiración de Inseon. Las partículas de nieve se tragaban hasta el aire que yo exhalaba.

—Mi madre se detuvo en aquel lugar y se quedó con la vista fija en la otra orilla. El arroyo había crecido tanto que sus aguas rugían ensordecedoras como una cascada. Me acuerdo de que llegué junto a ella, preguntándome si era necesario quedarse así de quieta para ver correr el agua. Mi madre se sentó en cuclillas y yo la imité. Entonces se giró hacia mí sonriendo y me acarició la mejilla. Luego me pasó la mano por la cabeza, por el hombro, por la espalda. Sentí su amor como un dolor sordo que me traspasaba la piel, se hundía hasta la médula de los huesos y me encogía el corazón… Fue entonces cuando supe lo mucho que duele amar a alguien.

*

Después de volver a la isla, pensé a menudo en aquel día.

Y todavía más cuando el estado de mi madre empeoró tanto que, por las noches, empezó a cruzar el umbral de mi habitación gateando como un bebé.

Me metía el dedo en la boca mientras yo dormía y, acariciándome la cara, rompía a llorar como una niña. Yo aguantaba sin rechazar aquel dedo salado y pegajoso. Me abrazaba con todas sus fuerzas, tan fuerte que apenas podía respirar, y yo no tenía más remedio que devolverle el abrazo.

Cuando me estrechaba de aquella manera en esa casa a oscuras, donde no había nadie más que nosotras, sentía que nuestros cuerpos apenas se diferenciaban. Su fina piel, la magra masa muscular de debajo, la tibieza de su cuerpo, su desorientación, la suya y la mía, todo aquello se mezclaba en un amasijo indistinto.

No solo me confundía con su hermana pequeña moribunda. La mayor parte del tiempo creía que yo era su hermana mayor, pero de vez en cuando pensaba que era una extraña, una adulta a la que no conocía y que había venido a salvarla. Cogiéndome de la muñeca con una fuerza descomunal, me pedía que la socorriera. Cuando oscurecía, su confusión se acrecentaba y quería salir corriendo de la casa. No le importaba cuánto frío hiciera o la poca ropa de abrigo que llevara. Cuando se lo impedía, enzarzadas las dos en un único cuerpo sudoroso, tenía la sensación de estar bregando con muchas más personas que con ella sola. ¿Cómo podía tener tanta fuerza aquel cuerpo de anciana que había perdido casi toda la masa muscular? Cuando después del forcejeo lograba que se tendiera en la cama a mi lado, me zarandeaba para despertarme en cuanto me dormía. Porque tenía miedo de aquella terrible confusión que la acechaba, porque la aterraba soltar el hilo de la cordura en cuanto la venciera el sueño. Le rogaba que por favor me dejara dormir aunque fuese media hora, pero no me hacía caso. «Ayúdame, por favor. No te duermas, ayúdame, Inseon», decía.

Éramos como una olla de gachas hirviendo toda la noche, salpicando, derramándose, quemándose. Cuando por fin se dormía, yo alargaba la mano y sentía su cara mojada como si se hubiera caído al agua. Entonces me giraba en la cama de espaldas a ella y pensaba: «¿Cómo? ¿Cómo podría yo salvarte?».

En realidad, deseaba morirme. Durante un tiempo no podía apartar esa idea de mi mente. Cuando comenzó a venir una cuidadora para quedarse con mi madre cuatro horas al día, lo sobrellevaba un poco mejor porque iba al pueblo a hacer las compras y dormía un par de horas en la camioneta. Pero pronto llegaba el momento de quedarnos de nuevo las dos solas, de tener que cambiarle el pañal después de bregar con ella sin descanso, de ponerle el talco doblándole las rodillas con esfuerzo… Cuando por fin se quedaba dormida aferrándome la mano, yo hundía la cabeza en la almohada y pensaba: «El tiempo se ha detenido para siempre. Nadie vendrá a salvarnos».

Por momentos, mi madre tenía destellos de lucidez extrema, momentos en los que la asaltaban recuerdos cortantes como cuchillos afilados. Entonces se ponía a hablar sin parar. Como si la hubieran abierto con un bisturí, los recuerdos brotaban imparables como borbotones de sangre. Pero en cuanto se apagaba ese destello, se hundía en una confusión todavía mayor. Me arrastraba con ella para que nos escondiéramos debajo de la mesa. En el mapa mental de su cabeza, su habitación era la casa de Hanjinae donde vivió de pequeña; mi cuarto, la casa de la familia materna, y el camino hasta la cocina, el bosque. Cuando me abrazaba allí debajo de la mesa, a veces me sorprendía dirigiéndose a mí por mi nombre. En aquella época yo ni siquiera había nacido, pero igualmente le temblaba el mentón en su afán por protegerme.

Fui testigo en muchas ocasiones de ese proceso en el que se le encendían al unísono los miles de fusibles de su cabeza, y luego se le iban apagando uno a uno. A partir de determinado momento, dejó de creer que yo fuera su hermana, ni la mayor ni la pequeña. También dejó

de verme como a una adulta que había venido a salvarla, y ya no me rogaba que la ayudara. Ya casi no me hablaba y, si lo hacía, era para soltar palabras inconexas como islas. Y cuando dejó de responder sí o no, fue como si ya no deseara ni pidiera nada. Sin embargo, cuando le daba una mandarina pelada, la partía por la mitad y me ofrecía el trozo más grande con una sonrisa, tal como lo había hecho toda su vida. Eso me destrozaba el corazón. «Así que el amor por un hijo no se olvida nunca», pensaba.

Fue en esa época cuando mi madre empezó por fin a dormir. Como si nunca me hubiera torturado impidiéndome conciliar el sueño, al principio se pasaba durmiendo las dos terceras partes del día, y luego las tres cuartas partes. En el centro de cuidados paliativos donde estuvo ingresada el último mes, dormía la mayor parte del tiempo, como un mar con una pleamar que durara eternamente, como un mar que no se retirara después de anegar la marisma.

Fue de lo más extraño. Creí que después de que ella muriera podría recuperar mi vida, pero el puente que podía llevarme de regreso había desaparecido. Mi madre ya no entraba en mi cuarto, pero yo no podía dormir de todas maneras. Ya no había ninguna razón para querer escapar, pero seguía deseando morirme.

Entonces, un día de madrugada vine aquí.

Me acordé de la promesa que te había hecho y quise ver de cerca el terreno donde te dije que podíamos plantar los troncos.

Había una niebla espesa aquel día. Solo se veían los bambúes, que habían crecido mucho en los últimos diez años. Cuando se aclaró la penumbra y empezó a soplar el viento, el lugar se hizo visible. No me resultó difícil encontrar el predio donde había estado la casa de mi padre, pues había allí un seto de camelias en lugar de cerca y era la única que tenía una tumba rodeada de piedras en el centro del patio. Detrás de los cimientos cubiertos de arbustos, en lo que antes era el huerto, crecían bambúes sasa. Y como la niebla no se había despejado del todo, daban la impresión de extenderse hasta el infinito.

Ese fue el comienzo.

Al día siguiente empecé a buscar material bibliográfico sobre Secheon. Después de ir a la casa de aquella anciana que vivía cerca de la playa y que había dado su testimonio sobre las matanzas, leí un trabajo de investigación que afirmaba que las corrientes marinas debieron de arrastrar los miles de cuerpos hasta la isla de Tsushima. Cuando me estaba planteando si debía ir allí y embarcarme en la inviable tarea de encontrar los restos óseos que llegaron a la costa o se hundieron en el mar hacía setenta años, fue cuando encontré toda esa documentación sobre mi tío en un cajón del armario de mi madre.

Entonces cambié el rumbo de mi investigación. Empecé a recabar la información que llenara los vacíos que había en los materiales que había recogido mi madre. Reconstruí las rutas que emprendió en barco, autobús y tren en los años sesenta, yendo y viniendo entre esta casa, Daegu y Gyeongsan, calculando las fechas y horarios. Empecé a perder la cordura.

De día trabajaba la madera en el taller y de noche volvía a la casa y leía los testimonios. Revisando y comparando las cifras dispares que aparecían en los documentos, intenté sacar mis propias conclusiones respecto al número total de muertos. Basándome en los registros del ejército estadounidense, desclasificados al cabo de cincuenta años, y en los artículos de prensa de la época, recuperé la lista de la gente de Jeju que fue encarcelada sin juicio entre 1948 y 1949, e investigué los acontecimientos que se sucedieron hasta llegar a la masacre de los inscritos en la Liga Bodo. A medida que se acumulaba la documentación y se esclarecían mejor los hechos, me di cuenta de que un cambio se estaba operando en mi interior. Ya no me sorprendía nada de lo que un ser humano podía hacerle a otro ser humano… Algo se desgarró en lo más hondo de mi corazón, pero la sangre que se escapaba de ese hueco no era roja ni manaba a borbotones; lo único capaz de aliviar el dolor de esa herida palpitante parecía ser la resignación…

Supe entonces que mi madre había pasado exactamente por lo mismo.

Cuando después de sufrir una pesadilla me lavaba la cara y me miraba en el espejo, veía en mi rostro aquella misma expresión resignada que ella llevaba tan arraigada, como esculpida, en la cara. Me parecía increíble que el sol siguiera saliendo todos los días. Cuando iba al bosque, con las imágenes de la pesadilla aún vívidas en mi cabeza, la claridad en toda su cruel belleza atravesaba las hojas de los árboles y creaba miles de puntos luminosos. Y en esos innumerables círculos de luz veía refulgir todos aquellos restos óseos. En su interior veía las carnes y los rostros no solo de aquella persona menuda con las rodillas encogidas hasta el pecho, sino de todos los que estaban tumbados junto a ella en la fosa común debajo de la pista de aterrizaje del aeropuerto de Jeju; y no los veía en blanco y negro, sino con sus ropas manchadas de sangre fresca, con las suaves curvas de sus hombros, sus brazos y sus piernas, que hacía apenas unos segundos aún tenían vida.

Me olvidé por completo de cómo había sido mi vida antes. Tenía que esforzarme para recordar. Me preguntaba hasta dónde me llevaría la corriente, quién era yo.

No es casualidad que aquel invierno fueran asesinadas treinta mil personas en esta isla, y en el verano del año siguiente, otras doscientas mil en el resto del país. El gobierno militar estadounidense ordenó poner fin al comunismo a toda costa, masacrando de ser preciso a los trescientos mil habitantes que componían por aquel entonces la población de Jeju. Jóvenes de extrema derecha originarios de Corea del Norte, tras haber recibido dos semanas de adiestramiento y vistiendo uniformes de policías y militares, entraron en la isla pertrechados con la voluntad y el odio necesarios para cumplir esa orden. Se prohibió el acceso a la zona costera y se controlaron los medios de prensa. No solo se autorizó, sino que se recompensó la atrocidad de disparar a los bebés en la cabeza, lo que hizo que ascendieran a mil quinientos los niños menores de diez años muertos por heridas de bala. Antes de que se hubiera secado toda aquella sangre derramada, estalló la *guerra de Corea y, tal como habían hecho en Jeju, aprehendieron a doscientas mil*

personas en todas las ciudades y pueblos del país, las transportaron en camiones, las encerraron, las fusilaron, las enterraron clandestinamente y no permitieron que nadie exhumara los restos. ¿Por qué? Porque la guerra nunca terminó, porque solo quedó en suspenso, porque el enemigo sigue allí, al otro lado de la Línea del Armisticio, porque todos se callaron, incluso los familiares de los masacrados, porque abrir la boca equivalía a ponerse del lado del enemigo. Así pasaron años y décadas hasta que comenzaron a aparecer montoncitos de canicas y pequeñas calaveras con agujeros de bala en valles, minas y pistas de aterrizaje, y aún hoy todos esos huesos siguen allí apilados y enmarañados bajo la tierra.

Esos niños…

Esos niños que mataron en aquella campaña de exterminio…

Una noche salí de casa pensando en esos niños. Era octubre, ya había pasado la época de los tifones, pero una fuerte tempestad se abatía sobre el bosque. Las nubes se deslizaban velozmente por el firmamento devorando y escupiendo la luna, las estrellas refulgían como si fueran a precipitarse todas al mismo tiempo y los árboles se sacudían a punto de ser arrancados de cuajo. El viento levantaba y zarandeaba las ramas de los árboles y se colaba por dentro de mi chaqueta inflándola como un globo, como si quisiera alzarme por los aires. Mientras atravesaba ese vendaval, esforzándome por afianzarme en el suelo a cada paso que daba, pensé: «Están aquí».

No tuve miedo. Todo lo contrario, me sentía tan feliz que apenas podía respirar. Avancé imbuida de ese extraño arrebato que no sabía si era éxtasis o dolor, en medio de ese ventarrón helado, en medio de todos esos seres envueltos en viento. Fue como si miles de agujas transparentes se clavaran en mi cuerpo y me inyectaran una transfusión de vida. Debía parecer enajenada, o quizá lo estaba de verdad. Sumida en un júbilo extraño y violento, con el corazón a punto de estallar, me dije que había llegado la hora de poner en marcha nuestro proyecto.

*

Esperé en la nieve
a que Inseon continuara hablando,
mejor dicho, a que callara.

*

El bosque a nuestra espalda estaba sumido en el silencio. Se oyó el crujido de una rama quebrándose a kilómetros de distancia.

Sosteniendo la vela con ambas manos, Inseon apoyó la cabeza en la nieve y dijo en un murmullo casi inaudible:

Este silencio… es como estar entre algodones.

La luz quedó oculta tras el ventisquero y la oscuridad se hizo mayor. Los copos de nieve se veían cenicientos y solo brillaban los que caían sobre Inseon. Me subí la capucha de la chaqueta de doble botonadura que llevaba debajo y me tendí en la nieve como ella. Me giré hacia donde sonaba su voz. La luz de la vela, filtrándose a través de la pared de nieve, me iluminó vagamente la cara.

*

Resulta de lo más extraño, Gyeongha.
Pensé en ti todos los días, y al final has venido.
Pensaba tanto en ti que era como si te viera de verdad,
como si me asomara a una pecera oscura,
como si, empecinándome con la cara pegada al vidrio, pudiera ver algo moviéndose dentro.

*

«¿Nos estará mirando alguien? —pensé—. ¿Alguien estará

escuchando nuestra conversación?».

No, solo estaban los árboles callados.
Solo estaba la nieve que nos quería aislar en esta orilla.

*

Entonces pude entender la historia que me contó mi madre la primera vez que vinimos aquí.

Me contó que, durante los quince años que estuvo prisionero fuera de la isla, mi padre nunca dejó de ver la ribera al otro lado del arroyo.

Algunas noches veía la luna resplandeciendo en el cielo y las hojas de los camelios que brillaban lustrosas bajo su resplandor; de madrugada, veía grupos de corzos o gatos salvajes recorriendo el camino que lleva al pueblo; cuando caía una tormenta, veía los cursos nuevos de agua que afluían a este arroyo; y también veía cómo el bosque de bambúes y los camelios medio calcinados por el fuego volvían a crecer frondosos. Veía todo eso en la celda iluminada por una lucecilla nocturna, y cuando cerraba los ojos le parecía divisar chispas del tamaño de guisantes flotando allí donde habían estado los árboles.

Por supuesto, no me creí nada de aquello.

Y no estoy muy segura de si mi madre se tomaba en serio aquella historia que ni siquiera podía creer la niña de diez años que era yo entonces. Tampoco sé cuándo se la contó mi padre; o si alguna vez los dos contemplaron juntos la otra orilla desde aquí.

*

Y entonces esa mujer apareció ante mí. La vi de espaldas, con la blusa y los pantalones holgados inflados al viento como alas. Era la

misma que escribía presionando mucho el bolígrafo e inclinando todos los trazos; la que no podía dejar de pensar en la frase que acababa de escuchar —«Rindámonos. Consideremos la fecha del traslado a Jinju como el día de su muerte»— mientras el barco la traía de vuelta a la isla; la misma que vio con sus propios ojos todos aquellos miles de restos óseos; la misma que, agachando la cabeza y encorvando la espalda, se adentró en la oscuridad.

*

—Ahora ya no me parece tan extraña esa historia… —dijo Inseon.

Ya no me parece tan extraño que mi padre estuviera quince años en la cárcel y al mismo tiempo en esta ribera del arroyo.

Que cuando me tumbaba debajo del escritorio con las rodillas dobladas estuviera al mismo tiempo debajo de la pista del aeropuerto.

Que cuando le doy vueltas a tu sueño una y otra vez en mi cabeza me parezca ver sombras ondulantes como aletas de pez dentro de una pecera a oscuras.

*

¿Habrá de verdad alguien aquí conmigo?, pensé. ¿Algo como esa luz que brilla al mismo tiempo en dos puntos, pero se queda fija en uno solo en el instante en que quieres observarla mejor? ¿No serás tú?, me pregunté después. ¿Estás conectada a mí a través de este hilo que vibra sutilmente? ¿Te estás asomando a esa pecera oscura mientras tratas de volver a la vida desde tu lecho de enferma?

No, tal vez sea todo lo contrario. Quizá soy yo la que está muerta, o

la que está a punto de morir, e insiste en asomarse a este lugar. Quizá todavía me encuentre tirada en la oscuridad del cauce de ese arroyo seco. O en tu fría habitación, donde me acosté después de enterrar a Ama.

Pero ¿tan vívida y real es la muerte?
¿Cómo es que siento la fría nieve sobre mis mejillas?

*

—No debo dormirme aquí… —murmuró Inseon—. Pero déjame un rato. Solo un ratito más.

Inseon alargó la mano por encima de la pared de nieve y yo cogí el vaso de papel. Aunque solo quedaba un centímetro de cabo de vela, lo sentí tibio, no sé si por la llama o por el calor de su mano.

Sosteniendo la vela ante mis ojos, me tumbé de lado mirando a Inseon. Gracias a la llama que refulgía sin descanso en la punta del pabilo, los copos de nieve que caían parecían atesorar una chispa de luz en su interior. Uno de los copos rozó la llama y se derritió con un temblor, como electrocutado. Luego un copo grande tocó el centro azulado de la llama y la apagó. Un hilillo de humo se elevó desde la mecha hundida en la cera y la luz, parpadeando, se extinguió del todo.

—No te preocupes, yo tengo fuego —dije, dirigiéndome hacia donde suponía que estaba Inseon.

Me incorporé y saqué la caja de cerillas del bolsillo. Busqué con la yema de los dedos la superficie áspera de la cajita, raspé contra ese lado la cabeza del fósforo y el fuego se encendió con un chispazo, desprendiendo un ligero olor a sulfuro. Levanté la mecha que había quedado hundida en la cera y la encendí, pero se apagó enseguida. La cerilla se consumió al tocar la uña de mi pulgar y de

nuevo la oscuridad borró todos los contornos. Ya no oía la respiración de Inseon, ni ruido alguno al otro lado del montón de nieve.

No me dejes todavía.

En cuanto encienda un nuevo fósforo, te cogeré de la mano, me arrastraré a tu lado, limpiaré la nieve acumulada en tu cara, me desgarraré el dedo con los dientes y te daré a chupar mi sangre.

Pero si no puedo cogerte de la mano, querrá decir que acabas de abrir los ojos en tu cama de hospital.

Allí donde volverán a pincharte las heridas con agujas, donde la sangre y la electricidad fluirán de nuevo juntas. Inspiré profundamente y froté otra cerilla contra la caja, pero no se encendió. La raspé con más fuerza y se quebró. Cogí la varita de madera astillada entre los dedos y volví a raspar la cabeza del fósforo contra la cajita. Entonces surgió un fogonazo como un corazón palpitante, como un capullo de flor vibrante de vida, como el aleteo del pajarillo más pequeño del mundo.

LA NUEVA NOVELA DE HAN KANG
PREMIO NOBEL DE LITERATURA 2024
PREMIO MÉDICIS ÉTRANGER 2023

«Una novela inquietantemente bella sobre la imposibilidad de despertar de la pesadilla histórica. Inolvidable».
Hernán Díaz

HAN KANG
Imposible decir adiós
Premio Nobel de Literatura
Traducción de Sunme Yoon
RANDOM HOUSE

Una gélida mañana de finales de diciembre, Gyeongha recibe un inesperado mensaje de su amiga Inseon: después de sufrir un accidente en su taller de carpintería en la isla de Jeju, ha sido trasladada de urgencia a un hospital de Seúl. Desde la cama, Inseon le ruega que tome el primer vuelo a la isla y se ocupe de su pequeña cotorra antes de que se le acaben el agua y la comida.

Pero, desafortunadamente, cuando Gyeongha llega a Jeju se desata una terrible tormenta de nieve. ¿Llegará a tiempo para salvar

al pájaro antes de que caiga la noche?, ¿sobrevivirá al viento helado que la envuelve a cada paso? Lo que ni siquiera sospecha es que algo más oscuro la espera en casa de su amiga.

Allí, la historia enterrada de la familia de Inseon está a punto de salir a la luz a través de los sueños y los recuerdos transmitidos de madre a hija y de un archivo cuidadosamente compilado que documenta una de las peores masacres de la historia de Corea.

Imposible decir adiós, la novela más reciente de la premio Nobel y galardonada con el Médicis Étranger, es un himno a la amistad y un canto a la imaginación, pero sobre todo una poderosa denuncia contra el olvido.

La crítica ha dicho:

«Una novela visionaria sobre la historia, el trauma, el arte y el precio a pagar por ellos. Han Kang es una de las escritoras más talentosas del mundo. Con cada obra transforma a sus lectores y reescribe las posibilidades de la novela como forma».
Katie Kitamura

«Delicada, con una prosa precisa y una poesía que se adentra voluntariamente en lo fantástico, *Imposible decir adiós* es una novela suficientemente compleja para ocultar, bajo el elogio de lo onírico y lo imaginario, una representación implacable de la crueldad humana».
Le Monde

«Estamos ante una novela sofisticada y maravillosamente escrita. Han Kang nos permite afrontar la tragedia histórica a través de una narrativa poderosa».
Maeil Business News Korea

«Esta narrativa bella y poética es una oda a la amistad y a la fortaleza femenina. La imaginación inspira vida sin ignorar las crueldades del pasado. Han Kang se posiciona entre las mejores plumas de la literatura testimonial».
***Dagens Nyheter* (Suecia)**

«Un meticuloso retrato de la amistad, del amor entre madre e hija y de la esperanza tras una profunda pérdida. La narrativa de Kang en su máximo esplendor».
Publisher s Weekly

Han Kang (Gwangju, Corea del Sur, 1970), ganadora del Premio Nobel de Literatura 2024, empezó su carrera como novelista al ganar el concurso literario de primavera Seúl Shinmun en 1994. Es autora de *La vegetariana* (Random House, 2024; Premio Booker Internacional 2016), *La clase de griego* (Random House, 2023), *Actos humanos* (Premio Manhae de Literatura de Corea y Premio Malaparte en Italia en 2017), *Blanco* (finalista del Premio Booker Internacional 2018) e *Imposible decir adiós* (Random House, 2024; Premio Médicis Extranjero 2023). La autora ha recibido también el Premio Yi Sang, el Premio Artista Joven del Año, el 25.º Premio de Novela Coreana, el Premio de Literatura Hwang Sun-won y el Premio de Literatura Dong Ri. Ha trabajado como profesora en el departamento de Escritura Creativa del Instituto de las Artes de Seúl hasta 2018 y en la actualidad se dedica por completo a la escritura. Su obra ha sido publicada en más de treinta idiomas.



Titulo original: 작별하지 않는다

Primera edición: diciembre de 2024

La traducción de esta obra se realizó con el apoyo de Daesan Foundation

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Hamish Hamilton
Fotografías de portada: © PA / ACI

ISBN: 978-84-397-4501-3

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Índice